

Eduardo Avilés Montoya

CAPULLITO DE **ALHELÍ**



UNA
UNIVERSIDAD
NACIONAL
COSTA RICA

Eduardo Avilés Montoya

(San José, 1959)

Médico de profesión, especialista reumatólogo. Profesor universitario de la Universidad de Costa Rica, en las cátedras de Medicina Interna y Fisiopatología. Profesor universitario en la Cátedra de Medicina Interna de la Universidad de Ciencias Médicas (UCI-MED). Profesor del Sistema Nacional de Estudios de Posgrado en Medicina Interna y Reumatología. Jefe del Servicio de Reumatología del Hospital San Juan de Dios. Miembro de la Asociación Costarricense de Reumatología. Autor y coautor de publicaciones médicas. Autor de cuentos y novelas. Miembro titular del Coro Sinfónico Nacional (1986-1990). Creador y conductor del programa radiofónico "El mundo mágico de la zarzuela", transmitido varios años en Radio Nacional de Costa Rica. Egresado del Taller Nacional de Teatro, con su debut actoral en la ciudad de Montevideo, Uruguay. Actor protagónico de obras teatrales del Premio Magón, Daniel Gallegos. Fundador del grupo de teatro del Hospital de San Vito, Coto Brus, 1983. Fundador y director del grupo de teatro de médicos residentes de la Sección de Medicina del Hospital San Juan de Dios.

CAPULLITO DE ALHELÍ

EDUARDO AVILÉS

CAPULLITO DE ALHELÍ





- © EUNA
Editorial Universidad Nacional
Heredia, Campus Omar Dengo, Costa Rica
Teléfono: 2277-3825
Correo electrónico: editoria@una.ac.cr
Apartado postal: 86-3000 (Heredia, Costa Rica)
- © Capullito de alhelí
Eduardo Avilés

Primera edición 2011
Primera reimpresión 2014

CR863.44

A958

Avilés Montoya, Eduardo
Capullito de Alhelí / Eduardo Avilés. --1a. ed.-- Heredia,
C. R.: EUNA, 2011.
412 p. ; 21 cm.

ISBN 978-9977-65-343-3

1. NOVELA COSTARRICENSE. 2. LITERATURA
COSTARRICENSE. I. Título

Editora: Alexandra Meléndez C. amelende@una.ac.cr
Diseño de portada: Jania Umaña

De conformidad con la Ley N°6683 de Derechos de Autor y Derechos Conexos se prohíbe la reproducción parcial o total no autorizada de esta publicación por cualquier medio o procedimiento mecánico, electrónico/digital y con excepción a lo estipulado en el Artículo N° 74 de la misma ley.

CONTENIDO

PRÓLOGO.....	9
LIBRO PRIMERO: LAS RAÍCES DEL HIGUERÓN	23
Parte primera: Los primeros años	25
Parte segunda: La escuela	67
Parte tercera: El colegio.....	99
LIBRO SEGUNDO: EL TRONCO DEL HIGUERÓN.....	131
LIBRO TERCERO: LAS RAMAS DEL HIGUERÓN.....	157
Parte primera: La universidad.....	159
Parte segunda: El diario	217
Parte tercera: La televisión.....	269
LIBRO CUARTO: EL FOLLAJE DEL HIGUERÓN	311
EL FINAL	397
EPÍLOGO.....	409

PRÓLOGO

La mujer levantó la mirada para contemplar la vieja y alta pared del Hospital San Juan de Dios. Su abultado vientre le hacía perder el equilibrio y la tiraba hacia delante. Con sus manos en la cintura, a manera de contrapeso, lentamente procuraba acortar la distancia, que la separaba de la entrada al servicio de Urgencias Obstétricas. Su hermana la sujetaba por el antebrazo y la animaba a seguir.

Caía la tarde del último día de 1973. Intensos matices de fuego teñían desde el poniente la ciudad y sus habitantes, lo que generaba gran emoción por el nuevo año que se aproximaba.

¡Cuántos recuerdos le reparaba aquel querido hospital! Sabía de él desde niña, cuando los vecinos de su lejana comunidad hablaban del San Juan de Dios con acentos de admiración y agradecimiento que en ocasiones rayaban en idolatría. Era el hospital más querido de los costarricenses y le atribuían, a veces, acontecimientos que nunca sucedieron en realidad, pero que formaban parte de las creencias y supersticiones de esa extraña magia que posee la Medicina para el ser humano.

Lamentablemente, su último recuerdo del lugar no era el más agradable. En él había fallecido, hacía más de un año, su esposo.

Una terrible enfermedad lo había atacado tiempo atrás. Había perdido mucho peso y sufría fiebres. Pero fue hasta que comenzó a toser con grandes cantidades de

sangre que lo trasladaron una tarde hasta el San Juan de Dios, en donde estuvo internado hasta su fallecimiento.

¡Cuánto agradecimiento sentía ella por todo el personal, que había asistido a su marido en los últimos momentos! Los médicos, las enfermeras. Hasta las muchachas de la cocina, que le regalaban café y comida en los interminables días en que acompañó al moribundo, sentada en una silla a la par de su cama.

Luego... luego el sabor amargo de la muerte, de la soledad. La desesperación. Una sensación de impotencia y desamparo.

Tuvo que enterrar al muerto en un cementerio para indigentes y personas sin familia, pues no tenía dinero para trasladar el cadáver de regreso a su pueblo.

Su hermana, que vivía en la capital desde hacía muchos años, se convirtió en su bastión. Fue su apoyo. Su fuerza. Su inspiración y modelo por imitar. Decidió quedarse a vivir una temporada con ella, superar el luto y probar suerte al trabajar en lo único que sabía hacer: oficios domésticos.

Pero, entonces, en su vida apareció “él”.

Apenas lo conocía. Era el amigo capitalino de su esposo, que se mantuvo ausente durante la agonía, tal vez por temor a ser responsabilizado por los gastos que la enfermedad acarreó; pero que reapareció en cuanto aquel fue enterrado. A partir de ese momento, empezó a cumplir con su deber de mejor amigo del muerto, consoló a la viuda y le aportó casi todo lo que le hacía falta.

A su lado se empezó a sentir contenida y protegida de nuevo.

¡Qué agradable era tener un hombre cerca! ¡Reparaba tanta seguridad!

Sin embargo, la abnegación con que el amigo la atendía había despertado sospechas en su hermana. Y así se lo había advertido.

—¡Cuidado con ese hombre! ¡Quiere algo más de vos!

Pero la soledad traiciona, y aquel hombre que le daba casi todo, logró por fin completar en forma total su aporte, la mañana del cuatro de abril de 1973.

—Me acabo de enterar de lo que pasó en la mañana. ¿Dónde estuviste? —le dijo su hermana por la noche.

—¿De qué te enteraste? —respondió temerosa de haber sido descubierta.

—Inauguraron el **Guord Tréid Center** en **Niu York**. Unas torres gemelas. ¡Los edificios más altos del mundo! —respondió exaltada.

A su hermana siempre le excitaba lo que sucedía en Estados Unidos, pero a ella eso la tenía sin cuidado. ¿Cómo le iba a interesar lo que acontecía en ese país o el resto del mundo? Sin embargo, esa fecha le sería imposible de olvidar por el resto de su vida, pues lo que no había conseguido su esposo, lo pudo el amigo. Fue una única vez que estuvo con él, pero la dejó embarazada. Y su vida cambió por completo a partir de ese momento.

Desafortunadamente, al mes de conocerse la noticia de su estado de gravidez, el amigo de su difunto esposo y padre de su futuro hijo, tuvo que viajar con urgencia a unos negocios de los que ella nunca supo a algún punto ubicado entre Venezuela y Chile. Como ella con costos sabía leer y escribir, le dio lo mismo esa referencia geográfica como cualquier otra que le hubiera dado.

Y pasaron los meses sin tener noticias de su paradero. Hasta que hubo un acontecimiento que la inquietó mucho y marcó otra fecha imposible de olvidar: el martes

once de setiembre de 1973. El golpe militar en Santiago de Chile. En cuanto escuchó la noticia por la radio, algo le dijo que entre los innumerables muertos de ese día se encontraba él.

Con ese presentimiento en el corazón había seguido adelante con su embarazo y ahora estaba a pocas horas de ser madre. Encontradas emociones la embargaban. Se sentía triste, pero a la vez dichosa.

Como demoraba un poco en ser atendida, su hermana se había acercado al puesto de Enfermería a demandar una explicación por el retraso. Lo había hecho de forma grosera, como era su costumbre, lo que desencadenó una reacción de severas respuestas por la parte contraria. A los pocos segundos, la mujer observó cómo su hermana se abalanzaba sobre una enfermera y le propinaba una certera bofetada e intervinieron el guarda de seguridad y otras enfermeras en defensa de su compañera.

Al sobreponerse a la intensidad de las contracciones, la mujer intentó levantarse de su asiento para calmar los ánimos pero, en ese momento, una gran cantidad de líquido brotó a borbollones entre sus piernas, mojó el piso de la sala de espera y detuvo en seco a los actores de la violenta trifulca.

¡Estaba pronta a ser madre!

La camilla de ruedas avanzó veloz por los corredores del hospital camino a la sala de partos, guiada por un hábil camillero y acompañada por el médico interno de guardia. La noche había caído ya sobre la capital y todos buscaban el camino de vuelta a casa para esperar el Año Nuevo.

¡Qué diferente perspectiva la de un hospital cuando lo único que se mira es el cielo raso! De cuando en cuando, rostros con gorros y cubrebocas se asomaban por encima

de su cabeza y le preguntaban qué tan intensas eran las contracciones. Finalmente llegó a la sala de partos.

El lugar estaba repleto. Muchas parturientas iban ocupando las pocas camas que había desocupadas, mientras simultáneamente, las que ya habían dado a luz abandonaban el lugar en camillas de ruedas. Todo era un constante e intenso movimiento. Hombres y mujeres vestidos con extraños trajes quirúrgicos entraban y salían de los diferentes espacios.

Para los que no han sido padres, es muy difícil imaginar el ambiente de una sala de partos en un hospital. Pero más difícil aún es imaginar lo que sucede en ese sitio para una ocasión como el Año Nuevo.

El personal que labora el turno de la noche se organiza desde varios días antes para la celebración.

Pero las doce de la noche nunca sorprenden a los trabajadores de la salud en momentos de descanso. Como que todos los niños, conocedores también del momento que se aproxima, deciden nacer lo más cerca posible de la media noche. De manera que difícilmente los profesionales van a poder estar reunidos y celebrar en un mismo momento.

Desde hacía algún tiempo, en el país se había implantado la costumbre de determinar quién era el primer habitante nacido cada año. Con ese fin, periodistas representantes de los diarios de más circulación se distribuían en los hospitales grandes de la Meseta Central, donde se concentraba la mayoría de la población. Esa noche, se hallaba en la sala de partos, un obeso y pequeño periodista del diario más sensacionalista de la época.

Bastante malhumorado estaba el hombre por encontrarse en ese sitio en vez de estar compartiendo con sus

familiares y amigos, sobre todo por estar vestido con un ridículo traje quirúrgico.

¡Y dieron las doce de la noche!

Por unos instantes, algunos interrumpieron sus actividades y abandonaron sus puestos para darse el tradicional saludo, se auguraron lo mejor para aquel año 1974, que empezaba. Varias embarazadas se incorporaron al sobreponerse a las contracciones, saludaron a todos, y volvieron a acostarse en sus camillas para continuar pujando.

Sin que nadie lo notara, el malhumorado periodista se encerró en el servicio sanitario y sacó de entre sus botas una diminuta botella de licor, cuyo contenido vació en un dos por tres.

A las cero horas, seis minutos y catorce segundos, de ese primero de enero, después de un último y doloroso pujido, la mujer escuchó el fuerte llanto de su hijo y lo pudo ver cuando todavía se encontraban unidos por el cordón umbilical. Aliviada, dejó caer su cabeza sobre la almohada.

Sintió paz. Una alegría desbordante la invadió y lloró de felicidad. El llanto de su niño le pareció la música más maravillosa que hubiera escuchado nunca.

Después hubo un silencio reparador. Pareció que hasta su hijo supo la necesidad, pues se quedó calladito.

¡Qué feliz se sentía! Dejó volar su imaginación hacia pensamientos hermosos, pero de pronto un escalofrío le sacudió el cuerpo y la hizo retornar a la realidad. En un principio creyó que era el aire del abanico, que le ponía la piel de gallina, pero después comprendió que era el pesado silencio que se había hecho en la sala.

Irguió la cabeza y pudo ver la cara del joven médico interno que la había atendido, y se asomaba en el espacio

entre sus piernas. Solamente le veía las tupidas cejas y los ojos, pues el cubrebocas y el gorro quirúrgico le ocultaban el rostro.

Notó que hurgaba con desesperación en el reclinatorio pélvico de la cama, lugar donde yacía su hijo. Chorros incontenibles de sudor descendían por la frente del joven y la mujer entendió que algo había sucedido.

—¿Qué le ha pasado a mi hijo, doctor? —dijo con todas las fuerzas de sus doloridas entrañas. ¡Muéstreme a mi hijo!

Obtuvo por respuesta un angustiante silencio y vio los ojos del médico llenos de lágrimas luchando por no desbordarse.

A partir de ese momento todo fue muy confuso. Vio asomarse varios rostros entre sus piernas. Todos los médicos, las enfermeras, el periodista y hasta las mujeres embarazadas se asomaban en aquel espacio. Observó cómo algunas emprendían rápida huida fuera de la sala, seguidas por el personal de enfermería.

Oyó de nuevo el llanto de su hijo y entonces sintió alivio. Buscó con la mirada el espacio entre sus piernas otra vez, pero ahora el que se asomaba allí era un médico mayor, que no tenía cubrebocas. Supuso que era el médico jefe.

Se disponía a preguntar de nuevo qué había sucedido, cuando el galeno dijo con gran desesperación llevándose las manos a la cabeza:

—¿Qué hiciste, García? ¡Le cortaste el pene al niño!

Entonces, la vista se le nubló y sintió que caía en un hueco muy profundo. Alcanzó a escuchar tres fuertes golpes: el del interno García, el del periodista y el de su propia cabeza al desmayarse los tres.

¡Y se hizo el pandemónium!

Las embarazadas gritaban aterrorizadas y corrían buscando la salida de la sala de partos.

Algunas enfermeras corrían tras ellas para procurarles atención.

Otras trataban de reanimar a los desmayados. Los médicos se atropellaban al tratar de encontrar el pene cortado entre los coágulos y restos de placenta. Hasta que el jefe se hizo oír por encima del barullo y con voz enérgica llamó a la cordura.

—¡Por favor, compañeros! Vamos a conservar la calma. Que ninguna de las embarazadas abandone la sala. ¡Marujita, usted y Clara encárguense de tranquilizarlas y vuelvan a monitorear las labores de parto! Adelaida y Rosario, valoren al periodista. Isabel y Amparo al doctor García. Y usted, Eunice, tómeme los signos vitales a la madre. Doctor Méndez, doctor Suárez y doctor Varela, ayúdenme a buscar entre los campos estériles dónde diablos está el pene del niño. ¡Ah! ¡Y que alguien llame al neonatólogo!

—No veo el pene por ningún lado.

—¡Busquen ahí, en esas torundas de gasa!

—¡No, no está!

—¡Revisen bien el piso!

—¡En el balde de desechos orgánicos!

—¡No hay nada!

La angustia se apoderaba de todos, pues compartían la responsabilidad médica y humana con el interno y sufrían por la magnitud de la mutilación.

—¡Doctor! —dijo una enfermera. ¡Observe al interno García! ¡Su bata está llena de sangre, coágulos y placenta! ¿No estará ahí el pene?

—¡Vamos, rápido! ¡A mí no me lo diga! ¡Busque el pene allí! ¡Desnúdelo si es necesario! —fue la respuesta del jefe.

Y el pobre doctor García, inconsciente aún, fue despojado de su ropa por la enfermera y cinco ágiles parturientas, que ya calmadas aparecieron nadie supo cómo, se diría que regocijadas con la tarea.

La sangre del parto había traspasado las ropas y tiñó de rojo la piel del galeno, por lo que lo dejaron únicamente en calzoncillos.

Pero por más que las eficientes mujeres hurgaron y hurgaron, no encontraron en el cuerpo del joven el más mínimo indicio de un pene. Infantil, por supuesto.

En eso se abrió la puerta de la sala de partos, paralizó de golpe a los actores de aquella increíble situación y apareció en el umbral la silueta imponente y pacificadora del neonatólogo.

Había un espacio de cinco por cinco metros y en el centro una camilla modular para partos. En ella permanecía una mujer que acaba de parir, a como lo demuestra la sangre rutilante que fluye de sus partes pudendas aún abiertas. La mujer duerme o está inconsciente, pues se encuentra ajena a todo lo que sucede a su alrededor. Dos hombres yacen en el suelo sobre un pozo de sangre, a ambos lados de la camilla.

Uno, pequeño y obeso, con una cámara fotográfica colgada al cuello y a quien nadie presta atención.

Otro, mucho más joven, luce en calzoncillos la firmeza de su musculatura y está rodeado por cinco mujeres embarazadas, que le brindan sus cuidados en una imagen evocadora de una "Pietá" multimaternal.

Enfermeras y médicos a gatas, distribuidos por el área de aquel reducido lugar, revuelven basureros y extienden en el suelo su contenido.

Y en el reclinatorio de la cama, un niño se lleva las manitas a la boca, pues parece que al sentirse olvidado por todos aquellos absurdos y esperpénticos adultos, ha decidido darse él mismo un poquito de cariño.

Reconociendo su incapacidad momentánea para interpretar aquella singular composición de imágenes, el neonatólogo pone sus ojos en el único elemento para el que está entrenado: el niño.

Arranca del cuadro al recién nacido, sale rápidamente y lo salva de aquella composición estúpida y siniestra.

Apenas traspasada la puerta de su cubículo de exploración, el neonatólogo sintió que el grupo entero lo había seguido y entraba para arremolinarse a su alrededor. Sin volver la espalda, concentró toda su atención en el primer examen físico de la vida de aquel niño.

La exploración transcurría con una concentración profunda de su parte y con el silencio absoluto de todos los presentes. Al fijarse en la zona genital, el médico frunció el entrecejo con extrañeza.

Y así se quedaron, neonatólogo, médicos, enfermeras, embarazadas y recién nacido, por espacio de dos interminables minutos.

Entonces, el jefe obstetra entró sofocado y se abrió campo entre todos, exclamando.

—¡Esto es terrible! ¡Nos acaban de confirmar por teléfono que este niño es, precisamente, el primer costarricense nacido este año! ¡Cómo pudo pasar esto! ¡Cómo fue que García le cortó el pene!

El neonatólogo lo miró con asombro.

—¿Cómo dice?

—¡García! ¡García le cortó el pene, y no lo encontramos!

—¡Pero doctor! ¡Estamos ante un caso sin precedentes!

¡Véalo usted mismo!

El especialista se inclinó para ver mejor, pero no podía ver nada, porque no había nada.

—¿Se da cuenta, colega?

—¡No comprendo!

—¿Ustedes estaban buscando un pene en la sala de partos? ¿Era eso lo que sucedía?

—¡Sí! —dijo el jefe titubeando.

—Pero no. ¡No! ¡García no cortó ningún pene!

Todos se miraron estupefactos sin comprender qué quería decir.

—¡Véalo usted mismo, colega! ¡Este niño nació con agenesia de pene! ¡A lo sumo tiene un minúsculo esbozo!

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó alguno de los presentes.

—¡Pues que nació sin pene!

—¿Qué cosa? —gritó el periodista, de quien hasta ese momento nadie se había percatado y que se encontraba ya repuesto de su desvanecimiento. ¿Me quiere decir que el primer costarricense nacido este año nació sin pene? ¡Caramba! —dijo sonriendo ¡Esta es la más impactante y espectacular noticia que he oído nunca! ¡Esto sí que va a ser un bombazo!

...“Porque tú sabes que sin ti
la vida es nada para mí,
tú bien lo sabes,
capullito de alhelí”...

Rafael Hernández Marín
(Compositor)

LIBRO PRIMERO

LAS RAÍCES DEL HIGUERÓN

Parte primera: Los primeros años

I

Extracto de la carta enviada por el director del Hospital al jefe de redacción del periódico sensacionalista, después de publicar el artículo sobre el nacimiento del niño sin pene.

“... ”

Quiero manifestarle mi más completo desacuerdo por el tipo de periodismo que su periódico realiza.

Nuestro país se ha distinguido en el mundo entero por el derecho de todo ciudadano a la libre expresión, pero no se debe olvidar el respeto que debe acompañarla.

El distorsionar un acontecimiento con el único fin de generar una noticia vendible, que estimule a lectores pobres de espíritu, es un recurso digno del más minucioso análisis por parte de psicólogos y moralistas, y repudiable desde el punto de vista de la ética y la decencia.

Desde ningún punto de vista es justificable la publicación en la portada de su diario de una fotografía de nuestro joven colega, el doctor García, tendido en el suelo de la sala de partos en ropa interior, junto al título sensacionalista de “¡Nació sin pene!”

En ningún momento su diario contó con el consentimiento del doctor García para la publicación de dicha fotografía por la sencilla razón de que se encontraba inconsciente. Además, se generó una confusión intencional, pues el título en cuestión hace referencia a la imagen del médico y no es sino hasta en páginas interiores donde se aclara que es un recién nacido el del defecto. Tampoco se contó con la autorización de la madre del niño para la publicación de la noticia.

Son dos las personas que han visto lesionada su imagen con la vergonzosa publicación de su diario.

Lamento todo el procedimiento judicial al que hemos de enfrentarnos en los próximos meses, pues el doctor García ha interpuesto la debida demanda contra su periódico. A estas alturas desconozco el proceder por seguir de la familia del niño.

Es profundamente lamentable que pese a toda la inversión y esfuerzo que se realizan para la formación de profesionales en el área de la comunicación, haya personas que redacten noticias al estilo en que lo haría cualquier hijo de vecino.

¿Qué ha pasado con el respeto? ¿Dónde está la decencia?...”

La carta continuaba en forma contundente. El jefe de redacción la leyó detenidamente en voz alta delante de todos sus colegas. Después la guardó para siempre en el último rincón de la gaveta inferior de su escritorio.

II

Estaba ansiosa. Desde que había aceptado voluntariamente dar una entrevista, se sentía cada vez más preocupada. ¿Qué iba a decir delante de tantos periodistas? Ella, que casi ni hablaba por no molestar, que apenas sabía leer y escribir. Pero un pensamiento la mantenía firme en su decisión: todo lo que iba a hacer sería en beneficio de su hijo. Ese consistía en su único objetivo. Tenía que obtener alguna ganancia para él.

Aún no terminaba de entender por qué la habían sacado del salón comunitario y la habían trasladado a aquel aposento de paredes altas y desnudas. ¡Era tan frío ese nuevo espacio! Ciertamente que la única cama que había, y que estaba colocada estratégicamente en el centro del cuarto, era más moderna y se encontraba en mejores condiciones, que la cama en que había dormido las últimas dos noches. Pero el lugar poseía una espantosa sensación de soledad.

Le habían dado ropa nueva y planchada. Las sábanas tenían aroma de flores. Pero aquellos detalles no lograban hacerla sentir mejor.

De pronto se abrió la puerta y entraron dos enfermeras que, sin decir palabra, acomodaron ágilmente los objetos que llevaban. Una mesita de madera fue colocada al lado derecho de la cama, con un tapete blanco bordado al crochet sobre el que ocupó lugar un pequeño florero con tres rosas blancas. En la pared, sobre la cabecera de la cama, se clavó un gancho metálico del que pendió un gran rosario de cuentas gigantes de madera rematado por un crucifijo.

Y al lado izquierdo de la cama se colocó una cunita para recién nacidos, que parecía sacada de un cuento de hadas, con encajes y aplicaciones de florcitas de color celeste.

Una enfermera le extendió un gran espejo de mano en el que la joven madre se pudo contemplar por un buen rato mientras era peinada. Tenía un lindo rostro. Ella pensaba que no era bonita, aunque poseía unos grandes ojos negros muy expresivos, una nariz recta pequeña y unos labios gruesos, muy rosados y sensuales. Su cabello negro caía en largas ondas sobre sus hombros. Su tez era levemente morena, como bronceada por el sol. Dirigió el espejo al tórax para mirarse el busto. Sus pechos eran grandes y firmes, tenía el abdomen un poco flácido, señal clara de que en las próximas semanas debían acomodarse nuevamente sus carnes. Y otra vez pensó que aunque no era precisamente lo que pudiera llamarse una mujer bella, tampoco era un adfesio que inspirase lástima.

En eso se abrió la puerta de par en par e ingresó un concurrido grupo de periodistas, precedido por varios médicos. Una enfermera trajo en sus brazos al niño y lo depositó delicadamente en la cunita. La madre respiró profundamente.

III

Una intensa luz enceguecedora generada por el equipo técnico de televisión le impedía apreciar los rostros de los hombres y mujeres de la prensa. Los **flashes**, de cámaras fotográficas, acentuaban su ceguera y solo alcanzaba a distinguir algunas libretas de notas en manos de los profesionales.

Después de unas palabras introductorias del médico jefe de Obstetricia, empezó el bombardeo de preguntas.

—Señora, ¿qué nos puede decir de su niño? —dijo una voz femenina.

—¿De mi hijo? ¡Diay! Que está bien.

Silencio.

—¿Pero hay algo que quiera decirnos con respecto a su condición?

—¡Diay! ¿Cómo qué? ¡Bueno! Aunque yo quiero decirles aquí que tengo una queja contra el hospital.

Médicos y enfermeras dirigieron miradas reprobatorias y de asombro a la madre.

—¿Cuál es la queja, señora? —ahora fue la voz del jefe médico la que se escuchó.

—Que ya le pusieron un nombre sin consultarme a mí. Y eso no me gusta. Además le pusieron un nombre muy feo. A mí me parece que es una falta de respeto.

Su voz había sonado enérgica y denunciante. El grupo de periodistas se movió en masa, con la satisfacción que genera el olfatear un inminente escándalo.

—¡Véanlo ustedes mismos! Miren la pulsera en la manita izquierda, con el nombre. Ahí lo dice muy claro: “Indio Jiménez Arce”. Jiménez Arce son mis apellidos,

pero ¿cómo se atrevieron a bautizármelo “Indio”? Es una falta de respeto.

Nuevamente médicos y enfermeras se miraron, pero ahora con risueña complicidad. Y en respuesta a un gesto casi imperceptible del jefe, la enfermera que estaba más cercana a la cuna, explicó mostrando el brazalete a todos los presentes.

—Es un error de la señora. En el brazalete no dice “Indio”, lo que dice es “INDO”, que es la abreviatura que utilizamos para la palabra: “indocumentado”. Esto es por la sencilla razón de que todavía no se le ha inscrito en el Registro Civil, de que no se le ha dado un nombre definitivo y de que lo único reconocido son los apellidos maternos.

Entonces fueron los periodistas quienes ahogaron sus risas, amparados en que la madre no podía verles el rostro detrás de la cortina de luz que la encandilaba.

¿Qué sintió usted cuando supo la condición del niño? —preguntó ahora una ronca voz masculina, desde algún punto no identificable del recinto.

—Bueno. Lo que yo sentí es que el gobierno debe ayudarme. Yo soy una madre sola y soy pobre. El gobierno tiene que ver qué hace conmigo. Imagínense ustedes que hace cuatro días nació y todavía nadie del gobierno ha venido a darme nada. Él necesita mantillas y ropa y jabones y una cunita y alimento. Además yo ahora no estoy trabajando y necesito comer bien para atender a mi hijo. ¡Y nadie, oíganlo bien, nadie ha venido a darme nada! Este chiquito es el primer costarricense que nació este año.

—¿Pero entonces usted cree que el gobierno debe encargarse del mantenimiento suyo y de su hijo? —preguntó una aguda voz femenina.

—¡Diay, sí! Para eso está, ¿no? El gobierno debería darme una casa también, porque yo no tengo dónde vivir. Además, como mi hijo nació con ese defecto...

—Precisamente de eso que usted llama defecto es de lo que queremos preguntarle, señora. ¿Qué opina usted del defecto?

—¡Diay! Pues que mientras pueda orinar todo está bien.

—¿No va usted a demandar al periódico que publicó la noticia?

—Mire, es que yo no leo periódicos.

Decenas de **flashes** se dispararon.

Después el salón quedó desierto. Todos se fueron yendo poco a poco, incluida la madre y el niño, que fueron devueltos al salón comunitario donde habían estado desde un principio. Desaparecieron la mesita de noche, la cuna y la cama. Solo el rosario quedó olvidado unos minutos en el cuarto hasta que la enfermera entró precipitadamente y lo arrancó, junto con un pedazo de la vieja pared.

IV

Un taxi recorría velozmente las congestionadas calles de San José en dirección a la zona sur de la capital que, como en algunas ciudades latinoamericanas y por alguna razón sociológica inexplicable, siempre es la zona de mayor pobreza.

—Yo creo que debés entablar la demanda —le decía su hermana.

—No. Ya te dije que no. Yo no entiendo de esas cosas. Además tendríamos que contratar un abogado y esos cobran muy caro. Además, ya pasó —contestaba la madre mientras intentaba sujetar adecuadamente a su hijo ante los bruscos giros del vehículo.

—Al menos así ganarías algo de dinero, ya que nadie te ha dado ayuda. Yo te dije que el gobierno no te va a ayudar, ni el hospital, ni nadie.

—Esperemos. Tal vez lleguen a la casa. Yo dejé la dirección bien clara en la Oficina de Admisión.

—¡No va a llegar nadie!

—¡Esperemos!

El taxista apretaba el acelerador sin perder una sola palabra de la conversación de las mujeres y sin quitar la mirada, a través del espejo retrovisor, al niño que dormía plácidamente en los brazos de su madre.

Después de muchos giros rápidos, frenazos e improprios gritados a otros conductores, el chofer giró en la última esquina de su destino y las hermanas observaron con asombro a todos los vecinos apostados a la entrada de su casa, con rostros desbordantes de malicia y curiosidad.

Apenas se detuvo, el vehículo fue rodeado por los cuatro costados entre diversas exclamaciones de saludo de los presentes.

Las mujeres avanzaron entre la turba curiosa y en cuanto abrieron la puerta, el grupo entero penetró en la pequeña sala de la humilde vivienda.

No se hicieron esperar los parabienes a la madre por el niño tan hermoso que mostraba en sus regazos.

Mientras ella saboreaba esos momentos, su hermana fue a la cocina para preparar alguna bebida que ofrecer a los no invitados vecinos. Lo único que había en casa eran dos botellas de gaseosa, de manera que resolvió el problema de inmediato al agregar agua al refresco.

Aprovechando la ausencia de la hermana, la vecina más vieja se acercó a la inexperta madre.

—Bueno, muchacha. La verdad es que todos estamos muy preocupados por lo que se ha dicho de su hijo—.

La madre evadió la mirada.

—Vea, póngame atención. Yo soy una vieja y tengo mucha experiencia en estas cosas. No es la primera vez que un niño nace así. Yo he visto ya varios.

Sus palabras lograron captar la atención de la madre, que se llenó de inocente esperanza. La vieja insistió.

—Yo conozco unos remedios caseros que pueden hacer mejorar la condición del niño. Pero antes debo verlo.

—¿Está segura de que eso se puede curar?

—Pues así como segura, segura, no. Pero hasta que no lo vea, no le puedo decir.

La madre dudaba al contemplar las miradas morbosas de los vecinos. Su malestar aumentó al descubrir dentro del grupo al taxista que las había traído a casa.

—Es que no sé. Mejor esperemos a mi hermana.

—¡No, no! Esto es una cosa suya y mía. Usted es la madre. Yo solo le estoy ofreciendo ayuda.

Lo pensó unos instantes, y después, con resuelta decisión dijo mientras desnudaba al pequeño:

—¡Bueno! ¡Pero que sea rapidito!

El niño quedó desnudo allí, frente a los vecinos hambrientos de curiosidad.

En silencio, cada uno fue desfilando frente a la criatura sin perderse el más mínimo detalle. La última en pasar fue la vieja vecina que, acercándose solemnemente, se inclinó para ver mejor.

Y allí, casi pegando su nariz con la infantil pelvis, observaba y observaba.

En ese momento, entró la hermana con una bandeja repleta de vasos y tazas con bebidas. Y, al contemplar aquella escena, lanzó un violento reclamo.

—¿Pero qué diablos están haciendo? ¿No tienen otra cosa más importante que hacer? ¡Curiosos metiches! ¡Váyanse a meter en la vida de otras personas! ¡Fuera de mi casa, condenados!

Todos salieron velozmente, no sin antes tomar de la bandeja los vasos con la bebida, lo que encolerizó aún más a la dueña de la casa.

—¡No se lleven mis vasos! ¡Sinvergüenzas!

Ajenas a lo que sucedía, la madre y la anciana vecina estaban como hechizadas por la figura del bebé, que abría inocente sus piernitas.

Entonces la vecina se incorporó.

—¡Pero yo sí le veo que tiene algo allí, aunque es muy pequeñito!

—¿Y usted cree que me lo puede curar con sus remedios? —dijo la madre.

La pregunta pareció sacar de su trance a la vieja, que dirigiéndole una mirada lastimera, con voz compasiva le dijo:

—¡Esto no se lo cura nadie!

—¡Pero usted me dijo...

—Yo le dije que tenía que verlo primero.

—¡Salga de mi casa, vieja chismosa! —amenazó la hermana agitando al viento la bandeja sin vasos.

La vieja se dirigió lentamente a la puerta, como procurando ordenar sus ideas e intentando comprender lo que no había visto. Antes de cruzar el umbral, lentamente se volvió hacia el niño y repitió:

—Yo sí le veo algo muy pequeñito...

—¡Salga de mi casa!

—...Y hasta es bonito!

—¡Que salga, le digo! —gritó la hermana a punto de pegarle.

La vieja ordenó las palabras en su mente y cerró la puerta:

—Parece un capullito de alhelí.

V

Fueron aciagos los días siguientes. Desde primeras horas de la mañana hasta entrada la noche, la gente del barrio pasaba cantando frente a la casa la canción “Capullito de alhelí”, del compositor puertorriqueño Rafael Hernández Marín. La melodía se había hecho tan popular en el barrio, desde el comentario de la vecina, que todo mundo la entonaba. Una estrofa en que la gente hacía cruel énfasis, empezó a ser puñal para el corazón de la madre.

“... porque tú sabes que sin ti, la vida es nada para mí...”

Aquello dolía mucho.

La madre escuchaba molesta cómo incluso, en la madrugada, algún trasnochador silbaba la pegajosa melodía.

Ella misma se vio traicionada por su inconsciente y un día se descubrió entonando la canción mientras lavaba los pañales del niño. El remordimiento la mortificó durante muchos días.

Pero, como ningún mal aparece solo, desde el día de su llegada recibían inoportunos periodistas de diferentes diarios, que siempre eran despachados con excusas a través de la ventana o con silencios prolongados, que acababan por convencerlos de que no había nadie en casa.

Se presentaron unas personas con aire extranjero argumentando representar a los récords Guinness, pero ni con su imponente presencia y acento foráneo lograron franquear la puerta.

Cada vez que alguna de las hermanas salía de casa a hacer compras, era asediada a preguntas.

La situación se estaba volviendo insostenible cuando, para sorpresa de las mujeres, sucedió todavía lo peor.

Un día en que como de costumbre los periodistas habían tocado la puerta y no habían sido recibidos, acertó a pasar frente a la vivienda la anciana vecina. Tras unas breves palabras con la mujer, todos se agruparon a su alrededor y la entrevistaron por espacio de media hora. Luego se retiraron.

Al día siguiente no hubo periodistas frente a la casa.

Al segundo día tampoco, lo que lejos de generar tranquilidad, empezó a inquietar a las mujeres.

Al tercer día, estalló la bomba. Todos los diarios del país publicaron en sus portadas la frase "*Capullito de*

alhelí” en grandes letras titulares, y en todos sin excepción, apareció una foto de la anciana vecina dando declaraciones. Este hecho le valió a la entrevistada una fama inmensa que se prolongó por varios años.

A partir de ese día, el niño terminó por convertirse en figura pública y las hermanas perderían la paz por un buen tiempo.

Capullito de alhelí pasaría a los anales de la historia patria y mundial, gracias a la oportuna y brillante intervención de la objetiva y veraz profesión periodística.

VI

Ante el giro de los acontecimientos, la tía Eli tomó una determinación salvadora, al menos, en forma momentánea. Mujer acostumbrada a tomar decisiones rápidas y oportunas, una vez más cambiaba el curso de la vida de su hermana y su sobrino, de quienes había decidido responsabilizarse.

Había sido ella quien abrió las puertas de su humilde casa a la hermana viuda. Quien la previno acerca de las malas intenciones del amigo del difunto y quien le tendió la mano en cuanto supo que estaba embarazada. La que luchó por ella en el servicio de urgencias del hospital, quien la aconsejó para que hablara ante la prensa y la que corría violentamente a vecinos curiosos y mal intencionados.

Ella, la única de todos los hermanos, que había concluido estudios primarios. La única que decidió alejarse del terruño familiar y viajar a la capital a probar fortuna, pese a la oposición paterna. La que trabajó en un principio como empleada doméstica y que defendió con ahínco su virtud virginal en innumerables oportunidades. La

única que tuvo aspiraciones mayores. La que devoraba con deleite toda la escasa prensa rosa de aquella época y conocía los nombres de todos los artistas de cine y sus anécdotas.

La que había aspirado, en algún momento, a convertirse en luminaria hollywoodense. Como era imposible aspirar a tanto, se había conformado con participar durante cinco años consecutivos en concursos de belleza nacionales, y tuvo finalmente que desistir por haber sobrepasado el límite de edad permitido, sin haber obtenido nunca ni un premio de consolación.

Fue entonces cuando decidió dirigir sus intereses al mundo de la cosmética y peluquería, campo en el que encontró una excelente manera de ganarse la vida sin los agotadores esfuerzos de los oficios domésticos y con mayor remuneración.

Solo una cosa la obsesionaba más que el dinero. Toda su vida, desde que tenía memoria, con todas sus fuerzas había deseado nacer en Estados Unidos de América. Deseaba ser gringa. La frustración que sentía por su origen era de tal magnitud, que en la capital ocultaba su procedencia y su cabello oscuro. Lo llevaba siempre teñido de rubio.

Había aprendido inglés oyendo canciones que, en ese idioma, se transmitían por la radio y había modificado su lindo nombre de pila, Isabel, por el equivalente inglés **Elizabeth**. Eli para los amigos.

VII

El autobús seguía la carretera, que serpenteaba la margen derecha de un caudaloso río en la zona sur del país. La tía Eli decidió que debían ausentarse una temporada de la capital para viajar a la zona de donde eran oriundas. El recorrido duraba quince extenuantes horas.

Existían tres razones para el viaje. La primera y más importante era apartarse de la nociva atmósfera del vecindario. En segundo lugar, estaba próximo el día de las elecciones presidenciales, para lo cual todo habitante debía emitir sufragio en el sitio donde estaba empadronado. Y en tercer lugar era necesaria la presentación del niño a la numerosa familia.

Conforme el autobús devoraba kilómetros, la madre sentía una inquietante emoción al pensar cómo recibiría la familia a un nuevo miembro sin pene. Miles de posibles respuestas cruzaban su mente. Mientras más lo pensaba, más angustiada se sentía, pero aún así se dejaba llevar por la imaginación. Era, al menos, una forma de matar el tiempo.

A su lado Eli dormía profundamente, mecida por los vaivenes del autobús.

La situación de la humilde familia era especialmente particular. Eran catorce hermanos del mismo padre, pero todos de madres diferentes. Por alguna razón difícil de entender, al fallecer el padre, todos decidieron irse a vivir al hogar de la última esposa. Esta era una buena y anciana mujer, que había aceptado con gusto la integración paulatina de los hermanos bajo su techo.

Vivían en una inmensa casa de campo. Juntos formaban una familia de mujeres y hombres humildes, sin

grandes aspiraciones en la vida salvo poseer un pedazo de tierra para cultivar y obtener sustento. Muy pocos de los adultos sabían leer y escribir.

VIII

Las hermanas se sorprendieron ante la ausencia de una comitiva familiar de bienvenida al llegar a la terminal de autobuses, pues temían un comportamiento igual al de los vecinos capitalinos.

Tomaron un *jeep-taxi*, que las llevó rápidamente a la casa familiar, donde fueron recibidas cálidamente por la anciana y última esposa del difunto padre semental. Una vez instaladas, fueron saludando a sus familiares a lo largo de la tarde, conforme llegaban de los trabajos.

El recién nacido dormía plácidamente. ¡Era precioso! La contemplación de su sueño despertaba admiración y paz en toda la casa. La madre fue muy elogiada. Y lo mejor fue que nadie hizo el más mínimo comentario acerca del defecto congénito.

Por momentos, las recién llegadas echaron de menos los comentarios y los cuestionamientos acerca de la condición infantil y lo interpretaron como indiferencia. Pero, luego la paz también las contagió.

Después de haber inspeccionado meticulosamente la casa, la madre agradeció, para sus adentros, que su familia no tuviera televisor ni recibiera los diarios.

IX

Se llegó el día de las elecciones presidenciales. La atención de todas y todos estuvo puesta en el proceso. La familia entera se hizo presente en los centros de votación.

En las primeras horas de la noche, mientras se enteraban de los resultados del recuento de votos por una radio a baterías, que pocas veces escuchaban, la madre hacía los arreglos del equipaje para el retorno a la capital al día siguiente.

Confiaba que tras los días de ausencia y con la atención puesta en el proceso electoral, los vecinos del barrio habrían perdido la costumbre de molestarlos.

Esa noche se fue a la cama esperanzada, después de escuchar la proclamación del futuro Presidente de la República. Algo le decía que todo iba a cambiar a partir de ese momento.

A la mañana siguiente, con las primeras luces del alba, un cálido comité familiar de despedida acompañó a los viajeros al lugar donde tomaron el autobús de regreso.

El entusiasta parloteo de la madre sobre el maravilloso futuro, que intuía para su hijo, fue el único tema de conversación durante la travesía. La tía Eli sintió que su hermana ponía a prueba su limitada paciencia, pero logró superar caritativamente el reto.

Llegaron de noche a la capital y tomaron un taxi. Al estacionarse frente a la casa, las mujeres quedaron atónitas. En las paredes de la vivienda habían escrito ofensas y burlas contra la familia. Uno de los grafitos más llamativos decía:

“Aquí vive *Capullito*, el niño sin pollito”.

La madre sintió que el mundo entero se derrumbaba a sus pies.

Ya dentro de la casa y ahogada en su propio llanto, volvió a añorar al padre del niño. Pero el recuerdo solo sirvió para aumentar su desolación. Esa noche solo el pequeño pudo dormir.

Al día siguiente, los tres abandonaron para siempre aquel lugar.

X

Poco tiempo duró la paz en la nueva residencia, pues en una ciudad tan pequeña, la noticia de su identidad llegó antes que ellos al vecindario. La única diferencia estribó en que los vecinos fueron más discretos en sus manifestaciones, pero aún así las hermanas descubrieron rápidamente que ya estaban en boca de todos.

La tía Eli no tardó mucho en instalar su centro de belleza en la sala de la nueva casa. Dedicó toda una tarde a hacer llamadas a su clientela desde un teléfono público para comunicar el traslado y la nueva dirección.

A los pocos días sus fieles clientes empezaron a desfilar por el nuevo lugar y dejaban escapar algún comentario malintencionado acerca del niño. Eli no tenía más remedio que morderse los labios ante la imposibilidad de reaccionar como frente a otras personas en defensa de su sobrino. ¡No podía perder su clientela!

Un día, cerca de las siete de la noche, llamaron a la puerta de la casa. En el umbral apareció un hombre joven, alto y elegante. Su rostro irradiaba una extraña belleza

varonil con rasgos finos. Era muy atractivo y masculino, hasta que abrió la boca.

Una voz chillona y afeminada contrastaba con lo vigoroso de su cuerpo.

Era Mariano, uno de los más antiguos clientes de la tía Eli. Se dedicaba a la venta de ropa. También se había convertido en su mejor amigo y, a partir del nacimiento de *Capullito de alhelí*, era el mecenas de la humilde familia.

—¡Hola Mariano! ¡Qué gusto verte! ¡Pasá adelante! —dijo Eli, cerrando la puerta tras él.

—¿Cómo está, don Mariano? —musitó la madre.

—¡Y dale con el “don”! —dijo el hombre. No me digás “don”. Solamente Mariano.

Las hermanas se deshicieron en atenciones para con el recién llegado quien, al cabo de unos minutos, se encontraba sentado a la mesa degustando una taza de chocolate caliente.

—¿Y cómo está mi futuro ahijado? —preguntó alegremente, con un brillo candoroso en la mirada.

—Pues va bien, Mariano, creciendo bastante. No parece que tenga solo dos meses. Lo que pasa es que mama mucha leche. ¡Demasiada! Hasta parece que quiere dejar sin pezones a mi pobre hermana —dijo Eli.

—Bueno. La leche materna es genial. Nada la supera. ¿Y ya llegaron a un acuerdo acerca del nombre?—

—Pues de eso te queríamos hablar. Todavía no.

Mariano conocía demasiado bien a Eli como para adivinar, por el tono de voz, que se avecinaba un conflicto.

—Vamos a ver, señoras, ¿qué es lo que sucede?

XI

La conversación se había prolongado demasiado y Mariano escuchaba con santa mansedumbre el discurso de Eli.

—Yo mantengo mi teoría de que un nombre es para toda la vida y, por lo tanto, debe ser el más adecuado para su dueño.

—Pero eso nadie lo discute, Eli. Lo que yo pregunto es por qué debe ser en inglés. Nuestro idioma es el castellano.

—Pero te he dicho hasta el cansancio —Eli empezaba a elevar su voz— que mientras mantengamos esa postura nunca nos superaremos. ¡Qué bonito! Según vos se debe llamar José o Carlos o cualquiera de esos nombres comunes y ordinarios.

—Comunes pero agradables y además en castellano.

—Con esa manera de pensar nunca vas a tener éxito en sociedad, Mariano.

—Pues tenés un concepto muy curioso del éxito, Eli. El éxito no se logra por un nombre.

—¡Pero se empieza por él!

—¡Bah!

—Te lo voy a explicar otra vez a ver si te entra en tu cabezota. Si mi sobrino se llamara Enrique, (¡que Dios no lo quiera!) el día de mañana cuando esté estudiando y lo llamen por lista, el efecto que produciría en los que escuchan sería muy diferente que si se llamara **Jénri**. ¿Sentís la diferencia? Enrique. **Jénri**. ¡Pero es que es tan obvio!

—Lo que no entiendo es por qué querés que haya diferencia.

—¿Cómo que por qué? Porque yo no voy a permitir que mi sobrino sea un cualquiera. Un nombre en inglés tiene más clase. ¿Me entendés? Más **glamur**.

—¿Entonces es un asunto de diferencia de clases nada más? Según vos por tener un nombre en inglés ya se sube el peldaño de las clases sociales y se llega a ser superior. ¡Por Dios! La superioridad es algo más que un nombre. Poné atención a los nombres de las personas ricas y educadas, a ver cuántos nombres en inglés encontrás. ¡Muy pocos, por no decir que ninguno! Ellos no se ponen nombres en inglés. No lo necesitan. Eso es un recurso de los que se sienten inferiores.

—Yo no veo cuál es el problema en querer que mi sobrino sea superior.

—¿Superior a quién?

—Superior a nosotras mismas y a nuestra familia. ¿Eso es lo que querías que dijera? Pues ya lo dije.

—Me alegra que lo reconozcás, porque al hacerlo estás aceptando que el tema del nombre es un conflicto personal tuyo. No necesariamente un buen deseo para tu sobrino. Por eso mismo te hacés llamar Elizabeth y no Isabel.

—Cuando querés ser grosero lo lograrás, ¿verdad? Te he dicho mil veces que no me gusta que me llamen Isabel.

—¡A veces te ponés tan difícil!

—Yo defiendiendo los intereses de mi sobrino. Quiero que se llame **Garigránt**.

—¡Pero eso es un nombre y apellido juntos!

—¿Eso qué importa? Lo importante es que se trata de un nombre famoso. Cualquiera que lo escuche reconocerá eso, a alguien famoso.

—¡Sos cerrada de mente!

—¡Claro! ¡Como vos sos estudiado y lo sabés todo!

Cualquier testigo de la acalorada conversación hubiera tenido la impresión de que los dos estaban a punto de romper su amistad. Sin embargo, Eli y Mariano, al final, quedaban tan fraternales como siempre.

La madre escuchaba atenta la discusión. Se levantaba de vez en cuando a vigilar el sueño de su hijo en el cuarto contiguo y se preguntaba por qué ninguno de ellos pensaba lo que ella pudiera opinar al respecto. Al fin y al cabo tenía más derecho para hacerlo. Era su propio hijo.

Como si le hubiera leído el pensamiento, Mariano dio un giro a la conversación.

Bueno, Eli. Yo creo que nos estamos olvidando de preguntar qué es lo que piensa tu hermana al respecto. Es más, ni siquiera sabemos si ya tiene decidido un nombre.

—¡Pues claro! Según ella le iba a poner el nombre del padre. De ese desnaturalizado que la abandonó. Pero sabe que yo me opongo rotundamente.

—Bueno. Pero dejémosla que ella misma opine —y cerró Mariano la discusión al tiempo que dirigía su mirada a la madre.

—Bueno. Yo quiero decirles algo. Agradezco a don... No. Perdón. A Mariano, su opinión. También agradezco a Eli su preocupación, pero yo lo estuve pensando mucho y quiero que mi hijo tenga un nombre bien bonito y especial, pues creo que eso le va a abrir camino en la vida.

—¡Yo sabía que ibas a estar de acuerdo conmigo! —dijo Eli.

—¡Pero yo no quiero un nombre en inglés!

—¿Entonces?

—¿Escogiste un nombre en castellano? —inquirió Mariano.

—Tampoco eso.

Mariano y Eli se miraron desconcertados.

—Yo inventé un nombre.

—¿Inventaste un nombre?

—Sí. Lo estuve pensando mucho. Pero ya lo decidí. Además no quiero que se sigan peleando por mi hijo.

—Pero Eli y yo no estamos peleando. Es que así nos entendemos.

—Pues mejor. Pero la verdad ya es muy tarde y todos estamos muy cansados. Yo le voy a poner a mi hijo Juyi Acson.

—¿Cómo? —exclamaron al unísono.

—Juyi Acson. Se llamará Juyi Acson Jiménez Arce.

—¡Pero...

La madre dirigió su mirada hacia los amigos con una expresión tan determinante que los dejó mudos. Guardaron silencio unos instantes y al final dijo Eli, acostumbrada a decir siempre la última palabra:

—Cualquier cosa menos un nombre en castellano.

Dos meses después, Juyi Acson Jiménez Arce pasó a reforzar las huestes espirituales de la Santa Iglesia Católica y Apostólica y se convirtió en ciudadano oficialmente reconocido. Eli y Mariano fueron sus padrinos de bautizo.

XII

Juyi Acson Jiménez Arce era un niño hermoso. De tez blanca, ojos azules y un coqueto hoyuelo en la barbilla.

Su desarrollo físico era óptimo. Se alimentaba solamente con leche materna. Cumplía a cabalidad y en forma oportuna el esquema de vacunación establecido por el sistema sanitario del país. Y fue precisamente en una de sus tantas consultas médicas, que fue referido al Servicio de Endocrinología del Hospital Nacional de Niños, para un riguroso control de su desarrollo.

Desde la primera vez fue valorado por una experimentada endocrinóloga.

Desalentadoramente para la familia, los primeros estudios de la doctora establecieron, en forma contundente, lo poco que se podría hacer al respecto de la falta de pene. Había quedado claro para todos los adultos que Juyi Acson padecía una condición denominada “agene-sia peniana”. La literatura médica, de ese entonces, no aportaba gran experiencia mundial.

Fue un largo proceso de convencimiento, que concluyó con la aceptación familiar de la ineludible realidad, para protegerse así de la exposición a falsas promesas de curación por parte de charlatanes, que empezaban a pulular en el país.

Madre y padrinos conocieron, por vez primera, las bondades de las consultas de Psicología coordinadas por el Hospital de Niños y lograron una adecuada capacitación para manejar el futuro desarrollo de su pequeño.

Capullito logró ponerse de pie y caminar a los nueve meses y sus primeras palabras las dijo a los once.

Muy al contrario de lo que se esperaba, sus primeras palabras fueron “**Mom, ant y óncl**”, pues tía Eli exigió que se le inculcara el idioma inglés desde un principio. No fue sino hasta tiempo después que incluyó “mamá, tía y tío” en su reducido léxico.

Su desarrollo psicomotor era excepcional, según la pediatra, lo que llenaba de orgullo a sus tutores. Sobresalía en todos los aspectos del desarrollo físico, excepto en el pene.

Esto le fue generando problemas, pues cuando empezó a orinar de pie, se mojaba inevitablemente la ropa. La solución fue enseñarle que orinara sentado. Y así lo tendría que hacer por el resto de su vida. Siempre orinar sentado.

XIII

Algún tiempo después, cuando inició su acercamiento social a compañeritos de su edad, *Capullito* empezó a sufrir dolorosos problemas de rechazo.

Aunque durante el tiempo transcurrido en el barrio no había existido problema con los vecinos, lo cierto es que era vox pópuli su condición.

Y lo que los adultos callaban, los niños lo revelaban al poner de manifiesto lo que se decía en la intimidad de sus hogares.

—¡Yo no juego con usted! —le decía un niño algo mayor.

Juyi le dirigía una mirada desconcertada, mientras se rascaba las orejas.

—¿Por qué no quiere jugar conmigo?

—Porque mi mamá dice que usted no tiene pipí.

—Yo sí tengo pipí —contestaba rascándose el cuello.

—¡No es cierto! ¡Usted es un mentiroso!

—Yo sí tengo —decía con ojitos aguados y rascándose aún más.

—¡No! ¡No tiene! Mi mamá y mi papá dicen que usted no tiene pipí, y que eso lo dijeron en televisión hace mucho. Usted no se llama Juyi. Usted se llama *Capullito*.

Entonces, el llanto se desbordaba en torrentes.

Cada día la historia se repetía.

A través de la ventana veía a los niños jugar en la calle y ansiaba estar con ellos. Era como un cachorrito encerrado, que se desesperaba por salir, dando vueltas en círculo dentro de la casa.

Pero en cuanto los adultos cedían a su necesidad y le abrían la puerta, era para encontrarse con la desolación de quedar abandonado en medio de la calle, entre burlas y ofensas.

La situación se hizo insostenible. Como las mujeres no pudieron solucionar el problema, optaron por cambiar nuevamente de domicilio, ayudadas en todo momento por el bueno de Mariano.

No obstante hubo dos logros en toda esa situación.

Lo primero fue descubrir que Juyi padecía una reacción alérgica en momentos de tensión. La piel se le ponía roja y aparecían ronchas y picor, al punto que a veces se rompía de tanto rascarse. Esto determinó que debía recibir tratamiento médico inmediato, en cuanto se iniciaran los síntomas.

Y lo segundo, de mediación psicológica, fue trabajar paulatinamente en el niño la aceptación de su condición para reforzar su área de defensa. Los tres adultos debieron involucrarse en el proceso. Se empezó por aprender a llamar cada cosa por su nombre real, sin sustitutos o

disimuladores, como decían las profesionales. A partir de ese momento, todos aprendieron a utilizar la palabra *pene* en lugar de *pipí*. Irónicamente, este paso fue más difícil para los adultos.

XIV

Las vicisitudes hicieron que Juyi entrara precozmente en la etapa de los *porqués*.

—**Mom**, ¿**guai** los chiquitos no quieren jugar conmigo?

—¡Ay, mi amor! ¿Qué es lo que me decís? —inquirió la mamá.

—Te está preguntando por qué los niños no juegan con él —aclaró Mariano.

—¿Cómo dijo?

—**Guai**. Dijo **guai**. En inglés eso significa por qué.

—M' hijito. Ya le he dicho que no me hable así. A mí no me gusta que me diga **mom**. Dígame mami. Y tampoco me diga esa palabra extraña.

—Pero **ant** Eli dice que yo tengo que hablar así.

—No le hagás caso a tía Eli. Por favor, a mí hablame en castellano. ¿Está bien?

—Bueno, mami.

Y así se sucedían preguntas constantes. Siempre estaba lleno de inquietudes, muchas de ellas fuera de lo común para un niño de su edad. Los adultos se veían en grandes apuros para responder. Pero había dos preguntas que eran especialmente conflictivas y retadoras.

—Mami. ¿Por qué yo nací sin pene?

—Porque Dios lo quiso así, mi amor —decía la mujer llenándolo de besos.

-¿Pero, por qué?

-Porque Él así lo quiso.

-¿Pero, por qué?

-Bueno, porque Él decide lo que quiere para nosotros.

-¿Y por qué me hizo sin pene?

-Porque seguro tiene alguna misión para vos.

-¿Qué es una misión, mami?

El otro *por qué* era igualmente angustiante, pero más doloroso.

-Mami, ¿por qué yo no tengo papá?

-¿Quién te dijo eso, mi amor?

-Los chiquitos.

-Es mentira. Sí tenés papá. Lo que pasa es que vive muy lejos.

-¿En dónde, mami?

-En un lugar que se llama Suramérica.

-¿Y por qué no viene, mami?

-Porque debe estar muy ocupado

-¿Y por qué?

-Porque trabaja mucho.

-¿En qué trabaja?

-Ahora no sé.

-¿Por qué?

-Porque no me ha escrito.

-Mami, ¿mi papá me quiere?

-¡Claro que te quiere!

-¿Y, entonces, por qué no viene?

-Ya vendrá ...algún día.

-Mami.

-¿Ah?

-Mientras tanto, ¿tío Mariano no puede ser mi papá?

—¿Pero por qué, mi amorcito?

—Para que los chiquitos no me molesten.

XV

Como todo hijo único sobreprotegido, Juyi era a veces insolente en su comportamiento. Demandaba ser escuchado, atendido y satisfecho de inmediato. El ser colmado, en todo momento, de atenciones por quienes formaban parte de su mundo, era una necesidad vital.

Él era el centro de su universo de adultos.

Cuando ansiaba un juguete muy costoso, que su familia no podía darle, hacía unos berrinches terribles. No siempre lograba su cometido y se quedaba sin el objeto en cuestión, pero no olvidaba el asunto y tarde o temprano castigaba.

Una tarde, después de jugar solitariamente a la pelota en el patio de la casa, encontró a su tía terminando de maquillar y peinar a una cliente. Algo en aquella mujer le provocó simpatía inmediata.

—Juyito. Te presento a una amiga mía —dijo tía Eli.

—¿Así que vos sos Juyi? ¡Pero que niño tan lindo!
¿Cuántos añitos tenés, mi cielo?

—**For** —dijo mostrando cuatro dedos con su mano.

—Va a cumplir cinco ahora en Año Nuevo.

—Entonces ya casi tenés los cinco, mi vida. ¡Qué lindo que estás!

—¿Cómo se dice, Juyi? —dijo tía Eli.

—Muchas gracias.

—¡No, no, no! ¿Cómo se dice, Juyi?

—**Ténquiu** —se corrigió.

—¡Ay, pero qué belleza de niño!

—¿Usted cómo se llama? —dijo mirándola fijamente.

—Ana. Me llamo Ana.

Eli continuó su trabajo conversando animadamente con la amiga, mientras Juyi se sentó en un sillón de la sala a contemplar el proceso.

—Tía.

—**Ant**, Juyi. ¡**Ant**!

—**Ant**. ¿Usted me va a llevar hoy al cine?

—¡**Omaigad**! ¡Es cierto! Se me olvidó por completo —dijo angustiada mirando el reloj. —¡Pero ya no es hora! ¡Ay, mi cielo, vamos a tener que ir otro día.

—Pero usted me dijo que hoy.

—¡Sí, Juyi, pero me entretuve mucho con Ana y se me pasó la hora!

—¿Qué película iban a ver?

—La bella durmiente del bosque.

—¡Es preciosa! Yo la he visto ya dos veces.

—Pero la función comenzaba al cuarto para las siete.

Definitivamente no vamos hoy.-

—¡Pero usted me dijo! —gritó Juyi.

—¡Sí! Pero no se puede. Y no me grités, Juyi.

Ante el tono severo de su tía, no tuvo más remedio que callarse.

—¿Entonces vamos mañana, **ant**?

—Mañana no puedo porque tengo clientes a esa hora.

Va a tener que ser después.

Juyi le lanzó una mirada de reproche y luego la posó en Ana, que contemplaba atónita la escena.

—Entonces que me lleve ella.

La cliente estalló en carcajadas tan sonoras, que la madre salió de la cocina para enterarse de lo que pasaba.

—¡Pues claro que te voy a llevar! Mañana vengo por vos y te llevo al cine.

—¡Mami, mami, esta señora me va llevar al cine!

Las mujeres se enfrascaron en una conversación prolongada, que Juyi no pudo escuchar, pues fue enviado a jugar al patio.

Cuando una hora más tarde entró de nuevo en la casa, Ana ya se había marchado. Temeroso de que no se cumpliera la promesa para el día siguiente, corrió donde su madre.

—Mami. ¿Esa señora me va a llevar al cine mañana?

—Sí, mi amor. Mañana vas con ella.

Por el tono de voz de su madre, Juyi entendió que no debía preguntar nada más.

XVI

Mujer y niño se apresuraban, pues casi era hora de la película. Pese a la tensión reinante en esos momentos en su hogar, Juyi iba muy animado al lado de su nueva amiga.

Al llegar al cine, se alarmó al ver la larga cola de niños con sus padres esperando adquirir boletos, pero Ana lo tranquilizó de inmediato al informarle que ya los había comprado.

No se sintió completamente tranquilo hasta que no se vio sentado en el segundo piso de la sala.

Al poco rato se apagaron las luces entre gritos de niños, que se fueron acallando poco a poco conforme se proyectaban los primeros mensajes comerciales.

De pronto Juyi sintió que su asiento saltó bruscamente y volvió a posarse en su sitio. Asustado por lo que acababa de suceder dirigió la mirada a su amiga, pero en la oscuridad de la sala no pudo ver su rostro. La gente se había sumido en un profundo silencio, y antes de que pudiera dirigir su rostro otra vez en dirección a la pantalla, su asiento volvió a saltar con más fuerza. Algo sacudía con violencia su butaca de derecha a izquierda, cada vez más intensa y rápidamente. Ana le sujetó fuertemente por el brazo. Justo, en ese momento, se apagó la luz de la pantalla y todo el auditorio estalló en gritos de pánico. Entonces pudo comprender lo que sucedía.

Desde que tenía memoria sabía lo que era un temblor de tierra, sin embargo la fuerza de aquella sacudida era nueva para él. Sintió pánico y se sujetó al brazo de Ana lo más fuertemente que pudo.

Tan pronto como había comenzado, el sismo terminó.

Cuando se encendieron las luces, casi la mitad del auditorio había abandonado la sala. Juyi empezó a sentir picazón en el cuello y la espalda, pero Ana fue pronta en darle la medicina que la madre le había encomendado antes de salir.

—Si querés nos vamos para casa, Juyi. Tu mamá debe estar muy preocupada —dijo Ana asustada.

¡Volver a casa! ¡Después de lo que había esperado aquella oportunidad! ¡Imposible! Allí se quedaba aunque se cayera el cine.

La proyección tardó unos instantes en reiniciarse.

Durante casi setenta minutos, Juyi se dejó hipnotizar por las maravillas del cuento de hadas. Con gran placer presenció cómo la malvada hada Maléfica recibía al final su merecido por parte del Príncipe Felipe y las tres

hadas buenas. A partir de ese momento todo fue como un éxtasis.

Éxtasis después de un espantoso temblor de tierra.

Aquella noche tuvo uno de sus mejores sueños. ¡Y la seguridad de que el bien siempre triunfa sobre el mal! Por primera vez tuvo fe en que él triunfaría sobre los niños, que lo maltrataban.

Fue el mejor sueño de su niñez.

XVII

El tiempo transcurría en forma más o menos apacible para la familia.

Mariano y Ana ocupaban sitios de gran importancia en la vida de *Capullito*. Lo único que el niño lamentaba era la falta de compatibilidad entre ellos ya que, según le había explicado su mamá, ambos se rechazaban mutuamente. De hecho, nunca coincidían en ninguna de las actividades familiares a las que eran invitados. Y pese a sus infantiles esfuerzos para conciliarlos, la situación fue insalvable.

El país había entrado en una dura etapa social y política. Una gran crisis económica se avecinaba a pasos agigantados. Ante estas condiciones, la madre había conseguido trabajo como empleada doméstica en varias casas, mientras Eli batallaba duramente en su sala de belleza. Juyi pasaba la mayor parte del tiempo ante la mirada tutelar de su tía.

Su desarrollo físico era excelente. Sin embargo, para desazón de la pediatra, no se veía el más mínimo crecimiento peniano.

Para contribuir con su desarrollo social, y siguiendo el consejo de las psicólogas, Juyi fue inscrito en un **kinder**.

XVIII

La madre había pedido permiso para ausentarse dos horas de su trabajo. La reunión a la que había sido convocada en el **kinder** de su hijo la había tenido inquieta toda la noche. Deseaba que Eli pudiera desprenderse un rato también de su clientela y le hiciera compañía en la cita.

¿Qué habría sucedido? —se preguntaba. El **kinder** era bueno, según las recomendaciones que le había dado Mariano y bastante caro. Eso asegura cierta garantía de calidad. En los meses transcurridos, desde el inicio del curso lectivo, nunca le habían enviado una convocatoria con carácter de urgencia. ¿Existiría algún problema que el niño no hubiera querido mencionar? ¿Le estarían haciendo la vida imposible? ¿Las maestras buscaban una solución?

Muchas interrogantes atenazaban la cabeza de la angustiada madre, mientras caminaba presurosa en dirección a su destino.

Al doblar la calle en la esquina, distinguió la figura de su hermana justo frente a la puerta del lugar y aliviada agradeció su solidaridad.

XIX

Fueron invitadas a pasar a una gran sala vacía y esperaron en silencio. Al poco rato se abrió la puerta y entró una comitiva de quince mujeres, precedidas por la directora de la institución y la maestra personal de Capullito.

—¡Buenos días, señoras! Gracias por venir —dijo en tono amable la directora.

—¿Cómo están? —saludó la joven **tícher** Laura, besando en la mejilla a las azoradas hermanas.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Para qué nos llamaron? —dijo Eli tan pronto como pudo.

—Bueno. Las hemos llamado para discutir una situación que ha afectado en alguna medida el desarrollo normal de las actividades del **kinder** y que lamentablemente involucra a Juyi.

—¿Hizo algo malo mi hijo?

—¡No! No es eso.

—Entonces, ¿le hicieron algo malo a él?

—¡No! ¡Por Dios! ¡Tampoco! Es un niño excepcional, con muy buen comportamiento.

—¿Entonces?

—¡El problema es su vocabulario! —dijo una potente voz ronca en el grupo de damas.

Las hermanas dirigieron la mirada hacia el sitio de donde provenía el sonido y se toparon de golpe con una mujer de unos cincuenta años de edad. Tenía nariz y orejas grandes, pómulos salientes, mentón prominente, cejas gruesas y bigote. No utilizaba maquillaje y vestía de forma conservadora. Lo más llamativo de su atuendo era un inmenso y pesado crucifijo que colgaba de su cuello y la encorbaba hacia delante.

—Permítanme presentarles a la presidenta del comité de padres de familia —dijo la directora.

Las mujeres no entendieron el apellido, pero escucharon claramente el nombre Inmaculada.

La mujer se puso de pie y sujetó el crucifijo con manos gigantes. Con los ojos cerrados susurró lo que parecía una plegaria. Después los abrió y miró severamente a las invitadas, mientras se sentaba de nuevo.

—Voy a explicarles lo que sucede —dijo la directora. —Juyi es un niño brillante, con un excelente desarrollo. Desde el principio nos ha llamado la atención sus conocimientos y forma de hablar, que no son comunes en niños de cinco años. Pero a veces utiliza palabras que asustan a los demás, pues no están todavía en edad de conocer ese lenguaje.

—¿Cuáles palabras? —dijo la madre. Mi Juyi no dice malas palabras. En casa no se le enseñan esas cosas.

—No son malas palabras, señora.

—¡Esto es el colmo, doña Aída! —vociferó Inmaculada. ¿Ahora va usted a decir que lo que dice no es mala palabra? ¿Entonces qué es?

—¡Por favor, doña Inmaculada! Permítame manejar esta situación.

—Yo a usted no le voy a permitir nada. La verdad es que todo esto demuestra que usted es una incompetente. Si yo no intervengo, usted deja pasar el pecado como si nada.

—¿Pecado? —dijo Eli alzando la voz e incorporándose de su asiento.

Ante esa actitud, Inmaculada se levantó del suyo y tomó el crucifijo con ambas manos.

—¡Sí! El pecado. La palabra pecaminosa que ustedes dos, malas mujeres, le enseñan a ese inocente niño. Pero el Señor me ha elegido a mí para hacer justicia en su Santo Nombre. Para reparar el daño provocado y para perdonarlas.

—¿Perdonarnos? —dijo la madre confundida.

—¡El Señor es misericordioso! Él todo lo sabe y todo lo ve. Y así como ha visto tu pecado, sabrá también perdonarte.

Inmaculada se encaminó hacia donde estaba la madre sentada, sujetando el crucifijo con sus manos gigantes. Se lo mostraba directamente a la cara mientras caminaba teatralmente. Cuando llegó frente a ella, mantuvo el crucifijo sujetado con la mano izquierda y posó su mano derecha sobre la cabeza de la mujer. La madre intentó incorporarse, pero con determinante fuerza Inmaculada la mantuvo en su lugar al tiempo que iniciaba otra plegaria.

Eli contemplaba la escena, lista a saltar en defensa de su hermana si fuera el caso.

—¿Qué fue lo que dijo mi sobrino?

La directora, recobrando su autoridad con premeditada venganza, contestó en voz alta y pronunciación perfecta.

—¡“Pene!” Lo que Juyi dijo fue la palabra pene. Nada más.

Inmaculada lanzó un estridente grito y cayó al suelo, a los pies de la asustada madre.

XX

Varias mujeres se agacharon para ayudar a la desmayada bigotuda, que yacía en el piso en posición de cruz.

Entonces Eli tomó el control de la situación.

—¿Me quieren decir que toda esta alharaca es porque mi sobrino dijo “pene”? ¿Eso es todo?

—Yo no entiendo qué tiene de malo —reforzó la madre.

—Pues no tiene nada de malo, pero ustedes deben comprender que los demás niños no están acostumbrados a oír esa palabra todavía. Los niños de estas edades utilizan otros términos, eso es todo —contestó la directora.

—Otros términos que son disimuladores de la realidad —dijo Eli con actitud pedagógica, utilizando la expresión que en varias ocasiones había escuchado a las psicólogas.

—¿Cómo dice?

—Disimuladores de la realidad. Así se llaman. Mire, doña directora. Yo, en lo único que estoy de acuerdo con lo que dijo esa loca que está tirada en el suelo, es en que usted no sirve para nada. ¿Cómo es posible que usted nos haya llamado a mi hermana y a mí para decirnos que nuestro Juyi habla mal, cuando no corresponde a lo cierto? Deberían enseñarles a todos los niños el nombre correcto de las cosas.

—¡Jamás! —vociferó Inmaculada y se incorporó rápidamente del suelo —¡Mientras yo viva no permitiré que mi Carlitos aprenda esas suciedades!

—¿Cuáles suciedades? ¡Vieja necia! —dijo Eli aproximándose peligrosamente.

—¡Apártate de mí, Satanás! —le gritó Inmaculada mostrándole el crucifijo.

Eli se detuvo de golpe.

—El niño no debe usar esa palabra —continuó la del crucifijo.

—¿Entonces qué palabra debe usar? —dijo la madre con tono apaciguador.

Esto pareció calmar momentáneamente a Inmaculada, quien trocando a una actitud más benevolente se le acercó.

—Dios la está iluminando, hija mía. Veo que me empieza a comprender. Los niños son como angelitos. No deben usar malas palabras. ¡Nunca! Pero menos a esta edad. Ellos son aún inocentes y no debemos permitir que se corrompan. Deben usar palabras puras. (¡Perdóname Señor las palabras que voy a decir!) Al principio debe ser algo así como *pipí, o pajarita, o pollita*.

—¿Y en qué momento se cambia el nombre a *verga*? —atacó Eli con sorna.

—¡Más respeto, insolente! —gritó Inmaculada perdiendo de nuevo el control y desorbitando los ojos.

—¡No señora! ¡Ahora me va a escuchar usted a mí!

Eli acababa de hacer la declaración de guerra. La madre se puso de pie.

—Mire, señora Inmaculada —dijo Eli. —Mi hermana y yo somos mujeres sencillas y con poca educación, pero no somos estúpidas. Yo no voy a permitir que usted venga a ofendernos aquí, y mucho menos crearle problemas a nuestro Juyí, que lo único que ha hecho es mencionar las cosas por su nombre correcto.

—¡Es pecado decir esa palabra!

—Pero contésteme, usted que sabe tanto de estos asuntos. ¿Y en el caso de un hombre adulto decir “pene” también es pecado?

—¡Señora! —gritó Inmaculada empezando a ponerse sudorosa.

—Si mientras son niños se tiene que decir *pajarita o pollita*, ¿en qué momento se debe cambiar de nombre y cómo se le dice a la de un hombre cuando se hace grande? ¿*Pajarón o pollón*?

Inmaculada inició una plegaria a todo pulmón, se tapó los oídos y cerró los ojos para abstraerse de la discusión. Eli se abalanzó sobre ella y le retiró las manos de los oídos. La tomó por los hombros y la sacudió violentamente.

—¡Déjese de estupideces y conteste!

La mujer había empezado a respirar con dificultad. Las fosas nasales le aleteaban y silbaba al hablar.

—¡Dios mío! ¡Perdónalas! Apíadate del alma de ese niño. Recuerda que la culpable es la madre —imploró dirigiendo los brazos al cielo en actitud de plegaria.

—¿Yo? ¿De qué soy culpable?

Inmaculada intentó calmarse, fulminó a Eli con la mirada y respondió con dificultad.

—Usted debe saber, hija mía, que su pecado ha maltratado a nuestro Creador. Siento compasión por usted porque el castigo mayor que puede tener una madre es el que recibe a través de los hijos. Usted quedó embarazada al ser viuda, pero su castigo fue tener un hijo mutilado. Arrepiéntase de su pecado a ver si Dios la perdona.

Aquello traspasó el límite. Eli le lanzó un descomunal puñetazo a la cara. Inmaculada trastabilló varios metros hacia atrás y de puro milagro no cayó al suelo. Se estaba poniendo azul, el aire le faltaba cada vez más. Desesperada buscó el respaldo de una silla y se afianzó a ella.

Todas pensaron que iba a lanzarla contra la tía de Juyi, pero la utilizó como apoyo para respirar mejor.

Viendo al enemigo en desventaja, Eli decidió hacer leña del árbol caído.

—No me ha contestado todavía, señora. Yo le pregunté en qué momento se debe cambiar el nombre *pipí* o *palomita* o como usted quiera que se llame por un nombre más adulto. ¿Ah? Usted es una entrometida en la vida de los demás y debe ser porque es fea y frustrada. Debe ser de esas que no disfrutan del sexo.

—Yo he tenido nueve hijos —susurró la matrona ahogándose.

—¿Y cuántos orgasmos? ¡Imbécil!

Inmaculada lanzó un silbido interminable, mientras su rostro se ponía negro.

—¿Sabe lo que le digo? —continuó Eli. —Que usted es una ignorante. ¡Y así pretende darnos lecciones! Aunque ya es vieja hay algo que nunca ha aprendido. Pero yo se lo voy a enseñar ahora y espero que no se le olvide. De lo que estamos hablando se llama pene. ¿Oyó? ¡Pene! ¡No se llama de ninguna otra forma! Se llama pene cuando es de niños, se llama pene cuando es de muchachos. Se llama pene cuando es de adultos y de ancianos. Se llama pene cuando sirve para orinar. ¡Y se llama pene cuando sirve para hacer lo que a usted le está haciendo falta! ¡Mal cogida!

Una ambulancia abría paso en el congestionado tráfico camino al hospital, con una asmática Inmaculada que, en esa ocasión, se salvó de puro milagro.

Al mismo tiempo, en dirección contraria, Juyi abandonaba para siempre el **kinder** acompañado de su madre y su tía.

Parte segunda: La escuela

XXI

Aunque nunca se enteró de lo sucedido aquel día, intuitivamente Juyi se culpabilizó por el sufrimiento de su mamá. Mucho tiempo tomó a las hermanas recuperarse de tan terrible experiencia.

Gracias a la intervención de Mariano y sus influencias ministeriales, el pequeño tuvo matrícula escolar asegurada para el año siguiente, pese a no haber concluido el curso anterior.

Llegado el momento, la familia celebró el primer día de clases. La madre le compró el uniforme, la tía los zapatos, Ana le obsequió los útiles escolares y Mariano el bulto de cuero. Deliberadamente se escogió una escuela lejos de casa, para evitar cualquier posibilidad de intromisión por parte de los vecinos. Todos estaban atentos.

Las primeras semanas transcurrieron con gran expectación. Juyi se mostraba huraño, introvertido y aislado. Nunca había aprendido a socializar bien con nadie de su edad. Pero la conducta de los compañeritos fue tan buena, que terminó por integrarse satisfactoriamente al grupo.

Se empezó a distinguir por su veloz aprendizaje, disciplina, hábitos y presentación personal. Aprendió a leer y escribir mucho antes que cualquier otro.

Rápidamente se convirtió en un niño famoso, querido por sus maestras y puesto de ejemplo para todos. Se sentía orgulloso de sus calificaciones y de la simpatía, que despertaba en los adultos.

Entonces algo cambió en sus compañeros. Ya no lo trataban igual. Presentía que hablaban a sus espaldas.

Cada vez que pasaba al frente del aula para trabajar en el pizarrón, percibía miradas extrañas.

Un día, la maestra solicitó un voluntario que se adelantara a la pizarra. Como de costumbre, después de esperar a que algún otro se atreviera, Juyi se levantó y lo hizo.

La maestra iba a enseñar el concepto de siglas. Lo más práctico era ejemplificarlo con el nombre propio.

—Vamos, Juyi. Escriba su nombre completo —dijo la mujer.

Lo hizo con caligrafía impecable.

—Ahora escriba debajo, la primera letra de cada palabra. Esas letras son las siglas de su nombre.

Cumplió la orden, pero antes de terminar, sonoras carcajadas lo hicieron estremecer. Giró sobresaltado para ver qué sucedía. ¡Todos se burlaban de él! ¿Por qué? ¿Qué había pasado? ¡No comprendía!

La acongojada maestra procuraba aplacar la reacción.

Se escuchó un comentario sofocado entre las risas:

—¡Qué *Capullito* tan cómico!

¡La frase le traspasó los oídos!

¡Había sido descubierto!

Quiso llorar, pero se reprimió porque aún no comprendía el porqué de las risas.

Se volvió de nuevo al pizarrón y entendió.

Allí estaba escrito, de su puño y letra, su propia sentencia de muerte.

Juyi Acson Jiménez Arce

J A J A

“Ja, ja” “Ja, ja”

¡El sonido de la risa humana!

A partir de ese día, fue conocido por ese mote.

XXII

Con el apoyo de su familia y la supervisión profesional, terminó por aceptar que lo llamaran públicamente *Ja-ja*. Prefería eso a que le dijeran *Capullito* a sus espaldas. La situación pareció controlarse momentáneamente.

Una calurosa tarde escolar, se vio obligado a tomar mucha agua para calmar su sed. El abundante líquido tuvo su consecuencia.

Al sonar la campana de finalización del último recreo, dirigió sus pasos hacia los servicios sanitarios. Le urgía vaciar su vejiga y el mejor momento para hacerlo era ese, cuando los alumnos se dirigían a las aulas y el lugar quedaba vacío.

A un lado estaba el orinal común. Justo enfrente había una hilera de tazas sanitarias debidamente individualizadas por paredes divisorias con puertas frontales. Tanto las paredes laterales como las puertas se alzaban unos

treinta centímetros del suelo, de manera que era fácil visualizar los zapatos y tobillos de los usuarios de los retretes. Entró en el que se encontraba más aseado y cerró la puerta. Bajó su ropa hasta los tobillos y se sentó, vaciando su vejiga con inmenso alivio.

No bien finalizaba su labor cuando escuchó varias pisadas.

—¡Allí está! —dijo una voz.

Algunos niños se ubicaron frente a la puerta luchando por abrirla, mientras otros metían sus brazos por debajo. El espacio era pequeño como para que pasara un cuerpo, pero los brazos entraban con holgura.

El pánico lo paralizó. Quiso gritar, pero lo contuvo la vergüenza.

Le agarraron el pantalón y el calzoncillo, y tiraron de ellos con fuerza. Se sujetó como pudo de las paredes y forcejeó tratando de retener las prendas entre sus piernas, pero la lucha era desproporcionada y al cabo de unos instantes lograron desprenderle la ropa, los zapatos y los calcetines.

Inmediatamente escuchó el rápido salir de pisadas y las risas de los rapaces.

Quedó desnudo de cintura para abajo, sentado en la taza de un desolado servicio sanitario.

Lloró en silencio por temor a ser descubierto de nuevo. Tiempo después escuchó la campana de salida de curso.

Pensó en su madre, en su tía, en Ana y en Mariano. Recordó a la doctora, a las psicólogas.

Hacía horas que el picor lo mortificaba y ya le sangraba la piel de tanto rascarse.

Se mantuvo callado, con frío y hambre.

Nunca supo con exactitud cuánto tiempo transcurrió.

Súbitamente una luz intensa lo sacó de su estado. Oyó un fuerte golpe y vio cómo la puerta del retrete se abría con dificultad.

El rostro de un hombre uniformado apareció frente a él. Vio varias personas que se le acercaban, conforme el policía lo conducía hacia fuera, mientras alguien le colocaba una manta alrededor de la cintura. En cuanto salió al aire libre pudo contemplar una noche estrellada. Siguió caminando entre desconocidos. Los reflectores giratorios de las radiopatrullas le producían vértigo. En vano procuraba identificar algún rostro. En eso reconoció a su madre y corrió a su encuentro. Luego descubrió los rostros de su tía y de la directora de escuela.

Después se rindió al agotamiento y no supo más.

Aquella noche fue la última vez que contempló la escuela donde adquirió sus primeros conocimientos.

XXIII

—La situación se ha salido de control —dijo la pediatra.

—Esto es algo superior a lo que esperábamos —contestó la primera psicóloga.

—¿Y cuál es la postura de la familia?

—¡Difícil! —se apresuró a responder la segunda. Las mujeres son bastante primarias en sus respuestas ante estas situaciones. La tía se torna agresiva con facilidad. El más capacitado es el amigo, que se llama Mariano, pero no es una figura constante en la familia. Al menos aparece cuando más se necesita.

—¿Y la otra amiga? Ana, creo que se llama.

—Es una persona misteriosa. Nunca ha venido a las reuniones que la invitamos. Es esquiva y al parecer no se lleva bien con Mariano.

—¿Cómo es eso?

—Creo que es un asunto de celos por el cariño de Juyi.

—¿Y cómo está él?

—Ya ha superado la crisis, sin embargo muestra un gran rechazo a ingresar en otra escuela.

—¿Qué tal es la opción de ahora?

—Mucho mejor. Definitivamente reúne condiciones superiores. Está ubicada mucho más lejos del hogar. La maestra orientadora fue mi compañera de trabajo hace un tiempo y puedo recomendarla a ojos cerrados. Ya conoce el caso y así tendremos una aliada capacitada, que dará seguimiento permanente.

—Todo augura cosas mejores en esta ocasión, doctora.

—Ya veo. Bueno. Confiemos en que así sea.

—Y díganos, ¿cómo marchan las cosas para él?

—Mal. No hay crecimiento de pene.

—¿Definitivamente no existe algo que se pueda hacer?

—Sería todo completamente experimental y con grandes riesgos, por lo tanto no se hará. Esto se convirtió en un problema ético, señoras.—

—¿Y la posibilidad con la hormona de crecimiento?

—Precisamente es lo que no se debe hacer. Todo sería experimental.

—¡Pobre niño!

—¡Y pobre madre!

Las tres mujeres guardaron silencio.

XXIV

Las expectativas generadas por el cambio, a un nuevo centro educativo, fueron desviadas hacia una actividad que vino a capturar mayor atención.

Juyi había alcanzado la edad para hacer su primera comunión, perentorio sacramento de la fe en que había sido bautizado.

La familia buscó el más famoso centro de catequesis de la capital y hasta allí fue a dar el pequeño una tarde sabatina en compañía de su madre.

El ambiente era perfecto. ¡Todo! El lugar, los compañeros, la catequista. Juyi empezó a sentirse muy cómodo después de tres sábados de asistencia. Le gustaba más aquella actividad, que su nueva escuela.

Antes de un mes, había hecho amistad con un niño de su misma edad llamado Rafael, con quien compartía la coincidencia de no tener padre. La madre de Rafael era maestra en una escuela rural.

Con el paso de las semanas, Rafael se transformó en su primer amigo. Juntos empezaron a descubrir las maravillas de la amistad y con el tiempo se convirtieron en hermanos de alma.

Los adultos estaban emocionados de ver la transformación de Juyi. Por primera vez lo veían entusiasmado con alguien de su edad.

Y coincidieron en que había llegado el momento de invitar a Rafael a casa.

XXV

La víspera del ansiado día, tía Eli invitó a Juyi a hacer las compras para la recepción en un supermercado cercano.

En cuanto traspasaron la puerta, la mujer tomó un coche metálico que entregó a su sobrino.

Se dirigieron al área de los quesos, de donde tomó ocho clases diferentes, ante las miradas de asombro de quienes se encontraban a su alrededor. Juyi no entendió cómo un simple queso podía tener nombres tan extraños y precios tan caros.

Posteriormente se encaminaron al área de vinos. Eli tomó seis botellas, después de estudiarlas con minuciosidad. Un joven que la contemplaba con admiración se atrevió a decirle:

—Veo que usted es una conocedora de vinos.

—**Ai am** —contestó con coqueta sonrisa.

El recorrido continuaba conforme el coche se iba llenando de productos novedosos con nombres extraños. Como Juyi todavía no había aprendido a sumar bien, se había quedado rezagado en el proceso. Pero lo que sí podía comprender era que el coche valía una fortuna.

Frecuentemente alguien dirigía la mirada hacia ellos e intercambiaba comentarios con Eli, aunque la mayoría solo les lanzaba miradas de envidia.

Juyi se empezaba a cansar y el peso del vehículo era cada vez más difícil de dominar. Parecía que la tía había olvidado que era un niño el que lo llevaba.

Pero un pensamiento lo hacía sobreponerse al gran esfuerzo y era la ilusión de lo que opinaría Rafael acerca del banquete, que le iban a ofrecer. Sintió agradecimiento por su madre, tía y padrino; pues comprendía muy

bien que aquellas compras solo se podían hacer con la cooperación de todos los que lo amaban.

La compra parecía interminable. Llevaban más de dos horas en el supermercado y al coche ya no le cabía ni una hoja de papel.

Cuando creyó que estaba a punto de desfallecer, se hizo el milagro.

Tía Eli contempló ansiosa a ambos lados del pasillo, que en ese momento se encontraba vacío. Colocó el coche junto a uno de los estantes y tomó unos pocos productos que había apartado estratégicamente.

—Seguime rápido —le dijo a su sobrino.

Él obedeció aliviado.

—¿Adónde vamos, **ant**?

—¡Callate y seguime! No digás nada. ¡Cuidado con contar algo en casa! ¿Me entendés?

—Sí.

Llegaron veloces a una de las cajas de pago. Eli compró tan solo unos pocos artículos que cabían en una pequeña bolsa de plástico, salieron rápido del supermercado y dejaron atrás el repleto y ostentoso coche abandonado.

XXVI

Rafael y su madre Rosario llegaron el domingo con puntualidad poco usual.

—¿De cuáles Fallas es usted? —preguntó Eli después de enterarse del apellido.

—De los de Desamparados —contestó risueña la joven.

—Sí —rió Eli —Como todos los Fallas. Pero, ¿acaso es pariente de los dueños del restaurante “La mesa”?

—No.

—Ah. ¿Y es algo de los dueños de la línea de autobuses a San Marcos?

—No. Tampoco.

—Ya veo —dijo perdiendo todo interés por aquella mujer.

—¿Así que usted es maestra? —dijo la madre de Juyí.

—Ajá. Trabajo muy cerca de casa. ¡Viera que me resulta muy cómodo!

—Pues yo trabajo en oficios domésticos.

—Pero yo soy estilista —apresuró Eli, señalando su salita de belleza.

—Tienen una casa muy linda. Las felicito.

—Muchas gracias.

—Pero pronto vamos a irnos de aquí. Ya estamos hartas de este vecindario. Vivir en Hatillo no es lo mejor para nosotros. ¡Uf! **Güi jéit it** —acotó Eli.

—¿Perdón?

—**Güi jéit it**. Lo odiamos. ¡Ah! ¡Perdón! ¿Usted no habla inglés?

—Pues viera que no.

—¡**Oh! Ai am sorri**. Nos hubiéramos entendido tan bien.

—Yo tampoco hablo inglés —dijo la madre.

—Pues entonces usted y yo sí nos vamos a entender
—concluyó Rosario.

Los niños jugaron toda la tarde, ajenos a lo que sucedía en la mesa del comedor. La madre estaba fascinada de haber encontrado una amiga y Rosario había superado la prueba de paciencia, que le representaba Eli.

Al final, las dos madres serían amigas por muchos años.

Juyi contempló nostálgico la partida de Rafael, ansiando que llegara pronto el siguiente sábado para verlo en el catecismo.

—Mami. ¿Cuándo vamos a visitar la casa de Rafa?

—Vamos a ver, mi amor. Más adelante.

—¡No deberías llevar a Juyi donde esa familia! bufó Eli.

—¿Por qué no?

—Me pareció muy ordinaria esa mujer.

—Esa mujer es una maestra. Es más preparada que vos y yo juntas.

—Me pareció muy ordinaria esa maestrilla.

XXVII

El ocho de diciembre de ese año, Juyi Acson realizó su primera comunión católica.

Fue el único niño en vestir un frac confeccionado a su medida en una de las sastrerías más caras de entonces, iniciativa de la tía Eli.

Hubo un refrigerio y después las familias iniciaron la tradicional visita de presentación a familiares y amigos, quienes premiaban a los pequeños con dinero y regalos.

Desde varios días antes, todos los niños hablaban del tema.

—Cuando hagamos la primera comunión nos van a pagar.

—¿Nos van a pagar?

—Sí. Nos van a pagar por hacer la primera comunión.

—¿Pagan por eso?

—Mi mamá dice que sí. El año pasado a mi hermano le pagaron mucha plata y con eso compró cosas para Navidad.

—¿De verdad?

—Sí. Algunos dan regalos.

—¿Y pagan bastante?

—¡Uy! A mi hermano le dieron como trescientos colones.

—¿En serio?

—Va a ser la primera vez que a mí me pagan por algo que hago.

Y sus mentes se llenaban de sueños y expectativas, pues nunca se les había advertido, en el cursillo de catequización, que aquel proceso era remunerado.

Lo más emocionante consistía en la emisión de recibos por el aporte obtenido. Aquellos documentos

constituían los famosos recordatorios, postales impresas con imágenes alusivas al sacramento y con el nombre del protagonista.

La emoción de los niños resultaba mayor que lo que los adultos podían entender.

A Juyi le llamó la atención que su familia solamente le imprimió doce postales de recuerdo, mientras que sus compañeros poseían hasta tres y cuatro docenas. Él no tenía familia ni muchos conocidos en la capital. Aquello lo desanimó bastante, pero confió en que le pagarían.

La familia organizó un almuerzo en casa, al que asistió Ana, mientras que Mariano se disculpó por no poder acompañarlos. Se sabía que no iban a coincidir nunca.

Durante la sobremesa, Ana sacó de su cartera cincuenta colones, que entregó a Juyi. Gustoso tomó el dinero y emitió el primer recibo de su vida, que la mujer tomó haciendo elogiosos comentarios.

XXVIII

Horas más tarde, Juyi llegó con su madre a casa de Rafael, con las once postales restantes y con la esperanza de recibir allí más pago.

Rafael salió radiante a su encuentro y lo llevó a jugar con todos sus primos, que habían llegado desde distintos lugares, mientras la madre pasaba a la cocina a compartir con Rosario y los adultos.

La familia de Rafael era numerosa y estaba toda allí reunida: los abuelos, tíos y cerca de una treintena de primos. Entre tanta gente, fue muy difícil para la madre de

Juyi reconocer a una mujer que la contemplaba arisca a distancia.

—Juyi. Vamos a mi cuarto que le quiero enseñar todo lo que me han dado —le dijo Rafael.

Ante la mirada incrédula de Juyi se alzaba una montaña de regalos, la gran mayoría sin abrir aún, que ocupaba toda la cama. Nunca había visto tantos regalos juntos. Sobre la mesa de noche observó una gran cantidad de billetes de diferente denominación, que rebalsaba una caja metálica.

—¿Todo eso te han pagado?

—¡Sí! —dijo Rafael con orgullo.

Juyi miró a su amigo con envidia.

XXIX

Aunque la diversión estaba con los pequeños, Juyi supo que su pago dependía de los adultos.

—¡Pero aquí hay otro niño que ha hecho la primera comunión! —dijo la abuela de Rafael al descubrirlo.

—Es Juyi, el amigo de Rafaelito —explicó Rosario.

—¡Pero qué maravilla de niño! —dijo la anciana. —Vení acá mi amor, para felicitarte —y mientras le daba un beso en la mejilla, depositaba en sus manos cinco colones.

—¡Bueno! ¡No es mucho! —pensó Juyi para sus adentros. Y le dio un recordatorio, que la anciana tomó en sus temblorosas manos con agradecimiento.

Por un momento respiró ilusionado. Tal vez allí estaba la solución. Y, abandonando el área de juegos del patio, se apostó a la par de la puerta principal de la casa a través de la cual entraban y salían constantemente los invitados. Su pose erguida e inmóvil recordaba los soldados imperiales

británicos, salvo que en vez de arma sostenía diez recordatorios de primera comunión. Pero después de un buen rato entendió que no era buena estrategia quedarse allí, pues se había hecho invisible a los ojos de los pasantes. Decidió entonces acercarse sigilosamente a los diversos grupos de adultos, que conversaban distribuidos por la casa. En más de una ocasión alguno giró su cabeza para contemplarlo, pero lo único que recibió fue sonrisas.

Rafael desistió de llamarlo a jugar. Hasta se quedó sin tomar café con tal de no perder la más mínima oportunidad de recibir su pago.

Cuando estaba empezando a sentirse realmente cansado y aún con diez postales en la mano, vio cómo una fea mujer se aprestaba a abandonar la casa después de despedirse de Rosario.

—¡Esta es la oportunidad! - se dijo. Y corrió de nuevo a la puerta por donde debía pasar la que se iba, asumiendo su postura militar y alzando aún más la mano con los recordatorios.

La mujer se acercó buscando algo en su cartera. Juyi detuvo la respiración. ¡De seguro le iba a dar algo! Pero lo que la otra sacó fue un pañuelo blanco con el que contuvo un repentino ataque de tos. Pasado el acceso, volvió a guardar el pañuelo mientras respiraba con dificultad. Pasó a su lado como sin notarlo, pero se detuvo tres pasos más adelante, se giró y lo vio directamente a los ojos por unos segundos. Luego volvió a girar sobre sus talones y masculló entre dientes:

—¡Adiós, “¡Capullito de alhelí!”

Frase que Juyi no pudo escuchar.

—Cuidate el asma, Inmaculada —la despidió Rosario desde el quicio de la puerta.

XXX

La situación se tomaba difícil en toda Centroamérica. Nicaragua estaba en guerra civil y miles de almas huían hacia Costa Rica buscando mejores condiciones. El país atravesaba una crisis económica y social. Escaseaba el alimento, se racionaba el suministro de agua potable y se había adelantado la hora oficial con tal de aprovechar más la luz solar. El costo de la vida se encarecía a gran velocidad.

La madre de Juyi era despedida de los sitios donde trabajaba y pronto la cambiaban por una empleada nicaragüense a la que se pagaba menos. La clientela de Eli había reducido la frecuencia con que se cortaba el cabello.

Solo Juyi la estaba pasando de maravilla. En la escuela avanzaba con facilidad en el aprendizaje al ser el mejor alumno de su clase. Era respetado y estimado por todos. Se desarrollaba física e intelectualmente bajo la mirada tutelar de la orientadora, que mantenía coordinación constante con sus colegas del Hospital de Niños.

Pero se había vuelto engreído e insolente.

—Juyi, ¿por qué no recogés tu plato sucio y lo llevás al fregadero? —le dijo Mariano un día que cenó con ellos.

—¿Y por qué?

—Porque es algo bueno de hacer. Con eso le ayudás un poquito a tu mamá y tu tía.

—¡No hace falta, Juyito! Para eso estamos nosotras —intervino Eli.

—¡No faltaba más, Mariano! Ese es nuestro trabajo —dijo la madre recogiendo el plato.

—Me van a perdonar, pero creo que están mal acostumbrando a Juyi.

—¡Ay, no seás necio! —dijo Eli.

—Vaya, Juyi. Vaya a ver televisión —ordenó la mamá.

—Creo que lo están consintiendo demasiado. Eso no está bien. Él tiene que participar en cosas de la casa.

—¡Mirá! Mientras yo esté viva nada le va a faltar a mi sobrino, ¿me entendés? No queremos que sufra las calamidades que tuvimos nosotras de niñas. ¿Me entendés?

—Sí. Entiendo. Pero tengo derecho a opinar con respecto a lo que me parece mejor para él. Al fin de cuentas soy su padrino.

—¡**Ah, sher ap**, Mariano, **bi cuaiet!** —gritó Juyi desde el aposento contiguo.

XXXI

En plena época de crisis económica, cualquier persona con un coche repleto de compras era digna de atención.

Eso lo sabía muy bien Eli, que se pavoneaba por los pasillos del supermercado luciendo su mejor vestido. Había colocado dentro del coche los más selectos vinos, embutidos, carnes, caviar, una pierna de cerdo, variedad de quesos y muchos productos más. No eran pocas las personas que la miraban y se detenían, ocasionalmente, para intercambiar con ella opiniones sobre el costo de la vida o la calidad de los productos.

Aquella tarde sabatina Juyi había ido con Rafael y otros niños a comprar dulces en el supermercado.

Satisfecho por la coincidencia de encontrar a su tía, tramó una estratagema para hacerla pasar un mal rato.

Llamó a sus amigos y les dijo:

—Majes, allá está mi tía.

—¿Cuál es?

—¡Ya la veo! Es la de vestido rojo —señaló Rafael.

—Ella siempre viene sola a hacer compras, porque a mí me da pereza acompañarla. Siempre llega a la casa y se queja de que tuvo que cargar muchas bolsas.

—Esas compras deben pesar mucho.

—¡Pobrecita!

—¿Por qué no le ayudamos? —dijo Rafael. — ¡Vamos y le ayudamos a empujar el coche!

Y asaltaron a la asombrada mujer entre saludos y admiraciones por la cantidad de compras que hacía.

Juyi se quedó rezagado al eximirse de lo que estaba a punto de suceder y esquivando la mirada de angustia de su tía.

—Nosotros le llevamos el coche doña Eli —dijo uno de los pequeños empujando con fuerza.

—¡No, no, no! ¡No hace falta, cariño! Si ya terminé de comprar —respondió acongojada.

—Entonces se lo llevamos a la caja. ¡Mire qué buena suerte! Esta está desocupada —dijo Rafael al punto de que colocaba artículos sobre el mostrador, donde la cajera los empezó sumar rápidamente en la máquina registradora.

Viendo la actitud de Rafael, los demás lo imitaron.

En un santiamén todos los artículos estaban pasando por las ágiles manos de la empleada, mientras Eli se paralizaba presa de pánico. Simultáneamente otra empleada empacaba las compras en cajas de cartón. Todo sucedía muy rápido. Los niños estaban extasiados con la aventura y preguntaban a la tía para qué servía esto o aquello.

—¡Oiga, Juyi! Yo no sabía que en su casa comían estas cosas.

La tía perdió el color.

—¿Le pasa algo, señora? —le preguntó la cajera.

Pero no contestó. Había perdido el habla y los dedos de las manos le hormigueaban. Le fallaba la respiración. Miró hacia atrás y vio una larga cola de clientes, que la observaban. Las personas le brindaron sonrisas de comprensión y admiración por el retraso y por su capacidad adquisitiva.

La voz de uno de los niños la sacó de su estado.

—¡Doña Eli! ¡Doña Eli! ¡Que le habla la cajera!

—¿Qué? —dijo a punto de desfallecer.

—Son siete mil trescientos colones, señora —repitió la empleada.

—¡Juéééééééééé...! —gritaron los niños a coro.

Y Eli se desmayó.

XXXII

—¿Nada?

—Nada —contestó la pediatra.

—¿Ni siquiera un centímetro?

—¿Ni siquiera un milímetro!

Las tres mujeres guardaron silencio.

—¿Y el desarrollo pondoestatural? —preguntó la otra psicóloga.

—Es óptimo. Por encima de lo esperado. Posee un excelente trofismo.

Lo mismo podemos decir de su desarrollo mental e intelectual. Se encuentra por encima del promedio para su edad. Posee un gran sentido común, la capacidad de análisis está muy desarrollada.

—La naturaleza tiene recursos interesantes. En deficiencia de alguna característica, siempre se produce una

compensación por hiperdesarrollo de otras. Es supervivencia pura.

—¿Y cómo anda la situación escolar?

—Muy bien, doctora. Obtiene las mejores calificaciones de toda la escuela. Además, lo mejor que pudo pasar fue que la licenciada Ramírez trabajara allí. Eso nos ha permitido realizar un trabajo integral y coordinado. En los cinco años, que lleva estudiando, no se ha presentado algún problema. A estas alturas es un estudiante sobresaliente, incluso en el campo deportivo. En los últimos tres años ha sido presidente de su clase.

—Los compañeros nunca lo han molestado, ¿verdad?

—Nunca. Fue una buena decisión que estudiara tan lejos de su vecindario.

—¿Y qué opinan de su personalidad?

—Bueno, ahí el asunto es un poco complicado.

—Creo comprender a qué se refiere, pero me gustaría que me explicara.

—Lo voy a poner muy simple. Sobrealimenta su ego como compensación de su defecto físico. Y la actitud familiar favorece esto.

—¿Sigue sobreprotegido?

—Sobreprotegido y sobrevalorado. La madre y la tía lo idolatran. Le han enseñado que se trata del mejor niño del mundo y él lo acepta. Hasta dice sin pudor que es el niño más hermoso de la escuela.

—¿Él mismo lo dice? En las últimas consultas me ha parecido manipulador —acotó la doctora.

—¡Ah! Resulta tremendamente manipulador —contestaron casi al unísono.

—¿Cómo se desarrolla su sexualidad?

—Nos preocupa. La única figura masculina de su vida es Mariano, pero no tiene una función paterna. Y a mí en lo personal no me agrada ese hombre.

—¿Por qué?

—Bueno. Percibo algo que no anda bien en él. Lamentablemente son pocas las ocasiones en las que asiste a sesiones conjuntas y mi valoración ha sido insuficiente. Me dejo guiar por mi intuición.

—A veces debemos dejarnos guiar por ella —dijo la galeña. —¿Y qué hay de la otra amiga de la familia? La tal Ana. ¿Ha vuelto a aparecer?

—En forma errática. Nunca respondió a las invitaciones que le hicimos para trabajo en grupo. A estas alturas, después de tantos años, no la conocemos.

—¿Pero qué rol juega en la familia?

—Refuerza la función materna en un frente común con la madre y la tía, aunque sabemos que su presencia genera conflictos en las otras. Todavía no sabemos por qué.

—¡Qué gran reto aceptamos hace diez años, compañeras!

—Así es, doctora.

—Y seguiremos adelante.

—Debo confesarles que, pese a mis limitaciones en el campo psicológico, tengo un gran temor.

—¿Cuál es doctora?

—Que seamos testigos de cómo surge una patología mental en el niño.

—Ya lo hemos considerado. ¿Pero usted por qué lo piensa?

La pediatra sonrió cálidamente.

—Lo intuyo. Como usted, amiga.

XXXIII

La Semana Santa había llegado con calores veraniegos. Muchos viajaban a las playas y dejaban las ciudades vacías.

Juyi y su familia nunca salían de la capital. El niño veía en televisión las mismas películas de todos los años: Ben Hur, Los diez mandamientos y muchas otras, que con los años, acabarían aburriéndolo.

El sofocante calor del Sábado Santo, unido a los efectos de una sopa de bacalao para el almuerzo, terminó por producir un pesado sueño al que todos se entregaron por igual. Cada uno se dirigió a su dormitorio y cerraron puertas y ventanas, mientras en la calle el inclemente sol levantaba espejismos del pavimento.

Un torrencial y extemporáneo aguacero despertó al niño en la tarde, pero se dio vuelta en la cama y continuó durmiendo.

—Juyito —lo llamó la madre. —Levántese a tomar café, mi amor.

Por respuesta dio otro giro en la cama.

—Juyi. Levántese que se va a quedar sin sueño para la noche.

Esta vez no hubo respuesta.

—¡Juyi! Vino Ana a saludarlo.

Esta última noticia dio el estímulo necesario. Se incorporó de la cama y salió al comedor, donde lo esperaba su taza con café.

Ana estaba sentada a la cabecera de la mesa con un vestido corto, que le permitía lucir sus bellas piernas. Juyi la saludó y se sentó a su lado, la contempló con admiración mientras saboreaba su bebida. Definitivamente la mujer

era bellísima. A Juyi siempre le había agradado desde la primera vez que la vio. Pese a su corta edad, creía que era una de las mujeres más bellas del mundo después de su mamá. Y tal vez porque ya empezaba a dejar atrás la niñez, cada vez se sentía más atraído por ella.

Comprendiendo que la conversación entre mujeres tomaría un tema que le estaba vedado, se levantó de la mesa avisando que continuaría su siesta un rato más, mientras la lluvia lo arrullara.

Pero, lejos de lograr su objetivo, se mantuvo totalmente despierto ayudado por los efectos del café.

En sus pensamientos estaba Ana, su enigmática amiga que aparecía ocasionalmente. ¿Qué habría hecho que a su madre le disgustaba tanto? ¿Por qué Mariano la rechazaba? ¿Por qué cada vez que aparecía, su madre y su tía discutían?

En eso estaba cuando escuchó que Ana entraba al dormitorio contiguo y decidido se incorporó para espiarla.

Hacía tiempo había descubierto un pequeño agujero en la pared, que comunicaba los dos dormitorios. Sin remordimiento retiró el trozo de papel con que él mismo lo había tapado. Miraría solo unos instantes, nada más. De seguro la mujer iba a tomar una siesta. No había nada de malo en espiarla. Se aseguró primero de que la puerta de su dormitorio estuviera bien cerrada y se asomó por el agujero.

Pudo observar el torso de Ana, pero fue imposible mirar su rostro o sus piernas, dado que se hallaba muy cercana a la pared.

De pronto vio cómo se despojaba de su vestido y un fuerte latido le sacudió el pecho. ¡Ana se estaba cambiando de ropa!

Lejos de apartarse del agujero, su instinto masculino lo hizo acercarse aún más, como si pudiera así contemplar mejor.

Justo frente a sus ojos apreciaba el sostén blanco. La mano de la mujer se introdujo dentro de las copas extrayendo unos rellenos de goma. Acto seguido se quitó la prenda y dejó al descubierto un plano y velludo pecho, que mostraba solo un par de tetillas.

En ese momento, se percató de que también el abdomen de la mujer estaba cubierto por una capa de vello oscuro. Aquello le repugnó, pero antes de que pudiera reaccionar, observó el delicado calzón de encaje, a través del cual se insinuaba un gran bulto.

Quiso apartarse del agujero, pero estaba paralizado ante lo que comenzaba a comprender.

Ana se despojó del calzón dejando apreciar un pene que colgó agradecido tras verse liberado de la ajustada prenda. ¡Era la primera vez que Juyi observaba el pene de un adulto!

¡La imagen lo dejó impactado! El mundo entero se cayó a sus pies. Sintió vergüenza, temor y culpa por lo que estaba haciendo.

La persona al otro lado de la pared se agachó para terminar de quitarse el calzón y fue entonces cuando Juyi pudo ver el bello rostro masculino de Mariano.

XXXIV

Hasta ese día Juyi no tenía la más mínima idea de lo que le faltaba. Nunca había contemplado el pene de alguno de sus amigos; nunca había observado un dibujo, una fotografía o cualquier imagen de un hombre desnudo. Sabía solamente que carecía de un órgano para orinar.

Pero le aterrorizaba lo que había visto a través del agujero en la pared. Desde su perspectiva de niño, el pene de Mariano era inmenso. Se sentía amenazado ante su tamaño. Hasta ese momento tomaba conciencia de cuán inferior era con respecto a los demás hombres. Se sintió el ser más minúsculo e insignificante al comprender, por primera vez, la magnitud de su inferioridad.

Aquel descubrimiento le enfermaba. ¡Mariano se vestía de mujer! ¿Por qué lo hacía? ¿Qué significaba eso? De un solo golpe comprendió el malestar de su madre, las discusiones entre hermanas y la exclusión entre Ana y Mariano.

La alergia empezó a hacer estragos en su piel y buscó en su pantalón las pastillas que ya era costumbre llevar consigo. Tomó dos de un solo golpe y cayó en un sopor que le permitió apartarse de la realidad por un rato.

¿Qué haría de ahora en adelante? Sus pensamientos daban vueltas y se perdía en una vorágine entre realidad y sueño.

Para cuando despertó, ya la noche había caído sobre la ciudad.

La lluvia de la tarde había generado un calor mucho más sofocante y decidió escapar de su dormitorio. Su madre y su tía estaban sentadas frente al televisor viendo un capítulo de "CHIPS Patrulla motorizada".

—Pensamos que ibas a seguir durmiendo hasta mañana
—le dijo la tía.

—¿Se siente bien, mi amor? —preguntó la madre.

—Yo lo veo ojeroso, como enfermo. Mejor revisalo bien, no vaya a ser que tenga fiebre.

—No tengo nada —se apresuró a decir agresivamente.

—¿**Guáts da mara, Juyi?**

—¡No tengo nada!—gritó.

—¡Suave! ¡Suave! **Téiquir isi.** ¿Por qué nos contesta así?

—Es que no tengo nada —respondió conteniendo las lágrimas.

Sentía un gran dolor en su interior.

No sabía si era por decepción acerca de Mariano, por sentirse engañado por él. O si lo que dolía más era reconocer su defecto físico. Lo cierto es que el dolor le oprimía el pecho. Lo ahogaba. Moriría asfixiado si no confesaba lo que sabía.

—¡Tengo algo que decirles!

Pero apenas concluyó de decir la frase cuando una fuerte sacudida casi lo tumba al suelo. Las mujeres se incorporaron como un rayo de sus asientos.

Acababa de comenzar un violento terremoto, con epicentro en la zona sur del país, pero la sacudida llegaba hasta la capital con furia descomunal.

—¡Está temblando! —gritó aterrorizada la madre y sujetó a su hijo por los hombros.

—¡Las joyas! ¡Las joyas! —gritaba histérica Eli, mientras caminaba en dirección a su dormitorio y se subía sobre la cama para alcanzar una caja de cartón, que había encima del armario. En ella guardaba joyas de fantasía, sus más preciadas pertenencias.

—¡Eli, salgamos de la casa! —le gritaba la hermana mientras procuraba avanzar hacia la puerta de la calle arrastrando a su hijo.

La fuerza de la sacudida impedía caminar en línea recta. La humilde casa se sacudía de un lado a otro y lanzaba los pequeños objetos en todas direcciones.

—¡Las joyas! ¡Las joyas! ¡No puedo bajar las joyas! —lloraba Eli.

En el preciso momento en que Juyi y su madre lograron abrir la puerta, el terremoto alcanzó su máxima intensidad y el fluido eléctrico se cortó. El aterrador grito de Eli surcó los aires y se unió a miles de gritos más en todo el vecindario.

Juyi se aferraba a su mamá y observaba cómo los postes del alumbrado público se sacudían y los vehículos estacionados saltaban sobre sus llantas.

La ciudad capital estaba sumergida en la más espesa oscuridad, lo que permitía observar otro fenómeno natural acompañante al terremoto: miles de relámpagos iluminando el cielo. La tierra crujía con furia, emitiendo un singular sonido imposible de imitar y que solo quien ha vivido un terremoto sabe reconocer.

Cerca de un minuto duró la sacudida. Había sorprendido a muchos dentro de las iglesias y miles más en las playas.

Durante toda la madrugada se sintieron las obligadas réplicas del sismo. El fluido eléctrico se restableció una hora después y hasta entonces los residentes pudieron medir la magnitud de los destrozos en sus viviendas.

Todos procuraban volver a la calma.

Tremendamente impactado, por las fuertes experiencias de aquel día, Juyi hacía su particular interpretación

de lo sucedido. Sentía que aquel terremoto era una señal de que no debía mencionar lo que sabía. Y guardó silencio. Aquel sería su gran secreto. De todas maneras, había ahora cosas más importantes por qué preocuparse.

XXXV

Atrás había quedado el terremoto y el cariño y el respeto por Mariano. Evadía con hostilidad la presencia de su padrino, estuviera o no vestido de mujer.

Ahora buscaba con más frecuencia la compañía de su pediatra y las psicólogas.

—¿Qué hacés por aquí, Juyi? ¿Pasó algo?

—Usted dijo que le avisara si pasaba algo diferente —
La pediatra lo miró esperanzada.

—A ver. ¿Qué fue lo que pasó?

Tomó coraje y le dijo mirándola directo a los ojos.

—Me pasó algo extraño. Es la primera vez que me pasa. Anoche tuve un sueño. Estaba en un campo, todo verde y con muchas flores y árboles. Hacía mucho calor. Yo estaba recostado sin ropa sobre el zacate, boca abajo, y empecé a sentir como un fuego en los testículos. Era como un dolor pero no era dolor. El fuego empezó a crecer y crecer. Yo sentí que todo el cuerpo se calentaba. Me dio miedo porque yo sabía que algo me iba a pasar, aunque no sabía qué era. Quise levantarme y gritarle a mi mamá que estaba lejos. Ella iba caminando hacia otro lado y no me podía ver. Yo tenía miedo de que me dejara solo con lo que me estaba pasando. Sentí que algo iba a explotar, algo muy fuerte. Y en ese momento me desperté. Sentí sacudidas como olas en el ombligo, las nalgas

y los muslos y me salió un líquido, que me mojó todo. Pensé que algo se me había reventado por dentro. Me dio mucho miedo.

—Y esa sensación que tuviste, ¿te gustó? ¿Se sentía bien?

Juyi se ruborizó.

—¿Te gustaría que volviera a suceder?

—No sé.

—Pero te gustó, ¿verdad?

—Sí —dijo titubeando—. ¿Pero qué fue eso?

—Tu cuerpo está comenzando a tener cambios. Te estás empezando a hacer hombre.

—¿Pero es algo malo?

—¡No! En absoluto. Es completamente normal. Lo que tuviste se llama polución nocturna. La gente le dice sueños mojados. Decime una cosa. ¿No tuviste la curiosidad de tocarte?

—Sí.

—¿Y acaso notaste que no eran orines?

—Yo pensaba que era sangre porque era muy caliente, pensé que algo se me había roto por dentro.

—Pero no era sangre, ¿verdad?

—No. Cuando encendí la luz vi que era blanco.

—Es el semen, Juyi. Eso le sucede a todos los muchachos en el desarrollo. Es completamente normal.

—¿Pero por qué nadie me lo explicó? ¡Nadie me dijo nada de eso! Yo me asusté mucho. Me dio mucho miedo. Y me da mucha vergüenza. Mi mamá y mi tía se van a dar cuenta, porque la ropa quedó manchada.

—Tenés razón. Nadie le explica a los varones los cambios que tienen en el desarrollo. Yo misma cometí el error de omitir esa información. Actualmente a las mujeres sí

se les instruye un poco más acerca de la primera menstruación. Pero a los varones nunca se les explica nada. Por mi parte te pido disculpas por haberme olvidado.

—Está bien —dijo satisfecho. —Y ahora quiero pedirle una cosa.

—¿Qué es?

—¡Yo no quiero que usted me examine más!

La pediatra lo miró con ternura maternal.

—Te estás haciendo grande. Tenés pudor.

—¿Qué cosa?

—Te avergüenza que yo te haga un examen físico.

—Sí. Ya no quiero que me examine más.

—Pues es tu derecho —y comenzó a hacer anotaciones en el expediente médico.

—No se enoje por lo que le dije.

—Yo no me enojo. Te repito que es tu derecho. Pero la única manera en que los médicos ayudamos a los enfermos es examinándolos.

—¡Yo no estoy enfermo!

—Tenés razón. Perdoname. Me equivoqué en lo que dije. Vos no estás enfermo. Pero los médicos ayudamos a muchas personas que no lo son. Lo único que hago es vigilar que tu desarrollo sea correcto.

—Pero si es solo eso, yo se lo puedo decir. No tiene que examinarme.

—¡Me parece muy bien! Podemos hacer un trato. Yo no te vuelvo a examinar, pero me tenés que dar toda la información que te pida. ¿Me podés decir cuánto miden ahora tus testículos?

—No sé, porque yo no me los mido.

—¿Ves? ¡Ahí está! Es importante que alguien te examine y te haga mediciones.

—¿Pero acaso se los miden a todos los niños?

—Vos sabés que mi preocupación es por el crecimiento de tu pene.

—¿Y va a crecer algún día?

—No lo sé. Solo el tiempo lo dirá.

—Entonces cuando crezca yo le cuento.

—Bueno. Trato hecho. Pero vas a tener que seguir acudiendo a citas conmigo.

La mujer sacó un gran libro de la gaveta de su escritorio. Estaba lleno de dibujos y fotos a colores, lujosamente empastado.

—Hace tiempo quería regalarte este libro. Lo compré especialmente para vos. Es sobre sexualidad humana. En él vas a aprender cosas muy interesantes y científicas. Está dirigido a gente joven. Y no olvidés que también podés preguntar a tu padrino. Él también te puede orientar.

—Yo no quiero hablar con él.

Parte tercera: El colegio

XXXVI

El inicio de la enseñanza secundaria fue motivo de nueva expectación familiar. Juyi se había matriculado en el mismo colegio de Rafael, que por estar muy cercano a la casa de su amigo, le obligaba a recorrer una gran distancia desde su hogar.

Avanzadas las primeras semanas las cosas marchaban de maravilla. Integraba un grupo de dieciocho mujeres y trece varones.

En el nivel superior había un joven hosco y fanfarrón de nombre Carlos, que gozaba de fama por ser buen estudiante. Juyi lo sorprendió un día conversando con Rafael y preocupado por alguna situación, que perjudicara a su amigo, lo interpeló a la salida de clases.

—Rafa. Te vi en el recreo conversando con ese maje que se llama Carlos, el de segundo año. ¿Qué pasó? ¿Te está molestando?

—No. Yo no te había contado que él es familia mía.

—¿Cómo?

—Sí. Pero es una familia muy rara. Casi nunca nos visitan. Pero Carlos es buena gente conmigo.

—¿No es muy pedante?

—Pues sí, pero conmigo no. Además yo no le hago caso.

—Yo creo que lo conozco.

—¿De dónde, Juyi?

—No sé. Pero se me hace conocida su cara.

XXXVII

—Decime los apellidos de tus compañeros.

—¿Para qué, tía?

—Vos nada más decímelos.

—Castro. Rojas. Cambronero. Zeledón. Sáenz.

—¿Ese Sáenz? ¿Quién es?

—Se llama Roberto Sáenz.

—¿No sabés si es familia del ministro?

—No, **ant**.

—Bueno, **continiu**.

—Rojas. Araya. Vargas. Montero. Jiménez.

—¿Quién es Jiménez?

—Es una muchacha que se llama **Anyidikinson Jiménez**.

—¿No sabés si es familia de Ricardo Jiménez, el ex presidente?

—No sé.

—¿Y cómo es ella? ¿Se ve que tiene plata?

—Pues yo creo que sí. En todos los recreos se compra comida.

—**Dats terrific**. Vamos a tener que conocerla. ¿Y cómo es? **Explein tu mi**.

A la semana siguiente **Anyidikinson** Jiménez visitaba la casa de Juyi junto con dos amigas más con el pretexto de estudiar para un examen.

—¿Y de cuáles Jiménez es usted? —le interrogó Eli.

—Mi papá es de Cartago.

Eli sonrió con satisfacción.

—Entonces debe ser familia de Ricardo Jiménez, el ex-presidente.

—No sé, señora.

—¿“Señora?” ¡No, no, no, no, no! Llamame Eli. Nada más Eli. ¿Y dónde vivís, **darlin**?

—En San Francisco de Dos Ríos.

—¡Oh! **Ai lov Saint Franciscou.**

—¿Conoce?

—No, pero **Ai lov it.**

—Es que mi tía iba a instalar un negocio allí —dijo Juyi, mientras la madre les servía café y galletas.

—Quería instalar un **biuti center** de dos plantas. Es exactamente lo que pretendía hacer en esta casa también. Pero Hatillo no es un buen vecindario para nosotros, así que no lo he hecho esperando cambiar de barrio.

—¿Y adónde quieren irse?

—Hemos pensado en Los Yoses, pero por lo pronto nos quedaremos aquí unos meses más.

Eli dirigió una mirada de fastidio a las otras dos jóvenes.

—¿Y usted, gor-di-ta? ¿Cuál es su apellido?

—Yo me llamo Debi Granados —dijo atragantándose con el café.

—¡Ah! ¿Y usted, ne-gri-ta?

—Yo me llamo Tina Lacayo, soy de Nicaragua —respondió la tercera.

—¡Bueno! ¡Qué se le va a hacer! —suspiró Eli.

Cuando todas se marcharon, la mujer llamó a su sobrino.

—Te aconsejo que te hagás amigo cercano de esa preciosa, que es **Anyidikinson**. Esa muchacha te conviene.

—¿Me conviene para qué?

—No seas bruto. La única manera de surgir en la vida es cultivando amistades influyentes. Tenés que hacerte amigo de personas importantes.

—¿Y yo cómo hago para saber que una persona es importante?

—Vos nada más haceme caso a mí. Yo te lo voy enseñando.

—Pero Eli —intervino la madre. —No deberías llenarle la cabeza a Juyito con esas ideas. A mí no me parece bien.

—Precisamente por pensar así estabas donde estabas. Pero yo los voy a hacer surgir, confíen en mí. Por cierto, Juyi.

—¿Sí **ant**?

—Alejate de la nica y de la gorda. No te convienen.

XXXVIII

Tía Eli hizo revisión técnica de todos los compañeros de su sobrino, a lo largo del semestre, para escoger quién le convenía y quién no.

La situación familiar era difícil, la madre llevaba varios meses sin conseguir empleo y Mariano se había apartado en respuesta a la indiferencia de Juyi. El soporte económico lo ejercía Eli, que trabajaba arduamente para apenas salir a flote con los gastos, y defendía el principio de conservar la imagen pública de bienestar a cualquier precio.

Por esa razón organizó un viaje a la playa.

Hacía muchísimos años que la familia no disfrutaba de las bondades del mar. El día acordado los tres se trasladaron hasta la estación de autobuses, donde se les unieron Rosario y Rafael. Hora y media después llegaban al lugar.

—¿Me puede decir si esta playa tiene zona **vi ai pi**? —interrogó Eli al cuidador.

—No señora —contestó sin estar muy seguro de lo que aquello significaba.

—¡Ni modo! Nos tendremos que conformar con esto —murmuró malhumorada al punto de que se instalaba bajo la sombra de un almendro.

Los demás la siguieron y al poco rato se encontraban cómodamente instalados con su ropa de playa. Juyi y Rafael se aplicaron aceite bronceador y se zambulleron en el cálido océano. Aquello era uno de los máximos placeres que conocían. Rafael era más asiduo visitante del mar, pero para Juyi la experiencia era bastante infrecuente.

Conforme transcurría la mañana se les unió un grupo de muchachas, estudiantes de un colegio de provincia.

Al poco rato todos conversaban animosamente dentro del agua.

Juyi era el centro de atención. Aventajaba a Rafael en físico e intelecto y resultaba un seductor nato. Lejos de sentirse molesto por aquello, Rafael disfrutaba la presencia de su amigo. Y las muchachas estaban fascinadas por la compañía del joven.

El sol quemaba sus juveniles pieles, de modo que decidieron salir a la arena a reforzar la capa de aceite protector.

Pero ahí la situación dio un giro. En cuanto estuvieron fuera del agua, las muchachas desviaron toda su atención hacia el asombrado Rafael, que no terminaba de entender el por qué de la nueva preferencia.

Juyi se sintió incómodo al verse ignorado por quienes minutos antes solo tenían ojos y oídos para él. Pero cuando regresaron al agua recuperó el liderazgo y la atención de todas.

Aquello le inquietó. ¿A qué se debía el cambio de actitud de las muchachas? ¿Por qué al estar en el mar con el agua a la cintura él era el centro de atención y en la playa no?

Horas después fueron llamados a almorzar. Pero al salir del agua se repitió el mismo cambio de comportamiento.

Mientras las muchachas bromeaban con Rafael, Juyi analizó la situación y halló la respuesta al ver el cuerpo de su amigo.

Rafael poseía un bulto genital muy notorio a través de la pantaloneta, que se ceñía impudicamente a su mojado cuerpo.

Pero en su caso, la pantaloneta se le ajustaba al cuerpo en igual forma que lo hace la ropa de baño al cuerpo

de las mujeres. ¡No tenía bulto genital! ¡Era totalmente plano por delante!

Terriblemente avergonzado, se vistió rápidamente y se apartó de sus amigas. Dejó de hablar y ni siquiera quiso almorzar. Se aisló.

Al caer la tarde subió al autobús en un profundo silencio.

—¿Qué te pasa mi amor? —preguntó la madre.

—Déjalo. Puede ser el exceso de sol que ha recibido. ¡No debió asolearse tanto! —dijo Eli.

Al llegar a casa corrió a su cuarto y se encerró con llave ante las infructuosas protestas de las hermanas. Buscó el libro sobre sexualidad humana y se lanzó en búsqueda ansiosa, que fue satisfecha al cabo de dos horas en que descubrió un interesante párrafo:

“Rigurosos estudios científicos de indiscutible valor estadístico revelan que el tamaño del bulto genital masculino es observado en forma inconsciente por el ojo humano, aún cuando se esté enfocando otro punto corporal en ese mismo momento.

El tamaño del bulto genital, a través de la ropa, es directamente proporcional al grado de dominio de su dueño y al respeto que se le prodiga”.

XXXIX

El libro sobre sexualidad obsequiado por su pediatra años atrás lo tenía cautivado. No dejaba de maravillarse por aquel mundo vasto y nuevo que se abría ante él con la ventaja de no tener que preguntar a nadie.

¿Por qué nunca antes lo había abierto? ¡Si era maravilloso! Ahora dedicaba horas enteras a su lectura. Todas las respuestas estaban allí.

Intencionalmente omitía la información relacionada con el tamaño del pene y bloqueaba visualmente los dibujos y fotografías al respecto. No deseaba ver algún otro pene en su vida. ¡Con haber visto el de Mariano bastaba y sobraba!

Un aspecto que lo atrajo de inmediato fue el tema del travestismo:

“Dícese de aquellos individuos que experimentan gratificaciones emocionales al vestir ropas del sexo opuesto.

(Mujeres vestidas de hombre y hombres vestidos de mujer). No debe confundirse con homosexualidad, error muy frecuente por ignorancia social.

(Muchos heterosexuales practican el travestismo y no todo homosexual es travestista)”.

Aquello lo tranquilizó. El saber que la conducta de su padrino formaba parte de la sexualidad humana conocida, le disipó el sentimiento de rechazo que sentía.

Decidió cambiar su comportamiento para con él.

Pero la vida le tenía reservada otra solución.

La humanidad estaba siendo azotada, desde inicios de década, por el virus del sida.

El país fue indiferente en un principio al considerar que aquello sucedía en lugares muy lejanos y que nunca llegaría a sus fronteras. Pero hacía un par de años que la gente empezaba a morir por la enfermedad.

La ignorancia y la estupidez del pueblo hallaron apoyo en las homólogas de las autoridades gubernamentales y sanitarias. El pánico se adueñó de todos y estalló la cacería de brujas. En diversas instituciones se levantaron listas con nombres de empleados sospechosos o confirmados de ser homosexuales. Empezó a existir rechazo y discriminación. Se realizaron redadas en centros nocturnos frecuentados por homosexuales para hacer exámenes de sangre obligatorios.

La opinión pública estaba dividida. Unos apoyaban las medidas vejatorias e infamantes. Pero un sólido grupo de intelectuales y políticos respetables se alzó en severa crítica contra los gobernantes responsables de los actos:

“...Ni el temor de todos ni la justa preocupación de las autoridades públicas autoriza ni legitima las medidas represivas, inconstitucionales y violatorias de los más elementales derechos humanos... y sí lesionan garantías constitucionales básicas...”

Ajeno a lo que sucedía esos días en el país, Juyi se sorprendió una tarde al llegar del colegio y encontrar a Mariano sentado en la sala con las hermanas.

—Tenemos que decirte algo que te va a doler —le dijo Eli, ante la actitud satisfecha de la madre.

—¿Qué fue?

—Ana no va a volver.

- ¿Por qué? ¿Qué le pasó?
- Tuvo que viajar fuera del país.
- ¿Adónde fue?
- A Estados Unidos.
- ¿Pero no va a volver nunca?

Los adultos se conmovieron por la aparente pena del adolescente.

Pero lo cierto es que, muy en el fondo de su corazón, aquella era la mejor noticia que había recibido. Ya no debería esforzarse por no herir a Mariano ni guardar las apariencias con Ana.

A la semana siguiente, ya había olvidado por completo el personaje travestido.

Pero, Mariano se hundió en una terrible depresión. Y el gobierno tuvo que eliminar las medidas represivas.

XL

A sus quince años de edad, Juyi era un guapo adolescente. Sus facciones se refinaban y su cuerpo había alcanzado gran estatura. Poseía una sonrisa seductora con dientes perfectos. Tenía espaldas anchas, musculoso pecho y extremidades fuertes.

Pero tenía un lado flaco. Se llamaba **Anyidikinson**.

Juyi estaba saboreando las primeras mieles del amor.

Sentía gran atracción por su amiga y compañera de estudios. En un principio creyó que era por haber seguido los consejos de su tía, pero luego se dio cuenta de que era auténtico y personal interés.

La muchacha parecía comprender sus sentimientos y correspondía tímidamente a las galanterías. No se podía

decir que entre ellos hubiera una relación de noviazgo, aunque la imagen pública así lo sugería. Sin embargo, por la ambigüedad de la adolescencia, ninguno de los dos se tomaba la molestia de sacar de su error a los demás ni daba pasos de progreso hacia un noviazgo verdadero.

Juyi sabía que cualquier intento de relación formal estaría frustrado. ¿Cómo iba a tener una compañera si carecía de pene? Desde su óptica juvenil, el amor era algo carnal, no se podía concebir de ningún otro modo. Y él no estaba capacitado por la vida para aquella experiencia.

Sus compañeros ya empezaban a dar los primeros pasos en el campo de la sexualidad.

Se había hecho costumbre ir a ver películas prohibidas y siempre se las agenciaban de algún modo para entrar. O si no, conseguían cintas de video y se reunían en casas particulares en ausencia de los adultos.

A Juyi no le gustaban esas actividades. Cuando no tenía más remedio que ver películas pornográficas, bloqueaba visualmente las imágenes de hombres desnudos para no conocer sus atributos penianos. Pero las mujeres le excitaban sobremanera. Se imaginaba con mujeres hermosas de bellos cuerpos. Tenía cientos de fantasías que siempre interrumpía antes de llegar al acto sexual. Y aquello le producía un tormento imposible de describir.

A veces acompañaba a sus amigos para observar a escondidas los baños de mujeres. Nunca lograban ver nada, pero el morbo era ya suficiente recompensa.

Algo que le disgustaba sobremanera eran las competencias de masturbación. Los más avisados de sus compañeros se reunían durante los recreos en el sanitario y a puerta cerrada competían por diferentes objetivos. ¿Quién eyaculaba mayor cantidad? ¿Quién eyectaba el semen

más lejos? Y cosas por el estilo. Pero estaba completamente vedado hablar del asunto. En un pacto tácito, una vez establecido el ganador, todos salían indiferentes entre sí para volver a competir días más tarde.

Juyi nunca llegó a presenciar las competencias y pensaba que era sumamente asqueroso. Aunque había leído en su libro que esas experiencias podían ser normales en la adolescencia, se mantenía firme en su rechazo hacia la práctica. Rafael lo mantenía informado del acontecer competitivo, pues nunca se perdía una.

La presencia de **Anyidikinson** en su vida lo hacía rechazar con más vehemencia todo tipo de actividad grupal varonil. Sus compañeros terminaron por comprender y se hicieron a un lado.

Decidió jugarse el todo por el todo, le iba a hablar a la muchacha de su intención de ser novios formalmente. Lo demás vendría después.

XLI

Se aproximaba la fiesta de quince años de **Anyidikinson** y dada la amistad que Eli había desarrollado con ella, había podido influir en las decisiones de la muchacha.

—¿Y ya hablaste con tu papá, **darlin**?

—Sí, Eli. Pero dice que el Club Cariari es muy caro y que no puede pagarme la fiesta allí.

—No olvidés lo que te dije. ¡A ver! Repetímelo.

—Que “*solo se cumple quince años una vez en la vida*” —dijo la muchacha con hastío.

—¡Muy bien! El siguiente argumento.

—Que “*yo soy su única hija*”.

—¿Y el último?

—Que “*no se puede poner precio a la felicidad de un hijo*”.

—¡Muy bien, **darlin!** Con esas razones tiene que acceder.

—Pero pa' dice que no tiene mucha plata.

—¿Y para qué existen los bancos y los préstamos? ¡Qué poco ocurrente es tu papá! Vas a tener que incluir ese cuarto argumento, ¿me entendés?

—Sí, Eli. Yo le digo.

—Y ya sabés, nos tenés que invitar a todos los de esta casa. Sobre todo al pobre Mariano, que está tan deprimido. La fiesta le va a hacer muy bien.

Días después Eli daba a su sobrino otra gran lección de vida al preocuparse este por no tener dinero para un buen regalo.

—Oíme bien, **jóni**, lo que te voy a decir. ¡Y que nunca se te olvide! El éxito en sociedad no consiste en hacer obsequios caros. Hay que dar obsequios baratos que “aparenten” ser caros. Nada más. ¡Eso es todo! ¿Me entendés?

Y se llegó el día. La fiesta se realizó en el Club Carriari, insigne centro social de la alta sociedad y de la no muy alta también. **Anyidikinson** llegó temprano con sus padres. Era una familia humilde, que procuraba guardar muy bien las apariencias.

Los tres se apostaron a la entrada para ir recibiendo a los invitados. El desfile fue de lo más variado y pintoresco, dado que los asistentes eran personas humildes también, que hicieron uso de sus mejores galas, aunque no de su buen gusto.

De pronto llegó un flamante Mercedes Benz con vidrios polarizados, que venía tocando la bocina desde

cien metros antes. Todos se detuvieron esperando ver quién acababa de llegar. Un agradable chofer en riguroso uniforme, se desprendió de su asiento, caminó alrededor del vehículo y abrió la puerta trasera derecha.

Nadie descendía. El chofer esperaba rígidamente. **Anyidikinson** y sus padres esperaban. Los invitados esperaban.

Después de unos ensayados segundos, apenas los suficientes para lograr el efecto perfecto, unos pies de mujer con zapatos rojos de tacón alto se posaron en el pavimento. Siguieron unas largas piernas enfundadas en un vestido negro y muy al final se vio emerger el rostro radiante de Eli. Después descendió Juyi.

El público contuvo la respiración. El muchacho era el galán perfecto, el príncipe azul de cualquier mujer. Un Adonis. Vestía un esmoquin negro azabache, que le quedaba a la perfección. **Anyidikinson** quedó petrificada por la visión.

Con su habitual sonrisa seductora, Juyi avanzó hacia ella con una rosa en la mano y la saludó con un beso. Acto seguido le ofreció el brazo. La muchacha lo asió firmemente, se dejó arrastrar hasta el salón y olvidó al resto de invitados.

Nadie notó que del vehículo descendieron también una mujer sencilla y un hombre deprimido.

La celebración fue como un sueño para los enamorados. Se olvidaron del mundo a su alrededor y solo tuvieron tiempo el uno para el otro.

Al finalizar la fiesta en la madrugada, la familia de Juyi viajaba en autobús de regreso a casa.

—¿Y cómo te fue con Anyi?

—¡Muy bien, **ant**! ¡Ya tengo novia!

XLII

—¡Tiene que ayudarme, doctora, tiene que ayudarme!

Ahora no era el muchacho seductor, quien hablaba con la galena. Era un adolescente angustiado y desesperado. La pediatra lo miró maternalmente y se echó hacia atrás en el sillón.

—¿Cuánto hace que están de novios?

—Más de un año.

—¿Y la querés?

—Sí, doctora. La quiero mucho.

—Y obviamente ya se ha presentado la ocasión de tener relaciones sexuales.

—¿Qué voy a hacer? ¡Ayúdeme a que me crezca el pene!

—¿No ha crecido nada?

Bajó la mirada sin responder.

—Pues yo esperaba que en esta época sucediera algún cambio. Ya casi tenés cuerpo de hombre y apenas cumpliste dieciséis años. Tenés barba y pelo en pecho. Hasta has cambiado la voz. De suceder algún cambio, este es el momento. ¿Por qué no me permitís que te examine?

—¿Usted no me cree?

—Puedo creerte y examinarte.

—¡Entiéndame! ¡No quiero que nadie me vea!

—¿Pero cómo vamos a estar seguros? Al menos decime cómo te comparás con respecto a los penes de tus compañeros.

—Yo no ando viendo penes.

—¡Vamos, Juyi! Todos los hombres lo hacen. Es una curiosidad natural. Una necesidad biológica de comparación. Los varones estudian el cuerpo de sus amigos y

compañeros. Conmigo podés hablar en confianza, ya lo sabés.

—Yo no veo ningún pene. Nunca lo hago. Ni en libros o revistas. No me gusta. ¿Me entiende?

—Sí. Te entiendo. Entonces decime otra cosa. ¿Qué hacés íntimamente con tu novia?

—Nos besamos.

—¿Y qué más?

—Yo le toco los pechos. A ella le gusta mucho.

—¡Ajá! ¿Y qué más?

—También le beso el cuello.

—¿Y te gustaría tener relaciones sexuales?

—Sí.

La mujer calló. Esperaba desde hacía muchos años aquel momento. Se sentía frustrada e impotente. Juyi era su paciente más querido y quien la había enfrentado más cruelmente con la incapacidad científica. ¿Cómo lograr que entendiera que nada se podía hacer?

—Mirá, Juyi. Esto es algo muy difícil de explicar. Nacer sin pene es como nacer sin orejas. No hay nada que se pueda hacer para que crezcan. La ciencia médica carece aún de los conocimientos para modificar estas cosas.

—Pero a los que nacen sin orejas se les hace cirugía plástica.

—Sí. Es verdad. Pero las orejas son órganos estáticos. El pene, por el contrario, es un órgano muy dinámico. Su función es compleja y delicada, tiene una serie de cambios y reacciones. Tal vez se te podría hacer algún tipo de cirugía, no sé, pero todo sería experimental. ¿Te parece que convoque a una junta de cirujanos plásticos y urólogos?

—¡Yo no quiero que experimenten conmigo! ¡No quiero que nadie me vea!

—Te pido al menos que lo pienses.

—¿Pero qué hago mientras tanto?

—Te aconsejo que seas sincero con ella y le expliques tu condición.

XLIII

Se aproximaba el fin de año. El invierno estaba en su apogeo y un huracán se dirigía a las costas caribeñas.

Juyi había cambiado mucho con **Anyidikinson**. Ahora se mostraba esquivo y grosero. Decidió no explicarle su condición, pues no iba a permitir que ninguna mujer anduviera por la vida conociendo su defecto. Y como, sin lugar a dudas, ella lo abandonaría en cuanto supiera, lo mejor era separarse de inmediato. Pero aquello era difícil y dolía mucho. Un huracán pasional se alzaba sobre la pareja.

En clase de Biología había llegado el momento de estudiar la sexualidad humana. Como variante singular en la metodología de enseñanza, se decidió que fueran los estudiantes quienes hablaran del tema. Los adolescentes estaban ávidos de información y los profesores muy atentos ante cualquier reacción de inmadurez.

Juyi y **Anyidikinson** fueron seleccionados como expositores.

Primero correspondió el turno a la joven. Su tema: la sexualidad femenina. Por espacio de media hora la muchacha debería educar a sus compañeros acerca de los aspectos más íntimos de su sexo.

Mientras la escuchaba, Juyi comprobaba que su presentación iba a ser superior. No solo por los conocimientos que poseía acerca de su tema (gracias al libro que atesoraba), sino también por aspectos puramente formales que, con tanto esmero, había preparado.

El grupo quedó enternecido cuando la muchacha finalizó su exposición con un enfoque sensible acerca de la maternidad y el parto.

Entonces, Juyi pasó al frente de la clase y con voz firme anunció “La sexualidad masculina”.

Su elocuencia era insuperable. Había cautivado al auditorio desde el inicio. Estaba tan entusiasmado, que no se percató del giro riesgoso que empezaba a dar la situación.

“Es interesante que sin importar la cultura donde se viva, los varones cambian el nombre correcto de sus órganos sexuales. No les gusta decir las palabras pene y testículo. Yo leí que un psicólogo dijo que hay dos razones por las que lo hacen.

Primero, porque no quieren avanzar a una sexualidad adulta. Se quedan estacionados en una etapa infantil y mencionan sus órganos con palabras propias de niños. Es como un rechazo a ser adulto.

Y segundo, como parte de expresiones con efecto excitante, que es lo que se llama erotismo. En este caso los nombres sustitutos son muy groseros, pero eso a alguna gente la estimula”.

Las risas se dejaron oír entre los varones.

“Aquí les he preparado esta lista con los nombres sustitutos del pene que se usan en algunos países. Pero primero recordemos los que se dicen aquí y que ya todos ustedes conocen. El más corriente es picha, le siguen verga y pinga. Y en los infantiles el más común es pipí”.

La clase entera estalló en carcajadas. Juyi hablaba con naturalidad pasmante, sin la más mínima malicia. Pero la profesora intervino y le solicitó no ser tan explícito. Entonces mostró la lista en el rotafolio, sin decir una palabra.

En alemán: schwanz

En España: polla

Búlgaro: pischka

Catalán: titola

Griego: poutsos

Noruego: pikk

Checo: chuj

Holandés: plasser

Árabe: ayir

Italiano: cazzo

Portugués: cacete

Islandés: tittlingur

Indonesio: kontrol

Sueco: kuk

Rumano: pula

Francés: bite

Inglés: cock

Finlandés: kulli

Japonés: chimpo

Chino: yinjing

La clase celebraba jocosamente aquella novedosa información. ¡Hasta la profesora anotó algunos nombres en su libreta!

A continuación Juyi empezó a hablar acerca de la masturbación. Pero entonces se hizo el silencio.

Aquello resultaba una bofetada a los varones.

Cuando se refirió a las prácticas adolescentes de masturbación en grupo, las cosas se pusieron al rojo vivo.

Los muchachos se sintieron aludidos. Temieron ser delatados y hubo amagos de violencia.

Por su parte, las mujeres pensaban que no era necesario lo que les parecía un regodeo en la explicación y empezaron a moverse inquietas.

Ciego a la reacción del grupo, Juyi dirigió la información al tema del semen. Aquí iba a demostrar su naturaleza de alumno investigador.

“El semen está compuesto por nitrógeno, cloruro, sodio, potasio, unas sustancias que se llaman prostaglandinas y un azúcar que se llama fructosa. Es interesante que aunque tiene azúcar, el semen no sabe dulce”.

Se oyó un resoplido en la clase y después un silencio tan frío como una hoja de cuchillo presta a cortar una cabeza.

¿Qué había sucedido? ¿Qué fue lo que dijo?

Repasó en su mente las palabras.

“...el semen no sabe dulce...” “¿Sabe?” ¡Había dicho “sabe!”

El grupo estalló en gritos e improperios. Le lanzaron papeles, borradores, lápices y cuadernos. Todos lo atacaban.

La profesora intentó contener la violencia.

Esquivando los golpes, Juyi corrió al lado de **Anyi-dkinson**.

Ella lo fulminó con la mirada. Tenía los ojos inyectados de odio. Lloraba de rabia. Se sentía ofendida y traicionada en lo más profundo de su alma femenina.

—¡Anyi!

—¡No me volvás a hablar nunca! ¡Playo!

Aquella palabra lo hirió como pocas cosas en su vida.

Rendido se dejó sacar del aula por la profesora, mientras el grupo le gritaba a coro: “¡Playo! ¡Playo! ¡Playo!”

XLIV

—¿Homosexual? ¿Pero cómo es posible semejante barbaridad?

—Así es, doctora. Lo tildaron de homosexual. ¡Es increíble!

—¿Y cómo está el muchacho?

—Deprimido. Pero la situación se puede manejar. Vale más que la madre nos llamó para intervenir cuanto antes.

—¿Y la novia?

—Distanciada. Parece que en principio su reacción fue personal, pero ahora está influenciada por el grupo.

—Sospechamos que Juyi hubiera hecho un comentario inadecuado, pero según la profesora no fue así.

—¿Entonces el grupo se asustó?

—Tal parece. La orientadora dice que percibió algún malestar entre los varones por algo que Juyi dijo, pero no sabe qué pudo ser.

—Los machos se sintieron amenazados, eso es todo.

—Estoy de acuerdo. Es algo muy común. En nuestra sociedad hombres y mujeres pueden hablar abiertamente acerca de la sexualidad femenina sin ser juzgados. Pero si las mujeres hablan abiertamente de la sexualidad masculina son prostitutas, y si los hombres lo hacen son homosexuales.

—Machismo elemental.

—La sexualidad masculina se habla en términos de clandestinidad y morbosidad. Pero cuando se hace abierta y maduramente ofende a más de uno.

—Es lo mismo que con las figuras humanas. El desnudo femenino se tolera sin problema, pero el desnudo masculino agrede.

—¿Y cómo piensan manejar la situación con el muchacho?

—Debemos inducirlo a reconciliarse con la novia, que es el conflicto principal ahora. A Juyi no le importa tanto que los demás lo consideren homosexual como que lo haga ella. Eso es lo que más le ha dolido.

—Él posee recursos suficientes para lograrlo, pero ahora está bloqueado.

—¿Hay algún apoyo dentro de su núcleo de amigos?

—Rafael. Ese muchacho es incondicional.

—Bueno —la pediatra respingó fuertemente. —Espere-mos que el huracán nos permita dar continuidad a este conflicto. ¿Ya ustedes están preparadas?

—Sí. En casa todos estamos listos. Compramos víveres y agua.

—¡Qué impresionante! Es la primera vez que un huracán nos amenaza. Siempre nos habíamos librado de ellos.

—La situación no es fácil. Yo nunca me imaginé vivir esto.

—¿Para cuándo se espera que llegue?

—“Johana” tocará la costa caribeña hoy a primeras horas de la noche.

—¡Que Dios nos ampare!

XLV

—¿Pero adónde vamos, Rafa? —dijo deprimido.

—Al gimnasio del colegio. Carlos dijo que iba a ser un asunto rápido. No te preocupés, Juyi.

—Creo que no debemos ir. Está oscureciendo y llueve mucho. Yo le prometí a mamá que regresaba temprano.

—Pero si estamos más cerca del colegio que de tu casa. Tal vez resulte algo interesante. ¡Vamos! Hay que levantar el ánimo.

—No tengo ganas. Además vos sabés que ese maje nunca me ha agradado. No le tengo confianza. Jamás nos ha invitado a nada, ¿y ahora por qué? Tengo miedo de que se burle por lo que me pasó anteayer, porque ya todo el cole lo sabe, ¿no?

—Sí —dijo bajando la cabeza. —Pero no hagás caso de eso.

—¡Como si fuera tan fácil!

—Hagamos un trato. Si vemos que el asunto es aburrido nos vamos rápido. Yo no creo que mi primo te vaya a molestar. No es tan mala persona.

—¿Y de qué se trata ese club secreto?

—No sé. Ya vamos a llegar, ahorita lo sabremos.

Llovía torrencialmente. La población estaba en alerta pues los fuertes vientos habían empezado a golpear la costa caribeña del país. El puerto de Limón había sido

evacuado, casi en su totalidad, pues según los cálculos el huracán "Johana" entraría a continente por ese punto.

Las luces del gimnasio estaban apagadas cuando Rafael abrió la puerta lateral. Iban a dar las seis de la tarde.

Tan pronto como traspasaron la entrada comprendieron que habían caído en una trampa.

Fueron rodeados por veinte muchachos de nivel superior. Carlos, el primo de Rafael, lideraba el grupo.

—¡Por fin llegaron los periquitos de amor! Pensamos que el huracán los iba a ahuyentar. No fuera que los vientos les dañaran las alitas a los pajaritos.

—¡No molestés, Carlos!

—¿Qué vas a hacer? ¿Acusarme con mi familia?

—Sí.

—No me importa. Además, si lo hacés yo le digo a la tuya que sos playo.

Rafael y Juyi intentaron huir pero fueron dominados por el grupo. Uno de los pillos blandió al aire unos chacos de metal, de los que se utilizan en artes marciales. Presas de terror, los amigos se paralizaron.

—Nadie en el cole sabía que teníamos por compañero al famoso "*Capullito de alhelí*" —rió Carlos.

—¿Cómo lo sabés? —amenazó Juyi, mientras los muchachos lo sujetaban por los brazos.

—¿No te acordás que fuimos compañeros de kínder?

—No me acuerdo.

—Pero mi mamá y yo sí.

Juyi volvió a ver a Rafael, que era sujetado de la misma forma.

—¿Y vos y tu familia lo sabían también?

—Sí. Pero yo nunca dije nada. Inmaculada, la mamá de Carlos, nos lo contó hace muchos años, desde la primera comunión.

—Yo siempre lo he sabido, pero nunca quise decir nada para no tener problemas. Pero como me voy a graduar dentro de un mes, ya no me importa —dijo Carlos.

—¡Sucio! —gritó Rafael entre las risas de los malandrines.

—¿Y quién iba a decir que *Capullito* resultara playo? —continuó Carlos.

—¡Yo no soy playo!

—Eso no es lo que dice **Anyidikinson**. Nunca has intentado nada con ella. ¿Pero qué podrías intentar? —estalló en sonoras carcajadas.

—¿Cómo sabés eso?

—¿Qué cómo lo sé? ¡Qué idiota que sos! Desde hace mucho tiempo yo me acuesto con ella. Yo le hago lo que vos no podés.

Desprendiéndose de los matones, Juyi se lanzó furiosamente sobre Carlos, pero solo logró tumbarlo al suelo antes de ser dominado de nuevo.

—¡Caramba que tiene fuerza! —dijo el otro incorporándose.

—¿Qué querés de mí? —le escupió Juyi a la cara.

—Conocer la verdad. Yo quiero ver lo que tenés entre las piernas, nada más —y se volvió a sus amigos. —¡Majes, tráiganme la regla por si hay algo que pueda medir!

Acostaron a Juyi en el piso del gimnasio y lo sujetaron por las extremidades y el tórax, mientras se sacudía con fuerza.

Carlos se hincó entre las piernas abiertas de su víctima y lo desnudó de cintura para abajo. Un compinche le alcanzó una regla de madera.

El huracán "Johana" hizo algo insólito aquella noche.

Se detuvo a varios kilómetros de la costa. Después cambió su rumbo hacia el oeste y arrasó el puerto nicaragüense de Bluefields, que no se había preparado para recibir su furia.

Luego entró a continente y dejó muerte y desolación a su paso.

En esos mismos momentos, Juyi sepultaba su socialización y sexualidad para siempre.

XLVI

Pocos minutos lo separaron de la muerte esa noche, según le dijo después uno de los médicos.

Quedó tendido en el suelo del gimnasio, desnudo de cintura para abajo y se asfixiaba por los efectos de la alergia en su garganta. Solo la oportuna intervención de Rafael lo salvó de una muerte segura, pues logró conseguir ayuda y que lo trasladaran al hospital.

Estuvo veinticuatro horas conectado a un respirador artificial.

La advertencia médica fue contundente. Debería evitar siempre las situaciones de tensión extrema, pues le generaban la reacción que le obstruía las vías aéreas.

Días después abandonó el hospital, pero iba sumido en la más terrible depresión.

Recuerdos y situaciones reales se mezclaban confusamente en su mente.

Humillación, rencor, desconfianza. Odio por la traición de su novia y por el engaño de Rafael.

Su defecto físico. La incapacidad de la pediatra. La inapetencia y pérdida de peso. La búsqueda de un nuevo colegio para el próximo año.

No tener padre ni amigos. Su madre sin trabajo y las conversaciones con las psicólogas. Su traje de baño sin bulto genital. Orinar sentado. El gran pene de Mariano.

Un nuevo colegio. Sus nuevos profesores y compañeros.

Dolor. Odio. Rencor y sed de venganza.

Nuevos objetivos de vida. Una profesión.

El planteamiento de una profesión fue lo único que logró sacarlo del terrible estado en que navegó sin rumbo durante poco más de seis meses. Ya estaban las profesionales de salud a punto de remitirlo donde un psiquiatra, cuando pudo reaccionar y salir a flote.

Había adelgazado muchísimo. Ahora era desconfiado. Displicente. Introverso. Sin amigos. Del colegio a la casa. Sin salidas los fines de semana.

Empezó a canalizar todas sus energías en la escogencia de una profesión. Aquella sería la más importante razón de su vida a partir de ese momento y lo que lo reivindicaría. En una profesión radicaba su triunfo.

Se levantaría como ave fénix de sus propias cenizas.

XLVII

—La vida no me reparó hijos, pero a vos te dio dos madres —le dijo Eli con emoción.

—Pero no tengo papá.

—No hace falta. Una buena madre lo suple. ¡Y vos tenés dos! Mientras yo viva. Nada te va a faltar, ¿me entendés?

—Sí, **ant**. Muchas gracias.

—No tenés que darlas, tonto. Lo que deseamos es verte ya repuesto de esas cosas feas que pasaron. ¡En la vida hay que ser prácticos, **joni**! Hay que seguir adelante.

—Gracias a Dios ya estás comiendo más, mi amor —dijo la madre.

—Pues el apetito lo recuperó con creces. Si nos descuidamos nos come a todos —cooperó Mariano.

—Pronto vas a estar bien guapo otra vez, m'hijito —y le revolvió el cabello.

—¡Ay, mamá! Que no me gusta que me desacomoden el pelo.

—¿Y cómo va el gran reto de buscar una profesión?

—Pues todavía no sé, Mariano. He conversado mucho con las psicólogas. A mí nunca me ha gustado nada en especial.

—¡Médico o abogado! ¡Tenés que ser médico o abogado! —ordenó Eli.

—Pero esas carreras son muy caras, tía.

—Ya te dije que yo coopero hasta lo imposible para que estudiés.

—¿Y por qué médico o abogado, **ant**?

—Porque son las mejores profesiones. Ganan mucho dinero y tienen gran prestigio y poder.

¡Poder! Aquella palabra era música para sus oídos. Le gustaba sobremanera lo que su tía mencionaba y ella se solazaba dando razones de por qué aquellas profesiones eran las mejores del mundo.

—Pero yo quiero algo donde pueda ser famoso.

—En cualquiera de las dos, **joni**.

—¿Pero qué tan famoso se puede ser? ¿Como un artista de cine? Yo quiero que todo el mundo me reconozca dondequiera que vaya.

—¡Mi amor! ¿Usted no estará pensando estudiar para artista?

—¡Eso no lo permitiría yo! Si al menos fuera artista de **Jóligud**, las cosas cambiarían. Pero los de aquí ni son famosos ni ganan bien.

—Es que yo quiero que todo el mundo me conozca.

—Pues tendrás que esforzarte mucho. Tenés que ser un famoso cirujano o un abogado que esté metido en un caso muy importante. ¿Me entendés?

—¿Pero qué es específicamente lo que querés? —dijo Mariano.

—Quiero ser famoso.

—Ajá. Eso ya lo entendemos.

—Quiero tener poder, como dijo mi tía.

—¿Y eso por qué?

—Porque quiero hacer cosas grandes. Que la gente sienta que mis opiniones son importantes. Que pueda tomar decisiones para el país.

—¡Caramba con mi ahijado! Yo no sabía que pensaba así. Eso es tener pasta de político.

—¿Quiere ser político, mi amor?

—No sé, mamá. Quiero ganar mucho dinero.

—¡Dios te oiga, Juyi, Dios te oiga! Los políticos son famosos, tienen poder y ganan mucho dinero —dijo la tía.

—No todos, Eli. Solo los que están arriba. Pero la cuenta es empinada y el ascenso difícil. Les lleva años lograr todo eso.

—¿Y hay algo más famoso y con más poder que un político?

—Depende de la definición de poder.

—¿Cómo es eso?

—Un sacerdote tiene un poder que está por encima de todo lo material.

—¿Pero existe algo aún con más poder y más fama?

—Tomate tu tiempo para pensarlo bien Juyi.

—¡Yo quiero ser la persona más famosa y con más poder de este país!

XLVIII

—¡**Pis nóvel práiz!** ¡**Pis nóvel práiz!** —gritaba Eli desde la calle tiempo después, con los brazos en alto y los ojos llenos de lágrimas por la emoción.

Mariano, Juyi y la madre se incorporaron de sus asientos cuando entró en la casa.

—¿Qué es lo que gritás, loca? —le dijo Mariano.

—¡Que tenemos un **Pis nóvel práiz!**

—¿Qué es eso, hermana?

—¡Un Premio Nobel de la Paz!

—¿De verdad, tía?

—¡Sííííí! Nuestro Presidente fue premiado con el Nobel de la Paz. ¡Al fin vamos a salir de este anonimato tercermundista! A partir de ahora el mundo sabrá que

existimos. Van a ver cómo las cosas empezarán a cambiar en el país. ¡Costa Rica tiene un Premio Nobel de la Paz! ¡**Oh mai god, dis is terrific!**

–Bueno, pero calmate ya, mujer. No es para tanto –apuntó Mariano.

–**Yu don onderstán guat dis min tu mí,** Mariano.

–Bueno. Talvez tengás razón. Pero ahora escuchame a mí, que para eso he venido esta tarde. Para darles una noticia.

–¿Qué es? –preguntó Juyi.

–Pues que he decidido dar un cambio radical a mi vida y tomar un nuevo rumbo. Voy a ingresar en el Seminario Mayor. Me voy a hacer sacerdote.

Se quedaron perplejos. La reacción no pareció de simpatía a como el otro hubiera esperado.

–¿Estás seguro, pero realmente seguro de que eso es lo que querés para tu vida? –habló Eli.

–Así es.

–¿Por qué no te das un tiempo para pensarlo mejor, me entendés?

–Es inútil. Ya está decidido. Desde hace tiempo vengo trabajando en esto. No lo había querido comunicar antes hasta tenerlo asegurado. Y ya fui aceptado.

–Pues si es lo mejor para Mariano, yo me alegro –dijo la madre.

–Yo también me alegro, si así lo querés –y Eli le dio un abrazo.

Juyi se mantuvo a distancia. Un desagradable sentimiento se removía en su pecho. Se sentía traicionado sin comprender por qué. A partir de ese momento comenzaría a distanciarse más de la religión.

—Pues yo también quiero decirles que ya decidí lo que quiero ser —dijo sobreponiéndose a su malestar.

Tres pares de ojos se volvieron hacia él con ansiedad.

—Voy a ser periodista.

LIBRO SEGUNDO

EL TRONCO DEL HIGUERÓN

I

El último año en un nuevo colegio transcurrió sin pena ni gloria.

Juyi no se pudo integrar a los nuevos compañeros y en el rendimiento académico apenas obtuvo buenas calificaciones, pero nunca como las acostumbradas.

Al final de año decidió no asistir al acto de graduación argumentando enfermedad, para lo que contó con el último aval de la pediatra.

—Te doy esta justificación médica porque estoy de acuerdo con que no vayás. Creo que es mejor esto, a tener que dar las explicaciones reales.

—Gracias, doctora.

—Por nada, jovencito.

Lo observó unos instantes con admiración, pues tenía ante sus ojos un excelente prospecto de hombre.

—Tengo que darte una noticia. Por razones profesionales y administrativas ya no te veré más.

—¿Cómo dice? —preguntó con satisfacción oculta.

—Que ya no te puedo ver más. Debo recomendarte un endocrinólogo de adultos, que es amigo mío y trabaja en el Hospital San Juan de Dios. La razón resulta muy sencilla: ya tu cuerpo creció. Tus funciones corporales empiezan a ser las de un adulto. Yo no puedo intervenir en vos.

—Pero de todas maneras nunca me dio tratamiento.

—Tenés razón —dijo entendiendo el reclamo. —Nunca te di tratamiento pero te expliqué que no existe. Quise observarte a ver si en algún momento podía brindarte algún tipo de ayuda, pero últimamente no me lo permitiste.

—De todas maneras no hay nada qué hacer. ¿Para qué quiere que me atienda otro médico si tampoco me va a hacer nada?

—No lo sabemos.

—Entonces usted cree que me puede crecer pene.

—Podiera ser. Aún estás en etapa de desarrollo, faltan todavía algunos años más. Por favor, prométeme que vas a sacar cita en el otro hospital con este documento que te doy.

—Está bien, doctora.

—Y ahora decime. ¿Cómo van los preparativos de tu viaje?

—Bien. Quería darle las gracias por el dinero que me dio. Ya ajustamos todo lo necesario para la excursión.

—Ese dinero es un regalo de tus dos psicólogas también. Las tres lo hicimos porque te conocemos bastante, porque te hemos brindado cariño a lo largo de tantos años y además porque estamos totalmente convencidas de que este viaje te hará muy bien. Vas a venir renovado.

—Sí, doctora. Voy a pasar a darles las gracias a ellas también.

—Ahora dame un fuerte abrazo. Te deseo lo mejor en tu vida. Y ya sabés, tenés que ir donde el otro endocrinólogo.

Juyi empezó a encaminarse a la puerta.

—Me encantaría que me visitaras de vez en cuando para saber cómo va tu vida. ¿Lo harías?

—Sí, doctora.

Pero nunca más volvió. Aquella fue la última vez que vio a su pediatra.

II

Eli estaba más emocionada que su sobrino.

Había convencido a todos para regalarle al muchacho la experiencia de un viaje al extranjero. Aportó un dinero, que representaba sus ahorros de varios años, Mariano ayudó con más y las profesionales en salud completaron lo requerido.

Solo la madre no pudo contribuir, pero por su medio se logró que Rosario lo hiciera en nombre de Rafael.

—¡Es lo mínimo que puede hacer después de lo que pasó! —decía Eli.

—¡No seás injusta hermana! ¿Quién se iba a imaginar que la loca de Inmaculada fuera pariente suya?

—Rosario debió decírtelo cuando se enteró de todo. Yo creo que ella tuvo mucha culpa. ¡Pero mejor así! Porque como se siente culpable nos da dinero ahora.

Eli había contratado una excursión de cuatro días y tres noches a Nueva York. ¡Aquel había sido el sueño de toda su vida! Y ahora podía realizarlo al justificar beneficio para su sobrino, ya que lo acompañaría por ser él menor de edad.

La excursión estaba programada días antes de Navidad. Nadie podía comprender lo que aquello significaba para Eli.

—Ma'. ¿Por qué está tía tan contenta?

—Por lo del viaje, mi amor.

—Yo creo que está más contenta que yo. A mí me da un poco de miedo el avión.

—A mí también. Pero yo los voy a encomendar a Dios para que no les pase nada.

—¿Y esa maleta?

—Es la que vas a llevar. Te la prestan Rafael y Rosario.

—Mmm.

—Mi amor, creo que debés llamar a Rafael para agradecerle. Él llama todos los días preguntando por vos.

—No tengo ganas.

—¡Pero Juyi! Rafael no tuvo la culpa de lo que pasó. Por el contrario, fue siempre discreto y buen amigo. Y te ayudó.

Aquello lo sabía Juyi muy bien. Agradecía a Rafael toda la discreción que había demostrado y el cariño que siempre le había brindado. Él también lo quería y lo extrañaba. A fin de cuentas era su único amigo. Su distanciamiento le provocaba un inmenso vacío. A veces sentía deseos de responder a sus llamadas o de ir a su casa. Pero su orgullo no se lo permitía. Además, recelaba un hecho que ninguno de los adultos comprendía.

Rafael era el único, de sus seres queridos, que lo había visto desnudo la noche del huracán. También lo hicieron los malandrines, pero esos no eran amigos. El único ser querido que lo conocía era Rafael.

“*El conocimiento es poder*” —había dicho en una ocasión su tía. Y él no iba a permitir que algún amigo llegara a tener poder sobre él.

III

¡La despedida en el aeropuerto fue insólita!

Tía Eli lloraba a lágrima viva mientras se despedía de las amistades que había invitado, algunas de sus más fieles y chismosas clientas. Estaba también Mariano, estrenando una actitud adquirida desde su ingreso en el Seminario. Rosario y Rafael observaban el grupo a distancia.

Cuando Juyi vio a Rafael se alegró mucho, pero mantuvo una actitud fría aunque por dentro se quemaba de ganas por abrazar al amigo. Aún así, fue bueno que los dos jóvenes se volvieran a ver. Y la madre pensó que aquél era el inicio de la reconciliación.

Tía Eli lloraba desconsolada, como si se fuera a ir para siempre. Hizo prometer a todos que estuvieran de nuevo allí cuatro días después para recibirlos.

Al ingresar al avión no pudo disimular el odio que sintió por los que se encontraban ya sentados en la sección de primera clase, pero no tuvo más remedio que avanzar hasta los dos puestos que la azafata le indicó en clase económica.

Juyi estaba absorto contemplando cada detalle de aquella nueva experiencia. Pensaba en su madre que había quedado atrás llorando por su partida y lamentó que no pudiera acompañarlos. El avión lo intimidaba, sentía gran angustia de imaginarse aquel edificio con alas moverse por los cielos. Pero ya había llegado a este punto y no había vuelta atrás.

Comprendía ahora las palabras de su pediatra cuando le dijo que aquella experiencia le iba a hacer muy bien. ¡Si ya lo estaba haciendo todavía sin despegar el avión!

Para un muchacho con limitaciones económicas y culturales, el montarse por vez primera en un avión era algo trascendental. Observaba fijamente los asientos, las ventanillas, el pasadizo central, los uniformes de la tripulación. Todo formaba parte de un mundo nuevo, completamente desconocido.

Contempló los movimientos estudiados con los que las azafatas adiestraban acerca de los chalecos salvavidas, las salidas de emergencia, las luces en los pasillos y las máscaras de oxígeno.

Cuando despegó, sintió cómo su estómago se salía por la espalda y un sabroso nerviosismo recorrió su cuerpo.

¡Era impresionante observar la ciudad capital a través de la ventanilla! Aquello le parecía la experiencia más sensacional que había vivido hasta entonces y dio gracias a los que la habían hecho posible.

Una vez que secó las lágrimas, Eli se volvió hacia su sobrino y le dijo:

—Ahora sí, Juyi. Te voy a hablar de algo que nunca antes habías escuchado. Poneme atención.

Concentró al máximo todos sus sentidos para escuchar a la tía.

IV

—Estás a punto de conocer el mejor país del mundo
—le dijo.

—Sí, tía.

—Te quiero hacer algunas recomendaciones. La primera es algo que a veces se te olvida: tenés que hablarme en inglés.

—**Okey, ant. ¡Sorry!**

—Segundo. El programa de la excursión nos limita un poco. Yo decidí que nos vamos a separar del grupo, en algún momento, para ir a nuestras anchas. Si alguien se queja o nos molesta, dejame que yo arregle el asunto, vos no tenés que intervenir en nada.

—**Ráit.**

—Y lo último. Debés ser totalmente reservado con lo que hagamos allí. Nada de llegar a contar indiscreciones a casa.

—**Okey.**

—Yo conozco Nueva York al dedillo. Desde niña siempre leía acerca de esa ciudad y te aseguro que aunque es la primera vez que pongo un pie allá, la domino a la perfección. No le digás a nadie en la excursión que es la primera vez que yo viajo, ¿me entendés?

—Ajá.

—Hay algunos detalles que debés ir aprendiendo. Por ejemplo, cuando hablemos de Nueva York le vamos a decir **En Guai**, ¿me entendés?

—¿Cómo?

—**En Guai.** Así se pronuncian la ene y la ye en inglés, ¿o ya se te olvidó? ¡Nadie enseña esas cosas en los colegios! Los **americans** son las personas más prácticas del

mundo y ellos hacen todo con una economía increíble. Por eso, en lugar de escribir **Níu York**, escriben **En Guai**.

—En el cole, la profe de sociales decía que los gringos inventaron la ley del mínimo esfuerzo.

—¡Eso! ¿No son magníficos?

—Pero mi profe más bien criticaba eso. Ponía como ejemplo que cuando hay gordos, en lugar de diseñarles ejercicios para bajar de peso, les construyen carritos eléctricos para que se trasladen de un lugar a otro sin caminar. Según ella, esa ley la aplican a todo, incluso al idioma. “*Utilizan siglas para economizar palabras, pero lesionan la estructura idiomática*” —dijo imitando cómicamente a la profesora.

—¡Qué mujer más estúpida! —Eli estaba indignada. —¿Dónde se ha visto que un profesor de colegio diga a los estudiantes semejantes barrabasadas? ¿Decime si no es absurdo tener que decir **Kentoky fraid chíken** pudiendo decir nada más KaEfeCe?

Horas después aterrizaron en Miami.

La emoción de tía y sobrino al tocar suelo estadounidense, por primera vez, se vio empañada cuando un oficial de Migración se empecinó en que algo andaba mal con los documentos. Era un hombre latino, mal encarado e impertinente, que si algún mérito se llevó en la vida, fue el de ser una de las pocas personas, que exasperó a Eli sin permitirle reaccionar física o verbalmente.

Después de casi media hora de interrogatorios y revisión reiterada de pasaportes, a tía y sobrino se les permitió continuar en su conexión con Nueva York.

—¡Es increíble! —bufaba Eli al ingresar al nuevo avión.

—Ya pasó, ant. Téikirisi.

—¿Sabés lo que más cólera me da? ¡Que fue precisamente un latino el que nos trató de esa manera! Si al menos hubiera sido un **american** auténtico no me hubiera importado. Pero ese tipejo debe ser uno de esos nuevos gringos trasplantados, que ya se olvidó donde nació y la mierda que comía. Como ahora vive aquí, nos trata a los demás con superioridad y desprecio. ¡Chit!

—Tranquila, tía —le imploraba Juyi acongojado.

Pero poco le duró a la mujer su enojo, pues cuando el avión había alcanzado altitud de crucero, el sobrecargo se les acercó preguntando su escogencia para la comida. El empleado se dirigió a Juyi en un castellano casi perfecto, pero a Eli le hizo la pregunta en inglés. Aquello fue el mejor cumplido que le pudo hacer. Y el hecho fue tan trascendente para ella, que lo mencionaría incansablemente por el resto de su prolongada vida.

¡La vez primera que viajó a los Estados Unidos, un sobrecargo creyó que era gringa y le habló en inglés!

Al caer la tarde, Juyi contempló a través de la ventanilla la famosa ciudad de los rascacielos.

V

La llegada al aeropuerto La Guardia no fue traumática como la de Miami. Los veinte excursionistas costarricenses se reunieron a la salida del aeropuerto y conocieron a Li, su joven y entusiasta guía.

Aquella era una excursión de las llamadas económicas, por lo tanto el hotel asignado no era de los mejores de Manhattan.

Como hacía frío intenso, todos aprovecharon una hora en las habitaciones para ordenar sus pertenencias y abrigarse bien para la caminata de aquella tarde.

A la hora acordada, el grupo se reunió en el vestíbulo e inició el recorrido. Fieles al concepto de excursión económica, el traslado en la ciudad se hacía a pie. El programa contemplaba un único trayecto en metro para poder apreciar y gozar las maravillas del transporte subterráneo.

Caminaron hasta la Catedral de San Patricio, obligatorio punto turístico. Luego de llegar al Centro Rockefeller, caminaron un poco por la Quinta Avenida en dirección del Central Park.

—Juyi, ¿podés apreciar las maravillas de este país?

—¿Cómo, **ant**?

—Imaginate por unos instantes lo ridículo que se oiría si a este sitio le llamaran parque central. ¿Verdad que no sonaría igual?

—Pero eso es lo que significa.

—¡Yo sé que eso es lo que significa!

—No, **ant**. Lo que yo quiero decir es que para los gringos decir **Central Park** es como para nosotros decir Parque Central. Es para nosotros para quienes suena diferente la expresión.

—Obvio. Y eso es lo importante: cómo suene para nosotros. ¿Vos te imaginás que nuestra capital tuviera **Central Park** en lugar de aquel feo parque central?

Juyi prefirió guardar silencio, porque definitivamente aquella conversación sin sentido no llevaría a ninguna parte.

La noche los sorprendió al doblar una esquina de Times Square en Broadway, hecho no casual, pues la experimentada Li tenía cronometrado el recorrido, de manera que los turistas llegaran a ese sitio a punto de ver la iluminación con la primera oscuridad nocturna. El grupo estalló en aplausos al ver los rótulos de neón y los anuncios de la incansable actividad artística de Broadway.

—**Jóni** —susurró Eli al oído de su sobrino. —Este es el centro del mundo: **Táimscuer**. ¿Por qué será que en Costa Rica no podemos tener un lugar así? Lo más parecido que tenemos en San José es la esquina de Radio Monumental. ¡Qué cólera!

Él la miró incrédulo. ¿Cómo podía su tía decir semejante estupidez?

Después de estar en el sitio escuchando las explicaciones de Li, se encaminaron hacia el restaurante donde cenarían esa noche.

Faltando unos veinte metros para llegar, Eli arrastró a su sobrino y corrió para adelantarse a todo el grupo. Abrió la puerta del local e ingresó en el cálido ambiente. Descubrió el sitio donde se encontraba dispuesto el bufé y se sirvió de inmediato. Se premió con generosas raciones de todo.

Para cuando el último miembro de la excursión entró en el salón, ya Eli y Juyi se encontraban degustando su cena.

VI

—¡Güeicap, jóni!

—¡Pero si todavía está oscuro! ¿Por qué nos vamos a levantar tan temprano? —dijo frotándose los ojos.

—Por el desayuno. ¿No te diste cuenta del montón de muertos de hambre con quienes estamos viajando? Si yo me los conozco. Y de una vez te digo que cada vez que vayamos a comer tenemos que servirnos de primeros, porque si no es así, de seguro que nos dejan sin comida. ¡Apurate!

Todavía adormecido tomaba una sabrosa taza de café con leche y degustaba una curiosa repostería nunca antes conocida. Solo él y su tía se encontraban en el salón comedor del hotel a esa hora, ante la presencia del mesero, que no apartaba su mirada de la numerosa cantidad de bocadillos que se habían servido.

—Estos de acá se llaman **croasans**, Juyí. ¿No te digo que este país es una maravilla?

VII

—Les pido que sean puntuales. Ya he tenido experiencia con otros grupos de costarricenses y no entiendo por qué siempre llegan tarde —dijo Li.

—¡Es que nosotros tenemos la “hora tica!” —contestó un alegre muchacho del grupo con la consecuente algarabía de los demás.

La mañana estaba fresca cuando salieron del hotel rumbo a la Quinta Avenida, pero esta vez en dirección del Empire State.

Juyi estaba regocijado con la experiencia. Aquella mañana, cuando su tía lo había despertado, temió que todo lo del día anterior hubiera sido solo un agradable sueño. Pero su alegría se desbordó al comprobar que no soñaba, que estaba bien despierto y conociendo la ciudad de los rascacielos.

Al llegar al famoso edificio, alzó la cabeza tratando de abarcar su totalidad con una sola mirada, pero le resultó imposible desde el sitio donde estaba.

Subieron en los ascensores y llegaron al mirador del último piso.

La mañana era gris, pero el panorama era indescrip-
tible. Observaba decenas de rascacielos a su alrededor,
calles repletas de vehículos, el ir y venir de miles de se-
res humanos. Pero lo que más le gustaba era la sabrosa
sensación de poder.

Se sentía grande, capaz, invencible. Poderoso. Estan-
do allí nadie le podía hacer daño.

VIII

—¡Este pollo está horrible! No se puede comer.

—Se hubiera servido solamente un muslo y no tres, tía.

—Es que lo vi muy apetitoso.

—En casa usted nunca come tanto.

—¿Pero cuánto crees que está costando este viaje?

¿Ah? Tenemos que aprovechar.

—Sí, **ant**, pero usted no vio que este restaurante tenía
las raciones justas para cada persona. Aquellas señoras
de allá se quedaron sin pollo porque usted cogió tres.

—Es culpa de la organización de la excursión. ¿Dónde se ha visto que en un almuerzo sirvan la comida racionada?

—Pero tía...

—“Pero tía” nada. Además te dije que vamos a conversar en inglés, ¿me entendés? Y no se hable más del asunto. Ahora tendré que ver donde compro algo para comer porque quedé con hambre.

—Pues a mí sí me gustó el pollo y veo que todos se lo comieron.

—Yo no sé cómo puede haber alguien que le haya gustado esta comida.

La excursión continuó después del medio día por el Centro Lincoln para concluir en el Central Park, donde recorrieron a sus anchas las extensas áreas que ya mostraban el estrago del invierno.

Al caer la noche, regresaron caminando al hotel.

En esa ocasión, cada uno cenaría donde quisiera.

Tía y sobrino se separaron de los demás y buscaron una venta callejera de perros calientes.

Mientras Eli saboreaba su **jat dog** con mostaza, Juyi pensaba que aquello era lo más insípido y estúpido que pudiera existir. ¡Viajar tan lejos para comerse un perro caliente con mostaza en un pedazo de pan en plena calle! Aquello distaba mucho de ser un placer.

Lo cierto es que sobrino y tía se fueron esa noche a la cama con mucha hambre, sin atreverse a confesar mutuamente su estado.

IX

Nunca supo si fue por hambre o por alguna otra razón, pero esa noche Juyi tuvo un sueño extraño.

Se encontraba en lo alto de un rascacielos. No era precisamente el Empire State, pero era inmenso.

Estaba allí, solitario, de pie sobre la aguja de la antena que coronaba el edificio. De pronto sintió mucho miedo y presa de pánico se arrojó al vacío.

La caída era terrorífica e interminable. Sabía que iba a morir y no podía hacer nada, simplemente caía. Parecía que nunca iba a tocar suelo. Pero cuando lo hizo, no se produjo el más mínimo daño. Tenía los ojos cerrados y estaba consciente de que no había muerto por la precipitación. Experimentó una placentera sensación. Cuando abrió los ojos se percató de que había caído con sus piernas abiertas justo en una de las aristas esquineras de la edificación. Contemplado desde su perspectiva, parecía que el edificio surgía de entre sus piernas y se elevaba poderoso e imponente hasta perderse en el infinito del cielo. Entonces comprendió que aquello no era un edificio. Era su pene. Por primera vez poseía un pene parecido al de Mariano, pero tan inmenso y descomunal como no lo poseía algún otro hombre sobre la faz de la tierra.

Fue tal su alegría que quiso repetir la hazaña y se vio de nuevo en la cúspide del rascacielos. Otra vez sintió pánico y se lanzó al vacío. Al tocar suelo observó satisfecho que el edificio parecía emerger de sus entrañas otra vez. Y así lo repitió varias veces, hasta que en la última miró el perfil urbanístico de la ciudad. Entonces descubrió que en vez de rascacielos, lo que emergía de la tierra eran decenas de penes gigantes.

¡Era una ciudad llena de penes gigantescos en lugar de edificios! Los había de diversos tamaños. Unos más altos, otros más anchos, con inclinaciones extrañas. Pero eran penes humanos, como el de su padrino. No cabía duda.

Aquella visión le repugnó y se despertó asqueado. Había lanzado la cobija al suelo con sus pies.

Sin que su tía se diera cuenta de lo sucedido en la cama contigua, alzó de nuevo la ropa de cama y procuró tranquilizarse para volver a dormir. Pero cuantas veces lo consiguió, el sueño se repitió de la misma forma. Hasta que finalmente fue despertado por Eli para ser los primeros en llegar a desayunar al comedor.

X

Aquella mañana estalló el conflicto. Algunos de los excursionistas reclamaron a Eli por su abuso y aprovechamiento en las comidas, por colarse siempre en los primeros lugares de las filas y querer ser siempre la primera en todo.

La mujer no se quedó callada, pero la actitud del grupo fue tan sólida, que al final tuvo que rendirse y retirarse con su sobrino.

—¡Eso es lo que me pasa por viajar con ticos! Es la última vez que cometo esta estupidez.

Juyi la observaba temeroso de que cometiera alguna imprudencia de peores consecuencias.

Ese día el recorrido comprendía el viaje en metro hasta el Centro Mundial del Comercio en el bajo Manhattan, para después caminar hasta Battery Park y embarcarse hacia la estatua de la libertad.

La experiencia en el metro fue muy simpática, celebraron todos al observar cómo tía y sobrino abordaron de últimos en esa ocasión.

Una vez llegados a la estación correspondiente ascendieron hacia la plaza al aire libre, que se hallaba entre las torres gemelas.

Cuando Juyi elevó la mirada, su corazón dio un vuelco dentro del pecho.

XI

Apenas escuchaba abstraído la información, que Li daba al grupo.

Los datos se sucedían en forma desordenada en sus oídos: la plaza entre las torres es de 20000 metros cuadrados... dos torres gemelas de 415 metros de altura con bases cuadradas de 60 metros de longitud... 110 niveles... 104 ascensores... 43000 ventanas con 55 centímetros de anchura... 20000 metros cuadrados de cristales...

Eran dimensiones monumentales, hasta entonces, solo concebidas como fantasiosas.

Pero algo más fuerte e inexplicable atraía la atención del muchacho. No podía definir qué era lo que aquello le inspiraba, pero sentía que pertenecía a ese sitio. Por primera vez en su corta vida saboreaba una sensación de paz interior. ¡Hasta ese día de su vida se sentía pleno y completo!

Entró en éxtasis, sensación hasta entonces desconocida. Sus sentidos estaban estimulados al máximo, al punto de mezclar sus funciones. Oía por su piel, tactaba por los ojos, escuchaba por la boca, los aromas le penetraban

el cerebro a través de las orejas. Flotaba, reía, lloraba de placer. De pronto presenció una sobrenatural transformación. Aquellas estructuras gigantescas adquirieron piel y se transformaron en dos penes descomunales. Se frotó los ojos tratando de borrar las imágenes, pero cuando los abrió fue solo para contemplar que seguían allí. Entonces dirigió la mirada a su tía y el resto del grupo. ¿Cómo era posible que nadie reaccionara ante aquel fenómeno? ¿Nadie decía nada? ¿Acaso no lo veían?

Cuando miró las torres de nuevo ya los penes se habían desvanecido. Los edificios brillaban a la luz solar que incidía por el este, entre un cielo gris plomo.

Fue entonces cuando decidió quedarse ahí.

—¿Cómo que no vas a ir a la estatua de la libertad?

—No quiero, **ant**. Quiero quedarme aquí.

—¿Pero **guai**?

—Quiero quedarme aquí. Aquí me siento bien.

El tono de su voz fue tan convincente que Eli aceptó. Al fin y al cabo aquel viaje era para que él se sintiera bien.

Persuasiva convenció a Li para que el grupo se embarcara sin ellos hacia la isla y prometió regresar con Juyi al hotel. La noticia fue recibida con alivio por parte de los compañeros y minutos después el grupo se alejaba alegre en dirección de Batory Park.

—¡Mejor así! —dijo Eli contemplando cómo desaparecían por la esquina. —No me importa perderme la estatua de la libertad. La verdad es que prefiero ir de **chópin**.

—Pero yo me quiero quedar aquí. Necesito quedarme aquí.

—Está bien. Te propongo algo. Te quedás aquí en la plaza mientras yo camino por ahí. Cuando termine de hacer mis compras vengo por vos.

Y emprendió rápida huida en búsqueda de tiendas en el centro comercial.

Pero Juyi no extrañó su ausencia. Buscó un sitio cómodo en la plaza para ubicarse de tal forma que pudiera contemplar simultáneamente las dos torres. Aquello era usual en el lugar. A cada instante había personas que se acostaban en el piso para poder tomar fotografías, que captaran al máximo la magnificencia de los edificios. Siguiendo su ejemplo, se acostó cómodamente y dejó volar sus emociones a su antojo.

En ese momento, todo se detuvo para él.

XII

Nunca supo cuánto tiempo transcurrió hasta que un pensamiento ingenioso cruzó por su mente. El punto focal de la plaza a los pies de las torres era una esfera gigante de bronce de 8 metros de altura, cuya creación se atribuía al escultor alemán Fritz Koenig.

—Definitivamente los **americanos** son superiores —se dijo. A cualquiera se le hubiera ocurrido construir un monumento al *Poder*, representando genitales masculinos. Los gringos, en lugar de un pene y dos testículos como sería lo normal, construyeron dos penes y un solo testículo. ¡Qué geniales! Si existe algo más poderoso que un pene, son dos penes.

Y celebró su ocurrencia hasta que otro pensamiento lo entristeció.

—No es justo que aquí haya dos penes mientras que yo no tengo.

Entonces recordó las burlas y ofensas sufridas hasta ese momento. Pero para su satisfacción, aquel sitio le había cargado de una energía positiva que le impulsaba a superar su pasado. Se sintió fuerte, por primera vez, una fortaleza que lo acompañaría el resto de su vida.

Con un solemne gesto se levantó y encaminó hacia el punto equidistante entre las torres. Extendió los brazos como procurando tocar a distancia las paredes de cada edificio. Elevó la mirada al cielo y juró. Juró no volver a sufrir nunca más por su defecto, no permitir que nadie más lo dañara. Pero, sobre todo, juró que llegaría a tener poder a cualquier costo.

A partir de ese momento, las torres gemelas de N.Y. fueron su icono.

XIII

Horas más tarde, Eli apareció en la plaza. Venía radiante con dos bolsas de la tiendas **Macy's**.

—**¿Jaguaryu darlin?** —sonrió.

—¡Hola! ¡Qué rápido regresó, **ant!**

—Fui de **chópin, dir**. Conseguí unas cosas **guánderful!**

—¡Qué bueno!

—¿Y vos, cómo la pasaste?

—Muy bien —

—No sabés lo que eso me alegra. Me encanta verte así. Tenés algo en la cara que no sé explicar, pero me gusta. Definitivamente este viaje te hace mucho bien. Vámonos para el hotel.

Mientras caminaban hacia el metro, Juyi dio una última mirada a sus maravillosos rascacielos.

—Quería proponerte algo —dijo Eli balanceando las bolsas.

—¿Qué es?

—Todos los que te queremos pensamos que este paseo te haría muy bien. Queríamos que con el viaje quedaran atrás las cosas malas. Me alegra ver que no nos equivocamos. Hay que empezar una nueva etapa de ahora en adelante. ¿Me entendés?

—**Ai du.**

—Pienso que sería bueno que regresaras transformado.

—¿Cómo?

—Con algún cambio físico.

XIV

Aquella última noche también soñó algo especial.

Estaba en lo alto de las torres gemelas, los edificios más altos del mundo. Sintió terror y se lanzó al vacío. Pero la llegada al suelo fue su recompensa, pues al caer en la plaza con sus piernas abiertas, observó cómo las torres parecieron emerger de sus entrañas. En ese momento se transformó en un muchacho gigante que se incorporó y caminó por Manhattan exhibiendo dos descomunales penes.

La gente corría aterrorizada conforme él los perseguía. Se cuidaba de no matar a nadie con sus gigantescos pies. Solo quería castigarlos. Aplastarlos hubiera sido un descanso para ellos, pero él quería que sufrieran bastante. Allí corrían todos, **Anyidikinson**, Inmaculada, Carlos y muchos otros que le habían hecho daño.

Desde la azotea de un rascacielos cercano, Mariano lo contemplaba con envidia.

Pero, a diferencia de la noche anterior, el sueño no se repitió.

Ya sentados dentro del avión de regreso, tía y sobrino conversaban animadamente.

—Cuando llegue a casa voy a pedir que me devuelvan parte de lo pagado, pues no fuimos a la estatua de la libertad. Eso lo tienen que descontar. **Enigüei.**

De vez en cuando miraban por la ventanilla del avión, pero solo se observaba el cielo nuboso.

Juyi pensaba que a su regreso las cosas iban a ser diferentes.

El próximo año ingresaría a la universidad, conocería nuevos compañeros y profesores. Todo iba a cambiar. No le cabía la menor duda. Había descubierto que bastaba pensar en las torres gemelas de Nueva York para sentirse bien. Definitivamente aquel era un lugar mágico, cargado de mucha energía positiva.

Pensaba en la impresión que daría a su madre cuando lo viera llegar con su nuevo estilo de corte de cabello. ¡Y rubio, además! Tenía que aceptar que su tía había estado en lo correcto otra vez. Ingresaría a la universidad con otra imagen. Definitivamente no habría compañero de colegio que lo reconociera, si es que alguno podía realizar estudios universitarios.

Sonreía al imaginarse a su tía luciendo bolsas de Macy's a la llegada a Costa Rica sin haber comprado nada en esa tienda. Había solicitado a los dependientes que se las regalaran como recuerdo, pero las bolsas iban llenas de objetos comprados en otros sitios.

Lo único que no le terminaba de convencer aún, era el consejo que le había dado de cambiar su nombre. Aunque no era un cambio en realidad. Era simplemente decir

sus iniciales en inglés. La jota y la a. **Yei Ei. Yei Ei.** Lo repetía varias veces tratando de convencerse. A partir de ese momento no sería Juyi Acson ni Jota A.

Sería **Yei Ei.**

LIBRO TERCERO

LAS RAMAS DEL HIGUERÓN

Parte primera: La universidad

I

No tardó mucho tiempo en adaptarse a la vida universitaria, ya que el ambiente era totalmente diferente a todo lo vivido hasta entonces. El hecho de tener diferentes compañeros de estudio, según los diversos cursos matriculados, le generaba gran seguridad. Pensaba que uno de los recursos más exitosos había sido teñir su cabello de rubio. Pero lo que lo entusiasmaba plenamente era la idea de hacerse llamar J.A. Jiménez, pero con las siglas de su nombre pronunciadas en inglés.

Pronto tuvo que aceptar que **Yei Ei** Jiménez no sonaba muy acorde, por lo que tuvo otra genial ocurrencia, y así se lo planteó a su madre.

—Está bien, mi amor. ¿Pero por qué querés cambiarte el apellido?

—No es un cambio.

—¿Pero entonces qué es? ¿Te da vergüenza?

—¡No, mamá, por Dios! ¿Cómo me va a dar vergüenza? Yo no me estoy quitando tu apellido, además me gusta mucho. Lo que quiero es que suene distinto.

La madre lo miró desconcertada. No entendía por qué aquella decisión, pero sabía muy bien que detrás de todo

estaba Eli. Había aceptado que Juyi hablara en inglés con su tía, aunque eso la excluyera de las conversaciones. ¡Pero cambiarse el apellido! Era inaudito.

—Mamá, entendé. Yo no me estoy quitando tu apellido. Para todos los asuntos oficiales sigue siendo el mismo. Es solamente con las personas con las que trato en un ambiente de confianza que voy a explicar que mi apellido es otro.

—¿Pero qué explicación vas a darles?

—¡Fácil! Les digo que mi apellido era originalmente italiano, pero que por similitudes fonéticas se cambió.

—¿Por similitudes qué?

—Fonéticas, mamá. Porque sonaba parecido a otro.

—¿Y la gente te lo va a creer?

Juyi se mordió los labios.

—Ya lo creen, mamá. Porque se los he dicho a mis compañeros de Estudios Generales y todos me creyeron.

—¿Pero por qué?

—Mirá má, desde que tengo memoria he sufrido por el rechazo que me ha hecho la gente y lo sabés muy bien. Aunque en mis últimos años de cole he pasado las peores vergüenzas, lo cierto es que ya desde niño siempre se burlaban de mí, siempre me rechazaban y maltrataban. ¿Cómo creés que me sentía cada vez que tenía que cambiar de escuela, o de colegio, o de casa? Ahora en la U las cosas son muy distintas. Ahí nadie me conoce. Ninguno de mis compañeros de cole entró a la U. Lo sé muy bien, pues revisé los nombres en los padrones que exhibe la oficina de Registro. Todos mis compañeros eran bien brutos, mamá. ¡Ninguno entró a la U! ¡Solo yo! Ni Rafael pudo entrar.

—¡Pobre Rafael! Con lo que deseaba estudiar en la universidad.

—Mamá, en la U nadie me conoce. Además las cosas allí son muy diferentes, la gente me trata en una forma distinta. Todos me dicen **Yei Ei**. Pero no suena bien con el apellido Jiménez. Mamá, lo único que hago es asegurarme de que nadie me pueda reconocer. Eso es todo.

Ella lo había escuchado con el corazón y con él mismo lo pudo comprender. No había nada que agregar, todo estaba claro.

—¿Y qué fue lo que dijiste? —dijo con tono aprobatorio que Juyi percibió entusiasmado.

—Dije que mi apellido original es italiano, pero que cuando mi abuelo vino a Costa Rica, la gente confundía su apellido con Jiménez. Y como les era difícil pronunciar el correcto, lo fueron transformando en Jiménez. Pero yo les pedí que me llamaran por el apellido original.

—¿Y cómo es ese apellido italiano? Te pregunto, por si algún día tengo que confirmar esa mentira.

Una sonrisa de profundo agradecimiento iluminó el rostro del muchacho.

—Yemini. Les pido que me digan **Yei Ei Yemini**.

II

1990 sería recordado como el año en que por primera vez el país se clasificó para un campeonato mundial de fútbol en Italia.

Todo se paralizó durante el mes de junio por seguir la competencia.

La época estaba marcada por las transmisiones televisivas de los diferentes partidos del campeonato, que se mezclaban con los temblores de tierra del enjambre sísmico que sacudía la ciudad de Santiago de Puriscal, haciendo a sus pobladores huir del sitio y dejar abandonadas sus propiedades a los caprichos de la naturaleza.

Fue un mes completo de fútbol y sismos.

Mientras todo esto sucedía, **Yei Ei** disfrutaba del ambiente universitario.

Había matriculado solamente el ciclo de Humanidades, que incluía Filosofía, Historia, Literatura, actividad cultural y actividad deportiva.

En el curso de taller de teatro aprendía a perfeccionar su histrionismo y en el de halterofilia continuaba esculpiendo su cuerpo.

Se había convertido en un modelo varonil. De gran estatura y conformación atlética perfecta. Hermoso rostro, dentadura impecable, seductora sonrisa, mirada penetrante y poderosa. Tono de voz sensualmente varonil, perfecta pronunciación, amplio léxico, elevado nivel de conocimientos.

Sabía cómo vestir bien, caminar elegantemente y hacer sentir su presencia. Era simpático, respetuoso, oportuno, con un envidiable sentido del humor. Su profesor

de teatro le decía que poseía mucha naturalidad y gran presencia escénica.

No cabía duda de que resultaba un ser humano atractivo y seductor para cualquiera, mujer u hombre.

Nadie que lo conociera sospecharía el secreto que ocultaba.

III

—El fútbol es un deporte ordinario, es **veri** popular.

Y al decir “popular” lo hacía con el tono más peyorativo posible.

—¿No viste lo que pasó en la Avenida Segunda? ¿La locura de la gente por el fanatismo del fútbol? —continuó Eli.

—Sí. Fue muy feo.

—Fue vulgar. Y todo porque habíamos participado en el campeonato de Italia. ¿Vos te imaginás lo que hubiera hecho ese montón de salvajes si la selección hubiera pasado a la siguiente ronda? ¡Menos mal que nos eliminaron! ¡Son como animales! ¡Uf! Pero la gente no se da cuenta. Aquí todos siguen de idiotas pensando en el fútbol. Por eso yo te sugiero lo otro.

—Pero eso es más difícil y costoso, tía.

—**Jóni**. Para tener **succés** en sociedad tenés que jugar tenis o golf. No hay de otra. ¿Me entendés?

—¿Qué cosa es **soccés**? —preguntó la madre.

—**Soccés** no. Se pronuncia **succés**. Significa éxito, querida. Si **Yei Ei** quiere tener éxito en su vida, debe aprender cuanto antes a jugar tenis y golf.

—¿Por qué? —volvió a intervenir la madre.

—Porque son deportes exclusivos de la gente de categoría. Un partidillo de fútbol se juega en cualquier parte, en cualquier rincón. ¡Hasta con bolas que no son apropiadas! En cambio, para jugar tenis o golf se requiere un lugar exclusivo y con implementos especiales. ¡La ropa de jugar tenis es preciosa! Decime, ¿dónde has visto algo con más clase que una raqueta de tenis o unos palos de golf? ¡No, no, no! Definitivamente es un privilegio y una exclusividad practicar esos deportes.

—Pero es muy caro. Además de que hay que comprar implementos deportivos también se deben alquilar las canchas o los campos. Eso es caro.

—Es caro y solo al alcance de gente rica, **Joni**. ¿Entendés por qué te digo que esos deportes sirven para tener éxito en sociedad?

El muchacho la contempló admirado. Su tía era impudicamente práctica. Poseía un descarado sentido común.

—Nosotros no tenemos plata como para que seás socio de algún club privado de golf o tenis. Pero lo que sí podés hacer, es tener amigos que tengan acceso a eso. ¿Me entendés, **Joni**?

Asintió con la cabeza, sin salir de su asombro.

—Lo que vamos a hacer, es que yo te voy a pagar unas clases de tenis en algún hotel que tenga canchas. Ahí acuden personas que tienen más posibilidades. Lo demás lo dejo a tu capacidad de hacer amigos. Cuando te des cuenta, vas a empezar a frecuentar los clubes más importantes. ¡En fin! **Dáts ap tu yu**. ¿Me entendés?

IV

Si bien su desarrollo físico era admirable, no lo era menos el mental. Estaba desarrollando una mente tan fantásica y ágil, que en ocasiones debía contener el vuelo ilimitado de su imaginación. Todos sus sueños giraban alrededor de una misma cosa: su imagen profesional en la prensa. Aquel era su principal objetivo.

Disfrutaba a plenitud de todas las primeras materias académicas de su carrera: los cursos de sociología de la Comunicación, de Historia, los de Investigación. Ansiaba llegar a los cursos de Radio, Televisión, Periodismo Escrito, Periodismo de Opinión, Ética.

De una cosa estaba completamente seguro: se dedicaría a la prensa televisiva. ¿Cómo iba a desarrollarse en un estilo de periodismo sin rostro? ¡Eso sí hubiera sido un gran desperdicio!

“Buenas noches, costarricenses. En cadena nacional de televisión vamos a dar inicio a la transmisión de la guerra del golfo pérsico. Como ustedes saben, este es un hecho histórico sin precedentes en la Humanidad. Durante años, las noticias de los grandes desastres siempre se han dado “a posteriori”. Es la primera vez que el mundo va a poder presenciar en vivo y a todo color el inicio de una guerra. Formamos parte de una inmensa cadena de transmisión mundial, de manera que pueden estar seguros de que en el momento en que veamos en pantalla las primeras imágenes de los bombardeos, las estarán viendo simultáneamente en todo el planeta. Esta será la primera vez que el mundo contemple una guerra frente a la pantalla de un televisor con una cerveza en la mano..”.

¡Qué emocionante si él hubiera podido hacer esa transmisión!

“Nuestra patria ha sido sacudida por las fuerzas de la naturaleza. En esta cadena nacional de Radio y Televisión voy a estar coordinando y dirigiendo las maniobras de rescate inmediatas, de manera que solicito a la Cruz Roja y los representantes del Gobierno y la Fuerza Pública que se comuniquen conmigo, Yei Ei Yemini.

Es impresionante pensar que precisamente hoy hace cuatro meses exactos nuestro país fue sacudido por otro sismo.

Hoy 22 de abril de 1991, cerca de las 4 de la tarde, los costarricenses hemos experimentado la furia de la tierra como no lo hacíamos desde el terremoto de Cartago de 1910. Nuestros geólogos estiman que el terremoto ha tenido una intensidad de más de 7,5 grados en la escala Richter. La provincia de Limón está completamente incomunicada, los puentes caídos, hay incendios en los tanques de almacenamiento en la refinería de petróleo y ya se empiezan a contabilizar los muertos. La ciudad de Limón está golpeada de muerte, hay edificios caídos, no hay luz eléctrica ni suministro de agua potable, el hospital ha debido ser evacuado y los heridos se cuentan por centenares. También desde Puerto Limón nos informan que la placa continental se ha elevado cerca de dos metros sobre el nivel del mar, dejando al descubierto miles de metros cuadrados de arrecifes de coral que antes se encontraban bajo el agua. Este es un fenómeno geológico trascendental, pues el terremoto ha modificado la configuración geográfica. Sin duda alguna el terremoto de Limón

será uno de los más importantes sismos de 1991 en el mundo entero”.

Sentía rabia de ver que apenas era un estudiante de primeros niveles mientras en el país y el mundo sucedían tantos acontecimientos importantes. ¡Cómo deseaba ser él quien transmitiera las informaciones! Sentía envidia de los periodistas que lo hacían. Ansiaba que el tiempo transcurriera velozmente para verse ya graduado y ejerciendo la profesión.

“Nuevamente estoy con ustedes. Soy su amigo Yei Ei Yemini transmitiendo en cadena nacional. Definitivamente este es un año importante, lleno de sucesos trascendentales. Hace apenas tres meses sufríamos el embate del terremoto de Limón, y ahora la naturaleza nos premia con uno de los fenómenos más difíciles de presenciar. Podemos considerarnos privilegiados por ser testigos de un eclipse total de sol..”.

Ahora la urgencia por concluir su carrera profesional se había convertido en su principal obsesión.

V

De sus compañeros de carrera, con quien más amistad hizo fue con Jorge (**Llorsh** como le decían todos). Era un simpático muchacho de su misma edad, de obesidad botérica y algo más bajo que el promedio estatural para gente de su generación. Aunque toda su ropa era de marca, se distinguía por su desgarbo en el vestir. Miembro de una de las familias económicamente más poderosas del país, su padre era dueño de una importante industria. Como hijo único, **Llorsh** disfrutaba del apellido y dinero de su padre sin que hubiera tenido que hacer méritos para ganarse ninguno de los dos.

Aparte de su desastrosa forma de vestir, el muchacho poseía dos defectos más: una joroba y una pierna corta. Pero tenía grandes virtudes. Era socio de los más prestigiosos clubes sociales, campestres o citadinos, al aire libre o bajo techo, de montaña o playa. Jugaba tenis y golf, aunque era pésimo deportista.

Algunas otras condiciones no eran precisamente dignas de envidia como su proclividad al alcoholismo y las drogas. Pero había que reconocer que cuando consumía cocaína era de la más pura calidad.

Poseía un flamante BeEmeDobleve del año, en el que solo tenía derecho a montarse su incondicional amigo **Yei Ei Yemini**.

Llorsh veía en **Yei Ei** el prototipo de hombre que hubiera deseado ser. Alto, guapo, inteligente, simpático y atractivo. Se sentía orgulloso de ser su único amigo. Eso le daba un estatus, que no conseguía con su apellido ni su dinero. **Llorsh** halagaba a **Yei Ei** en todo lo que podía. Quería jugar tenis. Lo invitaba. Quería nadar en piscina

bajo techo. Lo invitaba también. Si **Yei Ei** deseaba carne asada en el club campestre, **Llorsh** concedía el deseo invitando además a tía y madre. ¿Teatro, cine, circos, danza, ópera? Lo que su amigo quisiera.

Desde niño fue el típico gordito del que todos se burlaban y no tuvo más remedio que aprender a comprar la compañía y afecto de los demás.

Pero ahora había encontrado en **Yei Ei** un amigo sincero, que lo quería de verdad. Un amigo con grandes privaciones y necesidades desde niño, cuya madre trabajaba de empleada doméstica y la tía en una sala de belleza. Pero allí estaba él, el gordo **Llorsh**, dispuesto a ser el adalid de su amigo. Lo iba a beneficiar en todo lo que pudiera.

Por su parte, **Yei Ei** lo ayudaba en el estudio, se desvelaba noches enteras en la preparación de exámenes y tareas. Si por azar no eran designados en el mismo grupo de trabajo, sabía cómo conseguir que el profesor los uniera. Se sentaba a su lado durante los exámenes.

Procuraba ser siempre visto al lado de **Llorsh**.

Porque si algo tenía claro **Yei Ei**, era que mientras más cerca estuviera del otro, más alto y guapo se vería.

VI

Llorsh tenía una amiga a quien decían “la perra”. Aquel sobrenombre generaba los más variados comentarios de todos cuantos se enteraban y se prestaba a muy injustas confusiones.

Para el segundo semestre del año, la perra se matriculó por segunda vez en el mismo curso que los muchachos.

—¿Y quién es? —preguntó **Yei Ei**.

—Se llama Mo. Pero todos la conocen como la perra.

—No es algo para enorgullecerse.

—Es que vos no sabés —dijo **Llorsh** con sonrisa maliciosa.

—No es necesario saber mucho para entender el porqué de su apodo.

—Te aseguro que estás completamente equivocado.

—¿Y cómo es?

—Es una rica —dijo con lascivia.

—Pues nunca la he visto.

—Vas a ver cuando la conozcás.

—Cambiando de tema, **Llorsh**. Ahora que ya tengo licencia de conducir sí me vas a cumplir lo prometido. ¿Cuándo me vas a dejar manejar tu carro hasta Punta Leona?

—¡No se te había olvidado! —dijo riendo a carcajadas
—Tenés una memoria súper.

—Tengo una memoria perfecta, maje.

—Este fin de semana vamos a Punta Leona... con la perra.

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? ¡Pero si no la conozco!

—Pero yo le voy a dar permiso a Mo de que ande con mi amigo. ¡Y ojo que eso no se lo permito a cualquiera!

Como era costumbre desde que se conocieron, **Llorsh** llevaba y traía a **Yei Ei** de la universidad todos los días, para que no tuviera que tomar autobuses.

—Ahí viene la perra —señaló **Llorsh** en cuanto se bajaron del auto.

Yei Ei dirigió la mirada hacia una bella muchacha, con esa piel bronceada propia de quienes tienen mucho tiempo libre para estar al sol. De ojos claros, rubia, alta, ágil y coqueta al andar. Llevaba el cabello recogido en dos colas que caían sobre los hombros. Pese a llevar unos libros sostenidos sobre el pecho, se podían notar sus grandes senos. Cintura de avispa y amplias caderas. Mostraba sus piernas firmes bajo una pequeña falda. La muchacha los divisó a distancia y se encaminó hacia ellos.

Yei se sintió amenazado ante la belleza de la mujer.

—Mo, te presento a **Yei Ei**. **Yei Ei**, ella es Mo —dijo **Llorsh** con satisfacción por lo que estaba haciendo.

—Mucho gusto —dijo **Yei Ei**.

—¡**Guau!** —dijo la otra.

Asombrado por la expresión, **Yei** buscó el rostro de su amigo, apenas a tiempo de verlo ocultar una sonrisa.

—¡**Guau!** ¡Mucho gusto, **Yei Ei!** ¡**Guau!** ¡**Guaaaaaau!**

VII

—¡**Guau!** ¡**Guau!** —ladraba **Yei Ei** imitando a Mo.

—¡Yo no le veo nada gracioso al asunto! Mo no está ladrando. “**Guau**” es una forma de mostrar admiración —dijo Eli con aspereza.

Mientras tanto Juyi y su madre no paraban de reír ante el cuento del muchacho.

—¡Parecen idiotas! —bufaba Eli.

—Es lo más cómico que he oído —decía la madre, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿De manera que van el sábado a Punta Leona? —preguntó Eli.

—Sí. **Llorsh** me va a dejar manejar su carro.

—Tenga mucho cuidado, hijo. No le vaya a pasar algo malo a ese carro. Yo no sé qué haríamos si tuviéramos que pagar un daño.

—No se preocupe, mamá, que yo sé manejar bien. Con ese carro aprendí.

—Te voy a hacer una observación, **Joni** —dijo Eli.

—**Tel mi.**

—Es un asunto de “clase”, **darlin.**

—**Okey, ant. Tel mi.**

—No debes referirte al carro de tu amigo como “carro”.

—**Sorri,** no entiendo.

—**Its tu ísi.** Uno dice nada más “carro” cuando es cualquier vehículo, ¿me entendés? Pero cuando se trata de una marca como el de **Llorsh**, no se le debe decir así. Debes decirle BeEme.

El sobrino la miró atento, esperando el desarrollo de la idea completa, pues sabía que iba a ser algo interesante.

–Poneme atención, **Joni**. Escuchá esta frase: “¿*Ya estacionaste tu carro?*” ¿La oíste bien?

–**Yes.**

–Ahora escuchá esta otra: “¿*Ya estacionaste tu BeEme?*”

–Ajá.

–¿Sentís la diferencia? Ese carro no es cualquier carro, **Yei Ei**. Y debe quedar bien clara la diferencia. Al fin y al cabo resulta un asunto de “clase.” ¿Me entendés?

–**Ai du.**

–De manera que el fin de semana no vas a ir a Punta Leona en el carro de **Llorsh**. ¡Vas a ir en el BeEme de **Llorsh**!

–**Ai gerit.**

–Y otra cosa. Preguntale a **Llorsh** si puedo ir yo. Me muero por las ganas de conocer Punta Leona. Además me encantaría conocer a Mo. ¡Y en mi presencia no se burlen de ella! **Guau** corresponde a una expresión **americana** de mucho estilo. Es mejor decir “¡**guau!**” que decir “¡caramba!” como hacen los ordinarios de aquí. Lo que sucede es que vos sos un mal educado.

VIII

El tiempo pasaba tranquilamente. Juyi avanzaba exitoso en sus estudios arrastrando a **Llorsh** en todo lo que podía.

Eli y Mo habían hecho una amistad estrecha. La tía copiaba expresiones de la muchacha y al cabo de unos meses se reunían a alternar comentarios y ladridos. La madre trabajaba como empleada doméstica y Mariano los visitaba con frecuencia.

—**Yei Ei**. No olvide llamar a Rafael —dijo la madre.

—¡Ay, mamá! Pero voy saliendo para el club. En cualquier momento pasa **Llorsh** en el BeEme. No puedo retrasarme ahora.

—Pero **Yei Ei**, si tengo tres días de decírtelo. Necesita verte.

—¿Pero para qué? Tenemos casi dos años de no hablarlos. Ya no compartimos nada. No sé qué quiere contarme ahora.

—Es cierto —intervino Eli. —**Yei Ei** tiene ahora otras amistades. ¡Mejores amistades! Yo no sé qué es la necesidad del otro de estar insistiendo en verlo.

—Ellos fueron muy amigos —enfaticó la madre.

—Exactamente. Fueron. Ya no.

—Eso es muy severo, Eli —dijo Mariano.

Yei Ei prefirió intervenir antes de que su tía desatara una tempestad.

—¡Está bien! ¡Está bien! Hoy en la noche lo llamo. No discutan más acerca de él. Bueno, ya oigo el BeEme de **Llorsh**. Me voy. Hasta luego, Mariano —dijo al tiempo que besaba a las mujeres y salía de la casa.

—¿Por qué no quiere hablar con Rafael? —inquirió el padrino.

—Fue desde lo que le hicieron en el gimnasio del colegio. Eso los separó.

—Pero según recuerdo, Rafael no le hizo nada malo —

—Rafael no, pero su primo sí.

—A mí me parece **okei** que se haya apartado de Rafael. Esa amistad no le iba a reparar nada bueno. **Yei Ei** tiene ahora un grupo de amigos más selecto y debe dedicarse a ellos.

—El problema —dijo la madre— es que Rosario es la única amiga que tengo yo. A mí me da mucha vergüenza que **Yei** trate así a su hijo.

—¿Qué será lo que quiere contarle?

—Cosas de muchachos.

—A mí me parece que eso es no tener vergüenza. ¡Venir a insistir después de tanto tiempo y tantas veces que **Yeicito** lo ha ignorado!

—Eli, no hablés así —dijo el seminarista.

—Dejame, yo sé de lo que hablo.

—No creo.

—Pues vieras que sí. Y lo repito: la amistad de Rafael nunca le convino a **Yei Ei**.

IX

Los amigos cursaban ya el tercer año de carrera, pero Mo había vuelto a perder dos cursos y se cuestionaba seriamente continuar estudiando.

Para inicio del nuevo año, **Llorsh** organizó un paseo como parte de la celebración de un cumpleaños más de **Yei Ei**. Mo y otros tres participados habían ido declinando paulatinamente la invitación, de manera que los dos amigos se encontraron en la disyuntiva de cancelar la aventura o realizarla solos. Al final se decidieron por la segunda opción.

Llorsh pasó a casa de **Yei** en un vehículo con tracción doble, que había alquilado para la ocasión. Su destino final era uno de los volcanes de la cordillera de Guana-caste, paraje muy alejado de la capital. Contaba el lugar con cabañas rústicas, senderos naturales y ríos con aguas termales: flora y fauna dignas de un paraíso.

El trayecto fue extenuante. Llegados a su hospedaje bajaron del auto el equipaje y unas bolsas misteriosas que pertenecían a **Llorsh**.

Mientras **Yei** ordenaba la ropa en el único dormitorio de la cabaña, su amigo preparó la cena.

Momentos después, **Yei Ei** observó admirado una mesa puesta con todo lujo. Había vino, quesos, embutidos, aceitunas, cangrejo y caviar. Como si fuera poco, un pastel finamente decorado en el que destacaban escritas con chocolate sus dos iniciales.

—¡Feliz cumpleaños! —dijo efusivamente su amigo.

Se sentaron a la mesa y degustaron con voraz apetito los manjares y vaciaron las botellas de vino.

Como era muy noche, decidieron no salir de la cabaña hasta la mañana siguiente.

Al efecto del vino se unió el de la comida y el cansancio, por lo que acordaron irse a dormir cuanto antes. Y entonces enfrentaron, por primera vez desde el inicio de su amistad, el hecho de compartir una única cama. Aquello no le agradaba a **Yei Ei**, pero no había opción. Se desvistió dando la espalda a su compañero y se puso un pantalón corto para dormir.

–Maje. ¡Qué buenas piernas tenés! –dijo **Llorsh** en tono jocosos.

Yei Ei correspondió a la broma con una carcajada, pero cuando se volteó, observó que el otro lo contemplaba seriamente, ya metido en la cama. Con gran incomodidad **Yei Ei** se acostó a su lado, debajo de las cobijas.

–¿Qué hora es, **Llorsh**?

–Deben ser las once.

–Nos estamos acostando muy temprano. Parecemos gallinas.

–Es a lo que menos te parecés.

–¿Entonces parezco un gallo?

–Parecés un pavo real –fue la respuesta cargada de deseo.

Yei Ei sintió un escalofrío en la espalda al ver la mirada de su amigo. Comprendió la situación. Hacía tiempo había entendido las intenciones de **Llorsh**, pero había procurado ignorarlas.

–¿Qué te pasa, maje? –le dijo molesto.

–¿Te puedo hacer una pregunta y no te enojás?

–No puedo prometer nada si no sé qué es.

–Prometémelo, **Yei**.

–No.

—Bueno. ¿Qué más da? Te lo voy a preguntar de todos modos. ¿Querés que nos masturbemos juntos?

X

Yei Ei había recibido a lo largo de su vida muchas ofensas, desprecios, burlas y toda clase de vejaciones; pero nunca había escuchado algo como lo que el otro acababa de proponerle.

Ahí estaba, acostado a la par de su mejor amigo, con sus rostros separados apenas por unos treinta centímetros. Bajo las cobijas, sus cuerpos se rozaban por las piernas. Sentía su calor, su aliento.

Se había alimentado con la comida comprada por él. Estaba en la cabaña que había alquilado y dependía para salir del lugar del vehículo que también su amigo había alquilado. Y ahora escuchaba, con incredulidad y molestia, la insinuación que le hacía. En verdad que nunca se había visto en una situación tan comprometedora. Le insultaba lo que **Llorsh** le insinuaba. Rechazaba absolutamente la propuesta. ¿Pero qué se había creído el insolente?

—¡Maje! —le dijo severamente, apartándose un poco —¡Estás totalmente equivocado acerca de mí! ¡Yo no soy guei!

—¿Y quién dice que yo sí?

Esa respuesta no se la esperaba. Se sintió desconcertado, mirando al otro y tratando de discernir entre honestidad o cinismo.

—Yo no soy así, **Yei Ei**. Me encantan las hembras —dijo con hedor etílico. —¿Por qué pensás que para masturbarse

a la par de un amigo hay que ser **guei**? ¡Qué enredo mental te tenés, **Yei Ei**! La verdad que nunca me lo imaginé.

—¡Dejate de estupideces! ¿**Okei**? No me vas a decir ahora que los hombres se andan masturbando con sus amigos. ¡Olvidate de eso! No lo voy a hacer. Yo soy bien macho, ¿me oíste? Tengo muy claro mi rol sexual.

—¿Te has acostado con muchas? —dijo **Llorsh** incorporándose con curiosidad —Por favor, contame.

Yei lo miró con temor. Su amigo estaba ebrio. Lo más probable es que a la mañana siguiente ni se acordaría de lo sucedido. Pero, en ese momento, no sabía cómo manejar la situación.

—Por favor, **Yei Ei**, contame cómo hacés para seducir a las mujeres. Quiero aprender cosas de vos. Enseñame. A mí me cuesta mucho. No a todas les gustan los gordos como yo. En cambio vos sos el maje más guapo y rico que yo he conocido. Yo te quiero, **Yei Ei**. Te quiero. Yo deseo ser como vos. Quiero aprender cómo hacés las cosas. Contame. ¿Con cuántas mujeres te has acostado?

—No te voy a contestar.

—¿Cuántas? ¿Cuántas? ¿Veinte? ¿Treinta? ¿Más?

—Y vos, ¿con cuántas lo has hecho?

—Apenas con cinco. ¿No te digo que a las hembras no les gustan los gordos?

—¡Cinco! —pensó **Yei Ei**. —¡Qué dichoso era su amigo de ser aquello verdad! Ya se había acostado con cinco mujeres. En cambio él... no lo había hecho con alguna... ni lo haría jamás.

—Mejor dormite ya, **Llorsh**.

—¿No me vas a contar?

—No.

—Entonces dejame hacer otra cosa.

—¿Qué es?

—Quiero tocarte los pectorales.

—¡Dejate de estupideces! —y le contuvo la mano cuando iba a posarse sobre su pecho.

Llorsh se asustó y estalló en llanto.

—Perdoname, por favor. Perdoname.

Lloraba amargamente y se dejó llevar por los estragos del vino. Se levantó tembloroso de la cama y se sentó en una silla. Lloraba como un niño.

—Soy un perfecto desgraciado. Te he faltado al respeto. Lo siento mucho.

El llanto lo ahogaba. Al cabo de un rato se fue calmando.

—Perdoname, por favor. No quiero perder tu amistad. Si supieras lo que disfruto compartiendo con vos, jugando tenis, o yendo a la playa o al club. ¿Te das cuenta de que sos mi único amigo? Yo no quiero perderte, ni perder todo lo que comparto con vos —y volvió a soltar el llanto.

Aquellas palabras calaron hondamente en **Yei Ei**. Pensó detenidamente en lo que acababa de escuchar y después de unos instantes, dijo lentamente con palabras claras y firmes:

—Yo tampoco quiero perder tu amistad... ni lo que comparto con vos.

XI

*El fuego del centro del mundo
Hará temblar alrededores de ciudad nueva.
Dos grandes rocas largo tiempo harán guerra
Luego Aretusa enrojecerá de nuevo el río.*

CENTURIA I, cuarteta LXXXVII

Nostradamus

Una madrugada **Yei Ei** sintió algo así como otro violento terremoto. No acostumbrado aún a esa clase de fenómenos naturales, se lanzó de la cama para comprobar que todo había sido una vívida pesadilla. Sin embargo, a partir de ese momento, no pudo volver a conciliar el sueño y se fue a la universidad con gran malestar.

No supo a qué hora exactamente sintió un fuerte dolor en el pecho, que lo hizo salir de clases y buscar alivio en el aire fresco veraniego.

–Maje, ¿qué te pasa? –le dijo **Llorsh** una vez que lo alcanzó fuera del aula.

–Me siento mal.

–¿Qué tenés? ¿Te duele algo?

–No exactamente. Es un malestar que no puedo explicar.

–¿Querés que te lleve al médico?

–No.

–No te preocupés por nada, yo pago la consulta.

–No. No es por eso. No creo que sea cosa de médicos.

–¿Entonces?

–No te lo puedo explicar porque ni yo lo entiendo.

–Ah!

Y **Llorsh** se sentó a su lado en silencio. Así se quedaron hasta que un timbre anunció la conclusión de clases y los pasillos se llenaron de estudiantes bulliciosos.

—¿Cómo te vas sintiendo?

—Ya mejor.

—¿Qué hacemos?

—¿Te importaría llevarme a casa?

—No, para nada. Vamos al BeEme.

Y caminaron hasta el parqueo.

Llegados a casa el asunto se olvidó, pues otra noticia captó la atención.

—**¡O mai Gad! ¿Guats da mara? ¿Guat jápens?**
—dijo Eli asustada al ver entrar en forma extemporánea a los muchachos.

—**Dont guorri, ant. Its nótin** —dijo el sobrino.

—**Yei** se sintió mal y me pidió que lo trajera.

—Pues yo he estado aquí asustada escuchando las noticias.

—¿Qué noticias?

—Lo del atentado al **Guor Tréid Center**. La bomba que estalló. **Its anbelíbole.**

Yei Ei olvidó por completo el malestar, que lo agobiaba minutos antes.

—¿Dónde están dando las noticias?

—Lo escuché en la radio.

—¿No has puesto el televisor?

—No.

Prendió el televisor y simultáneamente sintonizaba estaciones de radio en un pequeño aparato portátil y se detuvo en cuanto escuchaba alguna noticia al respecto. ¿Cómo podían haberle hecho semejante daño a “sus”

edificios? ¿Por qué? Por más que procuraba, no lograba darse una razón justificada para tan terrible hecho.

Y le empezó la alergia.

Con la primera oscuridad de la noche, todos cenaban frente al televisor que transmitía un extenso reportaje sobre el atentado de ese día de febrero del 93.

En uno de los canales se entrevistó a un experto en profecías de Nostradamus. Aquella entrevista dejó impactado al joven estudiante de Periodismo.

Es impresionante correlacionar lo sucedido hoy con algo escrito siglos antes. Siempre ha sido motivo de polémica y discusión la capacidad de Michele de Notredame. Ese misterioso médico nunca ha podido ser adecuadamente comprendido, sobre todo si consideramos que sus profecías siempre son entendidas una vez acaecidos los hechos.

Pero, en el caso que nos ocupa hoy, hay algunas cosas que no se entienden. Veamos:

***“El fuego del centro del mundo
hará temblar alrededores de ciudad nueva”.***

Esto no puede estar más claro. La ciudad nueva es Nueva York.

A lo que se refiere como “centro del mundo” se entiende mejor si se dice en inglés: Center of the World. ¿Se comprende? Center y World. El complejo de edificaciones se denomina World Trade Center. El fuego que hace temblar los alrededores es, sin lugar a dudas, el estallido de la bomba en el sótano de una de las torres.

*En la frase: “**Dos grandes rocas largo tiempo harán guerra**”, podemos interpretar que las dos grandes rocas*

son las torres. En los años 1500, nadie en el mundo podía imaginarse el concepto futuro de un rascacielos. De manera que las torres gemelas solo podían haber sido vistas como dos inmensas rocas. El hecho de hacer guerra implica que pese al estallido en sus bases, los edificios no se caen, se sostienen, luchan por no caerse. En síntesis: hacen guerra.

Lo único que no se entiende a la luz de los hechos actuales es la última frase: **“Luego Aretusa enrojecerá de nuevo el río”**.

Obviamente es el río Hudson. Antes de que se concluyera el complejo total del World Trade Center, las torres gemelas se reflejaban en las aguas del río.

Aretusa es una ninfa griega, que fue transformada en fuente de agua. A este punto no puedo interpretar adecuadamente qué quiso decir Nostradamus aquí. ¿Por qué la ninfa enrojece el río? ¿Y qué se interpreta como enrojecimiento? ¿Sangre? Porque si sangre constituye el sinónimo de muerte, es como decir que el río se teñirá de sangre o muerte.

Pero lo más curioso consiste en que el verso comienza con la palabra “Luego”.

¿Quiere esto decir que es algo que sucederá después? Si es así, ¿cuándo? En fin, me es difícil interpretar adecuadamente este verso.

–¿Habrá que esperar? –interrogó el entrevistador.

–Probablemente –contestó el experto.

Y una vez más, **Yei Ei** ansió estar ya graduado y haber sido él quien hubiera hecho esa entrevista.

XII

La familia había esperado la tarde de aquel sábado con entusiasmo, pues Mariano había prometido visita. Hacía mucho tiempo que el padrino seminarista no asomaba la cabeza por la casa de Hatillo y ya su ahijado lo extrañaba.

Cuando **Yei** entró en casa, se encontró de golpe con las caras malhumoradas de madre y tía. Un poco más allá, en los asientos más distantes de la pequeña sala, se encontraba Mariano con un joven adolescente.

—¡Hola, Juyi! —dijo su padrino.

—¿Cómo estás, Mariano? —balbuceó asfixiado por el abrazo.

—¡Muy bien!

Yei Ei dirigió una mirada de saludo y malicia hacia el muchacho, que se mantenía sentado y callado. Era un chiquillo de simpático rostro pecoso y en quien un esbozo de bigote empezaba a sombrear la boca.

—Te presento a César. Un amigo.

—¿Cómo estás César?

—Mucho gusto, señor —dijo con juvenil voz todavía sometida a los cambios propios de la edad.

—¿Ves César? Este es mi ahijado, de quien te he hablado. ¿Verdad que es un muchacho muy guapo? —agregó Mariano.

Sin ocultar su molestia por el comentario, la madre avisó que iba a la cocina y Eli se ofreció ayudarla.

—¿Cómo te va en el Seminario?

—Estoy realizado, Juyi. Definitivamente este era mi sitio en la vida. No sé cómo no lo entendí antes.

César continuaba inmutable.

Era evidente que la presencia de aquel joven rompía la armonía, que siempre había existido en presencia de Mariano. El adolescente estaba incómodo, Mariano también, y las mujeres habían escapado a la cocina. **Yei Ei** comprendió que en él recaía la responsabilidad de conciliar la tensa situación.

—¿Y dónde conociste a César?

—En un encuentro espiritual en el que fui guía.

—¿Ah sí?

—Sí.

—¿Y qué hacés, César?

—Estudio —dijo en un susurro.

—¿Estás en el cole?

—Ajá.

—¿En qué nivel?

—Noveno.

—¿Cuántos años tenés?

—Quince y medio.

—¿Y te va bien en los estudios?

—Ajá.

Evidentemente era un muchacho humilde. Se sentía amenazado, temeroso, totalmente fuera de lugar en un grupo de adultos. A lo largo de la tarde y hasta que cayó la noche, conversaron sin tomar en cuenta al chiquillo.

Una vez que se marcharon, las hermanas se lanzaron miradas de alivio.

—Vos nunca estuviste de acuerdo conmigo, Eli —dijo en tono de reproche la madre. —Y como sos orgullosa nunca vas a reconocer que tuve razón.

Y sin prestar atención salió hacia la cocina.

—Pero **Ai agrí güit yu** —dijo Eli en voz baja asegurándose de que no la oyera.

Una vez solos, la tía se volvió hacia su sobrino y le confesó:

- Me preocupa mucho Mariano.
- Yei** prefirió guardar silencio.

XIII

-¡**Guau!** -ladró Mo. -Gracias por invitarme a la fiesta.

-Por nada. Eso sí, cada uno trae lo que se va a tomar.

-¿Y va a venir todo el grupo?

-Pues sí. Aquí cabemos todos.

-Yo pongo la comida -dijo **Llorsh**.

-¡Maje! Ya te dije que aquí hacemos algo.

-Pues no se molesten. Yo me encargo de toda la comida.

-¡**Guau!**

-¡Qué amable que sos **Llorsh!** Pero para nosotras no es molestia -dijo tía Eli.

-Lo hago con todo gusto.

-Pero vos nos vas a acompañar, Eli, ¿verdad? -dijo Mo.

-¿Pero cómo se te ocurre, **dárlin?** Si es una fiesta de muchachos.

-Pero si vos sos el alma de las reuniones, Eli. Ya sos parte de nuestro grupo.

-**Ténquiu joni.**

-¡**Its tru! Ai am not láin.** Y usted señora, ¿también nos acompaña? -dijo a la madre, que respondió con una tímida sonrisa.

-**Llorsh**, ¿te puedo hacer una sugerencia? -dijo Eli.

-¿Pero cómo se le ocurre preguntar? ¡Por supuesto que sí!

—Es sobre los embutidos. Creo que debés conseguir jamón serrano de Jabugo para esta ocasión. Es más fino.

—Como usted diga.

Y la conversación se empezó a diluir en dos grupos. **Yei** y **Llorsh** por un lado. **Eli** y **Mo** en el otro. Solo la madre no conversaba, pero escuchaba atenta todo lo que se decía.

—**Llorsh**, quiero pedirte un favor muy especial.

—¿Qué es, maje?

—¿Vos creés que tu mamá me prestaría el cuadro de Rafa Fernández? No el que tiene en la sala de tu casa porque ese todos lo conocen, sino el que tiene en el dormitorio. Ese nadie lo ha visto, solo yo.

—¿Te interesa?

—Sí. Es la primera vez que invito a todo el grupo a mi casa. Mucho me gustaría colgar ese cuadro justo, aquí, en la pared de la sala. Vos sabés lo que me gustan las pinturas de Rafa Fernández. ¡Algún día me podré comprar una! Pero mientras eso sucede, quisiera que me la prestaras, solo por esa noche.

—Mmmm. Vamos a ver. Mi mama no suelta fácilmente esas cosas. Es una pintura muy valiosa.

—¿Sabés por qué la quiero? ¿Te acordás el otro día que aquel imbécil de Armando anduvo diciendo no sé qué cosas de mí? Que soy un limpio, un pretensioso, un pajoso. Pues quiero demostrarle a ese imbécil que, aunque vivo en Hatillo, tengo buen gusto. ¡Ayudame, por favor! —y mientras decía esto, frotaba el hombro a su amigo.

—¿Y qué te vas a poner, Eli? —dijo Mo.

—Va a ser una sorpresa.

—¡**Guau!** Ya me lo imagino.

—Si querés te venís bien temprano y te hago un peinado súper.

—¿Ríli? ¡Guau!

Horas más tarde, Eli convocó a reunión urgente.

—**Lísen.** Creo que deberíamos contratar una salonera para mañana en la noche.

—¿Pero por qué? No es necesario gastar. Yo los puedo atender —dijo la madre.

—Yo no quiero que usted haga de sirviente a mis amigos, mamá.

—Pero eso es lo que yo soy, en eso trabajo.

—Pero yo no quiero. Yo quiero que esa noche usted disfrute de la fiesta.

—Pero yo puedo atenderlos y disfrutar al mismo tiempo.

—¡No seas necia! ¿No entendés que vas a avergonzar a **Yei Ei**? Además por qué te preocupás, si la que va a pagar la salonera soy yo. En la familia de Mo trabaja una nica, que tiene una hermana que está desempleada. Por una noche la contratamos. Además lo que se le paga es cualquier miseria. No la tarifa de ley.

—¿Por qué? —dijo la madre, comprometida con los intereses de las empleadas domésticas.

—Porque esa gente está ilegal en el país.

XIV

En esos días había sucedido un hecho importante para el periodismo nacional, que captaba la atención de la opinión pública.

Una periodista, de uno de los principales canales de televisión, había sido separada de su cargo por razones no claras, aunque ella argumentaba que la cúpula de poder de un partido político jugaba papel importante en la decisión.

Como era de esperar, los estudiantes de la carrera seguían de cerca los acontecimientos.

Aquel día **Yei Ei** debía participar en un debate estudiantil acerca del tema. En cuanto se bañó, buscó un pantalón que se ajustara bastante al cuerpo y antes de cerrar el zíper, introdujo un par de medias enrollado dentro del calzoncillo, justo enfrente de la zona genital.

Había querido hacer esto, desde hacía mucho tiempo, y pensó que aquella era la ocasión perfecta. Sería el momento de hacer la prueba. Iba a estar en un escenario frente a decenas de personas. ¿Qué mejor ocasión para poner a prueba el concepto que había subrayado en su libro de sexualidad humana y que tantas veces había leído?

“Rigurosos estudios científicos de indiscutible valor estadístico revelan que el tamaño del bulto genital masculino es observado en forma inconsciente por el ojo humano, aún cuando se esté enfocando otro punto corporal en ese mismo momento.

El tamaño del bulto genital, a través de la ropa, es directamente proporcional al grado de dominio de su dueño y al respeto que se le prodiga”.

Después de comprobar en un espejo lo efectivo del recurso y mirar ritualmente una fotografía de las torres gemelas, salió a la calle en cuanto supo que afuera estaba el BeEme de su amigo.

—¡Maje! ¿Qué te hiciste? ¡Qué bien te ves hoy! —dijo **Llorsh** mientras lo veía caminar lentamente hacia el carro.

—¿Solo hoy?

—Pues no. ¡Siempre! Pero hoy te veo algo distinto. Esperá... no me digás. Quiero adivinar qué es —le dijo contemplándolo de pies a cabeza.

Yei Ei dirigió una mirada a su entrepierna y contempló con satisfacción como se pronunciaba hacia adelante un marcado bulto en la zona genital. En ese preciso momento, **Llorsh** puso sus ojos también en la misma zona y ruborizándose cambió de tema de conversación. **Yei Ei** rió triunfante. Sabía que iba a cautivar durante la actividad.

Todos se acercaron para felicitarlo por su desempeño en el debate. Hombres y mujeres habían sido seducidos por su presencia escénica e intelectual. Estar a su lado intimidaba a cualquiera. Hasta los más viejos maestros se sentían emocionados con su presencia.

Cuando el grupo se diluyó, **Yei Ei** sintió unas femeninas manos que le tapaban los ojos desde atrás. Las asió firmemente reconociendo de inmediato a su dueña.

—¡Mo! Viniste al debate. ¡Qué sorpresa! —dijo agradecido.

—¡Guau! ¡Nunca te había visto como hoy, **Yei Ei**!

—¿Verdad que no? —dijo **Llorsh**.

—Te echaste el público a la bolsa. ¡Guauuuu!

—Ya lo dije yo. ¡Maje! ¡Qué orgulloso me siento de que seas mi amigo!

—Bueno... ¿Y esto no merece que me inviten a cenar?
¡Eso sí! A un buen restaurante.

—Yo ya tengo todo previsto y está hecha la reserva-
ción. Te va a encantar.

—Y después yo los voy a llevar a un lugar muy intere-
sante que espero les guste —dijo la muchacha.

—¿Sí?

—¿Cómo se llama, Mo?

—Ya lo verán. Y los llevo porque ustedes son majes de
mente abierta.

—A las ocho paso por vos a tu casa.

—Estaré listo.

XV

La cena había sido exquisita. La satisfacción de **Llorsh** igualaba la plenitud gástrica de **Yei Ei**. Mo aguardaba impaciente su turno para agasajar a su amigo.

Después de pagar una elevada cuenta y dar al mesero una espléndida propina, **Llorsh** fue a traer su BeEme hasta la puerta principal del restaurante donde lo aguardaron sus amigos.

—Bueno —dijo **Yei Ei**. —¿Y ahora adónde vamos, Mo?

La muchacha se acercó al oído de **Llorsh** y susurró detalladamente la dirección.

—¿Qué te traés entre manos?

—Quiero enseñarles un lugar muy **náís**. Está de moda. Pero eso sí, tienen que ser muy **open máinds**.

—¿Y te parece que no lo somos? —dijo **Llorsh** mientras aceleraba para saltarse un semáforo en rojo.

—Pues sí. Pero no sé para esto...

—¡Mo, que me vas a asustar! —dijo **Yei** riendo con ganas.

—Eso es precisamente lo que no quiero.

—¿Segura?

—**Absolutli.**

Al poco rato estacionaron el BeEme en un parqueo cercano a su destino misterioso y con gran expectativa marcharon los tres por media calle.

Llegaron a una puerta estrecha, de donde ascendían unas escaleras empinadas y poco iluminadas. Arriba se escuchaba la música de una discoteca. Un par de muchachos custodiaba la entrada y lo primero que hicieron fue pedirles que mostraran sus cédulas de identidad. Acto seguido los revisaron en busca de botellas de licor o armas y les permitieron subir al segundo piso.

—¡Caramba! ¿Pero qué lugar es éste que tiene tantos controles? —susurró **Llorsh** a su amigo.

Pero antes de que pudieran hablar, Mo había llegado a una ventanilla y pagado el importe de tres entradas. Se las dio de inmediato a otro hombre, que abrió la puerta principal. Los tres amigos tuvieron ante sí la imagen de un salón inmenso, lleno de música, luces y muchos hombres.

Se detuvieron procurando acostumbrar sus miradas a la poca iluminación, pero sobre todo procesando el espectáculo que tenían ante sus ojos.

Mo empezó a bailar, contagiada por los compases de la estridente música.

—¡Bueno! —dijo gritando para que sus amigos la escucharan. —¿Y qué les parece? ¿Verdad que solo se puede decir una cosa? “¡**Guau!**”

—¿Esto es un lugar **guéi**, Mo? —dijo **Llorsh**.

—¡Síiiii! —¿No es **améisín**? ¡**It's terrific!** —contestó bailando con más ímpetu.

—¿Y por qué nos trajiste aquí?

—Para que conocieran el lugar más **cul** que he visto. Tiene la mejor música de toda la capital y el ambiente es increíble. La primera vez que vine y vi esto dije: ¡**Guaauu!** Por eso quería venir de nuevo. ¡Vamos a bailar los tres!

—¿Pero aquí no entra solamente gente **guéi**?

—¡No! ¡Qué va! Aquí entra cualquiera. Es diluido. Ahora se está haciendo de moda. ¡Bailemos!

Al son de la música se fueron relajando mientras daban. Gran cantidad de hombres, jóvenes en su mayoría, bailaban a su alrededor. Ninguno parecía percatarse de los tres. Esto tranquilizó a **Yei Ei**, que por un momento se había sentido bastante incómodo.

Al cabo de una hora en que no habían dejado de bailar ni una sola pieza, se dirigieron al bar a tomar algo.

—¡Bueno! Pero todavía no me han dicho qué les parece —gritó Mo.

—Mirá, maje —dijo **Llorsh** gritándole al oído. —Aquí solo hay una cosa que se puede decir: “¡**Guau!**”

—¿Verdad que sí? —rió la muchacha.

—¿Qué decís, **Yei**?

—Que estoy de acuerdo —gritó.

—¿Ya viste, **Llorsh**, el **pul** que tiene nuestro amigo aquí? ¿Viste cómo todo mundo lo mira?

—¡Y cómo no lo iban a mirar!

Yei Ei sonrió con falsa modestia.

—Maje, perdoná que te lo diga —dijo Mo— pero estás hecho un rico. Y como tenés la ropa empapada de sudor, se te pega al cuerpo y te ves muy sexy. Estás para comerte.

Yei Ei dirigió una mirada a su cuerpo y comprobó que había sido una buena decisión haber escogido aquella ropa

y llevar un par de medias enrollado en la parte delantera del calzoncillo. Definitivamente se veía muy bien.

Complacido levantó la mirada para comprobar que decenas de ojos masculinos lo observaban y utilizando una de sus mejores poses les sonrió a todos.

XVI

Mariano visitaba más frecuentemente a la familia desde hacía algún tiempo. En cada visita llegaba acompañado por un nuevo amigo adolescente, lo que aumentaba el malestar de las hermanas.

Solo **Yei Ei** parecía tener tolerancia, aunque en el fondo también empezaba a incomodarse.

Todos los muchachos tenían el mismo perfil: adolescentes de extracto humilde, por lo general de zonas rurales y a quienes Mariano conocía en actividades espirituales de diversa índole.

En una de esas incómodas visitas, Mariano contó a **Yei Ei** que su antiguo amigo Rafael lo había buscado para pedirle que intercediera ante él y poder reunirse.

—Rafael necesita apremiantemente conversar con vos. Yo te pido, en forma encarecida, que accedás a verlo. Yo nunca te he pedido favores, pero esto te lo solicito como un favor personal para mí. Conversá con Rafael.

XVII

Estaban sentados a la mesa en el fondo de una cafetería. Tenían de estar allí una hora y cinco cafés cada uno.

Rafael había estado hablando sin parar durante los últimos quince minutos. Se había convertido en un hombre delgado, alto, de rostro simpático. Vestía humildemente pero con buen gusto. Llevaba un pequeño arete en la oreja izquierda. Sus ademanes eran mesurados y finos.

Yei Ei lo contemplaba en silencio, escuchando todas y cada una de las palabras del interminable monólogo. ¡Qué distinto era del Rafael que recordaba! Los años de adolescencia parecían muy remotos. La conversación había tomado un giro inusitado y desde hacía rato el muchacho se desbordaba en una interminable catarsis.

Yei comprendió que estaba escuchando a un completo extraño. Y se percató del grave error que había sido aquella reunión.

—¡Pará, maje! ¡No sigás!

—Me imagino que no te resulta fácil escuchar lo que digo.

—No. Y no entiendo por qué tuviste que escogermé a mí.

—Te escogí, porque nunca he tenido un amigo como vos. Y aunque nos separamos los últimos años, nunca encontré una amistad que se pareciera a la que tuvimos. Yo sé que para vos es difícil entender esto, pero puedo decirte que nunca he querido a nadie como te quise en el buen sentido de la expresión. De verdad que me has hecho mucha falta —hizo un silencio—. —Sos testigo de las veces que intenté acercarme. Pero siempre me lo impediste.

—¿Y qué pretendés ahora?

Rafael lo miró a los ojos.

–Recuperar tu amistad.

–¿Y qué sucede si yo no quiero? Mirá, majee. Nosotros somos ahora dos personas muy diferentes. Nuestras vidas son distintas. Hace mucho no compartimos nada. ¿No te das cuenta de que somos dos perfectos desconocidos?

–Pero lo pasado...

–Lo pasado, pasado está. Ya eso acabó. ¿De acuerdo? Vos no me conocés. No sabés cómo soy yo. Y te repito que no termino de entender por qué tenías que contarme tu vida.

–Lo hice porque sos la única persona que me inspira confianza y porque voy a necesitar ayuda.

–¿Y cómo sabés que yo te la voy a dar?

–Esperate que termine...

–¡No, majee! No quiero seguir escuchando. Yo respeto lo que has hecho con tu vida, pero no lo comparto.

–No te pido que lo compartás.

–¡Escuchame! Lo que vos hagás con tu vida no lo juzgo ni me importa. Pero no estoy de acuerdo. ¿Okey? Hace muchos años que no nos vemos y creo que lo mejor es que sigamos así. Te deseo lo mejor, pero nada más.

Se miraron con intensidad.

–¡Mesera! ¡La cuenta! –ordenó **Yei Ei**.

–¡Cómo has cambiado!

–Vos también.

–¡Qué equivocado estaba con vos! Mi mamá me advirtió que no te buscara, pero yo seguí creyendo en el amigo que conocí.

–Todos cambiamos, Rafael. Vos sos la mejor prueba de ello.

—Decime una cosa, Juyi. ¿Te sentís amenazado por una persona como yo?

—¿Cómo se te ocurre? —contestó con burla.

—¿Entonces por qué me rechazás?

Yei Ei se echó para atrás en la silla. Rafael lo estaba poniendo en una situación sumamente incómoda.

—¿Será por lo que sé de vos? —continuó Rafael.

—Pero resulta que ahora yo también sé algo tuyo.

Rafael se estremeció. Ahora veía las cosas claramente.

—¿Entonces es eso? Mirá Juyi, lo que acabás de saber de mí es algo que yo voluntariamente te he confiado. La diferencia entre vos y yo, es que yo no tengo temor de que me hagás daño con lo que sabés de mí.

Y diciendo esto, pagó la cuenta y se marchó.

En la mesa del fondo **Yei Ei** sintió la sangre hervir y maldijo mil veces el momento en que accedió a la entrevista. Y mientras tomaba el vuelto de Rafael exclamó entre dientes:

—¡Playo de mierda!

XVIII

La reunión en la humilde casa de Hatillo era acalorada.

—¡Pero Mariano! Contestame una cosa. Si vas a levantar una casa, ¿le pedís a un abogado que diseñe los planos de construcción? —dijo **Yei**.

—Obviamente no —contestó el seminarista.

—Y si estás enfermo, ¿le pedís a un arquitecto que te prescriba medicamentos?

Mariano no contestó.

—No querés responder para no darme la razón, pero con tu silencio lo estás haciendo. Ahora decime, si tenés inquietudes sobre aspectos de las relaciones en un matrimonio, ¿a quién le preguntás: a los que están casados o a los que no?

—Estás tergiversando las cosas.

—¡Nada de eso! Las cosas están muy claras. No entiendo por qué para confeccionar unas guías sobre educación sexual para adolescentes, tenga que inmiscuirse la Iglesia Católica. Yo no sabía que las experiencias sexuales del clero son tan vastas como para ser autoridades en la materia.

—Nada tiene que ver una cosa con otra. El hecho de que alguien no cocine no le impide saber si un platillo está bien preparado.

—Pero el saberlo tampoco lo califica como cocinero. En este país todos se creen una autoridad. Solo los futbolistas juegan un partido, pero los aficionados creen saber cómo debe hacerse. Solo los políticos gobiernan, pero todo mundo cree saber cómo se debe gobernar. Pero en el caso que hablamos no se trata de una simple opinión. Las implicaciones son diferentes, porque estamos ante un hecho educativo.

—Estás confundiendo las cosas.

—No. No lo hago. Resulta que un grupo de profesionales en educación diseña unas guías sobre sexualidad dirigidas a jóvenes. Es un proyecto formativo. Y entonces la Iglesia Católica, indignada, se inmiscuye en el proyecto.

—Dentro del clero también existen profesionales en educación.

—Que lo primero que hicieron fue reducir el tamaño de los dibujos anatómicos ilustrativos. ¿Eso no te recuerda

la censura religiosa de las obras de arte en el pasado? ¡Y que esto suceda en este país en pleno siglo XX!

—La Iglesia siempre tiene sus razones para hacer lo que hace.

—¿Como cuando permitió la Santa Inquisición? ¡No, no, no! Esto resulta intolerable. La Iglesia es como una solterona amargada, que nunca ha gozado los detalles de una relación sexual, pero que se atreve a dictar cátedra sobre cómo debe hacerse.

—Tu error consiste en conceptuar la sexualidad solamente dentro del ámbito de lo genital. Se te olvida que el concepto de sexualidad es más amplio. Involucra otros aspectos como el de la relación personal de la pareja que se ama.

—Y para lo que tampoco la Iglesia tiene experiencia, pues sus miembros no conocen de qué se trata una relación de pareja.

—¿Por qué no hablan de otra cosa? —imploró la madre.

La súplica puso un alto a la violenta discusión. Por unos instantes, todos respiraron agitadamente.

—¿Por qué atacás a la Iglesia? No comprendo —continuó Mariano.

—Yo hace mucho tiempo dejé de creer en ella.

—¿Pero por qué?

—Tengo mis razones. Y no me presionés para que las diga, porque te involucran.

La amenaza fue certera. Un frío silencio aplomó la estancia. No obstante, Mariano conservó la calma. Instantes después prosiguió.

—Me gusta intercambiar ideas con vos, Juyi. Me satisface ver cómo has madurado. Sos un hombre de criterio firme y eso me alegra, aunque no coincidamos en nuestros

puntos de vista. Vos sabés que yo te quiero mucho y precisamente por eso te voy a dar un consejo. Puede que la Iglesia Católica no tenga autoridad para tratar aspectos de sexualidad humana. No lo sé. Pero si la condición es necesidad de experiencia, tampoco vos tenés esa autoridad moral.

¡Aquello dolió! Nunca esperó un golpe tan bajo de parte de su padrino. Quedó paralizado y sin capacidad de responder. Mariano continuó sereno.

—Creo que más que atacar a la Iglesia Católica me estás atacando a mí, como una revancha por algo que no logro entender. ¿Será porque te pedí que te entrevistaras con Rafael? Si es así, veo que no me lo has perdonado aún y me duele que tengás esos procederés. ¿O existe alguna otra razón? No sé si lo has notado, pero últimamente estás muy agresivo y amargado. Has cambiado mucho desde el encuentro con tu ex amigo. Estás muy mal, necesitás ayuda. ¿No creés que sería conveniente que hablaras con algún profesional al respecto?

XIX

Se sentía incómodo en la sala de espera.

Había sufrido un largo proceso para llegar hasta allí. La furia arrastrada durante meses. Tantos conflictos personales. Todo lo había inducido a consultar a un psiquiatra.

Cuando la recepcionista le advirtió su turno para entrar al consultorio, dirigió una última mirada a su entrepierna para confirmar que las medias enrolladas dentro del calzoncillo tuvieran el efecto deseado.

Un joven psiquiatra lo invitó a sentarse. Pero **Yei** permaneció de pie unos instantes a fin de que el otro pudiera percibir el bulto de su zona genital.

—Vamos a ver, ¿por dónde quiere comenzar?

Yei se armó de valor e inició un discurso previamente estudiado.

—Hace unos meses me reuní con un antiguo amigo. La conversación fue difícil, pues no sé por qué razones decidió confiarme que es **guéi**.

Guardó silencio esperando una reacción de asombro por parte del médico, pero este se mantuvo impassible.

—Creo que desde entonces he venido acumulando una cólera, que cada día crece más. Si me pregunta qué me molesta, le diría que nada y todo. Estoy en un punto donde todas las personas me incomodan. Todo me desagradada. Siento ganas de mandar todo al carajo. No sé qué me está pasando, pero en verdad me siento muy mal.

—¿Y qué pudo decir su amigo en aquel momento, que produjera esta reacción suya?

—Es lo que espero que usted me diga.

—Pero no lo puedo decir porque ignoro la conversación. Solo usted lo sabe. ¿Qué pudo ser?

A partir de ese momento, como una represa que se rompe después de mucho tiempo de contención, sentimientos y palabras se desbordaron ante el profesional.

Yei Ei tenía una cosa firmemente decidida. ¡Nunca le confesaría su defecto físico!

XX

Los meses transcurrían en forma más apacible. La imagen del psiquiatra se transformaba lentamente de amenazante a confiable. Había adquirido atributos de autoridad, que **Yei Ei** empezaba a respetar a ojos cerrados al entregarse por entero a él. Iba depositando en aquel hombre desconocido sus más profundos temores e inquietudes, sus debilidades y secretos.

Nunca antes había tenido una relación con nadie de la forma en que lo hacía con el médico. Ni su madre, ni su tía o Mariano habían tenido nunca el lugar que el profesional estaba ocupando en su vida. Era como un padre.

El médico comprendió, desde un principio, que existía una razón poderosa como causa del conflicto de su paciente. Pero no había descubierto aún qué era y esperaba que Juyi la manifestara. Le llamaba la atención el hermetismo en todo lo relacionado con la genitalidad.

—¿Pero me querés decir que nunca has contemplado la figura de un hombre desnudo? —inquirió el médico.

—No.

—“¿Nunca?”

—Nunca. ¿No me cree?

—Eso es algo muy difícil de lograr. Casi imposible durante el desarrollo natural de una persona en el mundo moderno.

—Pues a mí me ha sucedido. Aparte de la vez que vi a Mariano, nunca más.

—¿Y durante el colegio? ¿Nunca viste a tus compañeros desnudos en los vestidores deportivos?

—No.

—Mmm —musitó el psiquiatra. —¿Y alguna película con escenas de sexo? Has debido ver los actores desnudos.

—No.

—¿Pero cómo has hecho para no verlos?

—No sé. Simplemente no veo cuerpos de hombres.

—¿Desviás la mirada o cerrás los ojos?

—No. Simplemente no los veo.

—¿Y en dibujos? Me has hablado del famoso libro que te regaló tu pediatra. Allí debe haber mucha información visual al respecto.

—Nunca veo las fotos ni los dibujos —contestó bajando la mirada mientras se comenzaba a rascar.

—¿Y en las guías de educación sexual que con tanta vehemencia has traído a nuestras conversaciones? En una ocasión me dijiste que la Iglesia había reducido el tamaño de los dibujos que mostraban cuerpos desnudos. ¿Esas sí las viste?

—No.

—Mmmm.

—Talvez usted no me cree, pero ya le dije: nunca he visto un hombre desnudo con excepción de Mariano hace muchos años.

—Sí, te creo. Pero, ¿por qué has bloqueado eso? Es lo más natural que los hombres miren los genitales de sus compañeros cuando se presenta la oportunidad. Forma parte de una curiosidad sana.

No contestó. Deseaba cuanto antes salir de esa conversación.

—¿Y el bulto genital que se marca a través de la ropa en un traje de baño o un pantalón? ¿Tampoco lo ves?

—Ese sí, a veces —dijo ruborizándose.

XXI

—**¡O god! Ai cant biliv it** —dijo Eli dejándose caer en el sillón de la sala.

—¿Qué pasa? —corrió la hermana. —¡Juyi! ¡Vení! ¡Algo le pasa a tu tía!

—¿**Guats da mara, ant?**

—**Luc at dis** —dijo entregándole una documentación que había sacado de un sobre amarillo.

—¡Pero esto es un cobro judicial por la tarjeta de crédito!

—¡Dios mío! ¿Qué vamos a hacer? —lloró la madre.

—¿Pero eso no se había pagado ya, tía?

—Sí. Este es el cobro judicial por la segunda tarjeta con la que cancelé la primera. ¡Qué desgraciados son en ese banco!

—¡A ver, a ver! Explíqueme tía. **Ai dont understán.**

—Lo voy a hacer en español para que entienda tu mamá. Yo debía el pago de la tarjeta de crédito. ¿Cierto? Como me iban a llevar a cobro judicial, obtuve una cuenta en otro banco que me canceló la deuda. Pero ahora es este banco que me lleva a cobro judicial. Y el fiador es **Llorsh.**

—¿Esto va a perjudicar a **Llorsh?**

—**Yes, dárlin.**

—¡Pero qué vergüenza! ¿Qué va a decir ese muchacho? —gimió la madre.

—Tenemos dos opciones, hermana. Solicitar una tercera tarjeta de crédito en otro banco para cancelar la deuda de la segunda o esperar a que **Llorsh** comprenda y se responsabilice del pago.

Se aproximaba el final de la carrera universitaria y los estudiantes estaban enfrascados en los últimos exámenes.

Yei Ei canalizaba esfuerzos hacia la recuperación de su acostumbrado carácter. Con ayuda del psiquiatra, iba superando los escollos emocionales, pero había suspendido la asistencia a consultas debido a problemas económicos. Mo se había retirado definitivamente de la carrera, pues no había manera de que diera pie con bola. Y, aunque ahora dirigía sus esfuerzos a ser azafata de una importante línea aérea, siempre reservaba tiempo para compartir con sus entrañables amigos.

Los tres habían optado por seguir yendo a bailar los fines de semana a la discoteca. El sitio era cada vez más frecuentado por jóvenes, que acudían a la novedad de conocer el hasta entonces oculto mundo **guéi**. El más entusiasmado y satisfecho era **Llorsh**.

En una de sus incursiones de sábado por la noche, fueron testigos de un interesante evento. El concurso de belleza **Míster Adonis**.

El lugar se encontraba abarrotado cuando llegaron y casi no logran penetrar en la masa humana que se apretujaba cerca del escenario.

Hermosos jóvenes desfilaban ante las miradas del público, mostrando esculpidos cuerpos y diminutas tangas que apenas dejaban mínimo espacio a la imaginación. **Yei Ei** contemplaba la zona genital de los concursantes sin evitar sentir una terrible envidia.

Música, luces, cuerpos perfectos bañados en aceites, gritos del público.

Yei y Mo presenciaban asombrados cómo **Llorsh** se identificaba a plenitud con aquel ambiente.

Al final de la noche, se coronaba **Míster Adonis** un joven estudiante universitario, mientras los amigos

arrastraban al ebrio **Llorsh** a casa y el lugar se encendía con el fuego del erotismo.

XXII

Desde el concurso de **Míster Adonis**, **Yei Ei** estaba inquieto y le costaba mucho concentrarse.

Dos pensamientos ocupaban su mente.

Lo primero era relacionado con **Llorsh**. Era evidente que su amigo mostraba una identificación plena con la condición homosexual, de la cual incluso **Yei** se aprovechaba. ¿Cómo entonces le iba a recriminar por eso? Corría el riesgo de que su amigo se molestara y distanciara, cosa que no le convenía en absoluto. Tampoco le agradaba tener un amigo **guéi**, pues podía afectar su imagen.

Lo segundo estaba relacionado con el concurso del que había sido testigo. Sabía que su cuerpo era superior al de cualquiera de los participantes y sentía necesidad de mostrarlo. Estaba seguro de que él era mejor. Pero le angustiaba imaginarse usando un diminuto traje de baño, en cuyo caso el recurso de las medias dentro de la copa genital tendría un efecto fallido.

Se encontraba tan absorto en sus pensamientos, que no escuchaba el discurso que su psiquiatra le lanzaba desde el otro lado del escritorio. Después de algunos meses de ausencia, la actual consulta estaba resultando improductiva dada su falta de concentración. Y el médico había aprovechado esto para dirigir la charla hacia el tema que ansiaba discutir.

—¿Cómo dijo? —se excusó **Yei Ei**.

—Nada más mencionaba lo importante que es para todo hombre el tamaño de su pene. Eso es algo que todavía el varón no ha podido superar. Siempre establece una competencia entre sus congéneres por el tamaño con el fin de establecer poder. Aquel famoso refrán modificado: “Dime cuánto mides y te diré quién eres”. Lo peor es que todo hombre siempre observará desde la posición de su cabeza, que su pene es pequeño. Un efecto puramente óptico, de perspectiva. Como a sus compañeros los observa desde una óptica a distancia, siempre le parecerá que los demás poseen un pene mayor que el suyo.

—¿Ajá?

—Es curioso que, en tantos siglos de evolución social, el varón no haya podido todavía superar este complejo. ¿No le parece? —no hubo respuesta. —Resulta interesante ver cómo se buscan sustitutos penianos, como la corbata. Socialmente un hombre no puede ir por allí mostrando su pene a todo el mundo, pero en su lugar muestra una corbata: un elemento que cuelga frente a él y cuyo tamaño puede definir a su antojo.

—¿Y qué pasa con el bulto que producen los genitales?
—se atrevió finalmente **Yei Ei**.

El médico contuvo una reacción de satisfacción al comprobar que iba logrando su cometido.

—Has tocado un tema muy interesante. El bulto genital masculino tiene su equivalente en el bulto mamario femenino. Ambos sirven para identificación de género. Veamos el ejemplo. Se dibuja una silueta humana de perfil con la parte anterior del torso plana. Si se agrega una protuberancia a la altura del pecho es una mujer. Si la protuberancia es a nivel de la pelvis es un hombre. Algo tan simple como eso. Por un asunto de evolución social

y sexual, actualmente el bulto mamario femenino se exhibe a través de la ropa. Es casi obligatorio mostrarlo, la moda actual lo realza y lo expone como símbolo de identidad y estética. Pero, contrariamente, el bulto genital masculino resulta amenazante para la sociedad. La ropa moderna procura ocultarlo.

—¿Usted cree?

—Creo que sí. Obviamente es un asunto evolutivo de moda, que cambia según el pensamiento social, época y lugar. Analicemos los modernos trajes de baño para hombre. Son holgados y de pierna larga. ¡Cualquier recurso para evitar que se vea el bulto genital! En algunos lugares, usar pantalonetas de baño pequeñas y ajustadas se considera de mal gusto, simplemente porque evidencian el bulto genital en mejor forma.

—Pero hay hombres que siempre utilizan pantalonetas de baño ajustadas y cortas.

—Sí. Especulemos. Podría ser que esos hombres están totalmente seguros de sí mismos. Para nada les importa el tamaño de sus penes, al punto de que no temen mostrarlos a través de la ropa. En cambio, a los que sí les importa y creen tenerlo pequeño, prefieren esconderse dentro de una pantaloneta grande, que no muestre sus dimensiones reales.

—¿Usted cree? —volvió a decir.

—Es solo una especulación. ¡Bueno! —dijo mirando en su reloj el término de la hora de consulta. —¡Dejémoslo aquí! ¿Cuándo nos vemos de nuevo?

—Yo le aviso —respondió turbado por lo abrupto de la conclusión.

XXIII

Don Ricardo había sido el más connotado profesor de la materia de Ética en años anteriores. Era un hombre setentón, muy deteriorado por un alcoholismo que, aunque abandonado al presente, había dejado huellas indelebles en su cuerpo. Le había condicionado una diabetes que lo estaba dejando ciego.

A las nueve de la mañana llamaron a su oficina y con dificultad creyó distinguir dos figuras en el quicio de la puerta.

Dos hombres lo saludaron al unísono. Podía observar solamente sus siluetas. Uno era alto y de cuerpo bien proporcionado, el otro era pequeño y sumamente obeso. Aquella reminiscencia quijotesca le arrancó una carcajada seguida, a continuación, de una expresión jocosa que los recién llegados no acertaron a comprender.

—¿En que oz puedo zervir, ilutzrez caballeroz? —dijo imitando infructuosamente la pronunciación española.

—¿Qué tal Don Ricardo? ¿Nos recuerda?—dijo **Yei Ei**.

—**Yemini**. ¿Es usted?

—Sí, señor. Y éste es **Llorsh**.

—¡Hola, profe! ¿Cómo está? ¿Se acuerda de que mi papá lo llamó por teléfono para explicarle el asunto?

—Me recuerdo. Me recuerdo —dijo asintiendo con la cabeza —Tomen asiento, muchachos.

—Pues bien, Don Ricardo. **Yei Ei Yemini** es el compañero de quien le habló mi padre. De antemano le estamos muy agradecidos por la recomendación que va a hacer de él.

—No tienen por qué agradecer. Lo hago porque lo recuerdo como un excelente estudiante. Usted es el alumno con la calificación más alta de mi curso en diez años. ¿Cierto, **Yemini**?

—Eso me dijo usted cuando aprobé su materia.

—Además estoy enterado de sus logros a lo largo de la carrera. Todos los profesores poseen un excelente concepto suyo. Por eso no he tenido dudas en recomendarlo con el director del diario que le interesa.

—¡Ah! ¿Pero ya lo hizo?

—Ya está hecho. Tome esta carta que se trata de una copia de la que envié a mi amigo. Ahora solo debe llamar a su despacho y concertar una cita con él para conocer la respuesta.

—No sabe cuánto le agradezco, Don Ricardo. Ya solo nos falta la graduación y usted sabe que no resulta fácil obtener buen empleo. Si tengo suerte, podré empezar a trabajar en el diario pronto.

—Lo hará. Se lo aseguro. ¿Y usted, **Llorsh**? ¿Cuáles son sus planes?

—Yo comienzo a trabajar en enero en el noticiero de Canal UNO.

—¡Caramba! Veo que su padre sabe mover sus influencias. Pues les deseo la mejor de las suertes a los dos.

—Muchas gracias, Don Ricardo. Y si nos permite, no quisiéramos quitarle más tiempo.

—A mi edad, tiempo es lo que sobra. No se preocupen.

—¿Cómo puedo corresponder a su gentileza, Don Ricardo? —dijo **Yei Ei** estrechándole la mano cuando ya **Llorsh** había salido de la oficina.

—¿En verdad quiere hacerlo?

—Es lo mínimo que puedo hacer.

—¿Lo dice sinceramente, **Yemini**?

—Sí.

Don Ricardo avanzó con cierta dificultad hacia el escritorio, de donde abrió una gaveta y tomó una tarjeta de presentación.

—Me encantaría que me visitara, previa llamada, en mi casa. Podemos compartir buenos momentos y le aseguro que puedo darle buenos consejos, joven.

A **Yei Ei** le chispearon los ojos.

—Gracias, Don Ricardo. Lo estaré llamando.

—Eso espero.

XXIV

La ceremonia de graduación fue sobria. La emoción embargaba por igual a familiares y amigos de los nuevos profesionales.

Yei Ei recorrió con la mirada el recinto. Allí estaban su madre y su tía llenas de orgullo. Mariano había llegado acompañado por otro joven. Estaban los padres de **Llorsh**. También Mo se había hecho presente en la graduación de sus antiguos compañeros.

Concluido el acto, los nuevos periodistas se despedían emocionados deseándose lo mejor para el futuro.

Posteriormente, **Yei Ei** y su familia fueron invitados a una fiesta en la casa de **Llorsh**.

A las doce media noche, los tres amigos huyeron de la actividad sin que nadie lo notara y dejaron atrás a la tía Eli, que no terminaba de admirar las maravillas de aquella mansión.

—¿Dónde vamos, **Llorsh**?

—A la disco. La noche es nuestra a partir de ahora.

—¡**Guauu!**

—Maje, ¿y por qué no vamos a otro sitio? Lucía y Roberto nos dijeron que todo el grupo iba a bailar a la disco nueva que acaban de inaugurar.

—¡No, no, no! Vamos a la de siempre. Tiene mejor música y el ambiente es súper. Después, si quieren, nos asomamos por el otro sitio. ¡Esta noche no dormimos!

A los pocos minutos, el BeEme se estacionaba en el parqueo y los tres recorrían alegres la distancia que los separaba de la entrada al lugar.

Aquella noche había un espectáculo de variedades. **Llorsh** consiguió que les permitieran ubicarse justo frente al escenario ante el asombro de todos por el sospechoso privilegio.

Cuando la música se interrumpió, un simpático presentador se adelantó micrófono en mano.

“Muy buenas noches, estimable público. Nos complace presentar el espectáculo Varieté. Un compendio de las mejores canciones modernas interpretadas por nuestros artistas exclusivos. La noche de hoy, la administración quiere además felicitar a dos de nuestros más asiduos clientes por haber concluido exitosamente la carrera de Periodismo”.

Yei Ei no pudo escuchar más lo que decía el presentador. La rabia le invadió. Y tomando a **Llorsh** por el cuello de la camisa le espetó.

—¡Maje! ¿Qué has hecho? ¿Por qué les contaste eso? ¿Cómo se te ocurre? —

—Tranquilo, **Yei**. Nos están felicitando —dijo escapando de las garras de su amigo.

—Cálmate, por favor —suplicó Mo.

Gran parte del público se había vuelto hacia ellos estallando en aplausos. En una reacción inmediata, **Yei** tomó a Mo por la mano, la trajo hacia él y le dio un gran

beso en la boca. Ella comprendió y participó anuente en el juego. **Llorsh** no presenció la escena, pues era conducido lejos de ahí por los amigos que había hecho en el lugar.

El escenario fue invadido por bailarines varones y travestis que con fastuosos atuendos llenos de plumas y lentejuelas arrancaban aplausos a los espectadores. La música sonaba estridentemente y las luces encandilaban. Decenas de condones inflados como globos salieron inundando el lugar ante las risas del público, que celebraba la ocurrencia.

Yei estaba molesto y angustiado, mientras sujetaba fuertemente a **Mo** por la cintura.

—Calmate, no te angustiés —dijo la muchacha. —Mejor vámonos de aquí.

—¿Pero... y **Llorsh**?

—Dejalo. Que haga lo que quiera.

—¿Viste que estúpido? ¿Cómo pudo hacer eso?

—Tenés razón, pero vámonos. Después, con calma, vas a manejar mejor las cosas. Yo no quiero que cometás un error del cual te vayás a arrepentir luego.

—Tenés razón. Vámonos de aquí —dijo abrazándola más fuerte y buscando la salida.

Pero, en ese momento, se empezó a escuchar la pieza "Macho man", de los *Village People* y el público estalló en aplausos, en instantes en que el escenario se llenaba de bailarines vestidos en ajustadas prendas de cuero. **Yei Ei** lanzó una última mirada antes de alcanzar la puerta de salida y al pasar la vista por el escenario quedó paralizado. Sintió como que un trozo gigante de hielo se derretía sobre su cabeza y bajaba congelándole el cuerpo.

—¿Qué sucede? —preguntó Mo al notar la palidez súbita de su amigo.

Yei no podía explicarle. Ella no lo conocía.

Allí, bailando en medio del escenario como artista de la coreografía, estaba su médico psiquiatra.

Parte segunda: El diario

XXV

Los últimos días habían servido para que **Yei Ei** ordenara sus pensamientos.

Lo sucedido le había dejado una desagradable sensación. Se sentía frustrado y traicionado.

Pensaba en todas las veces que se había depositado en las manos profesionales de su psiquiatra. Había creído y confiado en él. Se le había entregado.

El impacto de verlo bailar en el escenario de la discoteca lo había paralizado por varios días. Procuraba ser racional en su análisis de lo sucedido, pero por más que intentaba no podía dejar de sentirse estafado.

Aquel hombre le había representado el conocimiento y la razón, el buen juicio y la rectitud. Un profesional de altura, una figura de autoridad emocional como nunca había conocido. Aquel hombre era la persona por quien más respeto había sentido. Pero ahora creía que toda aquella figura de autoridad era un fraude, una estafa. Una pose ensayada para satisfacer a sus pacientes y sostener un negocio. Le repugnaba recordarlo en aquella coreografía. No concebía a un profesional de su talla en aquella manifestación pública y en aquel lugar.

Se preguntaba por qué había asumido que ese profesional debía ser una persona de altura. ¿Acaso era un error suponer que ese tipo poseía una condición superior?

Pero luego se respondía a sí mismo que precisamente eso es lo que todo paciente necesita en un psiquiatra. La condición de estabilidad emocional es básica en un profesional, que atiende problemas de ese tipo. ¿Dónde quedaba todo el discurso formativo, emocional, racional e incluso moral que aquel hombre le había dado? ¿Dónde estaba la salud mental de aquel psiquiatra, que satisfacía su propia pulsión erótica al exhibirse en aquellos bailes y que se gratificaba al recibir del auditorio expresiones obscenas?

Tiempo atrás, Mariano se había encargado de que perdiera el respeto por la religión. Luego, había aprendido a respetar la imagen de la psiquiatría.

Después de lo sucedido, no podría sentir respeto por nadie más.

XXVI

El nuevo año había iniciado con grandes expectativas para **Yei Ei**. El empleo en el **Very Important News** había sido su principal logro. Era un diario de reciente aparición, que pretendía ir a la vanguardia de la prensa escrita. Contrario a lo sugestivo de su nombre, se publicaba en español.

El primer día de trabajo se presentó luciendo sus mejores prendas y el más fino par de medias enrollado dentro del calzoncillo. Al ingresar a la sala de redacción se detuvo unos instantes en la puerta para que los compañeros se percataran de su presencia.

Fue llamado a la oficina del jefe de redacción y después de recibir las instrucciones pertinentes. Se dirigió a su asiento con su primera tarea profesional. Le resultó difícil trabajar en el transcurso de la mañana, pues todos sus colegas desfilaron por su escritorio para conocerlo. Para el mediodía le sobraron invitaciones para almorzar y al caer la tarde se había convertido en la figura más popular de la oficina. Durante la primera semana, asistió a una periodista mayor que él con amplia experiencia en el campo de la farándula. Pero, al finalizar la tercera semana, la columna farandulera pasó íntegra a su cargo.

Una persona empezó a incomodarle. Era la conserje. Una mujer nicaragüense de unos cincuenta años de edad, que procuraba por todos los medios agradar al nuevo empleado.

—¿Quiere ya su cafecito, don **Yei Ei**? —le dijo con su inconfundible acento.

—Se suponía que tenía que traérmelo hace diez minutos.

—Es que como estaba en reunión, no quise que se le enfriara.

—Si se enfría, usted me lo vuelve a calentar. No veo cuál es el problema.

Y en silencio, la señora salió a traer el café.

—¡Oye! —le dijo Mauricio, su compañero inmediato. ¿Qué te pasa con la pobre nica? ¿Por qué la tratás así?

—Siempre me han repugnado las empleadas.

XXVII

—**Ai bogt ten niuspéipers** —le dijo Eli en cuanto entró.

—¡Ay, mi hijo! ¡Qué orgullosa estoy de usted!

—Maje. ¡**Congratuléishons!** —dijo **Llorsh**.

—¡**Guaaaau!**

—¡Venga mi ahijado, que lo quiero abrazar! —decía Mariano.

Todo era júbilo y desorden. Cuando concluyeron las felicitaciones, pudo percatarse de la presencia de una bella joven, que lo miraba con grandes ojos verdes tomada de la mano de **Llorsh**.

—Maje. Quiero presentarte a **Yértrud**.

—Encantada, **Yei** —dijo la muchacha al punto de darle un beso en la mejilla.

—Gracias. Perdoname, ¿cómo te llamas?

—Gertrudis. Pero me dicen **Yértrud**.

—**Yértrud** y yo somos novios —dijo **Llorsh** orgulloso, asiendo de nuevo la mano de la muchacha.

—¿Ah sí?

—Felicidades, don **Yei Ei** —oyó la juvenil voz de un muchacho que le hablaba desde atrás. Se volvió y reconoció al amigo de Mariano.

—¡Hola! ¡Qué bueno verte! Son todos muy amables.

En ese momento salió de la cocina la empleada nicaragüense, que habían contratado. Llevaba un uniforme nuevo con una ridícula cofia, que le mal retenía el cabello. Estaba incómoda dentro de su indumentaria, aunque procuraba desenvolverse con naturalidad. En una bandeja llevaba varias copas con champaña, que todos fueron tomando.

—La champaña es un regalo de **Llorsh** —le dijo Mo.

—¡Maje! ¡Gracias! ¡Qué detallazo!

—Bueno. Yo creo que, en posición de padrino del festejado, me corresponde a mí hacer un brindis.

—¡Eso! ¡Eso! —aplaudieron todos.

—Es para mí motivo de gran orgullo acompañarte en este día en que ha sido publicado tu primer artículo periodístico. Los que te hemos visto crecer y hacerte hombre nos sentimos muy orgullosos, porque sabemos el esfuerzo que ha sido y el largo camino hasta hoy. Esperamos que vengan muchos artículos más y esperamos acompañarte en una exitosa vida profesional, que arranca en este momento...

No alcanzó a escuchar las últimas palabras de Mariano, porque justo en ese instante su tía le susurró al oído:

—No es conveniente que **Llorsh** tenga novia. Esa estúpida lo va a apartar de vos.

XXVIII

*Extracto del primer artículo de la columna farandulera
por J.A. Yemini
para "Very Important News"*

“ ...

Muy entusiasmada, como siempre, se nota a Yolanda Zeledón; pues en estos días ingresó a estudiar Inglés en el Centro Cultural. Le deseamos suerte y a ver si se supera, que ya es hora.

Una destacada figura de la farándula nacional fue vista saliendo del Restaurante Jamo's, que se está convirtiendo en el lugar de moda. Se le escuchó decir a su inseparable amiga Luisa Osterá: “los raviolos de pesto

son los mejores que he comido”. A lo que Luisa respondió: “eran de queso”. Sin comentarios.

Es conveniente que los encargados de Protocolo oficial distribuyan ejemplares del “Manual Carreño” entre los funcionarios gubernamentales. Sería una buena inversión de nuestros impuestos.

¡Señor diputado don Andrés Somarribas! ¡Por favor! El Manual “Carreño” establece claramente que el teléfono celular no se coloca sobre la mesa durante una cena de gala...”

XXIX

—¿Para qué me querías ver, **Yei Ei**? —dijo el jefe de redacción al entrar el otro en su oficina.

—Tengo unas solicitudes que hacerle. Pero primero quiero saber qué opina acerca de mi trabajo.

El jefe sonrió.

—La opinión general es que tu estilo resulta admirable.

—¿Y la suya?

—Pienso lo mismo. ¿Pero por qué no te sentás? —dijo señalándole una silla.

—Mejor me quedo de pie. No deseo quitar tiempo al decano del periodismo nacional.

No acostumbrado a estas expresiones, el jefe se complació ante el cumplido que le hacía su subalterno.

—Sos muy amable, pero no me estás quitando tiempo. A ver, decime, ¿de qué querés hablarme?

—¿Cuál es su opinión acerca de mi estilo?

—Me parece de muy fina irreverencia —dijo echándose hacia atrás en la silla. —Además va acompañado de una

jocosidad bien dosificada, lo que resta agresividad al comentario. Las palabras son acertadas, no sobra ni falta nada. ¡Es perfecto! Eso era lo que buscábamos para esa sección. ¿Por qué te interesa conocer mi opinión?

—Porque puedo aprender mucho de usted.

El jefe elevó los brazos en una maniobra de estiramiento felino y cruzó las manos detrás del cuello. Echándose aún más hacia atrás en la silla, exclamó con superioridad:

—Podés estar tranquilo. Tu trabajo va bien.

—¡No sabe lo que eso me alegra! —hizo una pausa. Ahora quisiera pedirle dos pequeños favores.

—Decime. ¿Cuáles son?

—El primero me da un poco de vergüenza, pero solo con usted puedo hacerlo. ¿Podrían mis artículos ir acompañados de una foto mía?

—Me parece bien. ¡Es más, ahora que lo pienso, me parece muy bien! Ya mismo llamo al departamento de fotografía para que te hagan un buen trabajo. Vos te ponés de acuerdo con ellos. ¿Y el otro favor?

—¡Ah, el otro! Pues vea: quisiera trabajar en un espacio para mí solo. Francamente, Mauricio es un poco desordenado e impide que me concentre.

—¡Está hecho! ¿Y eso es todo lo que me tenés que pedir? Caramba, muchacho, por un momento me asustaste. Empezaste a decirlo con una cara tan seria, que temí que fuera algo difícil de complacer.

—¿No le parecen solicitudes complejas?

—¡Para nada!

—Eso es porque usted tiene mucho poder (el jefe levantó la cabeza). —Pero yo sí estaba un poco preocupado, tanto que preferí omitir una tercera, que es mucho más sencilla, para hacerla luego. Quería ver si me podía

resolver lo más difícil primero. Bueno. No le quito más tiempo. Voy a seguir trabajando. Le agradezco mucho.

—¡Espere, **Yemini!** ¿Qué es la otra cosa que me iba a pedir?

—¡No! La verdad no quiero molestarlo. Ya hizo suficiente.

—Dígame qué es y lo resolvemos de una vez.

—Bueno. Muchas gracias. Es algo mucho más sencillo que lo anterior.

—Dígame.

—Es con respecto a la empleada esa, la nicaragüense. Seguro no le agrado, pues no es servicial conmigo y en algunas ocasiones me ha faltado el respeto.

—¿Cómo puede ser? Si doña Martina es muy eficiente y educada.

—Seguro yo no le simpatizo.

—¿Y qué es lo que te ha dicho? ¿Cómo te ha faltado el respeto?

—Si me lo permite, prefiero reservarme esos detalles como parte de mi derecho a la discreción.

—¡Admiro eso! Te respeto y te creo. Pero de momento no se me ocurre cómo resolver la situación.

Los dos guardaron silencio mirándose a los ojos.

Entonces, como si fuera el gesto inconsciente que muchos hombres hacen, **Yei Ei** se llevó la mano a su bulto genital para acomodarlo.

El jefe siguió inconcientemente el movimiento de la mano y toda la acción siguiente. Con una reacción de sorpresa y respeto, volvió a levantar el rostro hacia su interlocutor.

—Pero usted no se preocupe, **Yemini**. Yo resuelvo eso también. ¿Quién lo hubiera pensado de doña Martina? Vaya con tranquilidad. Yo me encargo de todo.

Al salir de la oficina, **Yei Ei** parafraseó al autor de su libro sobre sexualidad.

“El tamaño del bulto genital, a través de la ropa, es directamente proporcional al grado de dominio de su dueño y al el respeto que se le prodiga”.

XXX

Habían pasado los meses y la fama de **Yei Ei** abarcaba todo el ámbito periodístico. Sus artículos sobre farándula habían dejado de ser una simple columna para convertirse en una sección completa del **Very Important News**.

Titulada *Lies and Truth*, tenía el mérito de ser innovadora, con formato novedoso y en la que el autor daba la cara valientemente. No era como secciones similares de diarios de la competencia, en que los responsables se ocultaban tras seudónimos femeninos, como si la chismografía fuera cosa solo de mujeres.

Su nombre e imagen aparecían en todos los diarios del país. Empezó a ser invitado a diversas entrevistas acerca de su estilo periodístico.

La familia no pudo manejar adecuadamente el cambio repentino de estilo vida. La madre dejó de trabajar como empleada doméstica y Eli renovó el equipo de su salita de belleza. El teléfono sonaba a toda hora. **Yei Ei** había tenido que comprar un celular último modelo. Gastaba grandes sumas de dinero en comprar ropa nueva. Tenía un reloj distinto para cada día de la semana y empezaba a llenar su cuerpo con alhajas.

Usaba una fragancia masculina difícil de conseguir en el país, por lo que debía encargarla a Miami.

Se hacía inminente la compra de una computadora.

—¿Cuántas **credit cards du yu jav, jóni?** —le dijo su tía.

—**Ai jav tri.**

—Necesitás dos más, **Ai min.**

—**Yes,** ya pensé en eso.

—Mientras más tarjetas de crédito tengás es mejor.

—**Of cors,** ya lo he pensado. Debo ver cómo consigo hacerme de otras.

Las semanas transcurrían a gran velocidad. Ahora en la oficina de redacción su escritorio se encontraba totalmente apartado de los demás y era el único que tenía una impresionante placa metálica en la que se leía con grandes letras:

“J.A.Yemini”.

Pero las relaciones con sus colegas se habían deteriorado.

Su grupo de nuevas amistades lo constituían muchas de las figuras públicas y famosas a quienes criticaba en sus artículos. Algunos de ellos se le acercaban en estratégico recurso defensivo después de haber sufrido el escarnio público. Ahora se le veía en sitios y actividades siempre rodeado de las más hermosas mujeres y hombres de moda.

Las altas autoridades del diario habían aquilatado justamente al brillante periodista. Ahora estaba adquiriendo una inmensa cuota de poder.

XXXI

La noche era muy ventosa.

Una limusina contratada especialmente se aparcó al lado de un jardín de gran extensión, que apenas se vislumbraba, dada la ausencia de iluminación eléctrica.

Al abrir el chofer la puerta trasera, unos pies femeninos calzados en zapatos blancos de tacón aguja número siete colgaron en el aire para luego posarse delicadamente sobre el césped. Una mujer, con grueso abrigo blanco, salió del vehículo.

Pero en cuanto apoyó completamente el peso del cuerpo sobre sus pies, se hundió en el zacate hasta el tobillo.

—¡**Chit!** Ya me ensucié los zapatos —bufó la tía Eli iracunda. —¡Mo! ¿Traés **klínex**?

—Sí. Ya te los doy —contestó la muchacha mientras ayudaba a descender del vehículo a la madre de **Yei Ei**. Por la otra puerta descendían **Llorsh** y su novia.

El grupo se hundió en el zacate mojado, al igual que decenas de personas que avanzaban con dificultad entre las penumbras del jardín.

—¿Pero a quién se le ocurrió organizar un concierto en un lugar así? —vociferó Eli con creciente indignación.

—**It's bísnes** —dijo Mo. —Si lo hubieran hecho en el Teatro Nacional no cabría tanta gente.

—Yo le voy a decir a **Yeicito** que haga una fuerte crítica por esta barbaridad. Él ya debe estar adentro.

A pocos metros de distancia, otra mujer chillaba porque había perdido un brazalete y un hombre con el pantalón sucio hasta la rodilla se quejaba por lo inadecuado del lugar.

Después de cinco minutos de penoso avance por los jardines, el grupo llegó a una calle pavimentada en la que estaban estacionados decenas de vehículos. A pocos metros se visualizaba el sitio de destino. Adentro, ya había comenzado la actividad.

Un tenor español de fama internacional ponía por primera vez sus pies en Costa Rica. Al salir al escenario, un caluroso aplauso estalló en señal de bienvenida. Fuertes ráfagas arrancaron del atril unas hojas de partitura, que el cantante procuró retener infructuosamente, mientras se escuchaba el ruido del viento en los micrófonos. El espectáculo era al aire libre, pues no existía en el país un lugar bajo techo con capacidad para tantas personas.

Y empezó el concierto.

El auditorio guardó sepulcral silencio conforme el cantante dejaba escuchar su bella voz cuando de pronto, ante la mirada atónita de todos, una delegación de cinco personas irrumpió en la primera fila delante del escenario.

Una mujer con llamativo abrigo blanco iba al frente y dejaba oír su voz por encima de la del tenor.

—¡Mo! —le gritó a la muchacha que iba de última.
—¿Qué asientos nos corresponden?

No hubo respuesta. La abochornada muchacha no podía responder por la vergüenza que sentía.

—Debe ser por aquí. ¡Mooooooo! ¡**Darlin!** ¿Cuáles son nuestros asientos?

El cuerpo de vigilancia dirigía miradas hacia la mujer que gritaba sin saber cómo reaccionar. El público empezaba a molestarse por la falta de respeto. Solo el cantante se mantenía impávido, aunque incrédulo por lo que estaba sucediendo.

En eso, Eli descubrió a su sobrino sentado unos asientos más atrás, que observaba los detalles del concierto y tomaba notas en una libreta.

—¡**Yei Ei!** ¡**Yei Ei!** ¡**Yei Ei Yemini!**

Lo llamó a gritos agitando los brazos, para que todos supieran que el mejor periodista de espectáculos se encontraba dentro de la concurrencia.

— ¡**Jir güi ar, dárlin!** ¡Ya llegamos!

XXXII

—Yo no quiero la dedicación exclusiva —dijo **Yei Ei** a su jefe.

—El asunto ha sido ampliamente discutido en junta y creo que todos estarían más satisfechos si aceptás.

—¡No sabe cómo lamento causarle esta decepción, pero no lo voy a hacer! Usted sabe lo que me interesa escribir en los otros medios informativos.

—Sí. Pero precisamente eso es lo que no queremos.

—No veo por qué. En este diario solo me he encargado de la sección de espectáculos, farándula y chismes. En cambio, en los otros me ofrecen oportunidad en las secciones de realidad nacional, sucesos, empresarial y deportes. Son áreas diferentes que me interesan.

—Tengo miedo de que la junta lo tome como falta de lealtad.

—¿Y por qué habría de tomarlo así? Yo sigo estando a cargo de la sección, que me encomendaron desde un principio. Además, cuando solicité que me dieran oportunidad en otros temas me la negaron.

—Eso es porque en *Lies and Truth* sos insuperable. Tu estilo ha hecho historia en el periodismo nacional y ha sido el gran impulso de nuestro diario.

—Pero se me negó la oportunidad de desarrollarme en otras áreas.

El jefe lo contempló dándole la razón. La ceguera de la cúpula administrativa del **Very Important News** era la única culpable de la actual situación. El periodista continuó.

—¡Si me hubieran dado la oportunidad de demostrar lo que podía hacer en otros temas! ¡Pero no! Sin pensarlo siquiera me limitaron a lo encomendado. Y bien, eso seguiré haciendo. Pero voy a tener en los otros diarios la oportunidad que ustedes no me dieron.

—¿No te podés retractar del compromiso con ellos?

—No.

—¿Y si prometo que te daremos espacio en otras áreas?

—Mire, maestro, yo creo que es mejor dejar las cosas así. Usted sabe que mis compañeros ven en mí una amenaza.

—¿Hay alguna forma de hacerte cambiar de opinión?

—No.

Y a partir de entonces, **Yei Ei Yemini** empezó a publicar artículos de diversa temática en todos los diarios del país acompañados de su fotografía.

XXXIII

Desde hacía algún tiempo, **Yei Ei** había inventado un juego jocosos, según él. En reunión de amigos se establecía una competencia por ver quién era capaz de mencionar la mayor “polada” imaginable.

–No hay mayor “polada” que comer tacos chinos en un restaurante italiano –decía uno. Y todos soltaban la carcajada.

–No hay mayor “polada” que usar abrigo de piel en pleno verano –decía otro.

–No hay mayor “polada” que usar corbata roja, camisa morada y pantalón verde –anotaba el tercero.

–No hay mayor “polada” que tener limpiones de cocina bordados con los días de la semana.

Y así, **Yei Ei** pasaba noches enteras jugando con sus nuevos amigos.

Al cabo de unos meses, el pasatiempo era imitado por individuos de la autoproclamada alta sociedad, que soslayaban su condición original ante la superioridad que adquirirían con el juego. Ser “polo o pola” implicaba tener un estilo de vida diferente a las normativas sociales de moda, un comportamiento plagado de conductas y costumbres consideradas primitivas, de mal gusto o poco inteligentes. Entonces todos se esforzaban por hacer la mayor burla posible, ya que mientras mayor fuera esta, más se alejaban de aquella condición.

Poco tiempo después, **Yei Ei Yemini** hacía circular por Internet un cuestionario denominado “Polómetro”. Su invento no era original. Fue una copia modificada de un equivalente extranjero.

XXXIV

Fragmento del “Polómetro”
difundido por el connotado periodista
J.A. Yemini

El lector puede considerarse definitivamente ‘polo’ si y solo si...

- *En su casa poseen una reproducción del Corazón de Jesús.*
- *La licuadora eléctrica está protegida por un cobertor de tela con rostro de campesina.*
- *Tiene estampitas con oración a San Judas Tadeo detrás de las puertas de la casa.*
- *Lleva un animal de peluche colgando del espejo retrovisor del vehículo.*
- *Realiza sus compras en el Mercado Central.*
- *Usa zapatos tenis sin marca.*
- *Asiste los fines de semana al balneario público “Ojo de agua”.*
- *Solo escucha canciones en español.*
- *Toma guaro.*
- *Sintoniza en televisión el programa “El chavo del ocho”.*
- *No posee radiolocalizador o teléfono celular.*
- *Le llama “cazadora” a los autobuses.*
- *No tiene tarjeta de crédito bancario.*
- *Todavía tiene aparato de televisión en blanco y negro.*
- *No posee casilla postal de correo.*
- *Ordena en un restaurante “olla de carne”.*

- *Compra ropa en tiendas YANS.*
- *Toma café con pan y mantequilla.*
- *No habla inglés.*
- *No asiste a consulta médica con el médico de moda.*
- *No juega tenis.*
- *Desayuna "gallo pinto".*

XXXV

—¡**Mom, mom!** —entró gritando.

—¿Qué pasa, m' hijo? —salió la madre de la cocina, secándose las manos en un limpión.

—**Ai bogt mai memberchip.**

—¿Qué?

—Que ya compré mi acción del **Costa Rica Country Club**. Ya somos socios de allí. Ya podemos ir sin problema.

—¡Ay, Juyito! —se llevó las manos a la cara. —¿Pero no era mejor que se comprara un carrito? Le hace más falta, m' hijo.

—¿**Guáts da mara?** —dijo Eli molesta por haber sido interrumpida en su trabajo.

—Que **Yeicito** se compró una acción en un club.

Yei Ei mostró sonriente un documento que blandía en su mano derecha.

—¡Qué estupidez más grande! —contestó Eli fríamente mientras fulminaba a su sobrino con la mirada. Después se dio vuelta e inició el regreso a su sala de trabajo, donde había dejado un cliente esperando.

—No entiendo, tía. ¿Por qué se molesta? —la detuvo desconcertado.

—La idea no es comprar acciones de membresía de clubes, ¿me entendés? La idea es lograr que te inviten a todos sin pagar un centavo.

XXXVI

—¿Quién me dejó este mensaje? —preguntó con altanería a la recepcionista.

—Ahí se lo anoté: Don Ricardo.

—Don Ricardo ¿qué? ¿Tiene usted idea de cuántos Ricardos conozco?

—Yo anoto lo que me dicen. Si no me quiso decir el apellido es problema de él y suyo, no mío —respondió la muchacha, que había aprendido a no dejarse amedrentar por el periodista estrella.

Él tragó saliva y prefirió callarse confiado del triunfo que desde ya se aseguraba sobre la que consideraba su subalterna. Giró sobre sus talones y se dirigió a su escritorio pensando en cuál Ricardo lo había llamado. Durante el día olvidó el asunto. Al caer la tarde, prestó atención de nuevo al mensaje y decidió llamar de inmediato.

Al escuchar la voz, al otro lado del teléfono, recordó de quién se trataba. ¿Cómo había podido olvidarlo? Era el anciano periodista Don Ricardo, quien lo había recomendado para el trabajo en el periódico.

—¡Qué casualidad, Don Ricardo! Precisamente estaba por llamarlo en estos días —mintió.

—Pues me adelanté. ¡Y eso que me he retrasado demasiado! Lo espero mañana a las cinco de la tarde en mi oficina —y colgó.

XXXVII

La oficina era la misma que recordaba del año anterior cuando había ido con **Llorsh**. La oficina vieja de un hombre viejo.

Don Ricardo estaba sentado al escritorio escuchando una grabación. **Yei Ei** se detuvo en la puerta pero el anciano no lo vio. Entonces dijo en tono amable:

—¿Cómo está el decano del periodismo nacional, el príncipe de todos los periodistas?

Don Ricardo apagó la grabadora y desvió la mirada hacia el lugar de donde provenía la voz. Hasta entonces **Yei Ei** recordó que el anciano se estaba quedando ciego.

—Conmigo puede guardar sus adulaciones, colega. En mí no surten efecto —dijo el viejo.

No se esperaba aquella respuesta. Después de unos segundos exclamó:

—¿Por qué me dice eso, Don Ricardo?

—¿Que por qué sus adulaciones no surten efecto en mí? Es muy fácil. Porque no lo veo. No lo puedo ver. Estoy casi completamente ciego.

—No entiendo.

—Le creo —dijo secamente.

Por primera vez, desde que era periodista, **Yei Ei** se sintió inferior.

— ¡Vamos, **Yemini**, por algún lado debe haber una silla, siéntese!

Se sentó frente al anciano. Este no lo veía bien, pero percibió su ubicación y desvió la cabeza hacia aquel sitio.

—¿Sabe algo, **Yemini**? Ya soy demasiado viejo. Y los viejos somos majaderos. Pero sabemos muchas cosas. Ya no puedo ver, pero no por eso dejo de enterarme de

lo que sucede a mi alrededor. Todos los días me siento frente al televisor y la radio a escuchar noticias. También todos los días mi secretaria me graba en casetes las lecturas de las principales noticias de los diarios. ¿Y sabe una cosa? Viera cómo cambia la percepción de todo cuando uno pierde la capacidad de ver. En eso estaba ahora, escuchando los artículos de fondo de los diarios.

—Me parece muy ingenioso.

—Ya le he dicho que puede economizar saliva. Sus adulaciones no me hacen efecto. No soy como otros, que las necesitan.

No pudo responderle.

—Estoy enterado de su labor periodística. Sé que ahora escribe en varios diarios del país. Honestamente, le digo que algunos de sus artículos son bastante buenos; otros, regulares y la mayoría, mediocres.

Yei Ei se estremeció en la silla.

—¿Conoce una de las prerrogativas de la senectud? Que se pueden decir muchas cosas sin temor —suspiró.

—Sin embargo yo no me aprovecho de eso. Procuró decir solamente aquello que sea cierto. No me interesa si usted me comprende y mucho menos si me lo agradece. No creo que esté en capacidad de ninguna de las dos cosas. Pero quiero decirle que su comportamiento en la profesión denota una inmensa ansia de protagonismo y lo delata como un acaparador. Usted no desea ser un buen periodista, usted desea ser el periodista. Y yo nada más quiero advertirle que eso es algo muy peligroso.

—Don Ricardo. Usted me está ofendiendo. Y quiero saber por qué.

—¿Por qué? Porque se lo merece. No existe otra razón.

Aquella respuesta lo dejó aún más estupefacto.

—Bueno... —continuó el anciano— ...talvez sí existe otra razón. Cuando uno es profesor, adquiere cierto compromiso sobre las personas que ha formado. Yo siento ese compromiso con usted, porque creo que usted puede llegar a valer la pena como profesional.

—“¿Puedo llegar a valer?” ¿Quiere decir que ahora no valgo?

—En absoluto.

—Mire, señor.. —le dijo en tono altanero.

—¡Ah! ¿Ahora soy “señor”? Ya no soy el decano del periodismo nacional, ni príncipe, ni rey. ¿Eh? En cuanto le resulto amenazante me retira los títulos aduladores.

Yei no sabía cómo reaccionar. Aquel hombre lo estaba ofendiendo; pero era una persona mayor, a quien debía respeto.

Don Ricardo se aclaró la garganta:

—Lo he llamado por una cosa muy específica. Ese juguito suyo acerca de las “poladas” y su famoso “polómetro”. Estoy enterado de todo, ¿sabe?

—¿Ah sí?

—Sí. ¿Y sabe una cosa? Me parece algo de lo más burdo que he escuchado en años. Usted ha perdido la perspectiva correcta de las cosas.

—¿Y cuál es esa perspectiva correcta, si se puede saber?

—Claro que se puede saber, pero honestamente no creo que su interés sea auténtico. Aún así se lo voy a decir.

—Estoy esperando.

—Usted, **Yemini**, se olvida de que la prensa es informativa y formativa. Debe ser objetiva y veraz. ¡Pero nunca destructiva! Y usted está destruyendo.

—¿Yo estoy destruyendo?

Como lo oye, usted está destruyendo con esa publicación.

—¿Y qué es lo que estoy destruyendo?

—La autenticidad de nuestro pueblo.

Yei Ei miró al viejo con incertidumbre procurando comprender.

—En su “polómetro” usted se burla y descalifica algunas actitudes, que han sido las manifestaciones más auténticas de nuestro pueblo. No como las de ahora, importadas y plagadas de pretensiones. Usted se está burlando de algunos de los valores más auténticos que hemos tenido. Los menosprecia e irrespeta solo porque usted no está en capacidad de comprenderlos. ¡Dígame una cosa!

—¿Qué?

—¿En su casa nunca han comido “olla de carne” o “gallito pinto”? Porque si usted no lo hizo, le aseguro que alguno de sus antepasados sí. ¿Entonces por qué viene ahora a querer ubicarse en un puesto privilegiado de la nueva sociedad al burlarse de esas costumbres culinarias, como si usted o su familia siempre hubieran estado por encima de ellas? ¿Se olvida de que puede haber alguien que sepa la historia de su vida? ¿Se olvida de que usted no nació como se le conoce ahora, sino que tuvo que forjarse como tal? Tal vez sus padres se enamoraron al son de la música de los boleros de Gilberto Hernández, que usted desprecia ahora y los considera “polada” porque son canciones en español. ¿No cree que pueda haber alguien que conozca su pasado?

Si bien la actitud del anciano le estaba causando ira, con el último comentario se trocó en temor. ¿Sabría algo sobre su condición, sobre su verdadera identidad, sobre su pasado?

—Yo creo que usted ha malinterpretado el objetivo de mi creación, Don Ricardo —dijo en tono sumiso.

—¡En absoluto! Es más, he estudiado todas las posibles razones que tuvo para esa inventiva. ¿Quiere saber qué pienso de usted? ¡Bueno, aunque no quiera, igual se lo voy a decir! Usted ha descubierto la maravilla de la fama. Ha pasado a ser figura pública. Los medios de comunicación le han ayudado a alimentar ese sentimiento y usted se aprovecha de ellos para su propio crecimiento. Quiere ser cada vez más conocido, más famoso. Quiere que todo el mundo lo conozca y hable de usted. Desea que su fotografía acompañe todos y cada uno de los reportajes que hace. Cuando entrevista a alguien, desea fotografiarse siempre con el entrevistado y de ser posible en primer plano. Yo no he visto su rostro últimamente debido a mi ceguera, pero no necesito mis ojos para conocer ese aspecto tan predecible de la naturaleza humana. Usted desea diferenciarse de los demás y sobresalir, pero en eso sigue siendo tan humano, tan predecible y poco original como cualquier otro.

Ya no había nada que hacer. Ante el giro que la conversación había tomado, **Yei Ei** decidió rendirse, dejarse llevar, escuchar a aquel tonto anciano. Mientras más rápido concluyera su regaño, más pronto podría retirarse de allí.

—Pero ya que usted tiene esa manera de pensar, ¿quiere que haga un aporte a su famoso juego de las “poladas” y a su “polómetro”, que tantos dividendos le está generando? Pues ahí va. ¿Sabe cuál es la “polada” más grande, **Yemini**?

El anciano calló. **Yei Ei** sabía que esperaba un “no” por respuesta, pero no le daría ese gusto. Don Ricardo continuó.

—No hay mayor “polada” que ser “polo”, pero pretender vivir como si no lo fuera y burlarse de los demás.

Yei Ei se puso de pie. ¡Aquello era demasiado! No tenía por qué soportar semejantes ofensas.

—Y eso es precisamente lo que usted hace. Se burla públicamente de lo que usted considera “polada” nada más que para intentar ratificar una inexistente condición de superioridad. ¿No se da cuenta de que mientras más lo hace más se pone en evidencia? ¡Usted sí es un “polo”! ¿No se da cuenta? Su actitud es la que los gringos llaman “*new rich*” o “*new money*”. ¿Cree que porque ahora tiene una profesión y un lugar social ya dejó de ser “polo”? ¿Cree que tener dinero, clase social, o un conocimiento específico son condiciones *sine qua non* para dejar de ser “polo”?

Aturdido por el discurso del viejo, **Yei Ei** se lanzó hacia la puerta huyendo sin reparos de aquella conversación.

—Recuerde esto **Yemini**: la condición de “polo” no se pierde por viajar fuera del país, hablar otro idioma, tener un título, dinero o un buen apellido. ¡El ser “polo” es un estado del alma!

XXXVIII

Al llegar a su casa la alergia ya había cedido. Los medicamentos, que ahora tomaba, eran superiores a los anteriores.

Aquella noche no durmió. El recuerdo de lo que le había dicho Don Ricardo le provocaba náuseas. Sin embargo, después de mucho pensarlo, llegó a la conclusión de que le había aportado una gran idea.

Para esa época, escribía en siete diarios diferentes. Abarcaba los aspectos más importantes del periodismo: farándula, deportes, culturales, economía y finanzas, sucesos, sociales y políticos. En todos se publicaba su fotografía a la par del artículo.

Algo había mencionado el viejo acerca de fotografías del entrevistado con el periodista. Aquel concepto era innovador. Nadie hasta entonces lo había hecho.

Se tomó unos días en darle cuerpo a la idea y después de algunas semanas vendió su proyecto a los miembros de la directiva del **Very Important News**, quienes la recibieron con gran entusiasmo.

Una semana después, el diario más leído del país estrenaba su nueva sección titulada "Personalidades" a cargo del connotado y talentoso periodista **Yei Ei Yemini**.

XXXIX

“PERSONALIDADES”

Miércoles 10 de marzo

El señor ingeniero don Gustavo H. De La Bouchard

A la par del título, una foto a colores en la que, en primer y gran plano derecho, aparece el autor del reportaje, **Yei Ei Yemini**, vestido como ingeniero en trabajo de campo.

Atrás, en segundo plano izquierdo difuminado, apenas se aprecia don Gustavo H. De La Bouchard.

Posteriormente, un artículo meticulosamente escrito menciona los aspectos más importantes de la vida de este personaje.

“PERSONALIDADES”

Jueves 22 de abril

La señora odontóloga doña **Yoselín Kigut De Greenfields**.

Fotografía a colores del autor del reportaje, **Yei Ei Yemini**, en primer plano y vestido con gabacha blanca de odontólogo.

Atrás, muy atrás, doña **Yoselín**, de quien se conoce su interesante vida en el reportaje.

“PERSONALIDADES”

Viernes 4 de junio

El mimo Roberto Salas

Celebrada fotografía del autor del artículo, **Yei Ei Yemini**, vestido con traje negro y expresivo rostro maquillado en blanco. Aparece en un primer plano, que cubre dos terceras partes de la fotografía.

En el área restante de la foto, se ve al entrevistado aplaudiendo al periodista. Luego un reportaje sobre mímica y el trabajo del artista.

“PERSONALIDADES”

Lunes 13 de diciembre

La devota hermana religiosa Sor Dolores de Jesús

Polémica fotografía de **Yei Ei Yemini**, en primer plano, vestido con el hábito de la orden religiosa, hincado en oración ante un crucifijo.

Atrás, la entrevistada vestida como laica.

Una impresionante biografía de sacrificio y abnegación sigue a la fotografía.

XL

El comité esperaba la presencia del periodista estrella quien, como de costumbre, se demoraba quince minutos en llegar.

Cuando apareció por la puerta, todos le disculparon la tardanza con mirada comprensiva.

Él caminó lentamente hacia el extremo de la mesa, opuesto al que ocupaba el jefe y se sentó en silencio. Ocho pares de ojos lo miraron sin pestañear. El jefe tomó la palabra.

—Bueno **Yemini**, ¿para qué nos has convocado? Suponemos que tenés ideas que compartir.

—Efectivamente. Son cuatro puntos nada más.

Se hizo silencio.

—Primer punto. **Máikol** Barrios es el encargado de tomar las fotografías de la sección “Personalidades”, pero la composición fotográfica es mía completamente. Él no tiene nada que ver con aspectos artísticos, todo es de mi autoría. Él simplemente aprieta el gatillo de la cámara y cuida aspectos técnicos, ya que parte del éxito de la sección es precisamente el arte fotográfico, quiero que se haga una aclaración pública al respecto. Merezco el reconocimiento por mi creación fotográfica.

—Puede estar tranquilo, **Yemini**. Así se hará.

—Segundo punto. Quiero incluir una pequeña modificación en la sección “Personalidades”. El trabajo es perfecto, pero debo reconocer que a veces se carga un poco en detalles. Por esa razón, es necesario agregar un recuadro que bauticé como recuadro estilo *Madre Teresa de Calcuta*.

Todos se miraron azorados, mientras él sacaba de su lujoso maletín de cuero unas fotocopias en las que se leía el pensamiento de la famosa religiosa.

—Lo voy a explicar. Este material con el pensamiento de la Madre Teresa se ha hecho famoso en todo el mundo. Su éxito radica en lo puntual que es. Toda la filosofía de la religiosa se reduce a una hoja impresa. Lean conmigo algunos de los conceptos.

*“¿Un temor? A la pereza.
¿Una meta? La paz.
¿Un reto? El perdón.
¿El mejor día de la vida? Hoy.
¿El peor pecado? La soberbia.
¿Un libro preferido? La Biblia.
¿El mejor amigo? Dios”.*

Todos se miraban con asombro y leían el texto sin entender a qué quería llegar.

—He decidido agregar un recuadro a la entrevista, donde se resume de esa manera sucinta la personalidad del entrevistado. Veamos este ejemplo.

Y sacó del maletín nuevos folios, que repartió entre todos.

*¿Nombre? XXXXX
¿Edad? XXXX
¿Estado civil? XXXXXXXXXXXX
¿Libro preferido? XXXXXXXXXXXXXXXX
¿Persona que más admira?
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXXX
¿Un temor? XXXXXXXX
¿Qué odia? XXXXXXXX*

—Como pueden ver, este recuadro les dará a los lectores la posibilidad de conocer en forma expedita al entrevistado. Sirve como guía para el desarrollo del artículo. ¿Qué les parece mi decisión?

Los miembros del comité rompieron en aplausos. Ninguno se atrevió a mencionar que las nuevas tendencias occidentales del periodismo escrito ya habían inventado ese recurso.

XLI

Satisfecho con el aplauso, **Yei Ei** se incorporó con las manos dentro de los bolsillos delanteros del pantalón tensando la tela y remarcando el bulto genital.

—Tercer punto. El éxito de la sección “Personalidades” se debe a la imagen de **Yei Ei Yemini**. Son muchas las cartas del público, que solicita verlo en indumentarias especiales de acuerdo con los oficios de los entrevistados. He tenido la idea de iniciar un concurso semanal. Los lectores procurarán adivinar cómo saldrá vestido **Yei Ei Yemini** en el siguiente artículo.

—¿Y cuál será el premio del que acierte? —dijo el jefe.

—Una cena exclusiva con **Yei Ei Yemini** en un restaurante famoso y la fotografía del ganador conmigo. Esto estimulará la competencia entre restaurantes por patrocinar la actividad.

La sala quedó en silencio.

—¿Y el cuarto punto, **Yemini**?

—He pensado crear otro concurso. Consiste en publicar cada viernes una fotografía de algún segmento corporal de una personalidad de la farándula para que los lectores

adivinen a quién pertenece. Por ejemplo, la fotografía de unas piernas de mujer junto a la frase: “¿Sabe de quién son estas piernas?” Y las personas que acierten ganan el premio.

—¿Y en este caso el premio es...?

—Otra cena de gala, con la dueña de las piernas y **Yei Ei Yemini**, por supuesto.

XLII

—**Jái, dárlin. ¿Jao guas de mítin?**

—**A complit succés, ant.**

—¿Cómo le fue, m’ hijo? Hábleme en castellano, que usted sabe que yo no entiendo.

—Me fue muy bien, mamá. Aprobaron todas mis solicitudes.

—¿Y eso está bien?

—¡Muy bien! Voy a ganar más salario.

—¡Bendito sea Dios! ¡Cuánto me alegro m’ hijo!

—¿Hiciste lo que te dije, **Yei Ei**?

—¡Lo hice! Y creo que eso los dejó impresionados. Me parece un recurso genial. No me explico cómo no lo había conocido antes.

—Pero para eso está aquí tu tía, tu **ant**, para velar por esas cosas. Yo ya lo había escuchado antes, ¿me entendés?

—¿A quién?

—Al arzobispo y a *Padre Pedro*. Siempre que se refieren a ellos mismos lo hacen así. Cuando *Padre Pedro* habla, en lugar de decir: “Yo quiero esto o aquello”, dice: “*Padre Pedro* quiere esto o aquello”.

—¡Genial!

—Cuando Monseñor habla de él mismo, en lugar de decir: “Me están juzgando mal”, dice: “Están juzgando mal a *Monseñor*”.

—Eso se llama hablar de uno mismo en tercera persona, tía.

—¿Así se llama? Bueno. Vos sabrás más que yo de eso. Pero yo pienso que al hablar así de uno mismo suena más importante. ¿Me entendés?

—¡Precisamente en eso está el truco, tía!

—Decime **ant**.

—¡Perdón! **Ant**. En eso está el truco. Descubrí que al hablar de uno mismo en tercera persona, se gana superioridad y respeto.

—Eso es precisamente lo que yo quería decir.

—¿Y a quién más se lo has escuchado?

—Dejame pensar... ¡Ah, sí! A un actor de teatro. Pero bueno, ya sabés. A partir de ahora no tenés que decir “yo quiero esto o aquello”. Debés decir “**Yei Ei Yemini** quiere esto o aquello”.

XLIII

Se aproximaban las elecciones presidenciales y el país se encontraba en plena campaña electoral.

Desde hacía algún tiempo **Yei Ei** estaba inquieto. Grandes ideas ocupaban su mente. En ese momento poseía una gran cuota de poder en el periodismo escrito. Era adecuadamente valorizado en cada uno de los diarios en que escribía y su público lo leía fielmente. Pero sentía la necesidad de dar pasos mayores. Hacía tiempo lo tentaba la posibilidad de trabajar en televisión, pues sentía

que estaba desperdiciando su imagen. Sin embargo, su objetivo requería la prensa escrita por ahora.

Dio su adhesión al candidato que, sin duda, ganaría las próximas elecciones y solicitó una cita personal en su despacho. Su conocida imagen le abrió las puertas de inmediato y dos días después se entrevistaba con el político.

—Pase adelante, **Yemini** —le dijo el hombre cordialmente. —Tome asiento.

—No sabe cuánto agradezco al decano de la hegemonía costarricense que me reciba.

—¡Cuánto honor me hace usted! Ojalá sus palabras sean proféticas y yo llegue a ser Presidente.

—Para mí ya lo es.

—Muchas gracias. ¿Desea tomar un café?

—No quisiera retrasarlo mucho.

—¡No me retrasa! Tómese. Y así me permite acompañarlo, que hace rato estoy descando tomar uno. ¿Qué me dice?

—Está bien.

Y el candidato se dirigió al intercomunicador para solicitar dos cafés a su asistente. A los pocos minutos entró una mujer llevando las dos tazas y lanzando miradas subrepticias al guapo periodista.

—¡Bueno! Ahora sí, dígame cuál es el motivo de su visita —dijo aspirando el aroma de la bebida antes de dar el primer sorbo.

—Es algo muy sencillo. Deseo realizar un reportaje acerca de su persona, si me lo permite.

—¿Para la sección “Personalidades” del **Very Important News**?

—Obviamente ahí ocupará un espacio, pero yo quiero algo más grande. ¿Le puedo explicar con detalle?

—Adelante.

—Lo de “Personalidades” será como un resumen de su vida. Pero yo quiero algo más. Voy a ocupar todos los diarios en los que escribo. En la sección “Deportes” de un diario me referiré a su historial en ese campo, desde niño hasta sus preferencias actuales. En la sección “Economía y Finanzas” de otro, se sabrá acerca de su conocimiento en esos temas junto a sus experiencias como hombre exitoso de negocios. En la sección “Culturales” de otro, daré a conocer su incursión en ese terreno y sus preferencias vigentes. En la sección “Sociales” del cuarto diario se conocerá todo lo relativo a sus amistades, familia y vida en sociedad.

—¿Y también me va a mencionar en la sección farandulera?

—También.

—¿Y va a decir cosas malas de mí? —dijo sonriendo.

—De usted no hay nada malo que decir.

—¡No esté tan seguro, **Yemini!** Al fin de cuentas los políticos pertenecemos a una especie extraña.

—No se puede decir nada malo acerca del príncipe de la política nacional. Usted no se preocupe, yo me encargo de eso.

El candidato lo contempló analíticamente. Acostumbrado a que en política todo tiene un precio, le cuestionó.

—¿Y por qué quiere hacer esto?

—Porque creo en usted —dijo rápidamente. —Yo quiero que el pueblo conozca bien a quien será el próximo Presidente de la República. En este momento, **Yei Ei Yemini** tiene una alta cuota de poder. Hago lo que ningún otro periodista, escribo en todos los diarios, pues nada más me pongo a sus órdenes. Quiero que el país valore su grandeza. Quiero que conozca todos los detalles de su vida.

—Hay algunos que yo preferiría que no se dieran a conocer.

—Eso se arregla fácil.

—¡Todavía no entiendo esto! Usted viene a ofrecerme algo que ni mi jefe de campaña ni mi promotor de imagen han logrado. ¿Y viene y me lo da así, como quien dice en bandeja de plata?

—Yo simplemente creo en usted.

—¿Y cómo va a lograr que los diarios contrarios a mi color político publiquen esos reportajes?

—**Yei Ei Yemini** tiene mucho poder. Eso déjeme a mí.

XLIV

La compra de un vehículo se hacía inminente. Hasta entonces, **Yei Ei** utilizaba taxis para su traslado, pero era innegable que aparte de la comodidad que brinda un carro propio, su imagen pública crecería más al poseer uno.

Lamentablemente su ahorro no era suficiente aún. Gastaba mucho en ropa, joyas y actividades sociales. Había llenado la casa de electrodomésticos último modelo y mobiliario nuevo, lo que hacía que también se empezara a sentir la necesidad de una nueva vivienda. Vivir en Hattillo no resultaba nada adecuado para su imagen.

Tenía un objetivo claro. Su vehículo debía ser de buena marca. Las posibilidades oscilaban entre Mercedes-Benz, Be Eme DobleVe, Honda o Volvo. En último caso no le disgustaría un Mitsubishi Montero o un Nissan Pathfinder.

La familia entera se había volcado en su ayuda. Todos los días Eli se rebanaba la cabeza pensando con cuántas tarjetas de crédito se podría hacer frente a una deuda de

tal magnitud. Y Mariano obtenía información acerca de préstamos bancarios para compra de automotores.

Sin embargo, los precios eran exorbitantes y además en dólares.

Se iniciaba el proceso de tasar los bienes en moneda estadounidense. El país se estaba dolarizando en el comercio interno. Ahora los préstamos para vivienda eran en dólares, algunas tiendas ofrecían sus artículos con precios dolarizados y algunos profesionales se atrevían a cobrar sus servicios en esa moneda.

La devaluación de la moneda nacional era vertiginosa y la práctica de cobrar en dólares garantizaba un poco de ganancia.

Había gente que interpretaba el asunto en forma diferente.

—Me parece **guónderful** que ahora se cobre en dólares. ¡Hasta que al fin vamos a salir de este tercermundismo! Nos falta mucho para parecernos a Estados Unidos, pero al menos así ya nos parecemos a Panamá —opinaba la tía Eli.

XLV

Días después, **Yei Ei** acudía de nuevo a la oficina de Don Ricardo. El anciano lo había vuelto a llamar. Aunque no sentía deseos de ir, era muy grande la curiosidad que aquella llamada le generaba.

—¿Cómo está Don Ricardo?

—Busque una silla y se sienta, **Yemini** —contestó con tono severo.

Así lo hizo. Como lo había pensado la última vez que estuvo allí, era la oficina vieja de un hombre viejo. Una desvencijada biblioteca recostada a una pared rebosaba en libros de todos los temas.

—¿Por qué me ha llamado?

—¿Y usted por qué ha venido?

Sin duda que el viejo poseía la habilidad de desconcertar a cualquiera.

—Vine porque usted me llamó.

—¿Después de aquella conversación se atreve a venir de nuevo? Francamente esperé que declinara mi invitación. En eso sí me sorprende, muchacho. En lo demás no. En lo demás es completamente predecible, como ya se lo dije.

—¿Predecible? ¿A qué se refiere?

—Estoy al tanto de su proceder. Entiendo perfectamente lo que ha hecho con el candidato presidencial. Es por eso que lo he llamado esta vez para advertirlo.

—¿Advertirme qué cosa?

—Que está empezando a jugar con fuego. Ya descubrió el recurso, **Yemini**. ¿No es cierto? A partir de ahora va a empezar a jugar el juego del poder, y ese juego siempre ha sido peligroso. Se lo dice un viejo que tiene experiencia.

—No entiendo a cuál recurso se refiere.

—¡Claro que lo entiende perfectamente! Usted descubrió el recurso del juego de poder más valioso que existe: que la adulación solo surte efecto sobre los vanidosos. Por años, la humanidad ha jugado ese juego innumerables veces. Así se ha movido el mundo entero por siglos. Y usted lo está empezando a poner en práctica, porque ahora es consciente de que tiene la capacidad y el poder de adular. Se está valiendo del periodismo para eso. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Hágala.

—¿Qué es lo que pretende con el candidato? ¿Usted anda detrás de un puesto político? ¿Es eso?

—Para serle sincero, todavía no sé.

—Bueno. No importa. Ya encontrará algo para cobrarle el favor que le está haciendo. Él será el próximo Presidente de Costa Rica, no hay duda. Y usted luego le pasará la factura. Usted es muy astuto y calculador, **Yemini**. Pero aún no sabe en lo que se está metiendo. No me extrañaría que a estas alturas ya haya utilizado ese recurso con algunas de las “personalidades” de su columna y esté gozando de los beneficios y regalías que ellos en correspondencia le brindan, pero el meterse con la clase política es otra cosa. Los políticos son diferentes. Estoy totalmente convencido de que un buen político moderno debe tener una personalidad sociopática. Es la única manera de sostenerse en ese submundo. El que no es así, colapsa. Pero usted está en riesgo. A partir de lo que ha hecho con el candidato, ya ha dado a conocer públicamente cuál es su color político. Mientras este partido esté en el poder usted estará bien. ¿Pero qué pasará cuando las elecciones futuras las ganen candidatos de partidos contrarios? Usted ya va a estar identificado como simpatizante de éste.

—Eso no me preocupa, Don Ricardo.

—¿Ah no?

—En absoluto. ¿A cuál futuro candidato no le gustaría que se le hiciera toda la campaña de imagen que yo le he hecho a éste? Sería muy estúpido si rechazara mi ofrecimiento. Además, ¿qué me impide cambiar de tendencia política? Yo puedo cambiar de opinión en el futuro. ¿Qué me lo impide?

XLVI

Apenas había traspasado la puerta cuando la recepcionista le hizo entrega de una nota.

—¿Me llamó? —preguntó emocionado al leer el nombre escrito en el papel.

—Dos veces.

—Llámelo —ordenó con brusquedad mientras le daba la espalda.

La mujer lo miró marchar a su oficina. Después de apreciar la robustez de su dorso y el elegante traje, que llevaba esa mañana, dijo remedando su voz varonil:

—“¿Me hace el favor de pasarme la llamada a mi extensión, si es tan amable, señorita? —Con mucho gusto, don **Yei Ei**”.

—¡Aló! ¿Cómo está **Yei Ei**? —dijo una conocida voz masculina al otro lado de la línea. —Quería agradecerle por el excelente trabajo periodístico. Y perdone que le haga una pregunta a quemarropa: ¿Usted aceptaría ser mi asesor periodístico de campaña y de período presidencial en caso de que yo sea electo?

XLVII

Llevaba días analizando la situación y haciendo innumerables averiguaciones. De hecho, la entrevista sería un puro formalismo dado que ya sabía todo lo que necesitaba.

Antes de salir de su casa, contempló una vez más la fotografía de las torres gemelas de Nueva York.

A la hora en punto se presentó en la oficina de gerencia del banco. Una bellísima y simpática secretaria, lo recibió con su gran sonrisa y el mejor vestido que había podido conseguir.

—Pase adelante, don **Yei Ei**. El señor gerente lo está esperando —dijo con el aliento entrecortado por la emoción.

Apenas traspasada la puerta **Yei Ei** respiró dinero. El gerente estaba de pie y le rebotaba una cálida sonrisa. No cabía duda de que aquel hombre, algo mayor, era muy bien parecido.

—Tome asiento, **Yei Ei** —dijo estrechando calurosamente la mano. —¡Margarita, tráiganos café!

La secretaria salió rauda a cumplir la orden. Con una fugaz y solapada mirada, **Yei Ei** observó cómo el gerente devoraba con lascivos ojos las hermosas piernas de su subalterna. **Yei Ei** sonrió para sus adentros confirmando su futuro éxito.

—Francamente —dijo el gerente— me sorprendió y halagó mucho, que me escogiera para la sección “Personalidades” de su diario.

—Muchas gracias, pero no es mi diario. ¿Qué más quisiera yo? Solamente trabajo en él. Pero no debiera sorprenderse, pues precisamente es a personas de su perfil a quienes buscamos. Lamentablemente no existen muchos como usted. En confianza, le digo que probablemente

muy pronto tendremos que cancelar estos reportajes, pues se nos están acabando las personalidades importantes.

El gerente no tuvo reparos en dejar escapar una sonrisa de satisfacción y de seguido pasó a contar toda su vida con lujo de detalles. Al final, por razones de organización laboral, **Yei Ei** señaló que debían continuar al día siguiente con la entrevista.

Veinticuatro horas después se presentó de nuevo. Esta vez iba acompañado por un fotógrafo y por Ándria del Duque, una hermosa modelo en minifalda, mujer de grandes ambiciones a quien había conocido en una de sus tantas incursiones en las actividades faranduleras.

La recepcionista de gerencia, que estaba aún más bella que el día anterior, no tuvo más remedio que tragarse su envidia al contemplar la hermosura de la muchacha.

Cuando **Yei Ei** ingresó en la oficina acompañado de la despampanante modelo, al gerente casi le da un infarto. Se quedó boquiabierto y sin despegar los ojos de las piernas de la joven. Estaba tan aturdido, que le costó trabajo comprender las indicaciones que le hacía el periodista.

—Usted disculpe, **Yei Ei**. ¿Qué me estaba diciendo?

—Le voy a explicar la composición fotográfica. En primer plano siempre está **Yei Ei Yemini**, como es costumbre.

—¿Eh? Sí... sí. Como usted diga —y seguía sin apartar la mirada de las piernas.

—En el segundo plano de la fotografía aparecerá usted. He pensado que sería un buen detalle que se le viera dictando algún documento a una secretaria. Yo sé que usted tiene su propia secretaria pero, en este caso, lo más conveniente será que una modelo, totalmente ajena a su realidad laboral, represente ese papel. Por experiencia sé que es mejor evitar fotografiarse con los

subalternos, dado que así se evitan consecuencias y habladurías que puedan incidir en su trabajo y hasta en su hogar. ¿No le parece?

—Muy sabio de su parte, joven. Se lo agradezco.

—Y ahora, si me lo permite, deberé dejarlo unos instantes a solas con Ándria del Duque, mientras salgo a dar instrucciones a mi fotógrafo.

Y los dejó a puerta cerrada por espacio de una hora.

XLVIII

Una semana después se dirigió a una de las agencias de vehículos usados más prestigiosas del país. El personaje por entrevistar era un exitoso hombre joven, apenas cinco años mayor que él y de quién conocía, por buena fuente, su preferencia homosexual.

Yei nunca antes se había engalanado tanto como en aquella ocasión.

La recepcionista apenas pudo mover levemente la mano y le indicó que entrara en la oficina. Tal era el estado de conmoción en que había quedado al verle.

Al entrar en el despacho, el joven gerente tragó saliva.

Con decidida actitud **Yei Ei** se encaminó hacia él, e ignorando la mano extendida que el otro le ofrecía en señal de saludo, le dio un fuerte abrazo y se aseguró de que sus mejillas se rozaran. Seguidamente se apresuró a ajustar el nudo de la corbata del otro en una íntima proximidad. Al gerente se le puso la piel de gallina.

—Hasta que al fin conozco al rey del negocio de autos usados. Le anticipo que así dirá el título de la sección “Personalidades”.

Acto seguido, lo miró directamente a los ojos y sujetándolo por los hombros le preguntó amistosamente:

—¿Me podría decir qué colonia usa? Huele maravillosamente.

Durante la conversación no desperdició oportunidad de ser simpático y tener contacto físico con el entrevistado. Al final, le explicó la composición fotográfica.

—En primer plano siempre está **Yei Ei Yemini**, como usted debe haber visto que es costumbre. Para el segundo plano lo quiero a usted al volante de uno de los autos que vende.

—¿Le parece bien ese? —dijo el empresario señalando un vistoso modelo a través de la ventana.

—Prefiero un Be Eme DobleVe, pues siempre ha sido el carro de mis sueños —contestó en tono melancólico.

—¿Ah, sí? —dijo el gerente arqueando las cejas.

XLIX

Días después, un flamante Be Eme Dobleve se estacionaba frente a la vivienda de Hatillo.

—¡M'hijo! ¡Pero qué carro tan lindo!

—¡**Dats terrific!** Se parece al de **Llorsh** —dijo Eli.

—Sí. El dueño de una agencia de vehículos me dio buen precio y facilidades de pago. Y el gerente de un banco me ayudó para el préstamo. No es nuevo, pero está mejor que el de **Llorsh** —concluyó **Yei Ei**.

Las siguientes semanas fueron muy emocionantes. Las hermanas esperaban desde las seis de la tarde por **Yei Ei**.

Él las llevaba a pasear por la capital y se aseguraba de pasar frente a los teatros Popular y Nacional exactamente a

la salida de los espectáculos. Se detenía unos instantes y contemplaba hacia el interior del vestíbulo, como si buscara a alguien, mientras decenas de personas quedaban boquiabiertas al reconocerlo.

Los sábados por la noche se dirigían al restaurante de moda en la exclusiva zona del oeste. La calle de acceso estaba siempre atiborrada de gente, hecho que dificultaba la circulación vehicular y que **Yei** aprovechaba para conducir despacio. El sitio bañado de luces de neón era lugar predilecto de quienes gustaban ser observados.

Yei Ei encendía siempre la luz interna de la cabina del BeEme para asegurar al público la nítida observación y el reconocimiento de los ocupantes.

La historia se repetía en el exclusivo **mol** de occidente, donde daban vueltas buscando espacio para estacionarse, lo que en realidad estaba muy lejos de su intención.

Después de dominar toda esa zona capitalina, se dirigían al extremo oriental. Recorrían los barrios clásicos de antaño, donde el público travestí aplaudía el paso del periodista.

Eli no recordaba haber dormido tan plácidamente como después de las nocturnas excursiones.

Pero a los días la situación cambió drásticamente.

—¡Mamá, tía! ¡Voy a cambiar de carro!

—¿**Guát?** —gritó Eli.

—Ya lo pensé bien y ese carro no me sirve. Es muy bajo y no me veo.

—¿Cómo que “no te ves”?

—Me contó **Ándria del Duque** que el sábado pasado estaba en *Bagoas* con otras modelos y no me vio pasar.

—Pero lo hicimos tres veces.

—Sí. Pero entre tanta gente, que había en la calle, el carro no se vio. Es demasiado bajo. Yo quiero un vehículo más alto. Ya hablé con los encargados y la próxima semana hago el arreglo con la agencia y el banco. Me voy a comprar uno más alto. No es tan fino, pero es un carro de lujo también.

Y diciendo esto, colocó sobre la mesa un sobre amarillo con la marca *4 Runner*.

—¿Un **Forróner**? —leyó Eli con lástima.

—Es un buen carro, tía.

—¡Pero nunca será un Be Eme! —dijo fatalista.

—Tengo que decirles otra cosa y espero me entiendan.

—¿Qué es?

—No es conveniente que me vean siempre con ustedes. Puede ser desastroso para mi imagen. Voy a empezar a salir con otras personas.

A partir de entonces, solo muy esporádicamente la familia volvió a compartir excursiones capitalinas.

L

—¡Maje! ¡Pero que súper chuzo te compraste! —le dijo **Llorsh** con envidia.

—¿Te parece?

—¡Este sí es un carro de hombres!

—No creo que precisamente vos me estés diciendo esto. Vos tenés un excelente carro.

—A mí me compraron mi carro, yo no me lo compré. ¡En cambio vos sí lo hiciste!

Yei se sintió halagado. Nunca había visto el asunto de esa manera.

Hacía mucho que los antiguos amigos no se reunían. Lamentablemente Mo se encontraba ese día fuera del país. Desde que trabajaba como azafata de una línea aérea, se le hacía difícil coincidir en sus ratos libres con los varones.

—¿Y qué se sabe de Mo? —dijo **Llorsh**.

—Hay un tipejo que está interesado en ella —contestó Eli.

—¿Sí? ¡Qué bueno!

—¡Nada de bueno! Es un enano trepador.

—¿Y cómo sabes eso, tía?

—Basta con verlo.

—¿Ya lo conociste?

—Sí. Y no me gustó. Yo sé que anda tras el dinero de ella. Como es bonita y de buena familia.

—¿Y él no?

—¡Qué va! Es un pobre diablo, un simple empleado público. Pero muy ambicioso y le ha puesto el ojo. ¡Mo es una gran mujer! Juega tenis y golf. Habla inglés perfectamente. Pertenece a la alta sociedad, chica bonita y con dinero. Un bocadillo para cualquier hombre. ¡Ese estúpido cursi! ¿Han de creer que la invitó a cenar un día y le pidió al camarero que introdujera un anillo en el postre?

—¿Y?

—Pues que ella pidió helado flambeado y al prender llama, el anillo se empezó a derretir. Cuando se llevó el primer bocado a la boca, el anillo se le fundió con un alambre de sus frenillos dentales. Tuvieron que localizar urgente a su odontóloga *Máiyel Vergara de Tutpéin Rojas*.

Yei y Llorsh no paraban de reír al pensar en Mo atravesando aquella embarazosa situación, pero más aún al imaginarse la cara del tipo.

—¡A mí no me parece gracioso! ¡No sé de qué se ríen! A *Máiyel Vergara de Tutpéin Rojas* le costó mucho arreglarla.

—¿Pero de qué material era el anillo? ¿De latón? —decía **Yei Ei** mientras las lágrimas le brotaban de tanto reír.

—¡Tipo tan sinvergüenza! Y después de eso la sigue buscando. Y como además el trabajo de ella es otro atractivo.

—¿Qué cosa? —dijo **Llorsh** entre estertores.

—Resulta un excelente negocio ser pareja de una mujer que trabaje como azafata de línea aérea, porque además de beneficiarse de los descuentos y las oportunidades para viajar que le brindan a ella, como la pobre pasa tanto tiempo volando, el tipo puede tener amantes.

LI

—Don **Yei Ei** —dijo la recepcionista. —¿Recuerda que desde hace tres semanas lo llama un tal Rafael amigo suyo? Pues hoy temprano llamó una mujer que se llama Rosario. Dice que es la madre. Parece que su amigo se encuentra muy mal, que lo internaron en el hospital y que desea verlo. ¿Lo comunico con ella?

—Su función consiste en transmitir los mensajes nada más. Las decisiones las tomo yo.

—Eso lo sé. Insisto simplemente porque también lo acaba de llamar su mamá para darle la misma información. Pensé que si su propia madre y la de su amigo lo tratan de localizar, el asunto debe ser importante.

—Usted no está aquí para pensar nada.

—Y usted no se encuentra aquí para tratarme en esa forma. Yo soy su compañera de trabajo, no su subalterna. Y aunque así fuera, usted también me debe respetar.

LII

—¡Ay m'hijo, me tenía preocupada! ¿Por qué no me devolvió la llamada? Ya van a ser las doce de la noche.

—He tenido un día muy ocupado, mamá.

—Le dejé un mensaje con la muchacha, que atiende el teléfono en el **Very Important News**. Me llamó Rosario. Rafael está muy mal en el hospital. Quiere conversar con vos.

—Vea, mamá. Yo no tengo tiempo ahora para visitar enfermos. Las elecciones presidenciales son el próximo domingo y usted sabe lo comprometido que estoy con eso.

—Bueno m'hijo. ¿Talvez después de las elecciones?

—Talvez.

—¡Qué amable la muchacha que me atendió hoy! ¿Cómo es que se llama?

—Ya no importa mamá. La despidieron.

LIII

El candidato de **Yei Ei** fue electo Presidente.

Debido al comentario de Don Ricardo y también por convicción propia, **Yei** decidió no involucrarse públicamente con el político.

No quería ser identificado con alguna tendencia en particular. Todo lo contrario. Su neutralidad en el asunto le confería más poder y lo hacía absoluto.

Sin embargo había seguido cada detalle del proceso electoral y aconsejaba en forma privada al político con infalible resultado.

Ahora, además de las figuras de farándula y alta sociedad, se codeaba con las personalidades políticas más importantes.

Había llegado el momento de echar a andar otro proyecto. Una nueva casa.

Su posición actual le demandaba un lugar exclusivo para residir.

LIV

“PERSONALIDADES”

15 de marzo 1998

El corredor de bienes raíces José Alfredith

En primer plano de la fotografía se aprecia al autor del reportaje, **Yei Ei Yemini**, asomado al balcón de una lujosa residencia. El viento le ondula el cabello y le da un aire **sexy**. En segundo plano se aprecia la silueta difuminada de un hombre dentro de la vivienda.

A la par está el recuadro estilo *Madre Teresa de Calcuta*.

Nombre: José Alfredith.

Profesión: Corredor de Bienes Raíces.

Edad: No tiene importancia para el entrevistado.

Estado civil: Casado con su profesión.

Pasatiempos: Tenis y golf. Va al Gimnasio. Broncearse.

Mejor libro: La Biblia y la biografía de Lady Di.

Mejor película: Fresa y chocolate.

Actor o actriz que más admira: A Tom Cruise y a Brad Pitt.

Personalidad que más admira: A Bill Gates y a Jesucristo.

Posteriormente un amplio reportaje ocupaba toda la página del diario.

LV

El jefe de redacción del diario donde **Yei Ei** trabaja, en la sección “Sucesos”, lo llamó a su despacho.

—Señor **Yemini** lamento informarle que su artículo sobre el suicidio del joven, que se lanzó del puente sobre el río Virilla, no puede publicarse.

—¿Por qué no? —dijo molesto.

—Porque ese muchacho era hijo de un alto funcionario del gobierno. Han llamado desde la Casa Presidencial para solicitar que se evite toda publicidad al respecto.

—Cosa que será muy difícil, pues la noticia ya se difundió por la radio y algunas televisoras.

—Cierto, pero no podemos hacer otra cosa que acatar la solicitud.

—No estoy de acuerdo.

—Es por respeto a la familia, nada más.

—Pero es una excelente noticia. El tipo se suicidó porque tenía sida.

—Precisamente por eso. No se quiere que se sepa la verdad. Dañaría la reputación de esa familia.

Yei Ei no disimulaba su enojo. Se sentía disgustado por el asunto. Su malestar era tan evidente, que el jefe optó por un recurso salvador.

—Vea —le dijo— se acaba de suicidar hoy en la mañana otro tipo con sida en el hospital donde estaba internado. ¿Por qué no cubre esta noticia?

—¿Cómo se suicidó?

—Se lanzó por una ventana de un piso alto. ¡Vamos, **Yemini**, olvídense del otro caso y trabaje en este! —le dijo y le dio la información por escrito.

Yei Ei tomó los folios y empezó a leer. De pronto se detuvo. Luego de unos instantes, decidió aceptar el asunto. Al fin y al cabo era una excelente noticia también.

Al día siguiente, **Yei Ei Yemini** publicó la noticia del suicidio de su amigo Rafael, enfermo terminal de sida, en el Hospital San Juan de Dios.

Parte tercera: La televisión

LVI

El reportaje acerca de la muerte de Rafael generó cisma. Nunca antes los miembros de la familia se habían enfrentado entre sí. Mariano y la madre censuraban fuertemente la acción de **Yei Ei**. Incluso Eli, pese a justificar las razones que pudo tener, criticaba la crueldad de la noticia.

El sobrino se justificaba.

¿No es función del periodismo informar siempre en forma veraz? ¿No es esa la razón primordial de la profesión? ¿Lo que el público espera? En todo caso, si algo estuvo mal, no fue informar sobre el suicidio de Rafael sino haber ocultado el otro. Y esa omisión no la había hecho él, por lo tanto su conciencia podía estar tranquila. El responsable era su jefe, que se había dejado influenciar por presiones sociales y políticas.

Objetivamente, él debía sentirse en paz con su proceder. Lo único que hizo fue ser honesto y objetivo con su trabajo. Se había demostrado, a sí mismo, que era lo suficientemente íntegro para no dejarse influenciar por la amistad.

En el periodismo se debe ser crudamente objetivo.

LVII

Gracias a la colaboración del corredor de bienes raíces, la familia se trasladó en los primeros días de mayo a una nueva casa.

El reciente conflicto hizo que nadie tuviera el mejor estado de ánimo para celebrar el acontecimiento.

Peor aún, la contrariada Eli no cesaba de quejarse por no haber conseguido una casa en la exclusiva zona residencial de Rohrmoser al oeste de la capital. Pero con su sagacidad e ingenio se las arregló para que la nueva dirección de su centro de belleza fuera lo más rimbombante posible. Sus tarjetas de presentación decían:

ELI'S BEAUTY CENTER

De la residencia de Óscar Arias Sánchez (Premio Nobel de la Paz) tres kilómetros al oeste y dos y medio al norte.

te. Rohrmoser norte
(ENGLISH SPOKEN)

—¿Rohrmoser norte? ¡Pero esta zona no se llama así! Ni siquiera tiene vínculo con Rohrmoser. Si está el río de por medio, Rohrmoser norte no existe —dijo **Yei Ei** contrariado.

—**¡Bi cuaiet! Its de best ting güi can du** —contestó la tía con insolencia.

Y él no tuvo más remedio que callarse y aceptar la situación.

A partir de aquel día, **Yei Ei Yemini** pasó a vivir en las cercanías del parque de diversiones. La urbanización tenía otro nombre que nunca se supo con precisión, pero para la familia fue Rohrmoser norte.

Tenía la nueva casa cochera para dos autos, gran recibidor, una inmensa sala, antecomedor y comedor principal, amplia y lujosa cocina y cuarto de pilas. Un amplio cuarto de servicio, con ingreso independiente, que Eli acondicionó para su **Biuti Cénter**. Un patio interior pequeño, pero bien distribuido. Arriba, ascendiendo por una ostentosa escalera, había cuatro dormitorios, un área común para sala de televisión y otro aposento, que se dedicaría para la oficina del periodista.

En el muro principal de la entrada, un elegante rótulo en cerámica ornamental anunciaba en letras góticas gigantes:

Quinta “Villa del Duque”

—Eli, ¿por qué “del Duque”? —preguntó la madre.

—Para que la gente piense que aquí vive alguien importante. ¡El ducado es el título nobiliario más próximo a los reyes, **suiti**! ¡Imaginate la imagen que ganamos con ese nombre! —

LVIII

La toma de posesión presidencial sorprendió a la familia en plena labor de acomodo en su nueva casa. Todos miraban de reojo el televisor que transmitía la ceremonia.

—¿Sabés una cosa, **Llorsh**? —le dijo **Yei** mientras acomodaban juntos los implementos de cocina. —Ha llegado el momento de que empiece a trabajar en televisión. ¡Es un desperdicio que con mi figura no asuma un trabajo televisivo! Ya soy conocido a nivel nacional. Es hora de darle al público mi imagen viva. ¿No te parece?

—Creo que tenés razón.

—¿Vos me ayudarías a contactarme con Canal UNO? Ya tenés suficiente tiempo de trabajar allí y debés tener influencias.

—No creás, majete. No tengo. Solo soy uno de tantos presentadores de noticias. Pero sí sé cómo están las cosas. Allí las decisiones las toma solamente la dueña del canal.

—¿Doña Amberí?

—Sí. Ella es la que manda. Los otros socios accionistas ni opinan. Pero mi relación con ella no es buena. Yo estoy allí nada más porque es amiga de mi padre.

—¿Y cómo es ella?

—¿Físicamente?

—No. Su personalidad.

—Ante todo es una mujer sumamente religiosa. ¡No tenés idea cómo! Con decirte que en cada oficina mandó a colocar altares para imágenes de su devoción y cuida de que siempre tengan velas encendidas. Por lo demás, la única cosa que le interesa es que la programación siga teniendo los mejores **réitins** del país. En eso es sumamente visionaria. No en balde somos el mejor canal nacional.

Aquella información era más que suficiente. Cualquier otro detalle acerca de la mujer resultaba innecesario.

En el televisor se vio al nuevo Presidente santiguarse frente a cámaras, después de haber tomado posesión de su cargo. ¡Un gesto exagerado que no dejaba duda de lo que acababa de hacer! El público estalló en aplausos premiándole su religiosidad.

Yei se volvió veloz hacia **Llorsh**.

—Me vas a obtener una cita con doña Amberí, lo más pronto posible.

LIX

Amberí no pudo evitar sobrecogerse ante la imponente presencia del apuesto periodista. Lo conocía muy bien de ver su fotografía todos los días en diferentes diarios. Conocía a la perfección su inconfundible estilo periodístico y en más de una ocasión había cruzado por su mente la posibilidad de incluirlo en su Canal UNO.

Se asombró de cómo era posible que ningún canal de la competencia hubiera pensado antes en lo mismo.

Amberí era una mujer severa, incluso consigo misma, y nunca se hubiera perdonado perder otro valioso personaje. El hecho de que el renombrado *Padre Pedro* dominara la tele audiencia nacional, desde un canal de la competencia, había constituido uno de los mayores fracasos para aquella mujer, acostumbrada a ser la primera en todo. Todavía no se terminaba de perdonar cómo, siendo tan piadosa en la religión, había dejado escapar al carismático sacerdote. *Padre Pedro* era todo un fenómeno sociológico religioso. Llegaba a miles de hogares cada día a través de otro canal televisivo dando luz de esperanza espiritual al atribulado pueblo. ¡Y tenía un réitin elevadísimo!, lo que la mortificaba aún más.

Todavía sin saber qué motivaciones traían a **Yei Ei Yemini**, por su oficina, decidió que era el momento para pescarlo. No iba a enfrentar otra pérdida de magnitud semejante.

—¿Cómo está **Yei Ei**?

—Muy bien.. —contestó con mirada noble —... gracias a Dios, nuestro Señor.

Amberí sonrió y le invitó a tomar asiento.

—¿Gusta un cafecito?

—No, muchas gracias. Estoy lleno a Dios gracias. Que Él la bendiga por su cortesía.

A este punto, la mujer no pudo menos que sentirse complacida y lo miró directo a los ojos. Ambos sintieron que empezaban a entenderse.

—¿Y qué asunto lo trae por aquí?

—Algo muy sencillo, doña Amberí. No sé si usted conoce la sección “Personalidades” del **Very Important News** para quien trabajo.

—Yo conozco perfectamente su trabajo, **Yei Ei**.

—¡Que Dios la bendiga! Muchas gracias. Pues bien. Esa sección está llegando a su final, le confieso. Ya casi no quedan en el país personalidades del perfil que se requiere para estos reportajes. Usted es una de las personas a quien **Yei Ei Yemini** desea hacer un justo reconocimiento, si acepta, claro está.

—¿Y usted cree que yo merezco ese honor?

—Doña Amberí usted es la decana del periodismo nacional.

—Si lo soy, debo dar testimonio de que se lo debo todo a Dios, mi fortaleza y fuente de inspiración.

—Amén.

LX

Amberí era sin duda una mujer interesante. Rubia natural, robusta de proporciones sin perder su feminidad. Una de esas mujeres sin edad. No tenía hijos y desde hacía algún tiempo tampoco un compañero sentimental. Decidida y ejecutiva. Agresiva en sus acciones. Mujer certera, competitiva, acostumbrada al éxito.

No se dejaba amedrentar por ningún hombre, por más inteligente, agresivo o bello que fuera. Le resultaba difícil encontrar el compañero ideal.

Acostumbrada a negociar, sabía muy bien que algo tramaba su joven colega. Pero no se dejaría manipular, ella tenía más astucia. Lo quería incluir en su equipo de trabajo, pero nunca se lo iba a pedir. No le daría ese gusto. Como buena estratega, decidió jugarse el todo por el todo y estar atenta para reconocer el momento preciso para actuar.

Aceptó que le hiciera el reportaje, pero con la condición de que en la fotografía no apareciera él. Amberí quería abarcar toda la imagen ella sola.

Así se hizo.

El orgullo de **Yei Ei** quedó lesionado.

La intranquilidad se apoderó de él cuando dos semanas después de la publicación, Amberí no lo llamaba para agradecerle. Desconcertado y humillado no tuvo más remedio que solicitar otra cita.

—Buenos días, **Yei Ei**. ¿Cómo está?

—Muy bien, a Dios infinitas gracias.

—Bendito sea. ¿En que le puedo servir?

Quedó perplejo. ¿Cómo era posible que no aprovechara su presencia para agradecerle el magnífico reportaje que

le había hecho? No iba preparado para aquello. Estaba desarmado. Sabía que Amberí no era el tipo de persona para impresionar con su falso bulto genital.

—¿En qué le puedo servir? —repitió la mujer.

Estaba desconcertado. Balbuceaba, decía estupideces e incoherencias.

—Usted dispense, **Yei Ei**, pero estoy muy ocupada ahora. Todavía no entiendo lo que vino a decirme. ¿Podría ser más claro?

Comprendiendo que si no hablaba pronto, ella acabaría por despacharlo, no tuvo más remedio que delatarse.

—Quería preguntarle si hay posibilidades de que yo trabaje aquí en el canal.

LXI

Yei Ei se había convertido en temerario conductor de automóvil. Irrespetaba la señalización de tránsito en forma consciente y retadora. Para él no existían conceptos de prudencia o precaución. Al igual que Tribilín, en el famoso corto metraje de Walt Disney, cada vez que se sentaba al volante sufría una transformación monstruosa, y se convertía en irresponsable y agresivo.

Su **Forróner** le generaba energía motivadora. Para él no existían límites, era el amo de la velocidad y la imprudencia. Poseía tanta pericia, que siempre escapaba de sufrir o provocar accidentes por un pelo.

Cada vez que conducía era como si hubiera una competencia. Necesitaba ser siempre el primero en la carretera, no toleraba la presencia de algún vehículo delante del suyo. El solo pensamiento de aquella posibilidad lo

enfermaba. Siempre debía ser el primero, aquello constituía un requisito vital.

LXII

Desde hacía algunas semanas venía trabajando en lo que sería su primer proyecto televisivo. Un microprograma acerca de curiosidades nacionales. Amberí había decidido darle la oportunidad de que fuera adquiriendo experiencia y había creado aquella transmisión exclusivamente para él.

Era un micronoticiero que llevaría la particularidad del estilo **Yei Ei Yemini**. Abarcaría cualquier temática siempre y cuando fueran situaciones nacionales. Llevaba tiempo en el proceso de búsqueda de material y tenía recopilada una inmensa cantidad de curiosidades: una gallina con tres patas, un hombre sordo de nacimiento que cantaba perfectamente entonado, un perro que maullaba. Tendría cinco minutos de duración y se transmitiría diariamente antes de los noticieros del mediodía y la noche.

A diferencia del trabajo en los diarios, en que la redacción de artículos era exclusivamente de su incumbencia, en la televisión resultaba una labor de equipo. Pero **Yei** trabajaba autoritariamente. Desde el inicio, se había ganado la animadversión de los compañeros. Anteponeía distancias insalvables entre él y todos los demás. No aceptaba sugerencias de los más expertos.

Llegó el día de grabación del primer programa y fue maquillado por la estilista profesional de Canal UNO. La experta llevaba seis años laborando para la institución bajo la mirada cautelosa de Amberí.

—No me gusta como me maquilló —le dijo **Yei**. —Me opaca el rostro.

—Ese es el maquillaje adecuado para usted y su color de piel.

—No me gusta. Cámbielo —dijo imperativamente.

La mujer lo miró con asombro, lo mismo que quienes se encontraban a su alrededor.

—Lo siento mucho, pero no se lo puedo cambiar. Le aseguro que es el maquillaje para usted. Con las luces se va a ver bien.

—No acepto hacer el programa con este maquillaje. Ya le dije. Me lo cambia.

La mujer tragó saliva, le limpió el rostro e inició de nuevo el proceso. Cuando terminó, le permitió mirarse al espejo otra vez. En esta ocasión se llenaron las expectativas del periodista.

—¿Ve que yo tenía razón? —le dijo— ¿Puede notar la diferencia?

La mujer asintió serena, mientras internamente se regocijaba de saber que había hecho exactamente el mismo tipo de maquillaje que minutos antes.

—Quiero que se memorice este tipo de maquillaje, porque es el que me tiene que seguir haciendo siempre. ¿Estamos claros?

—Sí, señor.

Cuando se dio iluminación, lo primero que hizo **Yei Ei** fue preguntar.

—¿Cómo me veo?

—Bien —le dijo el jefe de cámaras.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Cómo me veo? —dirigió la pregunta al encargado de sonido.

El hombre cerró el puño derecho con el dedo pulgar apuntando hacia arriba. Entonces pidió que llamaran de nuevo a la maquilladora. Cuando la mujer se acercó le repitió la pregunta.

—¿Cómo me veo con la iluminación?

La mujer lo contempló en silencio. Lo miró desde el perfil derecho y luego desde el izquierdo. Se acercó y retrocedió.

—Con todo respeto, se ve muy guapo.

Aquella respuesta y la ceremonia de análisis, parecieron tranquilizarlo. Minutos después ya todo estaba listo para la grabación. El encargado dio la señal de inicio.

Con una seductora sonrisa se dirigió a la cámara y obsequió a todos la imagen de su perfecta dentadura. Dijo con voz sensual:

*¡Hola! Damos inicio al microprograma
“Curiosidades con Yei Ei Yemini”.*

Y súbitamente gritó:

—¡Esperen! ¡Corten, corten!

—¿Qué pasa? —dijo el jefe de cámaras.

—¿Cómo me veo hablando?

LXIII

—Te viste **hándsom, jóni** —le dijo su tía cuando se transmitió el primer programa.

—¿**Du yu tinc so?**

—**Yes.** Y ahora, **dárlin**, quiero darte un consejo.

—Usted dirá.

—De ahora en adelante, **jóni**, vas a ser una figura pública superior a la que ya eras, ¿me entendés? La televisión crea personas superiores a las de los diarios. A partir de ahora, todos tus movimientos van a ser controlados por el público. Antes vos eras el mejor periodista de este país, pero ahora te vas a convertir en estrella. **A star. A tivi star.** Yo sé lo que te digo. A partir de ahora tu vida deja de ser privada. En cualquier momento el ojo del público va a verte, incluso en las ocasiones menos esperadas. Por eso el consejo que te doy es que siempre, escuchame bien, **ólgüis**; no importa dónde estés o qué hagás, vas a tener que actuar como si hubiera una cámara en frente tuyo, fil-mándote día y noche hasta el último día de tu vida. ¿Me entendés? Como si fuera un **Reálicity Chou.**

LXIV

A partir de aquel día todo cambió.

Su microprograma iba adquiriendo cada vez más admiradores. Las críticas lo elogiaban constantemente y el público telespectador sintonizaba el canal solo para deleitarse contemplando al más guapo y sensual periodista del país.

Ahora **Yei Ei** se despertaba por las mañanas actuando como si hubiera una cámara filmadora dentro de su dormitorio. Desayunaba con la misma idea.

Cuando llegaba a sus sitios de trabajo se comportaba como si una cámara estuviera en la puerta de entrada. Cada día su mente fantasiosa imaginaba un ángulo diferente de filmación.

Todos sus gestos eran estudiados y ensayados. Se dio a la tarea de investigar cuáles eran sus mejores ángulos faciales y reconoció que todos eran perfectos. No había uno que lo favoreciera más o uno que lo desmejorara.

Cuando entraba en un restaurante, cine, teatro o cualquier sitio público, actuaba como si lo estuvieran filmando.

Siempre que conducía de noche por calles capitalinas, lo hacía con la luz de cabina encendida para que desde fuera lo pudieran apreciar. E imaginaba una cámara filmándolo desde el asiento contiguo. En carretera conducía temerariamente. Imaginaba la cámara desde un helicóptero a poca altura en el aire. Creía que con sus arriesgadas maniobras sacaba expresiones de admiración de un imaginario público.

Soñaba que sus discursos quedarían grabados para la posteridad en celuloide o cinta magnética.

Se dio a la tarea de vivir como en un **Reáliti Chou** eterno.

Sintió admiración por quienes legaron al mundo las bases del invento de la transmisión de imágenes, del cual ahora él se beneficiaba justa y merecidamente. Sobre todo, admiraba a los gringos por haber aportado uno de los mayores inventos a la humanidad.

Un concepto superior. La sublimación máxima del ser humano, la elevación mayor imaginable. La capacidad de brillar en el firmamento por encima de todos los hombres. ¡Ser una estrella! ¡**Tu bi a star!**

Pensó que nuevamente su astuta tía tenía razón y que definitivamente el concepto sonaba mejor dicho en inglés.

A partir de ese momento, arriba de él seguía estando Dios; pero él estaba encima de todo lo demás.

LXV

En esta ocasión fue él quien solicitó reunirse con Don Ricardo.

—¿Y esa sorpresa, **Yemini**? ¿Qué lo trae por aquí?
—dijo el viejo.

—He querido saludarlo.

—¿Y eso por qué?

—Aunque usted no lo crea, yo agradezco sus enseñanzas. Además, desde la vez que vine a pedir su carta de recomendación, prometí que vendría a visitarlo. Las ocasiones anteriores fue usted quien me llamó. Es justo que alguna vez venga por iniciativa propia.

Don Ricardo lo contempló con los ojos del alma.

—Muy bien, **Yemini**. ¿Y de qué quiere hablar?

—¿Ha oído mi programa de televisión? Se llama “Curiosidades”.

—Así es. Y debo confesarle que me parece de lo mejor que ha hecho hasta ahora.

—A usted no le gusta mi trabajo, ¿verdad?

—Muy poco de lo que usted hace tiene valor, ya se lo he dicho. Lo demás es pura banalidad, frivolidad y ordinariéz. Sin embargo, creo que cada país tiene el periodismo que merece.

—¿Qué quiere decir?

—Vea, **Yemini**. La humanidad ha avanzado siglos atravesando períodos de diferente comportamiento social. Cada época ha recibido su nombre propio. Ahí tenemos la Edad de Piedra, el Oscurantismo, el Renacimiento, la Revolución Industrial. La época actual se llama globalización, aunque creo que debería llamarse diferente.

—¿Cómo?

—La época de la estupidez, la vulgaridad, la frivolidad y el cinismo. El fenómeno de globalización ha universalizado estas deplorables condiciones humanas. Siempre han existido, pero ahora se difunden con la velocidad de la comunicación simultánea e inmediata en el mundo. Nuestra sociedad sucumbió a esto. El tico es ahora ordinario y superficial, pero sobre todo de un cinismo indescriptible. Y solo una superlativa estupidez permite que estas condiciones imperen.

—¿No está siendo muy severo?

—En absoluto. Lo más preocupante es el mal ejemplo que damos a nuestros jóvenes.

—No entiendo.

—¡Ah! ¿Le parece poco lo que sucedió hace unos años? Analice fríamente el siguiente mensaje: “*Jóvenes*,

no importa que se les cuestione si se vieron o no involucrados en un asesinato, porque el día de mañana hasta pueden llegar a ser Presidentes de la República”.

—Ya sé por qué caso en particular lo dice. Pero a aquel expresidente nunca se le comprobó nada.

—Estamos de acuerdo. Pero en otros tiempos y con otros valores, el solo cuestionamiento desprestigiaba a la persona. Recuerde que los mismos compañeros de lucha política le pidieron que retirara su candidatura por el bien del partido. ¿Y qué sucedió? Siguió adelante y el pueblo lo eligió Presidente. ¿Qué clase de ejemplo fue ese para las generaciones jóvenes? ¡Dígame! Un ejemplo de la desvergüenza de uno y de estupidez de muchos otros.

—Pero a él no se le encontró culpable y todo el proceso se rigió por principios jurídicos...

—... principios jurídicos, que están inspirados en conceptos de Derecho de más de dos mil años de antigüedad. La sociedad actual es distinta de la sociedad romana de hace dos mil años. El pensamiento humano ha cambiado, pero el derecho no ha evolucionado a la misma velocidad. ¿No le parece? Además, el punto no consiste en que haya sido culpable o no. Es el cuestionamiento sin una resolución absoluta, fuera la que fuera.

Yei Ei pensó que el viejo estaba errado en conceptos básicos, pero dejó que continuara.

—En un sistema democrático todo mundo opina y la mayoría decide. Pero parece que nadie entiende el riesgo que existe cuando la mayoría de cualquier sociedad no corresponde precisamente a la fracción pensante. Nuestra sociedad se jacta de tener un alto grado de alfabetismo, pero olvida que eso no es sinónimo de inteligencia. Esto no implica un fenómeno latinoamericano solamente, sino

un fenómeno mundial. Basta con ver la sociedad gringa que, para peores, es la que imitamos.

—¿Cómo?

—¿Me va usted a decir que, con todo su bagaje intelectual no está en capacidad de reconocer lo que digo? Nada más como un pequeño ejemplo, vea la estupidez que hacen los gringos en el cine con los personajes infantiles y animales. ¡A los animales los “humanizan”!

—¿Y qué hacen con los personajes infantiles?

—¡Los adultizan! Eso es lo que hacen, los adultizan. Basta con remontarse a programas de la naciente televisión gringa. Vea por ejemplo *La pandilla*. ¿Y qué me dice de películas modernas como *Pobre angelito*? ¿No son acaso niños haciendo cosas de adultos y expresándose como adultos? Es cierto que los niños siempre tratan de emular a los grandes. Pero en estos ejemplos que le digo, los niños no copian a los adultos. Los niños “son” adultos. A veces esos chiquillos del cine y la televisión tienen un discurso intelectual que ni los mismos adultos poseen. Vea los héroes infantiles con solo cinco años de edad conduciendo vehículos altamente sofisticados, manejando con impresionante dominio la computación futurista, compitiendo palmo a palmo con adultos. ¡Y ganándoles! ¿Y cuál es la reacción de los gringos? ¿Ah? A los gringos esa estupidez les parece graciosa. Aplauden a esos niños, los admiran, los celebran, se ríen de las situaciones hartamente absurdas e ilógicas. Los imitan y promueven como el ideal de ser niño.

Yei Ei sonrió complacido. Ya tenía lo que buscaba. Con tono adusto le recriminó.

—Creo que perdió el hilo de lo que quiere decir. Está saltando de una idea a otra sin conexión.

—Para nada. Digo que vivimos la Era de la Decadencia Globalizada. De la estupidez del pueblo, de la frivolidad de la televisión y el cine, del cinismo de los que tienen poder y de una vulgaridad imperante.,

Estaba demasiado exaltado. Los ojos se querían salir de sus órbitas al continuar su discurso.

—Y es cierto que cada sociedad tiene lo que merece, pero el único recurso actual, mundial y efectivo que puede sacar al mundo de este marasmo, es una prensa formativa y educativa, si se lo propusiera.

LXVI

No cabía duda de que el viejo tenía ideas peligrosas, pero cargadas de ingenio e inspiración. Nuevamente **Yei Ei** le había robado una. Y su posesión requería un cuidadoso plan para ejecutarla.

Como si de un ritual se tratara, compró nuevas litografías con imágenes de las torres gemelas de Nueva York. Colocó una en cada oficina donde trabajaba y la más grande en su dormitorio.

Después dedicó tres semanas a la concepción y estructuración de su nuevo proyecto. Trabajaba infatigablemente sacrificando horas de sueño, sin dejar de cumplir con sus obligaciones laborales.

Al final estuvo listo para enfrentar a Doña Amberí.

La reunión fue intensa. La mujer salió exultante y convocó de inmediato a las personas clave en la organización del canal.

Dos meses después salió al aire el programa más innovador de la televisión nacional. El país entero se paralizaba

durante la hora de transmisión. Consiguió el más elevado porcentaje de expectación en la historia de la televisión costarricense.

A la hora programada, **Yei Ei Yemini** aparecía en pantalla anunciando:

CANAL UNO y Yei Ei Yemini
presentan
“Mundo de niños”
Producción y dirección
Yei Ei Yemini

LXVII

Fragmento de uno de los programas “Mundo de niños”

CORTINA MUSICAL

(“Close up”, del director del programa)

Yei Ei:

Y ahora un adelanto de lo que tendremos
en el programa de hoy.

Con ustedes la anfitriona de la sección
“Buscando el doble”.

La incomparable niña **Pamela Sú Ánderson** Pérez.

TEMA MUSICAL DE LA NIÑA

(“Close up”, de Pamela Sú Ánderson Pérez)

Niña de nueve años, precoz, rubia teñida.
Con estudiadas poses todo lo dice a gritos.

Pamela:

¡Efectivamenteeeeeeeeeeeeeeeeeeeee!
Hoy haremos el concurso que hemos anunciado
toooooooooooda la semanaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa.
Buscando la doble de **Yénifer** López a los cinco años
de edaaaaaaaaaaaaaad.

Yei Ei:

¡Gracias, **Pamela Sú Anderson** Pérez!
Te acompañaremos.
Y ahora, la niña que sabe todo acerca del amor.
La carismática Gufra González.

TEMA MUSICAL DE GUFRA

(*"Close up", de Gufra González*)
Nueve años, labios pintados de carmín y
actitud sensual.

Gufra:

Mis queridos amigos. Quiero darles las
gracias por los cientos
de **i-méils** que recibo a diario. Prometo
que todos los responderé.
No se pierdan el programa de hoy porque hablaremos
de la mejor manera de besar cuando se tiene
apenas ocho años de edad.
¡No se lo pierdan!

Yei Ei:

¡Por supuesto que no, Gufra! Te veremos.
Y ahora, **Brállan** Montero nos dice qué

veremos hoy en la sección
"Pide que te lo compren".

TEMA MUSICAL DE BRALLAN

(*"Close up"*, de *Brallan Montero*)

Niño de diez años con tatuaje en el hombro.

Brallan:

¿Qué tal amigos? ¿Se sienten **dáun**?

¿Sin ganas de divertirse?

¿Sus amigos ya no les entusiasman? **Yu cnou.**

¡Pues no se apuren!

Hoy les daremos muchas ideas sobre qué cosas pueden pedir a sus padres que les compren para sentirse mejor.

Para hoy les tengo unas ideas **súper.**

¡Si yu!

LXVIII

Las reacciones contrarias al programa no se hicieron esperar. Se cuestionó el hecho de tener trabajando a menores de edad. Se analizó el contenido, la forma y las consecuencias de aquel fenómeno social. Pero el éxito era ya incontenible.

Yei Ei controlaba todo.

Coordinó entrevistas a los niños y sus padres. Estos empezaron a alcanzar fama a la par de los pequeños y se manifestaron con toda la fuerza, que su derecho paternal les confería, para que sus hijos continuaran trabajando.

Organizó una exitosa campaña de mercadeo y logró que una industria fabricante de juguetes creara muñecos imitación de los niños conductores del programa. En todos los hogares querían tener muñecos de **Pamela Sú**, **Gufra** y **Brallan**.

Impulsó concursos para que la niñez costarricense se vistiera como los tres presentadores.

Al tiempo hizo circular el falso rumor de que uno de los tres debía irse y convocó a audiciones para escoger el sustituto. Avalanchas de padres llevaron a sus hijos a las instalaciones de CANAL UNO. Viajaba gente desde los más recónditos lugares del país. Fue la locura. Todos los niños querían ser presentadores de televisión. La presión hecha por el público lo obligó a integrar dos más al famoso elenco.

Pero nuevas y revolucionarias ideas asaltaban su imaginación.

—Le agradezco que me atendiera cuanto antes Doña Amberí.

—A usted nunca lo puedo dejar esperando, **Yemini**.

—¡Alabado sea Dios! Créame que no la molestaría si no fuera algo realmente urgente. He estado estudiando los postulados del programa y algo está fallando.

—¡Imposible! Es el programa de más **réitin** en la historia. Las proyecciones se han hecho a dos años. Las ganancias son insuperables. ¿Qué puede estar fallando?

—Están quedando excluidos sectores de público infantil. El programa fue concebido sin considerar diferencias sociales. Debemos crear otro programa dirigido a un sector más popular y ordinario, por decirlo de alguna forma. Necesitamos llegar a esos niños también. La estructura del programa sería la misma, la diferencia estaría en la

temática. Tiene que reconocer que existen intereses completamente diferentes, Doña Amberí.

La mujer abrió la boca, estupefacta por lo que acababa de escuchar.

Él continuó triunfante.

—Además de dos programas para niños, debemos lanzar programas para adolescentes, de igual formato. Uno dirigido al sector corriente y otro a la clase alta. En esto no nos podemos demorar. Sé de muy buena fuente que es la idea que germina en otro canal. Por favor, Doña Amberí. ¡Reaccione! Debemos darnos prisa.

LXIX

—Mariano, ya llegó **Yei Ei** —gritó Eli desde la sala.

—¿Tiene hambre, m'hijito? ¿Le sirvo de comer? Tenemos filé de miñón.

—No, gracias má. Vengo de mal humor.

—¿Qué le pasó, m'hijo?

—¡Ay, mamá! ¿Has de creer que no me invitaron a la **premier** de la película costarricense de hoy? —respondió con furia.

—¿Y por qué creés que no te invitaron?

—¡Envidias! —los ojos de Eli chispearon de ira. —¿Qué otra cosa puede ser? Todos lo envidian porque es el mejor periodista del país. ¡Hubieras ido de todas formas! Una vez allí no te iban a impedir entrar. ¿Me entendés?

—Por supuesto que fui. ¡Y no me dejaron entrar! ¡Le impidieron el paso a **Yei Ei Yemini** esos estúpidos! Pero esto no se va a quedar así. Mañana iré a ver la película

por mi cuenta y luego van a tener que aguantar la crítica, que voy a hacer en todos los diarios y en televisión.

—Pero vas a tener que comprar la entrada, **jóni**.

—Ni modo, tía. **No güey**. Por esta vez lo hago.

—¿Dónde está mi mejor ahijado, el amo del periodismo? —dijo una voz masculina.

Yei Ei desvió la mirada a la escalera por donde descendía su padrino, el ahora Padre Mariano, en compañía de un nuevo y joven amigo. Mariano se había ordenado como sacerdote escasos meses atrás.

—**Dárlin**, tu padrino tiene algo que pedirte.

—¿Qué es, Mariano?

—Quiero confesarte uno de mis más grandes sueños de los últimos tiempos. Y creo que vos me podés ayudar a realizarlo. Es algo que me ha apasionado intensamente. Te confieso que sería la persona más feliz de este mundo si me ayudaras a conseguir esto. Voy a necesitar mucha ayuda en un principio, pues es un proyecto inmenso, pero sé que me vas a ayudar. Al fin de cuentas yo nunca te he pedido nada.

—¿Podrías dejar de dar tantos rodeos e ir de una vez al grano? —dijo malhumorado.

Todos justificaron en el cansancio la razón para su impaciencia.

—Sí. Perdoname, tenés razón. Debés estar cansado de que todo mundo te solicite algo. Voy a ir al grano. **Yei Ei** quiero tener mi propio programa de televisión de orientación religiosa. Tengo unas ideas maravillosas que van a hacer que mi programa supere al de *Padre Pedro*.

LXX

La negativa de **Yei Ei** dejó a todos perplejos. Semanas después la familia no terminaba de comprender la razón de aquel contundente rechazo.

Pero el periodista tenía sus motivos. *Padre Pedro* era una figura poderosa en el país, producto de muchos años de aparición en televisión y Mariano entraría perdiendo ante él. Además, **Yei Ei** estaba convencido de que el éxito de Canal UNO radicaba en un estilo más superficial, más **láigt**; lo que un programa religioso de ese tipo no podría lograr. Ante su negativa inicial, le pareció interesante la segunda propuesta de Mariano de crear un programa religioso dirigido por una monja al estilo de Madre Angélica de Estados Unidos. Ese sí podría ser un programa **láigt**. Pero desechó la propuesta de inmediato. En el país no se conocía religiosa alguna dispuesta a aquello y le horrorizaba la idea de imaginarse a Mariano travestido en monja con tal de hacer el programa. Ya se había vestido de mujer antes, ¿quién le aseguraba que no se atreviese ahora?

Aquella situación generó nuevo cisma familiar, que vino a revivir el conflicto relacionado con la muerte de Rafael. Pero el periodista se mantuvo incólume ante sus seres más queridos.

Tenía mejores proyectos en mente.

Los programas “Mundo de niños” y “Teen’s world”, en sus dos versiones cada uno, acaparaban toda la teleaudiencia del país.

Ahora gestaba la creación de un nuevo programa, que atrajera al público de la tercera edad. El título propuesto era “Mundo otoñal” y ya se realizaban los **cástings** para

la selección de los presentadores, cuyas edades oscilarían entre setenta y setenta y cinco años.

Pese a su popularidad, no dejaban de existir momentos difíciles.

—¿Cómo que ya no hay entradas? —le alzó la voz a la boleterera de una sala de teatro.

—Las localidades están agotadas, señor.

—Mi secretaria llamó para reservar tres entradas de *cortesía* a mi nombre.

—Pero yo misma le informé que ya no había localidades. Además, por órdenes del director, las entradas de *cortesía* se brindan solo a trabajadores de teatro y familiares de los actores, nada más.

—¡Oígame! —intervino Eli, que se encontraba tanto o más malhumorada que su sobrino. —Usted le está diciendo que no a **Yei Ei Yemini**, ¿sabe?

—Sí, señora. Lo que no sé es quién es usted para hablarme en esa forma.

—Mejor vámonos —imploró la madre.

—Quiero hablar con el director —ordenó **Yei Ei**.

—Lo siento mucho, pero la función ya comenzó. En este momento no se puede interrumpir. Si gusta puede esperarse a hacerlo al final o mañana. Además ya le dije: cuando su secretaria solicitó entradas de *cortesía* yo pregunté al director. Usted no es familiar ni amigo de alguno de los actores. Yo nada más cumplo órdenes. Imagínese que todos los periodistas de este país solicitaran entradas de *cortesía* a los espectáculos, ¿dónde iríamos a parar?

—Pues mi sobrino va a criticar muy duramente esta obra. ¡Ya verá! —dijo Eli exaltada.

—Pues si no compra la entrada, no me imagino cómo va a hacer para verla y criticarla después.

LXXI

Un día se enfermó uno de los investigadores del programa "Curiosidades" y puesto que ninguno pudo sustituirlo, **Yei Ei** tuvo que asumir sus funciones y desplazarse a una reserva indígena en las escabrosas montañas de Talamanca.

El objetivo era dar a conocer una curiosidad pasada, de la cual no se había hecho suficiente noticia cuando aconteció.

Todo se remontaba a los días del terrible terremoto de la provincia de Limón del año 1991. En un poblado indígena asentado cerca del río Telire, días antes del sismo el sukia empezó a experimentar visiones espeluznantes que se hicieron cada vez más frecuentes. El mismo día del cataclismo, en horas de la mañana, convocó a los aldeanos y les transmitió su fatal visión. ¡La montaña se movería! ¿Cómo podría suceder eso? Resultaba una proeza increíble. Después de momentos de deliberación, el pueblo acordó dejar temporalmente abandonadas sus tierras y pertenencias, y trasladarse por un tiempo a una meseta cercana. Con rápida organización alistaron algunas cosas, apenas las suficientes para sobrevivir unos pocos días lejos de casa, y emprendieron el éxodo.

El terremoto sucedió a las cuatro de la tarde. La montaña se sacudió, se deslizó y sepultó la abandonada aldea, que se asentaba a sus pies. Los indígenas sobrevivieron, pero quedaron atrapados entre montañas enteras que se derrumbaron alrededor de la meseta por donde transitaban. Fueron rescatados casi una semana después por helicópteros, que sobrevolaron la extensa zona en busca de sobrevivientes.

La prensa había hecho una tímida reseña de aquel suceso, dada la cantidad de historias de dolor y heroísmo que siguieron al fenómeno telúrico.

Por eso, siete años después, **Yei Ei Yemini** había decidido llevar esa historia a su programa y darle la merecida importancia que tenía.

La experiencia de conocer una aldea indígena y la entrevista con los protagonistas del suceso le resultaron apasionantes.

Al momento de su partida, los indígenas lo despidieron en una sentida ceremonia. Momentos antes de montarse en el vehículo que lo llevaría de nuevo a la civilización, el sukia se aproximó y le habló en castellano.

—Este es un regalo de nuestra parte, para que no nos olvides y para que ayudes nuestro pueblo. Te has dado cuenta de cómo vivimos y las necesidades que tenemos. Hemos sido olvidados por civilización. Gobiernos prometen y prometen ayuda, pero luego olvidan promesas. Nosotros somos los auténticos y primeros dueños de este país. Pero ahora los modernos y los extranjeros nos roban tierras. En tu trabajo puedes ayudarnos. Habla en tus programas de nosotros. Ayúdanos.

Y colgó en su cuello una gargantilla con dije de madera en forma de pene. Él se estremeció al verlo y lo ocultó bajo la camisa. Alzó los ojos para encontrarse con la mirada penetrante del viejo indígena.

—Yo sé lo que pasa en tu mente, señor periodista.

Yei Ei bajó los ojos. Se sintió desnudo ante el conocimiento del sabio. Entendió que había descubierto su defecto.

—Esta madera colgará junto a tu corazón y se hinchará a su calor para que nunca olvides.

Acto seguido se despidieron. El camino de regreso se hizo difícil ante la urgencia de tomar un baño y dejar atrás las calamidades de aquella gente. Mucho trabajo le costó a **Yei Ei** reponerse de la clarividencia del viejo. Cuando el vehículo empezaba el descenso a la capital, llevó su mano al pecho y sintió cómo el trozo de madera había crecido bajo la camisa casi al triple del tamaño original.

Al llegar a su residencia, horas después, se quitó el collar y contempló la madera unos instantes. Era blanquecina y muy suave. Lo miró con detenimiento a la luz de una lámpara y ayudado por una lupa, pero no descubrió nada en particular. Después lo dejó sobre la mesa de noche y se dio un baño. No se volvió a acordar del objeto.

A la mañana siguiente, contempló con asombro cómo el dije se había encogido al tamaño original que recordaba. Lleno de curiosidad se lo colocó de nuevo y salió para su trabajo. Cerca del mediodía llevó la mano al pecho para confirmar que el objeto había vuelto a aumentar de volumen.

“Se hincha al calor de mi corazón” ¿Pero qué es esto que me dio?

LXXII

Aquel trozo de madera lo intrigaba como pocas cosas hasta ese momento. Una idea le empezaba a dar vueltas en la cabeza, con tal insistencia, que le quitaba el sueño.

Días después buscó entre sus documentos la tarjeta de presentación de una modelo. Era una bella joven que había conocido en una de las tantas fiestas de la farándula a las que asistía. El submundillo del *Jet Set*, que algún ingenioso había bautizado *Avioneta Set*, dado que un *jet* era algo demasiado ostentoso para una sociedad tan limitada como la costarricense.

Llamó a la mujer al laboratorio universitario donde, para sorpresa de todos, trabajaba. Recordó que al igual que todas las mujeres que se cruzaban por su vida, aquella había dado muestras de querer algo más profundo con él.

—¿Aló? —dijo la sensual voz femenina al otro lado del teléfono.

—¿**Cherri**? Te habla **Yei Ei Yemini**.

La mujer se derritió al otro lado de la línea. Cuando pudo recuperar su compostura, se integró al más reñido duelo de expresiones sensuales que hayan tenido por teléfono hombre y mujer.

—¿Cómo estás **Yei Ei**? —pronunció con carnosos labios.

—Muy bien. ¿Y vos cómo estás? Siempre bella, me imagino.

—¡Qué galante!

—¿Cómo va tu trabajo, mi amor?

—Ahí, ahí. Tengo varias propuestas para unas fotografías de revistas. Pero lo que me interesa más es **Mayami**.

—Estoy convencido de que aquí o en **Mayami** mi modelo preferida va a triunfar. Es asunto de tiempo.

—¡Ay, **Yei Ei!** ¿Cuándo nos vemos? Me debés una salida.

—Talvez precisamente podamos hacerlo pronto. Te llamo porque necesito un favor muy grande y solo vos me podés ayudar. La verdad es que no puedo confiar en nadie más.

—¿Qué cosa es?

—Necesito un análisis químico u orgánico o biológico... ¡Como se llame! ... de una madera que conseguí y que se agranda. Pero esto debe manejarse dentro del más rígido secreto profesional. Estoy preparando un reportaje para mi programa, pero necesito esta información cuanto antes.

—Encantada, **Yei Ei.** ¿Cómo hacemos?

—Yo te lo envío con el mensajero.

—¡Pero yo quería verte!

—Cuando tengás el resultado nos vemos, ¿te parece?

LXXIII

Pasaban los días y **Cherrí** necesitaba saber el nombre del árbol al que pertenecía aquel material. **Yei Ei** había enviado entonces un periodista a la reserva indígena de Talamanca para volver con la respuesta.

—Es un higuerón, **Cherrí** —le dijo a su amiga.

—¿Un *ficus*? Eso me había dicho el agrónomo.

—¿Qué sucede?

—Nada, que no imaginé que fuera un *ficus*.

—¿Qué es eso?

—Luego te explico. Ahora tengo que colgar. Te dejo.

Al cabo de tres semanas la impaciencia se había apoderado de él. Estaba de mal humor y trataba a todos con

una altanería mayor que la usual. Cuando estaba a punto de explotar, recibió la ansiada llamada.

—Don **Yei Ei**... —dijo una voz telefónica.

—¿Qué pasa? ¿No le dije que no me molestara?

—Tengo en la línea a una señorita **Cherri** Fernández. Dice que es urgente.

—Pásela de inmediato... ¿Aló? ¿**Cherri**?

—¡Hola, **Yei Ei**! Tengo lo que me pediste. Es algo interesante, ¿sabés? Se descubrió que este *ficus* tiene la capacidad de reaccionar con el cloruro del sudor humano.

—¿Se hidrata con el sudor?

—No. No corresponde a hidratación, es otro tipo de reacción compleja. Una especie de distensión de células vegetales muertas, porque el material ya no es un tejido vivo. Te lo debo explicar en detalle.

—¿Reacciona con el cloruro del sudor humano?

—Ajá. Mientras más sudor haya, se produce la reacción de la madera en contacto con la piel.

—¡Interesantísimo!

—Tengo toda la información detallada, pero mejor te la entrego y explico personalmente. Ahora sí. Decime cuándo nos vemos. Tenés que cumplir tu promesa. ¿Por qué no vamos el sábado a cenar? ¿O a bailar? ¿Qué te parece?... **Yei Ei**. ¿**Yei Ei**? ¿**Yei Ei** estás allí? ... ¿**Yei Ei**?

Pero nunca se llegó a entrevistar con ella.

LXXIV

La historia de su vida se resumía en dos etapas: antes y después de conocer las torres gemelas.

El descubrimiento de la madera y su posible aplicación le causó gran optimismo, pero trajo a su memoria tristes recuerdos de la primera etapa. Volvió a enfrentar su cruda realidad de tener que orinar sentado y verse privado de sexualidad normal.

Recordó la frustración al tener que descartar técnicas y métodos para agrandamiento de pene.

Múltiples veces pensó y descartó la cirugía plástica, no porque dudara de la capacidad científica, sino para que nadie más conociera su defecto. Si no lo había hecho cuando era un completo desconocido, menos lo haría ahora que era famoso.

Las medias enrolladas dentro del calzoncillo daban un resultado anatómico muy pobre y eran eficaces solo a través de la ropa.

Pero el descubrimiento de la madera y su reacción orgánica, le daba la oportunidad de sofisticar el recurso de un relleno dentro del calzoncillo. Conocía la existencia de toda una industria creativa de rellenos para hombros, glúteos y busto femenino. Y ahora podría diseñar un pene en madera que, al contacto con su sudor, produjera un bulto genital más natural.

Aquella idea le levantaba el ánimo.

Y decidió seguir adelante con el nuevo proyecto.

LXXV

El inicio de año lo sacó bruscamente del letargo con respecto a estados presupuestarios.

—**Jóni**. Estamos retrasados otra vez con el pago de las cuotas de la casa. Ya enviaron el segundo recordatorio.

—Y también estoy retrasado en el pago del **Forróner** —contestó.

—M'hijo. Tiene pendientes tres meses de pago de las tarjetas de crédito.

—Vas a tener que pedir una nueva prórroga a los bancos.

—Lo he hecho tantas veces que cada vez se me hace más difícil obtenerla. Francamente no sé qué hacer. Estoy trabajando demasiado y el dinero no me alcanza.

—Yo creo que gastaste mucho en las fiestas de Navidad —dijo la madre con timidez.

—Eso se llama “gastos de representación” y no son gastos sino inversiones —contestó Eli. —Yo creo que el problema es que Mariano no nos ayuda económicamente. Cuando lo hacía nos iba mejor. Pero no podemos contar con él y menos ahora que no le ayudaste con el programa religioso.

—*Padre Pedro* es una figura tan fuerte para competir, que el programa de Mariano hubiera sido un rotundo fracaso. Pero las cosas cambian y *Padre Pedro* se está debilitando. Si cae, pensaré en ayudar a Mariano en el canal.

—¿Pero mientras tanto qué hacemos?

—Voy a tener que solicitar a los bancos otra prórroga.

—No te la van a negar. ¡**Yu ar Yei Ei Yemini!**

—Así debería ser, pero a veces temo que no me respeten.

—¿Y no hay posibilidades de otro trabajo en el Canal?

—Eso sí lo he pensado. Ha sido mi meta original.

—¿Y cuál es, m'hijo?

—Quiero asumir la dirección del Tele Noticiero. Pero me ha costado convencer a doña Amberí. Con eso ganaría más dinero y podría cumplir mi otro deseo.

—¿Otro?

—Sí ma, quiero cambiar de carro.

—¿Otro carro? Pero m'hijo, si el **Forróner** apenas tiene dos años, todavía lo estás pagando.

—Debo hacerme el propósito de cambiar de carro cada año. Ahora quiero un Montero, el otro año un **Jóna**, luego un Mercedes. ¿Qué les parece?

LXXVI

Entró en el servicio sanitario para comprobar que el trozo de *figus* en su calzoncillo había crecido satisfactoriamente, dado el abundante sudor de su cuerpo a esas horas de la calurosa mañana. Llevaba un pantalón ajustado que permitía resaltar aún más la pelvis. Se miró al espejo una última vez y salió confiado a la reunión.

Ya estaban todos reunidos, presididos por Amberí que le sonrió cómplice.

Introdujo las manos en las bolsas del pantalón y caminó lentamente hasta su asiento estratégicamente ubicado al final de la mesa, mientras regalaba a todos su más inocente sonrisa.

—Vamos a empezar —anunció Amberí. —Como les había advertido en la reunión pasada, hemos estado trabajando en la reestructuración del canal y tengo algunos cambios que comunicarles. El primero es la separación

de don Octavio de la dirección del Tele Noticiero y la incorporación en su lugar de **Yei Ei Yemini**. ¡Tenemos nuevo director del programa!

LXXVII

—¿Cómo que vas a eliminar a **Llorsh** del telenoticiere-ro? —dijo Amberí ocho días después.

—No queda más remedio. El mundo periodístico está cambiando vertiginosamente. Ya no se puede separar el mundo de la información del de las imágenes. En los conceptos periodísticos televisivos actuales, ambos mundos son complementarios, se fusionan. Es un principio básico de la nueva escuela periodística mundial.

La mujer lo miró en silencio esperando más razones.

—No es concebible hoy la imagen de un periodista de televisión feo, no importa que sea hombre o mujer. No me mire con esa cara Doña Amberí, que estas cosas no las invento yo. Forman parte de las modernas estructuras de mercadeo, de las comunicaciones y la información. Al público le gusta ver en pantalla una mujer bella y un hombre guapo. Es una forma de vender noticias.

—Me produce una terrible sensación el hecho de eliminar a **Llorsh** del noticiero. Es un excelente presentador de noticias.

—Pero el asunto aquí es otro. Lamentablemente y con todo respeto hacia él, la verdad es que **Llorsh** es muy feo. Además es demasiado obeso. No resulta una imagen agradable ni atractiva visualmente. ¡No vende!

—Es muy duro lo que estás diciendo **Yei Ei**.

—Doña Amberí, sepa que a nadie más que a mí le duele lo que digo, pero con usted yo debo ser totalmente sincero. Por eso le abro mi corazón, entendiendo que sabrá disculpar lo crudo de mis expresiones. Lamentablemente no puedo decirlo de otra forma, **Llorsh** es muy feo y gordo. Eso no descalifica sus capacidades como periodista, pero él no está hecho para la televisión. Sería ideal para el periodismo escrito, donde nadie lo vea o a lo sumo en una fotografía.

—Sigo pensando que es cruel lo que estás diciendo, aunque debo reconocer que el muchacho no ha sido muy favorecido por la naturaleza.

—Lamentablemente así es. Y también, usted lo sabe mejor que yo, en este negocio se debe ser frío profesionalmente. Es la clave del éxito. Yo le aseguro que con las innovaciones en el programa obtendremos el mejor **réitin** en noticieros.

—¿Me lo asegura?

—Empeño mi palabra en ello, primero Dios. Yo a usted jamás la podría engañar.

Amberí meditaba. Confiaba total y absolutamente en el aspecto visionario de su periodista estrella, pero no dejaba de incomodarla el hecho de despachar del programa a un valioso profesional, que además era hijo de uno de los más influyentes hombres de negocios del país. Ante la actitud dubitativa de la mujer, **Yei Ei** jugó su última carta.

—Yo sé que usted se siente mal, pero le aseguro que no tanto como yo. **Llorsh** es una excelente persona. Estudiamos juntos la carrera y sé la clase de profesional que es. ¡Es mi amigo! Con decirle que para mí nunca fue relevante su particular preferencia sexual. Eso no impide que lo respete y quiera.

Amberf giró la cabeza ante la información que **Yei Ei** le brindaba, pero prefirió no indagar acerca de aquello. Poseía excelentes redes de información para saber a qué se refería el nuevo director del noticiero.

—Y dígame una cosa. ¿Quiénes serían los nuevos periodistas presentadores?

—Bueno, en primera instancia se mantienen Adriana, Yuliza y Montserrat. Se extiende la contratación a Éricka, Shurréin y Liz. Y debemos estudiar una nueva partida presupuestaria para dos más: Rebeca y Lorenliz.

—¡Caramba! Es un elenco de lujo. Son las mujeres más bellas de la televisión. ¿Cómo ha hecho para que Shurréin Somarribas y Rebeca López dejaran sus trabajos en noticieros de la competencia?

—Nadie dudaría en trabajar en Canal UNO, gracias a Dios.

—¡Alabado sea! ¿Y no vas a tener varones en el noticiero?

—Solo yo —sonrió seductoramente.

—Ya lo dije. Es un elenco de lujo.

—¡Amén!

Días después, el joven y obeso periodista tocaba la puerta de la oficina del nuevo director de noticias.

—¡Llorsh! ¿Qué te pasa? —dijo **Yei Ei** invitándolo a sentarse.

—¡Maje! ¿Cómo es eso que me botan del noticiero?

—Lamentablemente así es, amigo. Políticas de doña Amberf. Te juro que yo hice lo posible por retenerte, pero ya sabés cómo es esta señora. Cuando se le mete una idea en la cabeza no hay quién se la saque. Vos mismo me lo dijiste siempre. Ella tiene un poder inmenso aquí —y le dio unas palmadas de consuelo en el hombro.

—¿Pero qué razones te dio?

—Ninguna. Se cerró herméticamente a decir que eran políticas de la empresa. Vos podés preguntarle.

—Ya lo hice y eso fue lo que me dijo.

—¿Lo ves? Pero no te angustiés. Te vas de aquí con buen dinero del pago de prestaciones.

—¿Pero en qué voy a trabajar?

—¡Hombre! Tu mejor carta de presentación laboral es haber trabajado aquí. Eso te abrirá muchas puertas. Vas a ver. Levantá el ánimo. Vamos a tomarnos una cerveza hoy en la noche. ¿Te parece?

Al día siguiente, el padre de **Llorsh** se hizo presente en el canal. Era un impresionante hombre obeso, aunque no tanto como su hijo y mucho más alto que él. Entró con la autoridad que da el dinero. Vestía impecablemente y en sus manos lucía un elegante reloj. Nadie lo esperaba, ni siquiera Amberí. Pasó al lado a la recepcionista sin determinarla siquiera y abrió la puerta del despacho de su amiga.

- Supuse que vendrías, aunque no pensé que hoy. Adelante —le dijo Amberí desde adentro.

Y tuvieron una prolongada conversación a puerta cerrada.

Dos semanas después, el equipo de trabajo celebraba con un gran baile la aparición próxima del nuevo telenoticiario. Los altos ejecutivos y trabajadores estaban allí con sus familiares más cercanos. La madre y Eli ocupaban una mesa próxima a **Yei Ei**, mientras Mariano procuraba desesperadamente acercarse a doña Amberí para proponerle su idea de un programa de reflexión espiritual.

La música, el baile y la comida estaban en su punto máximo cuando Amberí solicitó unos minutos de silencio

para dirigirse a los presentes. Manifestó su complacencia por los logros de la empresa y depositó su confianza en el éxito del nuevo telenoticiero. Luego, cedió la palabra al nuevo director del programa, gestor de las revolucionarias innovaciones.

Yei Ei comenzó su discurso:

“Dedico este triunfo a Dios,
por la inspiración que me ha dado
para este proyecto y por la providencia
de premiarme con mi nuevo puesto...”

LXXVIII

Efectivamente, el programa alcanzó la más alta tasa de sintonía en noticias.

La opinión pública aprobó y felicitó la innovadora idea de Canal UNO, criticando únicamente la presencia de las torres gemelas de Nueva York como imagen de fondo, por no corresponder a la realidad nacional. Pero el director se mantuvo firme en su decisión.

El éxito de **Yei Ei** no tenía precedentes en la historia patria. Se convirtió en el personaje más conocido e importante del periodismo.

Se hacían reportajes sobre él en todos los diarios y revistas. También se le invitaba con regularidad a canales de la competencia para participar en entrevistas y conocer sus opiniones acerca de diversos temas.

Seguía escribiendo sus columnas para el **Very Important News** y los demás diarios de siempre. Dirigía los

programas “Curiosidades”, “Mundo de niños”, “Teen’s world”, “Mundo otoñal” y el telenoticiero.

Era el personaje más famoso de la farándula. Se le veía en todas las fiestas, espectáculos, cafés, restaurantes de moda, en celebraciones oficiales, estrenos de películas y obras teatrales, festivales de música y danza, conciertos de la Orquesta Sinfónica, competencias deportivas y presentaciones de libros.

Seguía frecuentando los clubes privados del país.

Recorría los gimnasios más famosos mostrando su musculatura.

Continuaba sus nocturnas excursiones capitalinas en su vehículo con las luces interiores encendidas.

La velocidad y la temeridad al conducir continuaban siendo sus sinónimos.

Nunca se lo veía solo, en todo sitio siempre andaba acompañado de las más bellas mujeres y de los artistas, políticos y deportistas de moda.

Participó en la cadena internacional de televisión para el paso de año 1999–2000 coincidiendo con su cumpleaños número veintiséis.

Era admirado y reconocido.

Sus fotos se veían por todas partes.

Pocos seres humanos reunían como él tantos nombres a lo largo de una corta vida.

Al nacer se le había conocido como *Capullito de alhelí* para luego pasar al oficial *Juyi Acson*. Tiempo después sumó *Ja-já* y últimamente **Yei Ei**.

Pero ahora le decían “dios”, porque había empezado a estar en todas partes.

LIBRO CUARTO

EL FOLLAJE DEL HIGUERÓN

*Es difícil derribar
un tronco de
higuerón, pero las
hojas caen por su
propio peso.*

I

Después de ver realizadas sus ambiciones, originadas por una juventud llena de carencias y traumas, **Yei Ei** empezó a experimentar una terrible sensación de conclusión. Se sintió terminado y con espantoso sabor a final.

Los esfuerzos por alcanzar sus metas lo habían dejado exhausto. Ahora que había llegado al punto ambicionado ya no tenía fuerzas para degustar el triunfo. Lo empezó a invadir una terrible desidia. —¿Y ahora qué? —se preguntaba.

El nuevo año lo sorprendió estrenando un vehículo marca Montero, un reloj Rólex y una pintura de Rafa Fernández, que colgó en la sala de su casa.

Pero aquellos trofeos no lograron levantarle el ánimo. Ahora que no existían distractores en forma de proyectos, no le quedaba más remedio que enfrentar su cruda realidad. Ya no podía refugiarse en actividades, que le distrajeran momentáneamente de su conflicto primario.

Los acosos femeninos se hicieron más difíciles de soportar. Aunque siempre se había visto asediado por mujeres bellas, sus nacientes proyectos de trabajo le habían resultado la excusa perfecta para mantener a todas a prudente distancia.

Pero ahora las cosas eran diferentes. Ya poseía total dominio y organización de sus proyectos, de modo que la falta de tiempo no fue más una digna excusa.

Constantemente recibía llamadas de modelos, actrices y cantantes ansiosas de compartir su compañía. Comenzó a pasar momentos embarazosos, pues algunas se le ofrecían dentro del vehículo y se lanzaban en agresivo ataque sexual.

La prensa rosa y amarillista empezó a murmurar acerca de su conducta, dado que siempre andaba con mujeres pero no se le conocía novia oficial. La intromisión se hizo peligrosa cuando algunas de las entrevistadas no tuvieron recato en declarar públicamente que él rechazaba sus insinuaciones sexuales.

La inesperada intervención de Amberí lo sacó de su estado.

II

—Me voy a inmiscuir en algo privado —dijo la mujer.

—Usted dirá.

—Quiero preguntarte cómo está tu vida sentimental. Sé que es un asunto solo de tu incumbencia, pero creo que está llegando a extremos que me atañen.

Hacía tiempo que esperaba algo semejante.

—¿Qué me quiere decir Doña Amberí?

—Ambos sabemos muy bien a qué me refiero. Los medios de información están empezando a meterse con tu vida sentimental. Yo, como directora de esta empresa, estoy en mi derecho y con la responsabilidad de velar para que no suceda nada que pueda perjudicar al canal ni a vos. ¿Estamos de acuerdo?

Él asintió.

—Durante mucho tiempo has alimentado una imagen de mujeriego empedernido. Te rodeás de las mujeres más bellas y te asegurás de exhibirte en los lugares públicos más importantes. Pero ya son muchas las que hablan de vos en sentido despectivo, pues empiezan a reconocer una relación utilitaria de tu parte. Se sienten mujeres “objeto”, que desechás cuando ya no te sirven.

—¡Oígame, que yo nunca he abusado de ninguna de ellas! ¡No las utilizo! ¡Nunca he llevado alguna a la cama!

Amberí echó hacia atrás su sillón y resopló.

—Pues yo no sabía que a ninguna. Solo sabía de las pocas que se han quejado precisamente de eso, de que no las has llevado a la cama. Pero... ¿ninguna?

Yei Ei se estremeció al darse cuenta de que había cometido un estúpido e imperdonable error, pero la situación era irreparable.

—Te falta mucho por conocer acerca de las mujeres. Una mujer no solo es utilizada sexualmente. Existen muchas otras formas de aprovechamiento y utilización. Y tus acompañantes lo están empezando a reconocer. Salís con ellas, te exhibís con ellas, bailás con ellas, pero a la hora de las horas no concretás nada con alguna, ni sentimental ni físicamente. Ellas interpretan que simplemente las utilizás para vender una imagen pública de hombre conquistador. Eso le duele mucho a una mujer. Es una forma de utilización.

—Desde cualquier ángulo que lo vea me parece injusto que las cosas sean así, porque en caso de que me acostara con ellas me criticarían también por hacerlo.

—La vida no es justa, **Yei Ei**. Y en eso te doy toda la razón. Y ante esa realidad no queda más solución que ser práctico. Yo soy una mujer religiosa pero práctica, vos lo sabés. Por eso te digo que aunque sea injusto y esté dentro del marco machista, es mejor que te tilden de mujeriego, que utiliza sexualmente a las mujeres y no de homosexual que se rodea de mujeres para ocultarse. Te hace más daño esta segunda postura.

Aquello le dolió. Un fugaz recuerdo lo trasladó de nuevo a su adolescencia, cuando fue juzgado de igual forma.

—¿Es eso lo que se dice de mí?

—Te voy a responder con otra pregunta: ¿Sos homosexual? —Lo miró fijamente a los ojos.

Él le sostuvo la mirada sin parpadear.

—No. No lo soy.

—Si no te atraen los hombres, tampoco te comportás como hombre ante las mujeres, entonces, ¿qué sos?...

Se encogió de hombros e hizo un gesto de duda acompañado de su seductora sonrisa. Amberí comprendió que estaba defendiendo su derecho a la privacidad e imponiendo respeto.

Te recomiendo que des testimonio público de un noviazgo oficial por el bien tuyo, de toda tu carrera periodística y de nuestro canal.

III

Mo quedó boquiabierta. Lo que acababa de escuchar la dejó literalmente sin habla.

—¡**Guau!** ¿Me querés repetir la pregunta? Creo que no escuché bien.

—Te pregunté si estarías dispuesta a fingirte mi novia, por un tiempo al menos —dijo suplicante.

—¿Estás loco? ¿Cómo se te ocurre pensar semejante cosa? ¿Y mi novio?

—¿No está fuera del país haciendo la maestría?

—Sí, pero...

—Sería algo puramente formal. Mo, por favor. Sos la única amiga de confianza a quien le puedo pedir esto. La cúpula administrativa del canal me lo exige, toda mi carrera puede estar en juego.

—¡**Guau!** Tenía mucha razón **Llorsh** al decir que habías cambiado mucho. ¡**Guau!** Es que no lo puedo creer.

Él la miró con ojos suplicantes, mientras metía las manos en las bolsas delanteras del pantalón y tensaba la ropa al cuerpo.

Después de media hora de conversaciones se retiró triunfante.

Mo quedó ladrando, incrédula, ante lo inconcebible de su aceptación a la propuesta.

IV

Semanas después se hacía la presentación del libro de un poeta, a quien “el dios **Yei Ei**” conocía muy bien. El autor era bastante nuevo en el campo de las letras, pero desde un principio se perfilaba como exitoso literato.

“El dios” no había sido invitado a la actividad, pero llegó con su novia Mo sin detenerse ante el código protocolario.

Entraron tarde. Ya en el salón de conferencias había iniciado la ceremonia y se sentaron atrás del auditorio, cercanos a dos columnas.

Cuando concluyó la presentación se abrió un espacio para la participación del público. **Yei Ei** se incorporó y pidió la palabra. Se ubicó de pie entre las columnas y apoyó sus manos en ellas como reminiscencia de un hermoso Sansón a punto de derribar el templo.

—Yo quisiera preguntarle al poeta por qué el enfoque pesimista que hace de su obra —y se quedó de pie en silencio sabiéndose observado por todos.

El escritor se aclaró la garganta, corrió hacia sí el micrófono e inició un extenso discurso acerca de lo que el periodista acababa de preguntar.

Pero en vez de prestar atención a la respuesta, **Yei Ei** sacó de su portafolio una considerable cantidad de fotografías suyas autografiadas con una leyenda invitando a

sintonizar canal UNO. Mientras el autor daba una brillante explicación, él distribuía sus fotos sin prestarle la más mínima atención.

Concluida la ceremonia, se acercó al escritor y le dio un fuerte abrazo mientras le acomodaba el nudo de la corbata.

—Me encantaría tenerte en mi nuevo programa de entrevistas en Canal UNO. Sobre todo ahora que tu libro sale a la venta.

—¿Qué programa?

—¡Ah! ¿Cómo? ¿No lo sabías?

—No.

—Se llamará “Personalidades en vivo”. Sale al aire en dos semanas. Sería la ocasión perfecta. ¡Te haría mucha publicidad! Debo confesarte que para mí tu obra marca la cúspide de la poesía costarricense moderna.

V

Todos los medios de información farandulera del país habían dado la noticia de que al fin el soltero más codiciado de la prensa nacional había sucumbido a las flechas de Cupido. Múltiples fotografías mostraban a la pareja frecuentando los más selectos lugares de la alta sociedad.

“**Yei Ei Yemini** y su novia Mo saliendo del estreno de la ópera en el Teatro Nacional... La hermosa pareja en un concierto en el Palacio de los Deportes... El guapo periodista y su novia en la premier de la nueva película costarricense.... La pareja del año 2000 en la Bienal de escultura... La cena del Club Unión se engalana con la presencia de la pareja del año 2000...”

Pero, la relación de amigos empezaba a deteriorarse.

—Tengo problemas, **Yei Ei**. Mi novio se enteró en España de las noticias. Su familia se lo ha contado. Está molesto por el giro que han tomado las cosas. Se suponía que no iba a ser así y por eso estuvo de acuerdo en un principio como si fuera una broma. Pero ahora me pide que no siga con esta farsa —le dijo Mo con angustia.

—Eso es problema de él, vos no te preocupés. Por cierto, mañana vamos al **Country Club**.

VI

El Montero avanzaba veloz por la autopista un sábado por la tarde. **Yei Ei** iba al volante. En el asiento contiguo, con anteojos negros estilo Madona, tía Eli hablaba por teléfono celular. Instantes después el vehículo salía de la autopista y circulaba por los parqueos del **mol**.

—¡Este país nunca dejará de ser tercermundista! —dijo la tía apagando el teléfono. —Hemos dado varias vueltas y no hay un solo espacio para parquearse.

—¿Quizá en el parqueo bajo techo?

—No, **dárlin**. Ahí tenés que pagar. Esperate, seguí dando más vueltas.

—Desde ayer quiero preguntarte cómo van las cosas con el nuevo amigo que hiciste chateando en Internet —le dijo **Yei**.

—¿**Thío**?

—¿Cómo se llama?

—Se llama Teodoro. Theodore Novak. Pero yo le digo **Thío** de cariño.

—¿En que página de **chat** lo contactaste?

—En una que tiene un nombre muy extraño. Yo no supe qué significaba y eso que domino el inglés. Luego te la muestro para que me digás.

—¿Y va a venir al país?

—**Yes.** Va a venir a conocerme. Además dice que va a aprovechar, pues tiene proyectos de inversión en Costa Rica.

—¿Qué es lo que hace?

—Está metido en **bisnes**. Es una cosa que tiene que ver con agricultura y alimentos. Creo que se llama “transgénicos”.

—Pues me alegra por vos. ¡A ver cómo es el tal **Thío!** Si resulta una persona importante, talvez hasta lo invite al programa de “Personalidades en vivo”.

—¡Ay, **jóni!** ¿Harías eso por mí?

—¡**Of cors!**

—**Thénkiu dárlin.** Yo estoy muy emocionada, pues según dice es muy rico y dueño de propiedades en Texas. Y de verdad creo que está interesado en mí.

El súbito chirrido de unas llantas al frenar interrumpió la conversación.

—¡Fijate por donde andás con ese gajo de carro bueno para nada! ¡Casi le pegás al Montero! ¡Muerto de hambre! —gritó Eli a través de la ventana al conductor de un Hyundai.

El chofer quedó inmóvil ante la sarta de improperios salidos de la pintada boca de la elegante dama y con ridículos gestos procuraba disculparse por su torpeza.

—¿No te digo **jóni?** Este país tercermundista me tiene harta. Estos desgraciados te echan el carro encima solo porque te ven en un Montero. Y en esta cochinateda de parqueo no hay lugares **Vi Ai Pi** para estacionarse. Solo reservan de esos lugares para los discapacitados —bufó

mientras contemplaba los dibujos de sillas de ruedas estampados en el pavimento de los espacios vacíos. –Estacionate en uno de esos. ¿Qué más da? Además vos sos **Yei Ei Yemini** y nadie te va a decir nada.

Así lo hicieron. Minutos después caminaban por los corredores del **mol**, capturando la atención de muchos otros que al igual que ellos andaban exhibiéndose, pues tampoco compraban nada.

–¿Sabés una cosa, **joni**? Hace tiempo quería darte un consejo. Yo creo que en televisión deberías empezar a hablar en *tú*.

–¿Cómo?

–Hablar en *tú* en lugar de *vos*.

–¡Ah! ¿Cambiar la forma de la segunda persona?

–Como se diga. El hablar de *vos* es algo muy ordinario, ¿me entendés?

–Pero aquí y en otros países se habla de *vos*. En Argentina, por ejemplo. Y no es nada ordinario ni corriente, es parte de la identidad cultural.

–Pero se oye con más clase hablar de *tú*. Cuando alguien te pregunta “¿cómo estás?”, hay dos formas de responder. La que usa todo mundo es: “bien, ¿y vos?” Pero suena con más estilo responder: “bien, ¿y *tú*?” ¿Sentís la diferencia? Al menos en los programas de televisión deberías hacerlo. Es más **cul**.

VII

—¿Qué me querés decir Mo?

—¡Lo que oíste! Ya me cansé de todo esto. Llevo meses soportando la intromisión de la prensa en mi vida privada. No voy a seguir con la farsa de ser tu novia. No voy a perder el amor de mi novio tampoco. Se acabó, ¿me oíste?

La mirada biliosa y determinante de la muchacha le hizo entender que la decisión era irrevocable. Cualquier intento de convencimiento hubiera deteriorado más la ya endeble amistad. Aún así se atrevió a soltar un comentario de despedida.

—Lamento mucho que pensés así Mo. Yo te estaba dando la oportunidad de ser famosa ¡y gratis! Con esa actitud nunca vas a tener éxito en sociedad. Tenés muy reducida visión social, no sabés lo que te perdés.

Aquella fue la única ocasión en que Mo no ladró.

En las semanas siguientes, los diferentes medios periodísticos ocuparon grandes espacios en comentar la traumática ruptura sentimental de **Yei Ei Yemini** y la depresión que lo agobió.

Aquella también fue la vez en que Mo se alejó para siempre de la familia.

VIII

Yei Ei se había dado a la tarea de perfeccionar los fragmentos de *ficus*, que introducía dentro de la tela de sus calzoncillos.

El recurso era impresionantemente exitoso. A los pocos minutos del contacto de la madera con el sudor se producía la consabida reacción y el crecimiento del material.

Con inmensa satisfacción se contemplaba frente a espejos, para comprobar que hasta en ese momento, después de tantos años, su bulto genital poseía la misma forma que se aprecia en cualquier hombre que esté en ropa interior, aspecto que ningún par de medias le había dado nunca. La madera le daba una turgencia especial que se vislumbraba a través de la tela del calzoncillo.

Nadie conocía su secreto, lo que le brindaba una inmensa sensación de seguridad.

Decidió que ahora podría lucirse en pantalonetas de baño cortas y ajustadas. Ya no debería esconderse más detrás de los estilos de piernas largas y anchas.

IX

La familia se reunió tiempo después en el comedor de la casa. Todos habían sido convocados por **Yei Ei**, quien había prometido una importante noticia.

—Mariano, debés irte preparando. Creo que ha llegado el momento de tu propio programa de televisión —dijo sonriente.

—¿Cómo?

—Así como lo oyen.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

—Que vamos a ser testigos de la caída de *Padre Pedro*. Su imagen pública se está cayendo a pedazos. Este es el momento para que Canal UNO se poseione de ese tipo de programa.

—¿Es acaso por la denuncia que de él hizo aquel periodista?

—Eso es solo el comienzo.

—Pero m'hijo. ¿Usted cree que eso que dicen de él sea cierto?

—Vea, mamá, hablemos con claridad. Todo mundo sabe que el parque deportivo central es el sitio que frecuentan por las noches los homosexuales en busca de conquistas. A *Padre Pedro* se le descubrió allí en compañía de un joven. Eso es un hecho irrefutable. Ahora bien, el problema no es que *Padre Pedro* sea homosexual o no. ¡Ese nunca ha sido el punto! Eso es una cosa muy personal y en todo caso la homosexualidad no es un delito. ¿Okey? Lo grave de la situación se basa en tres hechos: primero, él es un sacerdote; segundo, un sacerdote que ha atacado y perseguido con escarnio la condición homosexual de los demás; y tercero, se le encuentra con un joven para

quien él representa una figura de autoridad. ¿Me entiende, mamá? Se trata de un juego de doble moral.

—Sí. Pero no entiendo por qué se hace tanto escándalo al respecto.

—Porque él se lo buscó. *Padre Pedro* quiso ser una figura pública, pues simplemente está pagando el precio. Si hubiera sido cualquier “Perico de los palotes”, nunca habría sido noticia.

—Yo creo que han inventado una mentira para desprestigiarlo. ¡Pobrecito!

—No, no, mamá. ¡Por Dios! *Padre Pedro* es un tipo con grandes ansias de poder y fama. Y esos son valores superfluos, que están en contra de los principios básicos de la fe religiosa, que profesa. Él ha utilizado su sacerdocio como un medio para lograr ser famoso. Recuerde cuando lideró aquel movimiento para conseguir que los diputados trasladaran la televisora cultural a la Iglesia Católica. Recuerde cuando transformó un salón de una iglesia en un estudio de televisión. Ese hombre ha tenido objetivos claros. Pero le salió el tiro por la culata cuando la propia Conferencia Episcopal le trajo abajo el proyecto. Entonces, al no poder dominar los medios de televisión, decidió irse al campo de la radio con su radioemisora religiosa. Ahora la prensa lo desnuda ante la opinión pública como un supuesto homosexual. Pero el asunto no se torna tan pueril, lo grave no es su doble moral con respecto a ese tema, sino que se le está empezando a destapar como un engañoso empresario. Se sospecha que *Padre Pedro* ha realizado la estafa más grande que haya hecho un miembro de la Iglesia Católica a la honesta fe del pueblo en toda la historia del país. ¿Ustedes sabían que los donativos que daban los fieles a la causa religiosa

de *Pedro* fluían a razón de millón y medio de colones diarios? Eso se ha publicado en los diarios. Dinero que los feligreses donaban confiados en la buena acción de él. ¿No recuerdan que fue el propio arzobispo quien sugirió realizar una auditoría contable? Pues bien, ahora se avecina una investigación judicial acerca del manejo financiero de la radioemisora. *Padre Pedro* está cayendo.

—¿Y se supone que yo debo alegrarme? —dijo Mariano.

—Pues deberías, porque esta es la oportunidad para tu propio programa de televisión.

—Dado el giro que han tomado las cosas, ya no quiero ni me interesa tener un programa de televisión.

—¿Pero por qué?

—Hablemos claramente Juyi. Yo no quiero el día de mañana ser objeto del mismo tipo de comentarios, que se hacen ahora de *Padre Pedro*. ¡Y no me refiero al asunto financiero! Si el hacer un programa de televisión me convierte en figura pública, prefiero quedarme en el anonimato, pero vivir tranquilo.

Ofendido por el rechazo que Mariano le hacía, “el dios **Yei Ei**” le habló con despecho.

—¿Y no será que preferís esconder tras ese anonimato una serie de condiciones que te perjudicarían de hacerse públicas?

—¿Sabés una cosa? Me molesta mucho que pensés en *Pedro* como una persona con ansias de fama y poder. ¿Y en qué se diferencia de vos? Si lo único que has hecho en los últimos tiempos es buscar exactamente lo mismo. Tu estúpida arrogancia no te permite ver eso. ¿No te das cuenta de que lo que sentís por *Pedro* es envidia? Pero podés estar tranquilo, porque si quitan a *Padre Pedro* de

en medio, estarás solamente vos reinando en el campo televisivo.

—¿Cómo te atreves a decirme que le tengo envidia? Yo soy **Yei Ei Yemini**, soy más grande que *Pedro*. ¡Soy el más grande periodista de este país! Y a nadie he engañado.

—Yo no estaría tan seguro. Tené cuidado, Juyí, porque todos los seres humanos engañamos y tenemos grandes secretos. Y al igual que *Padre Pedro* esos secretos nos pueden destruir. Yo sé que tengo mis secretos, no tenés que recordármelo. Pero si de secretos se trata, dejame decirte que vos también. ¿Me oíste?

—Lamento mucho que pensés así, Mariano. Yo te estaba dando la oportunidad de ser famoso ¡y gratis! Con esa actitud nunca vas a tener éxito en sociedad. Tenés muy reducida visión social, no sabés lo que te perdés.

—Te aseguro que sé muy bien de lo que me pierdo. Pero creo que vos no sabés lo que has ganado —y dando un portazo, salió de la casa.

X

Hacia el final de año, la familia había quedado sola. Mariano había puesto gran distancia de por medio.

—Ya se le pasará el berrinche —decía **Yei Ei** ante la ansiedad de las mujeres.

Llorsh y **Mo** habían huido de igual forma. Las hermanas añoraban los tiempos en que todos se reunían y la pasaban bien.

—**Mo** y **Llorsh** son unos grandes envidiosos, que no soportaron verme triunfar. En el fondo nunca fueron amigos sinceros. Estuvieron a mi lado solo por conveniencia.

—¿Por conveniencia? ¿Cómo es eso m'hijo?

—Claro, ma'. A ellos siempre les convino andar conmigo. A mi lado ganaron popularidad y fama. Antes de ser mis amigos nadie los determinaba. Se acercaron a mí por mi presencia y simpatía.

—Pero vos te beneficiaste mucho de la amistad de **Llorsh** —se atrevió la madre.

—Más se benefició él de mí. Hay una cosa que nunca les he dicho. Yo siempre le gusté a **Llorsh**. Él quiso algo más conmigo.

—¡Virgen Santísima!

—Aún así, **jóni**, por estrategia no deberías apartarte de él. **Llorsh** te puede seguir siendo útil. **Trost mi** —cerró Eli.

La clientela de Eli también se había apartado, porque ahora la estilista cobraba en dólares.

—Yo no entiendo por qué cobrás así, hermana.

—¿Qué es lo que no entendés?

—Perdoname. Vos sabés que soy una bruta. Yo no sé nada de nada. Pero, ¿la moneda oficial de Costa Rica no es el colón?

—Así es.

—¿Entonces por qué ahora se cobra en dólares? ¿Cómo es posible que esto pase y el Gobierno no haga nada?

—Mejor ni te explico porque es demasiado complicado para vos.

—Me imagino. Pero a mí me da miedo que el colón llegue a desaparecer y nadie haga nada.

Como profesional, **Yei Ei** se había convertido en una persona insoportable. Impositivo sin razón. Autoritario, intransigente, grosero y descortés. Despectivo para con los subalternos. Descalificaba continuamente a todo periodista, que se le pusiera por delante. Nadie sabía más ni hacía las cosas mejor que él. Se burlaba de cualquier otro

acto periodístico que no emergiera de sus programas. Todo lo demás era incorrecto, obsoleto, ridículo y estúpido.

Cambiaba constantemente de personal, había despedido a innumerables personas. La gente le tenía temor, no respeto.

A este punto solo dos metas ilusionaban a la familia. Que **Yei Ei** cambiara su Montero por un Mercedes Benz último modelo y que por fin, después de tanto esperar, el gringo **Thío** viajara para conocer a su adorada Eli.

XI

Tía y sobrino llevaban una hora esperando frente a las puertas de llegada de pasajeros del Aeropuerto Internacional.

En eso apareció Theodore Novack. Un imponente gringo de unos sesenta años, con dos metros de estatura que le permitían disimular la obesidad producto de muchos años de comida rápida. Su tez era muy blanca, con mejillas rojas, ojos verdes, cabello canoso y barba perfectamente recortada.

Eli se descontroló al verlo.

Theodore Novack había volado desde el aeropuerto de Dallas en clase ejecutiva, lo que de nada había valido contra las terribles turbulencias, que sufren los aviones al pasar el Golfo de México.

Pero en cuanto identificó a su amada Elizabeth **Yemini** olvidó el contratiempo, iluminó el rostro y adquirió de inmediato la característica sonrisa de superioridad condescendiente, que todo gringo adopta al reconocer las limitaciones de un pequeño país.

—*Wow! You're more beautiful than I expected* —dijo en inglés texano, mientras tomaba la mano de Eli y le plantaba un cálido beso.

—**Oh, Thío! Ai am so jápi** —dijo la otra mientras luchaba por disimular unos intensos espasmos en el bajo vientre.

—**Güelcom!** —saludó el sobrino.

El gringo desvió la mirada para contemplar al guapo e impresionante muchacho, que se encontraba junto a su amada.

—**Thío. Ai quant tu introdús yu mai néfiu Yei Ei Yemini** —dijo la mujer.

—*Nice to meet you, Yei Ei.*

—**Náis tu mit yu tu.**

Los hombres se miraron reconociendo sus respectivas superioridades: en uno la juventud y belleza; en otro, el dinero.

—**Ai apoloyáis, bat Ai'l bi bak in fiu mínuts** —huyó Eli del sitio.

—¿Qué pasa, tía? ¿Por qué te vas? —dijo **Yei Ei** alcanzándola.

—¡Ay, **jóni!** Necesito ir al baño. He tenido un vergonzoso accidente.

XII

Theodore Novack se hospedó en un lujoso hotel aquella noche. Durante el trayecto desde el aeropuerto no pudo disimular su sorpresa ante las atenciones constantes de que era objeto. Se veía a leguas que nunca se esperó aquel recibimiento, aquel carro, aquella mujer y aquel sobrino. Se veía acongojado e inquieto, sin saber qué pensar.

—Yo quiere hablar espaniol para practicar —dijo con dificultad.

—It's not necesari Thio. Güi'l spik in Inglés tu yu
—contestó Eli.

—Pero yo necesita practicar espaniol.

—Güi'l si. Güi'l si. Dont guórri.

—Tía, yo creo que deberíamos ayudarle a que practique español. ¿Por qué no lo complacemos?

—¿Estás loco? ¿Y perderme la ocasión de hablar inglés? ¡**Never!**

Horas después se despedían en el **lobi** del hotel. Eli le hizo una invitación.

—Tumorrou güi inváit yu tu auar jom for "Thanksguívín".

—¡Oh yes, maniana es Thanksgiving Day! ¿Ustedes celebran Thanksgiving en Costa Rica?

—Yes, güi du.

XIII

—Yo creo que el chompipe quedó feo —dijo la madre.

—¿Chompipe? —gritó Eli. —¡Ni se te ocurra! ¿Me entiendes? ¡Ni se te ocurra decir esa palabra delante de **Thío!**

—¿Y qué debo decir?

—Pavo. Es un pavo. El pavo para el **Thanksgúvin Déi.**

La madre y la empleada nicaragüense se miraron perplejas.

—Si no querés no la digo, pero para mí es un chompipe. Y además sabe muy feo. Es que yo nunca he cocinado un animal así.

—¿Seguiste la receta al pie de la letra?

—Sí, como me explicaste. Pero ese bicho sabe muy feo.

—Voy a buscar el libro de recetas para ver cómo podemos arreglarlo —dijo Eli saliendo de la cocina.

La empleada nicaragüense aprovechó la ocasión para acercarse a la madre y con su inconfundible acento le confesó.

—¡Chóóó! Yo creo que Doña Eli está equivocada. Yo sí le veo a ese bicho cara de chompipe.

XIV

La presencia de **Thío** inició en la familia una etapa vertiginosa, llena de actividades sociales y gastos. Después de unos días el hombre empezó a cortejar a Eli con joyas, vestidos, perfumes e invitaciones a cenar en los más elegantes restaurantes de la capital.

Como “dios” estaba inmerso en sus trabajos y la madre no entendía ni jota de inglés, Eli y **Thío** empezaron a compartir los días en forma intensa. Salían desde tempranas horas, regresaban muy tarde por la noche y se quedaban a conversar dentro del carro que el gringo había alquilado.

Eli estaba transformada. La relación con aquel hombre le estaba tocando fibras hondas de su ser y afloraron sentimientos maravillosos. Una inmensa alegría la inundaba, la simpatía brotaba por cada poro de su piel, caridad, compasión, solidaridad y romanticismo.

Por primera vez en su vida se sentía menor que alguien, totalmente dependiente, protegida y entregada a otro ser humano. La otrora mujer enérgica se estaba transformando en una niña ingenua y desvalida. **Thío** llenaba todas sus expectativas, ambiciones e ilusiones. Rico, mayor que ella, gringo, con propiedades en Texas, cariñoso, conocedor del mundo, dadivoso y con dólares.

Desde el primer momento que estuvieron solos, él le había manifestado sin recato un fuerte impulso sexual.

Aunque ya en su juventud varios hombres la habían pretendido, hasta ahora se sentía realmente deseada por uno. Y precisamente por uno que la atraía.

Aquello era el mayor premio que la vida podía dar a una mujer de su edad. La oportunidad de disfrutar las

gratificaciones del sexo, sentirse deseada, saber que era capaz de despertar en un hombre aquel impulso. Ella, que había pensado que la vida le negaría para siempre ese goce, muy pronto sería inaugurada en la sexualidad por un hombre lleno de dólares. Siguiendo normas de moralidad y buenas costumbres, se había negado desde el principio a entregarse fácilmente. La emocionaba y la asustaba pensar en el instante de la entrega total. Lo ansiaba. Pero debía darse a valer postergando el momento. **Thío** jamás debería pensar que era una mujer fácil o desesperada.

XV

Yei Ei se rebanaba los sesos trabajando en su nuevo proyecto: un saludo navideño de parte de los trabajadores de Canal UNO. Idea copiada a canales de televisión extranjera, debería diferenciarse de cualquier otro saludo de la competencia nacional.

Periodistas, personal técnico, administrativo, seguridad y conserjería vestidos con trajes blancos se reunirían en un estudio pintado del mismo color. Deberían bailar, reír, abrazarse y mostrar el mayor júbilo posible al son de música navideña. Al final, “dios **Yei Ei**” vestido de rojo como San Nicolás se dirigiría a los televidentes con un emocionado: “**Merricrismas** Costa Rica”.

Se hizo.

La innovadora idea volvió a colocar a Canal UNO en la cima de la popularidad. Amberí cerraba período con inmensa satisfacción.

De nuevo ese año “dios” fue seleccionado para animar la ceremonia de llegada del 2001, paso real de década, siglo y milenio de la humanidad.

Mientras el sobrino guiaba la transmisión del histórico acontecimiento, la tía vivía su histórico momento también en una cama de hotel, al entregarse plenamente a la sexualidad de los dólares de **Thío**.

XVI

—¿**Usted cambia caro todos los años?** —le preguntó **Thío** al verlo llegar los primeros días de enero en un flamante Mercedes Benz 2001.

—**Yes, Ai du.**

—¿**Usted muy rico?** —por respuesta tuvo una agradable sonrisa.

Si **Thio** no estuviera tan claro en su definición sexual, la naturaleza seductora de **Yei Ei** lo hubiera hecho sucumbir en algún momento. Le agradaba aquel hombre joven y bien parecido. Admiraba su simpatía, su personalidad y su conocimiento. Y ahora empezaba a sentir respeto por su poder económico.

—**Veo que usted es un persona muy inteligente. Yo quiere hablar de negocios con usted. ¿Cuándo hacemos?**

—Cuando quiera.

—**Yo no quiere hablar delante de Eli. Yo hablo solo usted.**

—¿**Next saturdei? ¿Is it okey for yu?**

—**Yes, yes. Sábado es bien.**

XVII

—¿En qué consiste el concepto de “transgénicos”?

—Es un genético manipulación por obtener productos agrícolas especiales que son caros y dejan mucha dinero —contestó lentamente el gringo.

—¿Is it ríli a gud bísnes?

—Claro. Buen negocio. Yo hace mucha dinero con este trabajo. Pero yo quiere invertir dinero en nuevas cosas. Yo está cansado.

—¿Y en qué quiere invertir?

—Yo quiero usted decirme. Voy a confiar. Eh, ¿“trust”?

—Sí, está correcto, “trust” significa confiar.

—Bien. Yo aprende rápido. Voy a confiar en usted Yei Ei. Yo gusta usted, usted buen hombre, inteligente y con futuro. Usted tiene mucha dinero, yo tiene mucha dinero también. Yo quiere hacer negocio con usted. Usted decirme qué negocio. Yo quiere algo nuevo, que nadie tenga negocio antes. Nosotros somos primeros en ese negocio. Nosotros ganaremos mucha dinero por ser primeros. Yo no quiere hablar inglés, ¿pero usted entiende mí?

—Absolutli —respondió mientras su mente empezaba a trabajar en la respuesta.

XVIII

—**Yei Ei. Ai guas güeítin for yu, jáni** —le dijo Eli apenas cruzó la puerta.

—¿Qué pasa?

—**¿Gul yu láik Thío múvin güit as?**

Pensó en la propuesta, que estaba a punto de hacerle su tía. Y se la esperaba. Solo un tonto no entendería que Eli y **Thío** eran pareja. Era lógico que quisiera que el otro se trasladara a vivir con ella. —¿Y por qué no? —se dijo. Además él iba a iniciar una nueva etapa en su vida. La etapa empresarial. Al lado del gringo aprendería muchísimas cosas. **Thío** estaba muy equivocado al pensar que él tenía mucho dinero, pero al lado de Eli estaría sumamente comprometido y no se podría retirar cuando descubriera la verdad. Además, ¿por qué tendría que descubrirla? Sin pensarlo más aceptó que se trasladara a vivir con ellos.

Mientras Eli llamaba a su amado para darle la buena noticia, la madre salió de la cocina.

—¡Ay, m'hijo! A mí no me gusta que ese gringo venga a vivir aquí. Tengo un presentimiento. Me da miedo.

—No se preocupe, ma', verá como nuestra suerte va a cambiar por completo este año. Confíe en mí.

XIX

Theodore Novack se trasladó a la residencia en “North Rohrmoser” un sábado por la tarde.

Ese día “dios” tuvo múltiples compromisos de trabajo y hasta las nueve de la noche llegó a su casa. Apenas hubo aparcado cuando la empleada nicaragüense corrió a su encuentro.

—¡Don **Yei Ei**, venga pronto! ¡Su mamá está allá frente a la puerta!

Todavía sin entender, corrió veloz a la par de la mujer, mientras procuraba enterarse de lo que sucedía.

—¿Le pasó algo a mi mamá?

—¡No, a ella no! —contestó la empleada con la respiración entrecortada. —Es a su tía. ¡La está matando ese gringo gordo! ¡Ya rompió botellas y tumbó muebles!

A ese punto se encontraron con la atribulada madre, con el rostro lleno de angustia y un rosario en las manos.

—M’hijo. Yo te lo advertí. Hace diez minutos Eli está gritando dentro del cuarto. Está con el gringo. Se están lanzando cosas y se oyen vidrios que se rompen. Nosotras no sabíamos qué hacer. Hace unos momentos se oyó un gran golpe y después se quedaron en silencio. Yo creo que ya la mató. ¿Llamamos a la policía?

Yei Ei tomó a su madre por los hombros y la depositó en brazos de la empleada. Giró sobre sus talones hacia la puerta del dormitorio, que en ese momento se encontraba en silencio.

Súbitamente, los alaridos hicieron saltar a los tres.

Con estridente voz orgásmica, Eli gritó.

—¡Oh yeah! ¡Yeah! ¡Oh yeah! ¡Yes! ¡Yes! ¡Yees!
¡Yeeess! ¡Yyyéeeessssssssssssssssssssss!

XX

La estadía de **Thío** se estaba haciendo demasiado prolongada y costosa. Llevaba cuatro meses viviendo en la casa, sin aportar un centavo a los gastos que ocasionaba. Eli organizaba excursiones para que conociera el país y cenas en prestigiosos clubes sociales. Constantes viajes a lujosos hoteles de playa eran pagados por **Yei Ei**. Incluso el alquiler del carro para que la pareja se movilizara libremente había pasado a sufragarse por su bolsillo.

Los nuevos gastos, sumados a los ya existentes, empezaron a socavar la economía familiar.

—M'hijo. Su tía despidió a la empleada.

—¿Por qué, ma'?

—Resulta que Eli dejó unos recibos a su nombre sobre la mesa de la sala. **Thío** los encontró y preguntó a la empleada quién era esa tal Isabel Jiménez de los documentos. Y la mujer le dijo que ese era el nombre verdadero de tu tía. ¿Para qué lo hizo? ¡Eli casi la mata! Y la echó puerta afuera diciéndole que no le iba a pagar los salarios que le debía. La mujer la amenazó con demandarla al Ministerio de Trabajo. Yo estoy muy nerviosa.

—¿Y tía?

—Se fue a la playa con **Thío**. Vienen hasta el miércoles de la otra semana. ¿Te acordás que les pagaste el hotel?

—Sí, me acuerdo. La verdad, ma', estoy muy preocupado. Yo he considerado lo que gastamos en **Thío** como una inversión. El problema es que apenas vamos por junio y ya he gastado el presupuesto de todo el año. Estoy retrasado en todos los pagos. El dinero no me alcanza y estoy de deudas cada vez más asfixiado. Él me ha pedido

que tengamos un negocio en conjunto, como socios inversionistas. Creo tener la respuesta.

—Ay, m'hijo. A mí eso no me gusta. Yo te dije que ese señor solo nos iba a dar problemas. Estoy muy asustada porque siempre llaman de diferentes lugares recordando que estás retrasado en tus deudas. Algunas personas me tratan mal, como si yo tuviera la culpa.

—No puedo perder más tiempo. Voy a tener que echar a andar con **Thío** el negocio que pensé. También va siendo hora de que visite a alguien que siempre me ha dado buenas ideas para el trabajo.

—¿Quién?

—Él me brinda ideas muy inspiradas. No se preocupe má. Le aseguro que esta semana empiezo a resolver la falta de dinero. Hablaré con Don Ricardo. Ya verá que todo sale bien.

XXI

—¿**Así que ya está listo el negocio?** —le dijo **Thío** con entusiasmo.

—**Yes.** Lo he pensado mucho y creo que es lo mejor.

—**Dígame, dígame** —dijo el gringo mientras sorbía un trago de cerveza cruda y se acercaba a su joven interlocutor.

El bar estaba repleto y nadie prestaba atención a los dos hombres.

“Dios” sacó un pequeño envoltorio de la bolsa interior de su saco. Poco a poco, procurando crear gran expectativa en el norteamericano, lo fue desplegando hasta que quedó al descubierto un pequeño trozo de madera.

El gringo la miró con una mezcla de decepción y curiosidad.

—¿**Qué es esto?** —preguntó inquieto.

—¿Esto? Esto es la solución a los problemas de múltiples personas en el mundo moderno. Como hombre de negocios que usted es, Theodore, sabe muy bien que la gente invierte más en vanidades que en necesidades. ¿No es así?

—**Eso saben todos hombres de negocios y gracias a eso nos hacemos ricos** —contestó sonriendo.

—Pues bien. Dígame, ¿cuántas personas cree usted que están inconformes con sus cuerpos? Mujeres y hombres que sufren por no tener prominentes glúteos, pechos y hombros. ¡Deben ser miles o millones! ¿Quién sabe? ¿Y cuántas de esas personas tienen paciencia para esculpir sus músculos en gimnasios o suficiente dinero para someterse a cirugías plásticas? Probablemente un grupo muy reducido. Además la gente busca una solución inmediata.

Thío había dejado de beber y contemplaba los labios de su interlocutor, a manera de asegurarse entender bien el castellano.

—¿Y cómo resuelve esa gente el problema? —continuó **Yei Ei**. —Pues la mayoría recurre al uso de rellenos en la ropa. Así se inventaron hace muchos años los rellenos para hombros en las blusas, camisas y sacos. Rellenos para los bustos de las mujeres, para los glúteos y hasta rellenos delanteros en los calzoncillos de hombres. ¿Pero de qué material se hacen? De espuma, tela, caucho, plástico y sintéticos. Yo tengo un material que vendría a revolucionar todo. Esta sencilla madera que ve aquí es bastante especial. Tiene la propiedad de aumentar su tamaño en contacto con el cloruro del sudor humano, con

la diferencia que una vez agrandada, adquiere una turgencia que no poseen las telas ni otros materiales, dando la consistencia casi natural del cuerpo.

—¿**No es muy pesado?**

—No mucho. ¡Tóquela! Además basta con una delgada lámina. Una vez humedecida por el sudor, apenas aumenta un poco su peso original. Pero lo más importante es la turgencia y el volumen que adquiere. Le aseguro que las personas que la utilicen se verían con pechos firmes, glúteos musculosos y con bultos genitales masculinos turgentes.

—¿**Usted ha hecho el test? ¿La prueba?**

—Ya he hecho el **test**, como usted dice —se sonrojó un poco.

El gringo tomó el trozo de madera y lo miró cuidadosamente como intentando comprobar con el solo examen visual lo que el joven explicaba.

—¿**De dónde consigue esta madera?**

—Es una variedad de un árbol que se llama higuerón.

—¿**Y qué más?**

—La idea es diseñar una novedosa línea de calzoncillos, a los que se le incorporarían láminas de madera en las entretelas de la copa genital, de diferente tamaño según las necesidades del hombre. Lo mismo se puede hacer en la zona posterior para aumentar los glúteos. Para las mujeres se aplicaría el mismo principio a su ropa interior. *Brassieres* con láminas de madera dentro de las copas. También se pueden diseñar camisetas con la madera cosida de tal forma que aumente los pectorales y los hombros.

—¿**Y qué cosas diferentes y superiores son comparados con otras rellenos?**

—Serían prendas muy discretas con delgadas láminas de madera cosidas en las entretelas. Nadie notaría lo que la ropa lleva dentro. Pero en cuanto la madera se humedezca con el sudor, se produciría el crecimiento del área en cuestión. Se necesita muy poco sudor. No habría forma de que nadie supiera que el tamaño es artificial. La turgencia del relleno ofrece una naturalidad perfecta. Cualquiera que tocara la zona agrandada a través de la ropa, sentiría la consistencia natural del cuerpo. Además la madera es biodegradable y hasta reciclable. Eso sí, las prendas no se deben lavar en máquina lavadora, solo a mano. Pese a este último detalle, créame que lo he pensado mucho y estoy seguro de que es el mejor negocio que podemos hacer. Es algo sumamente barato de producir y las ganancias serían muchas. Nos haríamos millonarios.

—¿Y necesita mucho sudor para que la madera sea grande?

—Le repito que no. Apenas lo mínimo.

—¿Y si personas no sudan?

—En nuestro clima tropical eso es casi imposible.

—Mmm. Muy interesante —decía sin apartar la vista del trozo de madera.

XXII

—Me imagino que le asusta mucho verme amputado, **Yemini** —le dijo don Ricardo.

—Para serle franco, sí. No sabía que había estado grave de salud ni que había perdido una pierna. No comprendo por qué sigue viniendo a trabajar. ¿No es mejor que se quede en su casa descansando?

—Ya habrá suficiente tiempo para descansar cuando llegue la muerte. Las personas nunca deben dejar de producir en la vida, la esterilidad productiva es tal vez el peor pecado que puede cometer el ser humano.

Don Ricardo había envejecido impresionantemente. Estaba delgado, consumido, sentado para siempre en una silla de ruedas que una leal y anónima secretaria debía conducir a todas partes. Ahora sí estaba totalmente ciego. Ubicaba espacialmente a las personas gracias al agudo oído que aún conservaba.

—Pero no hablemos de mí, **Yemini**. Usted debe venir buscando algo. Vamos al grano, ¿ahora qué busca?

—¿Qué opina de mi trabajo?

—Veo que la opinión de los demás sigue siendo vital para usted. Como todos los vanidosos. Es que usted nunca ha podido ser original en nada, ni siquiera en sus defectos.

—Usted me odia, ¿verdad?

—No.

—¿Entonces qué es lo que siente por mí? ¿Por qué me trata así?

—Por remordimiento de conciencia.

—¿Cómo es eso?

—No se apure en querer entenderlo ahora, ya lo sabrá cuando yo muera. Y alégrese, que puede ser pronto.

Una vez más, el anciano lo desconcertaba y ponía a prueba su paciencia.

—Quisiera saber qué opina del saludo televisivo de la pasada Navidad. ¿Su secretaria se lo describió en ese momento?

—Así es. ¿Qué le puedo decir? En el mundo actual, en que los presentadores de televisión deciden convertirse a sí mismos en ídolos, cualquier cosa puede suceder. Todos ustedes se creen seres importantes, admirables y excepcionales. Todos se han convertido en estrellitas. Adoran verse y ser vistos en televisión. El periodismo televisivo se ha convertido en un “culto al narcisismo” como nunca antes ninguna disciplina humana lo había hecho. ¿Entonces qué espera que le diga de su saludo navideño? Para mí no hay nada que lo diferencie de los recursos de otros canales televisivos. En uno, los periodistas pasan meses propiciando situaciones cómicas, que sus compañeros puedan grabar, para proyectarlos a fin de año como anécdotas supuestamente espontáneas. En otro, se reúne todo el equipo de trabajo a cantar villancicos navideños. En otro canal se regocijan de transmitir una actriz travestida representando un personaje popular. ¡Qué personaje popular ni que ocho cuartos! Dígame una cosa, **Yemini**, ¿usted por casualidad ha olvidado quién fue Carmen Granados?

—Sé muy bien quién fue esa artista nacional.

—Carmen Granados creó en “Rafela” un auténtico personaje popular. Un personaje que mostraba lo más genuino de nuestro pueblo. Con ingenio, picardía y doble sentido. Pero nunca, óigalo bien, nunca fue procaz. Hoy los actores y actrices que crean personajes populares lo hacen

con vulgaridad. Creen que eso es hilarante. Creen que eso implica tener ingenio y ser buen actor. ¡Todo lo contrario! Cualquiera puede ser ordinario, pero para producir humor inteligente se requiere tener sustrato intelectual.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted. Pero recuerde que la fracción intelectual y pensante de cualquier sociedad siempre es la minoría. Usted mismo lo dijo una vez. Son sus propias palabras.

Don Ricardo se sumergió en sus pensamientos.

—¿Quiere saber algo, **Yemini**? No hay peor cosa que tener conocimiento y consciencia. ¡Y no vaya a decir usted en el futuro que esa frase es mía también! Viera qué triste es llegar a viejo como yo he llegado. Le voy a confiar algo de mi vida. Hace muchos años yo fui comunista, como muchos jóvenes de ese entonces. Era lo más fácil del mundo ser comunista, ¿sabe usted? Era la moda. Pero no éramos comunistas ideológicos, éramos comunistas por ser resentidos y reaccionarios. Yo mismo fui a estudiar a la antigua Unión Soviética. Luego regresé lleno de más resentimiento y odio contra el poder, contra los asquerosos favoritismos y los abusos de nuestro sistema político. Y creía estar firmemente convencido de que el comunismo era lo mejor. ¿Qué pasó después? La historia usted la sabe. Cuando el comunismo colapsó en el mundo, nos quedamos sin saber hacia dónde dirigir la mirada. Todo aquello en lo que creímos se vino abajo. ¿Y qué hicimos entonces? La solución más expedita fue convertirnos en ecologistas. Era lo más digno y además nos permitía seguir despotricando contra algo. Pero, al final, todos terminamos seducidos por las mieles del capitalismo. Vea, usted, cuántos de los más aguerridos comunistas de antaño, que despotricaron contra el gobierno, están terminando ahora

sus días lamiendo un hueso gubernamental. Y muchos de ellos explotan al gobierno con acciones de nepotismo, superposición horaria laboral, favoritismos, regalías y otros tipos de corrupción. Dígame una cosa, **Yemini**, ¿no es degradante terminar los días de nuestra existencia haciendo precisamente todo aquello que atacamos con ahínco en nuestra juventud? Los más estúpidos procuran autoengañarse diciendo que nadie conoce su historia pasada. Como si con eso ocultaran el fracaso. Gran error, **Yemini**. En todo lugar siempre hay alguien que conoce nuestra verdadera historia. ¡No la que procuramos vender a la sociedad! En todo sitio siempre hay alguien que conoce nuestra verdad.

Era la segunda vez que el viejo mencionaba eso. **Yei Ei** se abstuvo de dar rienda suelta a tal vez infundadas paranoias.

—Al llegar a mis años, enfermo, mutilado y con total lucidez, me creo en el deber de darle una reprimenda. Yo no lo odio, pero me molesta que se esté desperdiciando en la ejecución de un periodismo de tan baja calidad. Por eso, soy severo con usted, porque fui su profesor y sigo siendo su educador. Yo no he renunciado a la responsabilidad formativa que tengo con usted.

—Yo le agradezco mucho —dijo deseoso de empezar a escuchar cosas interesantes.

—En nuestro país existen cinco poderes: Ejecutivo, Legislativo, Judicial, Electoral. Pero el primerísimo es el Poder Periodístico. Nuestra sociedad ya se ha dado cuenta de esto. Además, estamos ante un fenómeno mundial. Muchos de nuestros colegas son conocedores de esta realidad, pero parece que están sumidos en el letargo de la mediocridad, haciendo un tipo de periodismo banal, superficial, amarillista y rosa. ¡Qué desperdicio de años de

estudio para terminar haciendo algo tan reducido! Y para colmos, los profesionales en Periodismo han permitido que otros que no lo son se desempeñen en su campo, sin tener el más mínimo estudio que los califique. Mientras el Colegio Profesional no se pronuncie, cualquiera puede conducir un programa de televisión simplemente porque es bonito, gracioso, frívolo o polémico, y sobre todo porque tiene ansias de protagonismo. ¿Entonces para qué existe la carrera universitaria, si cualquiera se para frente a cámaras a hacer entrevistas y todo hijo de vecino quiere tener su propio "Talk Show"? Es el "protagonismo del micrófono", a como yo le llamo. Dele un micrófono a cualquiera y le estará entregando protagonismo. A todo ser humano le gusta oír su propia voz amplificadas. Si no, ¿por qué cree que el karaoke es tan exitoso?

Yei Ei sonrió.

—¿Por qué no reacciona nuestra profesión ante esto? Muy sencillo. Porque el periodista actual es un ser vanidoso, con grandes ansias de fama. Adora leerse y ser leído, verse y ser visto, escucharse y ser escuchado. Algo así como un delirio, ¿no le parece?

Yei Ei miró por la ventana.

—¿Cuándo se darán cuenta del inmenso poder que ostenta la profesión? ¿Cuándo se empezará a hacer un periodismo de denuncia, de concienciación social, de educación? Un periodismo formativo además de informativo. Un periodismo investigativo. Por cierto, **Yemi-ni**, ¿por qué todavía no ha incursionado en el campo de la radio? Es el único que le falta por dominar.

—¿Usted cree que todos los periodistas son así como usted dice?

—No. Claro que no. Hay excepciones afortunadamente. Pero usted sí es como yo acabo de decir. Y como usted muchos más. Si no, ¿cómo explica la prepotencia, el abuso de autoridad, el irrespeto al público, el lucimiento, el querer hacerse los graciosos y el egocentrismo que manifiestan? El “culto al Narciso”, recuerde ese delirio, el “culto al Narciso”.

—Yo le digo que usted está muy equivocado.

—Y yo le digo que jamás esperaría otra respuesta de su parte. ¡Qué estropicio tan grande sufre nuestra sociedad, **Yemini!** Lo peor de todo es que nos creemos la falacia de que somos la sociedad más evolucionada de Centroamérica y una de las mejores de todo el continente. ¡Estupideces! Un día de estos un exalumno, que me visita frecuentemente, me trajo una definición muy simpática de lo que es un costarricense. Se la voy a explicar.

Con gran dominio especial buscó un pliego de papel dentro de la gaveta del escritorio y con un lapicero trazó una coordenada abscisa. Luego le extendió el papel a **Yei Ei**.

—Escriba en el extremo izquierdo de la línea la expresión “... *porta a mí*”. En el extremo derecho escriba la expresión: “*Pura vida*”. Luego, marque tres equis en la coordenada y escriba sobre ellas: *nombres ticos*, *hora tica* y *direcciones ticas*.

Yei Ei cumplió obedientemente lo indicado, al final obtuvo el siguiente resultado.

Nombres ticos Hora tica Direcciones ticas
... *porta a mí* _____ **X** _____ **X** _____ **X** _____ *Pura vida*

—¿Ve usted, **Yemini?** Esto resume la personalidad del tico promedio. Un ser reducido a dos expresiones constantes en su vida, reflejo de su idiosincrasia. La indiferencia

que denota en el “¿Qué me importa a mí?” reforzada en el otro extremo por el conformismo disfrazado de optimismo del “Pura vida”. Y en el medio de todo, las pintorescas direcciones que denotan la conservación de una mentalidad pueblerina, el pretensionismo que encierran los nombres propios y la irresponsable e irrespetuosa costumbre de llegar tarde en la famosa “hora tica”. ¿No le parece una definición simple y cómica de lo que es un tico?

—Me parece ofensiva.

—¿Ah, sí? Tal vez ahora comprenda cuando yo le dije hace mucho tiempo que su “Polómetro” era ofensivo. ¿Se recuerda? Dígame, ¿por qué esta definición le resulta ofensiva? ¿Acaso le lesiona en algo más que en el nombre con que lo bautizaron? Porque sepa que a mí me resulta de simpática veracidad. En su “Polómetro” usted descalificó objetivamente unas condiciones específicas de nuestro pueblo. Pero en esta definición que le acabo de enseñar no sucede eso. Son cinco expresiones colocadas en una línea, que brindan la libertad de interpretarlas como a cada quien le venga en gana. No es tendenciosa como aquel trabajo suyo. Además, tampoco es pública, esto yo solo se lo estoy enseñando a usted, no lo estoy haciendo circular por Internet como hizo usted con lo otro. ¿Capta las diferencias?

Yei Ei se estremeció ante la violencia del ataque. El anciano volvió a cambiar de tema, como era usual cuando se exaltaba.

—La ordinarieez se ha adueñado de nuestra sociedad y el Periodismo no ha sido la excepción. El tener una profesión no nos convierte en mejores seres humanos. Una profesión es simplemente un conjunto de conocimientos, que se dirigen hacia una acción y beneficio social determinados, pero ser profesionales no necesariamente nos

hace mejores ni superiores. Ser profesional no nos capacita para un salto cualitativo en el orden de nuestra evolución moral. Afortunadamente hay muchos periodistas que piensan como yo, pero al igual que yo no tienen poder en nuestra sociedad. Porque nuestra sociedad quiere ser frívola, cínica, ordinaria y estúpida. Y el Periodismo no quiere cambiarla. Y como tampoco tenemos una identidad propia, copiamos todo lo que nos vende la sociedad gringa. Va a ver que pronto tendremos aquí los programas de juicios televisivos. La televisión y el cine norteamericano han inventado el recurso de resolver todo mediante juicios en pantalla. No hay película o serie de televisión donde no haya un juicio en algún momento. Es la manifestación mayor del poder civil de una sociedad moderna.

Poco tiempo duró la entrevista. Los dos hombres se despidieron para no volverse a ver nunca más. "Dios" salió con amplia sonrisa y con su mente ebullendo en ideas geniales e innovadoras. El viejo quedó sentado en su silla de ruedas con una sonrisa de satisfacción mayor que la de su joven colega.

XXIII

Don Ricardo se quedó a solas con sus pensamientos. Al caer la tarde, su fiel secretaria tocó la puerta del despacho.

—Adelante, Rosario.

Tiempo atrás, mucho antes de la enfermedad de su hijo Rafael, Rosario había abandonado sus labores docentes y se había dedicado a cuidar al anciano y malhumorado periodista. Solo la madre de **Yei Ei** supo del nuevo trabajo, pero nunca lo comentó a la familia. Rosario

se había cuidado de que **Yei Ei** nunca la viera. Estaba muy cambiada, la muerte de su hijo la había envejecido.

—¿Cómo le fue con él?

—Como esperaba. Ni más ni menos. Le brindé las ideas que buscaba como siempre lo he hecho.

—¿Quiere que lo lleve a su casa?

—No, Rosario. Antes quiero dictarle una carta y que la imprima. Ha llegado el momento de dejar mi legado a este vanidoso joven —suspiró— ¡Ay, Rosario! ¡Qué culpable me siento!

XXIV

La felicidad de **Yei Ei**, después de la entrevista con el viejo, fue opacada en cuanto regresó a su trabajo. La información contenida en unos folios sobre su escritorio lo sacudió en forma violenta. Releyó los documentos detenidamente. Luego advirtió a su secretaria que no quería ser molestado y se encerró por varias horas en su despacho. Avanzada la noche tomó una firme determinación, pero quiso comunicarla primero a su familia.

—¡**Jóni!** Llegaste temprano. ¿Y eso?

—¿Va a cenar, hijo?

—No, no voy a cenar. Traigo malas noticias. Quiero conversar con ustedes. Por favor, sentémonos.

Presas de temor, las mujeres obedecieron.

—Por fin sé algo acerca de Mariano —dijo sentencioso.

—¡Qué bien! Hace tantos meses que no sabemos nada de él. ¿Cómo está? —dijo la madre.

—Mariano ha sido denunciado por varios menores de edad. Se le acusa de abusos sexuales y tocamientos impúdicos

contra varones adolescentes. Son muchos los afectados. El Ministerio Público está tras la pista. En estos momentos se desconoce su paradero.

—¿Cómo? —dijo Eli con el rostro transfigurado.

—Mariano es prófugo de la justicia. Está acabado. ¡Totalmente acabado!

Los tres guardaron silencio unos instantes, mientras fuertes emociones los sacudían. **Yei Ei** continuó.

—La noticia sale a la luz pública mañana en mi noticiero. Es de impacto y efecto. Es algo irrefrenable. Por eso quise advertirles. Mañana conocerán todos los detalles.

La madre se incorporó compungida y emprendió marcha a su dormitorio.

—Por cierto, ¿dónde está **Thío**? —preguntó **Yei Ei** a Eli.

—Hoy es segundo sábado de mes. Vos sabés que los segundos y cuartos sábados tiene las reuniones con su grupo de empresarios. ¿Querés que le diga algo mañana? —contestó ella con mirada ausente y voz temblorosa.

—Que necesito una respuesta sobre el negocio propuesto.

Al día siguiente, **Yei Ei Yemini** detonó la bomba. Mariano fue acusado públicamente por abusos homosexuales contra menores de edad al valerse de su investidura sacerdotal. Aquello marcó su triste final. Se convirtió en prófugo de la justicia y nunca más se supo de él.

XXV

—Lo sentimos mucho don **Yei Ei**, pero es decisión irrevocable. Su deuda se pasa a cobro judicial —le dijo una voz masculina por teléfono varios días después.

—¡Pero no pueden hacerme eso! Yo voy a pagar. Dénme más tiempo.

—El banco ha hecho demasiadas concesiones con usted. Ya no se le dará más tiempo. Espere recibir la notificación.

Quedó desolado. Luego convocó a sus periodistas a junta urgente. Una vez reunidos, colocó una hoja de papel sobre la mesa con el nombre del banco escrito en grandes letras.

—Quiero que investiguen este banco. Cualquier cosa, por mínima que sea, me la comunicarán de inmediato. ¿Entendido?

XXVI

—¿Qué le parece mi nuevo proyecto, doña Amberí?

—Estoy analizándolo, **Yei Ei**. La idea es interesante. Pero me parece muy arriesgado hacer ese tipo de programas en vivo.

—Precisamente en eso estriba el éxito del asunto. Debemos incursionar en un periodismo de investigación y denuncia.

—Me sorprende ese súbito cambio en los lineamientos de tu estilo. Siempre te has distinguido por un estilo más **láigt**. En eso radica tu éxito. Pero ahora me planteas un enfoque periodístico, que nunca ha sido el de

nuestro canal. Debo estudiar muy bien el asunto. Debo asesorarme muy bien antes.

—Doña Amberí, yo siempre la he asesorado en todo y los resultados han sido siempre exitosos sin excepción.

—Sí. Pero esto es diferente. Lo consultaré con otra gente de mi confianza y luego te digo.

—¿Y cuándo cree usted tener la respuesta?

—Yo te digo.

—Que Dios la ilumine, doña Amberí.

—Amén.

En cuanto quedó sola, Amberí marcó el número telefónico del padre de **Llorsh**.

XXVII

—Tenemos que recortar gastos. El dinero no alcanza. Hemos gastado demasiado en **Thío**. Ya no puedo sostener esto.

—Está en cobro judicial lo de las tarjetas de crédito —lloró la madre.

—Sí. Tengo cuatro cobros judiciales de tarjetas, el del Mercedes Benz y ahora me están amenazando con el de la casa.

—Yo no sabía que el asunto era tan grave —dijo Eli.

—No podemos seguir gastando tanto en **Thío**. Debo retirarle el carro.

—¡Me matás si lo hacés, **Yei Ei!**

—Es que no tengo dinero.

—Debemos pensar en algo, pero quitarle el carro, **néver**.

—Ay, m'hijo. ¿Qué vamos a hacer? —sollozó la madre.

—Estoy atado de manos. **Thío** no me ha dado respuesta con respecto al negocio que le propuse. En el canal tampoco me han dado respuesta acerca del nuevo programa. Cualquiera de los dos proyectos que surgiera me solucionaría de inmediato la falta de dinero. Pero no puedo hacer más.

—Hermana, vas a tener que volver a trabajar como empleada doméstica y yo abriré de nuevo mi **Biuti Cénter**. ¡Ni modo!

XXVIII

Thío se le escabullía. Era obvio que lo evitaba por todos los medios posibles. Aquello lo angustiaba. ¿Si al final el gringo se echaba para atrás con el proyecto de la ropa interior? Eso sería el fracaso total.

Además, ¿hasta cuándo pensaba quedarse a vivir en su casa viendo partidos de béisbol? ¿Qué pretendía ese hombre? ¿Vivir mantenido toda la vida?

En las mañanas, **Yei Ei** salía para el trabajo mucho antes de que **Thío** se despertara. Por las noches regresaba a casa tarde, cuando ya el gringo dormía. Eran tan infructuosos los planeados encuentros, que un sábado decidió seguirlo de incógnito a sus reuniones con los inversionistas.

Acordó intercambiar vehículos con un periodista compañero de trabajo. Obviamente no podría seguir a **Thío** en su Mercedes Benz. Lo dejó aparcado en la calle frente a la vivienda de su colega y tomó el vehículo que el otro le ofrecía. Luego se dirigió a su casa y se estacionó a prudente distancia de la entrada. A la hora acostumbrada, el gringo salió en el carro alquilado.

Lo siguió sin ser descubierto hasta el centro de la capital. **Thío** se estacionó en un parqueo público y se encaminó hacia un casino. **Yei** esperó dentro del carro. Al rato llegó un microbús para transporte de turistas.

Doce hombres extranjeros y sesentones se montaron en él. Con ellos iba **Thío**.

Ya la noche había caído sobre la capital, lo que facilitaba la persecución sin riesgo de ser descubierto.

Minutos después, el microbús se estacionaba en las inmediaciones de un centro médico privado. Los hombres descendieron del transporte e ingresaron en el lugar, precedidos por quien parecía un guía turístico.

¿Qué habían ido a hacer allí? ¿Por qué se habían bajado todos? ¿Habría alguno enfermo? —pensó **Yei**.

Aumentando más su azoro, a los quince minutos todos se montaron de nuevo en el microbús, riendo y bromeando. Notó que uno de ellos se llevaba algo a la boca y lo engullía de inmediato lanzando al suelo lo que parecía un papel arrugado. Cuando el microbús se alejó, rápidamente salió de su vehículo y recogió del suelo lo lanzado por el extranjero. Sin mirarlo siquiera se montó de nuevo en el carro y aceleró para dar alcance a los otros.

Media hora después el microbús recogió en una esquina a una docena de mujeres y se dirigió a uno de los moteles para encuentros sexuales al este de la capital.

Entonces decidió revisar el objeto que había recogido del suelo. Encendió la luz interior del carro y confirmó que era una hoja de papel perfectamente arrugada y reducida a su más mínimo tamaño. La fue desplegando con cuidado de no romperla y descubrió una receta debidamente firmada por un profesional en la que se leía con inconfundible caligrafía médica:

“Viagra.® 1 comp. Stat.”

De regreso a casa de su compañero de trabajo, pensaba cómo manejaría aquella situación ante su tía.

Al girar en la esquina el mundo se le cayó a los pies. ¡No estaba su Mercedes aparcado en la calle! Bien le había advertido al colega que no lo usara, pese a que le había dejado las llaves.

Golpeó la puerta de la casa con furia. La esposa del compañero le abrió.

—Don **Yei Ei**. ¡Gracias al cielo que vino! ¡Se llevaron su carro!

—¿Quiénes?

—Unos oficiales de tránsito, unos fiscales y no sé quién más. Dicen que tenía orden de captura por embargo por falta de pago o algo así, yo no entiendo. Mi esposo se fue con ellos. Aquí está la dirección donde fueron.

XXIX

Frase resumen (no textual) de las declaraciones
del Presidente de la República

“Es una falacia, en nuestro país no existe turismo sexual”.

XXX

–Yo lamenta mucha lo de su caro, Yei Ei –le dijo Thío dos días después.

–Gracias –contestó fríamente. –Por cierto, yo quiero hablar con usted de algo que no me gusta.

–Usted dice mí.

–Descubrí que usted va a moteles de sexo cada dos semanas. ¡No me gusta que le haga eso a mi tía!

Miró al gringo con severidad. A fin de cuentas, lo culpaba por lo de la captura de su Mercedes Benz. Si él no hubiera andado siguiéndole los pasos, aquello no hubiera ocurrido.

El gringo no se inmutó, se alisó los bigotes y le dijo:

–Yo no tiene ninguna compromiso con Eli. No hay problema de que yo ver otras putas.

–¿Cómo que “otras” putas? –alzó la voz– ¡Mi tía no es una puta!

–Yo sé. Eli era virgen. Pero yo conocí Eli en una página web de putas. Ella escribió mí. Por eso yo quiere venir aquí.

–Mi tía escribió en esa página sin entender de qué se trataba –dijo furioso.

–Yo sé que ella quiere algo serio conmigo. Pero yo no quiere. Yo solo vengo para negocios, nada más. Si además yo disfruto putas, es bien. Pero yo vengo por negocios. Yo le tengo usted una buena noticia. Yo va hacer negocio con usted. Ya recibí estudio de mis socios en Texas. Usted tiene cierto. Es un negocio de muchas miles de dólares. Pero yo no sé ahora que usted molesto con mí por lo de las putas. Si usted está molesto, yo no sé si usted quiere negocio con mí.

—Sí quiero —respondió velozmente. —Olvidemos lo de mi tía.

—**Bueno. Debemos hablar de la inversión. ¿Cuánto dinero da usted?**

—Sí. Debemos hablar de eso. Yo debo pedir un préstamo a un banco. Hagamos el negocio.

—**Hablamos.**

—Hablemos.

XXXI

“En este mes de julio nuestro país se tiñe de luto. Un connotado periodista y comentarista radiofónico de amplia trayectoria ha sido asesinado. Y con él se intentó asesinar a la profesión periodística. Su programa se transmitía desde hacía muchos años. Programa trascendental por lo agudo de sus críticas, que calaba hondo en la opinión y conciencia públicas. Ha sido asesinado por decir las cosas en forma directa y sobre todo libremente. Con este vil y cobarde hecho se ha intentado callar la voz de la prensa. Pero lograrán el efecto contrario porque, a partir de ahora, la prensa nacional asumirá una labor más comprometida con la investigación y las denuncias. El futuro lo demostrará. La muerte de nuestro colega no ha sido en vano. Paz a sus restos”.

J.A. Yemini

XXXII

El asesinato del periodista marcó el inicio de una interminable sucesión de acontecimientos que, en los años siguientes, socavarían los cimientos más inimaginables de la sociedad. El país empezaba a cambiar. El consciente y el inconsciente colectivos estaban dando un giro drástico.

Prueba de ello era el hecho de que, por primera vez, se denunciaban valientemente los abusos sexuales del clero. A la denuncia contra Mariano siguieron otras más contra diferentes sacerdotes. La sociedad empezaba a perder el miedo a la represión religiosa. Se comenzaba a desmistificar la figura sacerdotal y al adjudicarle su condición humana real, con todas sus virtudes e imperfecciones. Todo cambiaba. La necesidad de un cambio en el estilo periodístico de Canal UNO también se hizo apremiante.

El padre de **Llorsh** se entrevistaba constantemente y en forma discreta con Amberí. Desde entonces, la mujer había cambiado su comportamiento en forma evidente.

Después de semanas de reticencia al programa propuesto por **Yei Ei**, Amberí terminó por aprobarlo súbita y misteriosamente.

Sería un programa de acusaciones y denuncias transmitido en directo. Un juicio público. Un equipo de periodistas investigadores fue asignado bajo las órdenes de **Yei Ei**. En cada programa habría un acusado, que se anunciaría con suficiente antelación, de tal manera que la opinión pública ejerciera la presión necesaria para que no rehusara asistir.

Yei Ei haría las acusaciones.

El público televidente podría participar vía telefónica.

Al final se juzgaría al acusado mediante votación telefónica también.

Sería un juicio público televisivo a como el anciano don Ricardo había presagiado.

La idea era innovadora y temeraria. Podría tener repercusiones relevantes dentro del marco judicial, pero definitivamente tendría una elevada tasa de sintonía.

Amberí advirtió a su periodista estrella acerca de una modificación sustancial al proyecto.

—Usted es el productor del programa, **Yei Ei**. Pero, por las características particulares, quiero que se aclare públicamente antes de cada transmisión, que Canal UNO no necesariamente comparte esa línea de acción y pensamiento. Usted será el único responsable del programa y de lo que suceda.

—Canal UNO no puede eximirse totalmente de lo que transmite.

—Totalmente no. Pero tampoco lo asumiré en esa forma.

—No se preocupe, doña Amberí —le dijo sonriendo. Nada malo va a pasar. **Yei Ei Yemini** tiene mucho poder. Este programa va a ser un rotundo éxito. Estrenaremos en setiembre.

—¿Está seguro?

—Sí. Y no se preocupe. **Yei Ei** se hace responsable.

XXXIII

—Señor, **Yemini**, por favor no insista. Ya el cobro judicial en su contra está en proceso. Es irreversible.

—No lo llamo por eso. Lo llamo por otro asunto.

—Usted dirá —dijo el gerente bancario cambiando de tono.

—Quiero comunicarle dos cosas. La primera es que necesito que su banco patrocine el nuevo espacio que saldrá al aire en setiembre. Será un innovador programa de denuncias.

—A nuestro banco no le interesa patrocinar en estos momentos algún programa de televisión.

—Y la segunda cosa. Dentro del proceso de investigación, que realiza nuestro equipo periodístico, se ha descubierto una anomalía en el funcionamiento de su banco. A mis manos ha llegado cierta documentación donde se constata la aprobación de préstamos personales a figuras empresariales y políticas importantes sin el debido cumplimiento de los requisitos establecidos. Obviamente, después de padecer yo mismo en carne propia la rigidez de las normas de su institución, me ha parecido que esta información que tengo en mi poder debe ser completamente errónea. A mí me consta que usted jamás permitiría una anomalía de tal gravedad. No se preocupe, que yo he guardado toda esa información en sitio seguro. Aló... Aló... Señor gerente... ¿Me escucha? ¿Está usted ahí?

XXXIV

—Doña Amberí quiero que Canal UNO me edite un libro.

—¿Vas a escribir un libro? ¿La historia de tu vida?

—No, señora. Es un compendio de las entrevistas, que he hecho a personas importantes.

—¿Y alguien se va a interesar en eso?

—¡Por supuesto! Ellas mismas. Es asunto estratégico. A esas personas les agradó ser entrevistadas. Yo les brindé su momento de protagonismo en televisión. Ahora les doy la oportunidad de tener por escrito sus entrevistas. ¿Quién va a resistir la tentación de ese manjar para su vanidad? Le aseguro que ellos y sus familias serán los primeros en comprar el libro. En este proyecto todos ganamos. Ellos estarán complacidos de que **Yei Ei Yemini** los inmortalice en un libro, Canal UNO se promueve a sí mismo con el patrocinio y yo me inicio como escritor.

Amberí lo contempló en silencio. **Yei Ei** continuó exaltado.

—Y tengo otra noticia que espero le agrade.

—¿Qué es?

—Desde hace varios meses me habían insinuado una posibilidad solamente. Pero ya se ha concretado mi participación en el próximo concurso de **Míster** Costa Rica. ¡Voy a concursar!

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Completamente. Me extraña su pregunta. ¿Le inquieta algo?

—Para serte franca sí. Un concurso de belleza masculina siempre me ha parecido algo... ¿qué se yo cómo decirte?... algo... algo que no me termina de agradar.

—¿Me permite un comentario?

—Claro que sí.

—Con todo respeto doña Amberí, su posición es totalmente comprensible dentro de la estructura machista de nuestra educación. A usted le parece extraño que los hombres tengan su propio concurso de belleza porque siempre se nos ha inculcado la belleza como un valor puramente femenino. Pero el asunto no es así. Ahora las cosas han cambiado. Además, permítame recordarle que el único título de soberanía mundial de belleza, que ostenta nuestro país, nos lo ha dado precisamente un hombre, no una mujer.

—Sí, pero tenés que reconocer que esto es algo nuevo, y no resulta fácil adaptarse a estas cosas. Me preocupa un poco tu imagen.

—Todo lo contrario. Esto no lesiona mi imagen y además fortalece la imagen del canal.

—¿Cómo?

—A mí la gente me identifica con Canal UNO. **Yei Ei Yemini** es Canal UNO y Canal UNO es **Yei Ei Yemini**. Al ganar yo el concurso, gana el canal.

—¿Cómo estás tan seguro de ganar?

La miró sorprendido. Aquella pregunta le resultaba insultante.

—Digamos que estoy seguro. De ser las cosas como pienso, le daré al país un segundo título de belleza masculina a poco tiempo del primero. Pero para esto necesito su apoyo.

—¿Mi apoyo?

—Así es. Quiero que Canal UNO me patrocine totalmente sin límite de suma. Necesito manejar una impecable campaña publicitaria.

—¿Es un concurso de simpatía?

—No. Es mediante jurado calificador.

Una de las cosas que menos me gusta de esos concursos es que se exhiban en traje de baño. ¡Y menos vos!

—¿Por qué?

—Porque sos un ídolo, conocido y querido por todos. Creo que no te estarías dando tu lugar. No sos cualquier persona.

—Eso depende del criterio con que se analice. Personalmente no creo que aparecer en pantaloneta de baño lesione mi imagen o mi prestigio. El mostrar parte de mi cuerpo desnudo no es nada vergonzoso. ¿Acaso no hacen lo mismo los futbolistas cuando anotan un gol? Ahora la costumbre de esos hombres está en despojarse de la camiseta y correr con su torso desnudo. ¿Usted no se ha fijado en la cantidad de imágenes de futbolistas con torso desnudo, que se publican en las portadas de los diarios? El recurso resulta sumamente efectivo, pues atrae miles de miradas. Es un principio básico de **márcetin** de imagen, doña Amberí.

—Es un exhibicionismo.

—Pero sumamente efectivo. La desnudez siempre es parte de un **márcetin** efectivo.

La mujer lo contempló largo rato. Después le dijo.

—Adelante, **Yemini**. Tenés mi total apoyo.

—Muchas gracias —le dijo emocionado. —Pero quería hacerle otra petición.

—¿Y cuál es?

—Quisiera que el nuevo programa se adelante una semana y se transmita precisamente la víspera del concurso de belleza.

—¿Y eso por qué?

—Imagínese usted. El viernes se estrena el nuevo programa de juicios televisivos y el sábado yo gano el concurso de **Míster** Costa Rica. ¿No le parece **tu moch** para un mismo fin de semana? ¡Será un éxito!

XXXV

En cuanto **Yei Ei** abandonó el despacho, Ambrí abrió la puerta, que comunicaba con la sala de juntas, dejando entrar al padre de **Llorsh**. Se quedaron de pie mirándose a los ojos.

—¿Escuchaste? —dijo la mujer.

—Todo.

—¿Aprovechamos esto? ¿Te parece?

—Por supuesto. Dale todo lo que pida —sentenció el hombre.

Yei Ei estaba absorto en sus ideas. Desde hacía varias semanas venía trabajando con **Thío** en su proyecto de ropa, que esculpe el cuerpo. **Sculpture suits** como lo bautizaron.

El gringo se había encargado de todo con eficiencia. Había contratado un diseñador de Estados Unidos para la creación de la nueva línea de ropa. Había comprado una finca sembrada de higuerones en la cercanía de la capital y obtenido el permiso de deforestación. Una compañía especializada diseñó una máquina cortadora de láminas de madera. Había hecho los arreglos de la contratación del personal de maquila y las instalaciones donde se ubicaría la fábrica. Había corrido con todos los gastos. **Yei Ei** le entregaría su parte de la inversión en cuanto le aprobaran el préstamo bancario.

El golpe final de éxito, el broche de oro, sería cuando se diera a conocer en todos los medios de información la noticia acerca de este proyecto empresarial.

Yei Ei lo tenía perfecta y estratégicamente plancado en lo que había denominado en secreto “**Yemini’s weekend**”:

1. Viernes: el nuevo programa de juicio televisivo.
2. Sábado: el concurso de belleza.
3. Domingo: la noticia empresarial.

En todos los medios de información no se hablaría más que de él.

XXVI

Las semanas avanzaban rápidamente. El proyecto “**Yemini’s weekend**” marchaba a pasos seguros.

El diseño del programa de juicio televisivo estaba listo. Se contaba con la participación de importantes patrocinadores y se trabajaba en la construcción del nuevo set, diseño de luces y cámaras. Prometía ser revolucionario, no cabía duda de que iba a levantar roncha en la sociedad. Nunca antes se había hecho en el país un programa tan valiente y temerario. Ya se había hecho la invitación pública a la primera acusada.

En el Concurso **Míster** Costa Rica, **Yei** avanzaba hacia la etapa final.

La ciudad estaba empapelada con fotografías suyas. Los periódicos publicaban diariamente artículos sobre el tema y Canal UNO transmitía espacios de treinta segundos invitando a seguir de cerca el desarrollo de la

actividad. Pero el recurso más innovador había sido una manta gigante, de veinticinco por quince metros, que amaneció colgada de una fachada del edificio más alto de la capital una semana antes del evento.

La inmensa tela estaba impresa con una fotografía gigante de **Yei Yemini** con el torso desnudo. La frase "Por un **high Mr.** Costa Rica" junto al logo de Canal UNO remataban la composición.

La táctica resultó ser más exitosa de lo planeado, pues varias amas de casa, encabezadas por *Padre Pedro*, se manifestaron frente al edificio golpeando implementos de cocina y censurando la imagen. Oraban fervorosamente implorando al cielo perdón por aquella muestra de descaro carnal. Y aunque la tela duró pocas horas colgada en el edificio, el éxito de su efecto fue inmenso.

Yei Ei había seleccionado las casas de moda patrocinadoras de su participación. La noche final luciría un perfecto esmoquin diseñado a la medida por la más prestigiosa sastrería del país. La "boutique" más exclusiva en trajes de baño le había confeccionado una atrevida pantaloneta amarilla tipo "hilo dental" que, sin duda alguna, sería la conmovición del evento. Ya tenía preparado el trozo de madera, que utilizaría dentro de la misma prenda.

Finalmente, con respecto al negocio de ropa, **Thío** tenía todo organizado. Se había citado a conferencia de prensa la tarde del sábado, horas antes al concurso de belleza. Todos los medios de información estaban invitados para el lanzamiento público de la nueva ropa interior. Esto aseguraba que la noticia se diera a conocer a primera hora del día siguiente.

Para total satisfacción de los dos socios, el préstamo bancario fue aprobado ágilmente y **Yei Ei** pudo entregar a **Thío** su parte de la inversión.

Todo estaba listo y meticulosamente preparado. Era solo cuestión de tiempo.

XXXVII

El miércoles previo al estelar fin de semana, las cosas cambiaron.

—**Yei Ei**. ¿Sabés algo de **Thío**? —dijo Eli angustiada.

—No. ¿Por qué?

—Salió temprano esta madrugada. Yo lo oí alistando cosas, pero no me levanté. Hoy en la mañana me di cuenta de que se llevó toda su ropa y sus pertenencias.

—¿Cómo?

—¡Ajá! Me extraña mucho eso. No me dijo nada. Bueno, ya días atrás me había dicho que se sentía un poco apenado por estar viviendo tantos días aquí y creía que debía buscar otro sitio. Incluso, me dijo que quería comprar una casa y llevarme con él. ¿Me entendés?

—Pero, al menos, debió haber avisado.

—Eso creo yo. ¿Qué habrá pasado?

El corazón de **Yei Ei** se sacudió violentamente.

XXXVIII

Convocó inmediatamente a su cuerpo de investigadores.

—Aquí tienen toda la información. Su nombre es Theodore Novack y esta es su dirección en Texas y los nombres del diseñador de ropa, contratistas y vendedores con sus respectivos números de teléfono, las características catastrales de una finca, números de faxes, correos electrónicos, etcétera, etcétera.

—¿Es un pez gordo, jefe?

—Quiero que constaten la veracidad de todo esto. Busquen además cualquier otra información respecto a este hombre, aunque sea en Estados Unidos. ¿Entendido?

—¿Cuán urgente es?

—Tanto como para dejar de hacer cualquier otra cosa.

XXXIX

PRIMERA CAÍDA

Viernes 7 de setiembre de 2001

A las ocho de la noche, el país entero sintonizaba Canal UNO para ver en directo el anunciado programa “Veredicto implacable”.

La invitada era una mujer representante de las Bellas Artes. Se presentó ataviada con largos guantes negros, que la cubrían hasta los hombros. Una ajustada blusa negra daba continuidad cromática, para finalizar su vestimenta con una cobija roja enrollada a la cintura a manera de enagua. Un collar de rojos abalorios gigantes pendía delante

de su pecho. Llevaba el cabello suelto y desacomodado en ondas sobre el rostro, lo que la obligaba a agitar la cabeza hacia atrás en un seductor gesto de mujer fatal.

El set era muy simple, pero con distribución efectista.

En un nivel inferior estaba el banquillo de los acusados, donde la artista se sentó con las piernas cruzadas, permitiendo que una se escapara por la abertura de la cobija.

El público invitado estaba sentado sobre una plataforma gigante, en forma de herradura, que se elevaba un metro del suelo por detrás del asiento de la acusada.

Y en un podio colocado atrás, por encima de todos, estaba de pie el fiscal **Yei Ei**.

No se podían mirar los rostros, todos veían de frente hacia las cámaras.

Había decidido que a partir de ese momento no volvería a utilizar más su apellido. Ya era demasiado famoso como para tener que diferenciarse. Bastaba con hacerse llamar **Yei Ei**. Simplemente **Yei Ei**. Al iniciar la transmisión, dirigió su mirada a la cámara y dijo:

“Buenas noches. Yei Ei les da la bienvenida a este espectacular e innovador programa tan esperado por todos. Incursionaré por diversos campos del acontecer nacional informando, analizando y denunciando situaciones. Sacaré a la luz pública toda la verdad sobre lo que acontece en nuestra sociedad”.

Las palabras produjeron una ligera incomodidad en la invitada, pese a las explicaciones que minutos antes le había dado el periodista. Pero guardando la compostura que la actividad demandaba y satisfecha por la fama que adquiriría, esperó dignamente. Sabía que se iba a hacer

una denuncia acerca de algo que ella conocía, pero no había recibido mayores detalles. Estuvo de acuerdo con participar, confiada en que no tenía nada que temer.

Escuchaba la lectura de su currículum que desde atrás **Yei Ei** hacía. Le incomodaba no verlo y tener que conformarse con escuchar su voz. ¡Aquello le parecía tan impersonal!

Segundos después, quedó pasmada al escuchar las dos primeras preguntas.

—Perdón. No entendí —le dijo.

—Le pregunté ¿qué se siente formar parte de “El clan de las hijas de papis?” Y en segundo lugar, al ser usted miembro del jurado para los premios nacionales de Artes Plásticas, ¿es cierto lo que se murmura que el premio lo asignarán a su compañero sentimental y por la sencilla razón de que no lo han premiado nunca?

—Perdone mi desconocimiento —dijo sonriendo nerviosamente y echando el cabello hacia atrás con gesto de mujer fatal. —No sé qué es ese clan que usted menciona.

La voz de **Yei Ei** resonó en el estudio.

“Nuestra invitada ignora lo que yo bautizo, a partir de este momento, como “El clan de las hijas de papis”. Por lo que paso a explicarlo de inmediato. En nuestro país existe un grupo de mujeres, hijas todas de hombres famosos ya fallecidos. Sus padres se distinguieron por hechos y aportes que les otorgaron un merecido lugar de respeto en nuestra sociedad y nuestra historia. Esos personajes fallecidos poseen su propio mérito.

Este grupo de mujeres cree que el mérito se hereda. Terrible error. Si hay algo estrictamente personal es el

mérito. Eso es algo imposible de endosar. Se hereda el apellido, el dinero y la fama; pero nunca el mérito.

Estas mujeres han avanzado en nuestra sociedad altamente orgullosas de sus padres, actitud por lo demás humanamente comprensible, pero utilizando la memoria de sus progenitores como un trampolín escalador para su propia obra, creyendo erróneamente que ellas también heredaron el mérito y sin darse cuenta de que jamás serían lo que son en la actualidad si no las amparara la memoria de sus padres.

Han logrado el puesto que tienen en la sociedad gracias al apellido que ostentan y que saben sacar a relucir en el momento más oportuno para lograr su propósito. Algunas imitan a sus progenitores en el campo creativo, y lo hacen muy bien, sin percatarse de que nunca serán ellas por sí mismas, sino que siempre serán en función de aquellos. Otras están ligadas a sus padres por un complejo de Electra condenado a ser eterno, ya que la muerte de ellos impidió que lo pudieran resolver en vida. Otras los admiran al borde de la idolatría.

Hoy vamos a empezar a hablar de este grupo de mujeres y de este tema, pues es algo que debe decirse abiertamente y sin tapujos. El pueblo merece saber lo que está sucediendo. "El clan de las hijas de papis" se está adueñando del sector cultural de nuestra sociedad. Consciente o inconscientemente estas mujeres se están aliando en acuerdos tácitos, identificadas además por un terrible resentimiento feminista.

Este último hecho representa una condición digna del más profundo análisis en el orden de lo psicológico, dado que son mujeres con un inmenso resentimiento, rencor y odio contra los varones sin percatarse de que

su imagen actual se la deben precisamente a un varón. El que les dio el apellido. En toda ocasión dejan entrever su resentimiento, su conflicto, la inmensa carga que arrastran por sus vidas; vidas llenas de odio, rencor y revanchismo condenados también a ser eternos. Incluso se dirigen al orden lingüístico del conflicto, en un intento desesperado por modificar desde las estructuras lingüísticas, algo que es puramente sociológico. No se dan cuenta de que con su actitud se desnudan ante todos y muestran esa larva de miseria, que llevan dentro.

Esta es la definición de lo que Yei Ei califica como el "El clan de las hijas de papis". De esto vamos a hablar en nuestro programa. Es un tema polémico, controversial y que despertará muchas reacciones en la teleaudiencia. La otra pregunta que hice a nuestra invitada es..."

La mujer lo interrumpió abruptamente.

—Es interesante lo que acaba de mencionar. Nunca antes había escuchado una opinión tan interesante acerca de esta condición en la que obviamente me encuentro. Sin embargo, me asaltan varias inquietudes y preguntas. ¿Acaso no sucede lo mismo en cualquier familia que se considere funcional? ¿Acaso los hijos no intentan seguir los pasos de sus padres? ¿Acaso no se sienten orgullosos de ellos y no utilizan su memoria para su propio beneficio, que en todo caso no es más que mera supervivencia? Yo creo que esto sucede en las familias funcionales, independientemente de que los padres sean famosos o no. ¿Sabe qué es lo que creo? Que esto solo lo pueden comprender aquellos que han tenido padre. Y también los que tienen hijos. Entiendo que usted no tiene hijos, y no sé si los llegará a tener algún día, pero talvez su visión del

asunto se modifique cuando eso suceda. Además, ¿qué hay de malo en sentirse orgulloso de un apellido? ¿No es peor sentirse avergonzado de él, o no tenerlo del todo y tenerlo que inventar, don **Yei Ei Yemini**?

Quedó atónito por la respuesta de la inteligente mujer y tuvo miedo. La había subestimado sin lugar a dudas. ¿Qué sabría acerca de él?

—La verdad es que yo me siento muy lesionada con lo que usted pretende y no estoy dispuesta a continuar con esto. Usted critica a las mujeres y a las feministas. ¿Por qué? ¿Por qué nos siente odio? ¿Qué frustración machista arrastra usted? ¿Qué le hemos hecho? ¿O qué no le hemos podido hacer? ¿Cuál es su conflicto personal con las mujeres? ¿Nos ataca porque nos tiene miedo? ¡En fin! Yo me disculpo ante los respetables televidentes y me retiro a partir de este momento. Soy una figura pública, lo acepto, y acepto que esta condición me hace perder parte de mi privacidad, pero nunca la totalidad. En todo caso, si yo quisiera hablar de este tema con alguien tengo derecho de tener la opción de así decidirlo y que se me informe previamente. No acepto que se me imponga a última hora y sin advertencia pretendiendo que porque asisto a un programa “en directo” no tenga más alternativa que continuar aquí. Buenas noches.

Y diciendo esto, se incorporó de su asiento y echando una vez más su cabello hacia atrás con movimiento de cabeza, salió contoneándose como mujer fatal.

—Un linchamiento público —repetía la dueña del canal, en su oficina, una hora después.

La actitud de Amberí era extraña. Hasta se diría que estaba satisfecha. Mostraba una impresionante serenidad. Como la que confiere el control absoluto.

—Eso fue lo que quisiste hacer. Un linchamiento público. ¿No es que todos somos inocentes hasta que se demuestre lo contrario? A esa mujer nadie la iba a defender.

—No creo que el asunto sea tan grave —dijo **Yei Ei** con indiferencia. —Aunque su reacción haya sorprendido a todos, creo que el programa cumplió su propósito. En eso radica el éxito del periodismo, en generar polémica y conflicto incluso donde no los hay. Ahora que lo pienso, creo que fue lo mejor que pudo suceder. Lo que ha pasado hoy va a dar mucho de qué hablar.

—Ya lo creo, pero no precisamente algo bueno.

—¿Por qué no? Confíe en mí. Esto es lo mejor que pudo suceder.

Amberí lo contempló con severidad controlada y le dijo cuidándose de pronunciar bien las palabras:

—¿Será que nunca vas a reconocer humilde y honestamente que te has equivocado? ¿Llega a tanto tu soberbia de impedirte ver lo obvio? ¿No ves lo grave de la situación? Estamos en problemas, **Yei Ei**. Pero sobretodo vos. Lo sucedido hoy te puede traer terribles consecuencias.

—¿Pero por qué? Ella es solo una representante del sector cultural del país y ambos sabemos que ese sector es siempre minoría de cualquier sociedad. ¿Quién le va a estar poniendo atención a lo que pueda decir? Si por el contrario yo hubiera acusado a un jugador de **fútbol**, entonces aceptaría que las consecuencias fueran graves, dada la popularidad y seguidores que tienen. Pero nunca contra una artista. Yo tenía que denunciar los abusos y atropellos, que esas mujeres cometen con la cultura. A como son las cosas en este país, lo de hoy se olvidará pronto. Pero espérese a que yo empiece a denunciar a empresarios, políticos y otros peces gordos. Eso sí va a poner el país de cabeza.

El programa de hoy era apenas como un ensayo. En todo caso, la que desempeñó mal papel fue ella por no tener capacidad de enfrentar a **Yei Ei**. Por salir huyendo del programa. Tranquilícese, Doña Amberf, le puedo asegurar que mañana cuando yo gane el Concurso **Míster** Costa Rica, todo se habrá olvidado.

—Veo que no tenés capacidad de entender lo que ha sucedido hoy en mi canal. Pero vas a tener que asumir las consecuencias de tus actos —se dejó caer en su sillón. —Por ahora será mejor que te vayás. No quiero hablar más. Debo analizar bien lo que ha sucedido y prepararme para lo que nos espera. El próximo viernes no se hará el programa, queda suspendido.

—¿Cómo dice? ¿Cómo se le ocurre hacer semejante cosa? —le increpó con ira.

—Espero no se te olvide... —dijo la mujer poniéndose de pie —...que sigo siendo la dueña de este canal y que seguís siendo mi empleado. Si has llegado hasta donde estás ahora, es porque yo te lo he permitido.

—Yo soy **Yei Ei Yemini**.

—Y yo pago tu salario. Quiero que te marchés. El programa queda suspendido. El lunes hablaremos.

—Buenas noches —dijo sarcásticamente mientras avanzaba hacia la puerta.

—¿Hoy no me vas a decir “que Dios la bendiga?”

En cuanto **Yei Ei** hubo partido, se abrió la puerta de la sala de juntas y el padre de **Llorsh** entró en la estancia. Amberf y él se miraron complacidos.

XL

SEGUNDA CAÍDA

Sábado 8 de setiembre de 2001

A las tres de la tarde se había convocado la conferencia de prensa. Minutos antes recibía la última llamada del director de periodistas investigadores.

—Todavía no tenemos informes suficientes del tal Theodore Novack, jefe, pero estoy presionando sobre eso. En cuanto esté listo lo llamo. No se preocupe.

—¡Que sea pronto! ¿Me oyó?

Representantes de todos los medios informativos radiofónicos, escritos y televisivos se habían hecho presentes.

El lanzamiento de una provocativa e innovadora línea de ropa interior esculpadora de cuerpos, la **Yemini's Sculpture Suits** sería todo un éxito. Ya se convocaría de nuevo cuando se hiciera el lanzamiento oficial.

De momento, por ausentismo del otro socio mayoritario, la actividad tuvo que ser suspendida.

XLI

TERCERA CAÍDA

Sábado 8 de setiembre de 2001

A las ocho de la noche daba inicio la final del Concurso de belleza masculina **Míster** Costa Rica 2001.

Doce finalistas apostaban lo mejor de sus condiciones por el primer lugar.

El sitio estaba repleto de público, joven en su mayoría, seguidores y amigos de los concursantes. Canal UNO tenía la exclusiva de la transmisión.

En el país se celebraban este tipo de concursos, desde hacía varios años, y aunque en un principio habían encontrado reticencia por parte de algunos sectores, en esta ocasión gozaba de total simpatía y aceptación debido a la participación de **Yei Ei Yemini**.

Los animadores conducían gratamente la actividad. Se había realizado un primer desfile de los aspirantes en ropa casual. Un grupo musical amenizaba el evento mientras se daba paso al segundo desfile, en traje de noche.

Una pasarela elevada, casi un metro sobre el nivel del piso, se desprendía del escenario y adentraba en el área del público al cubrir veinte metros de trayecto. Los hombres desfilaban por ella haciendo alarde de sus atributos físicos. Constantes **flashes** de cámaras fotográficas los encandilaban. Como variante novedosa, se procedió a hacer una pregunta a cada competidor al final de la pasarela. Se refería a cuál era la mayor ambición de sus vidas.

“Yo quiero la paz para el mundo”, “Que los seres humanos vivan en paz y armonía y que en el mundo no

haya hambre”, “Que este tipo de concursos sirva para que los seres humanos gocen en fraternidad y paz”, etcétera, etcétera.

Cuando llegó el turno a **Yei Ei**, dijo con mirada fija a la cámara:

“Yo quiero llegar a ser Presidente de la República para darle a este país lo que se merece”.

El público estalló en calurosa ovación.

En la sala de su casa, sentada frente al televisor, Amberí movía la cabeza negativamente a modo de incredulidad y asombro por lo que acababa de escuchar. Cada vez se horrorizaba más por lo que veía hacer a su periodista estrella.

El teléfono timbró y levantó el auricular adivinando quién la llamaba.

—Hola. ¿Cómo estás? —dijo una voz masculina.

—Aquí. Tomándome un *whisky* frente al televisor. ¿Escuchaste lo que acaba de decir?

—Sí.

—¿Qué hay? ¿Pudiste arreglar las cosas con los jueces del concurso?

—Sí, y fue muy fácil. Para mi satisfacción, nadie quiere que él gane. El candidato favorito es otro muchacho.

—¡Qué bien!

—Esperemos a ver qué sucede. Te llamo al rato —concluyó el padre de **Llorsh**.

La actividad continuaba con la participación de un trío femenino intérprete de boleros.

La noche se iba llenando de emoción. El público se empezaba a mover ansioso en sus butacas. Solo faltaba el desfile en trajes de baño, después del cual el jurado

anunciaría a los cinco finalistas e inmediatamente después de una prueba de aptitud intelectual, se conocería el máximo y absoluto ganador.

Los concursantes se desnudaron en los vestidores para colocarse sus trajes de baño. **Yei Ei** acudió a un sanitario para colocarse la prenda y se cercioró de colocar adecuadamente el trozo de madera en la parte delantera. Cuando salió, todos lo miraron asombrados al ver que era el único que lucía un “hilo dental” de vistoso color amarillo. Mostraba sin pudor sus musculosos y bronceados glúteos. La prenda cubría solamente la zona genital.

Los organizadores desconocían este detalle, pues al ensayo se había presentado con una pantaloneta convencional.

El evento se suspendió unos instantes mientras los organizadores y jueces se ponían de acuerdo. **Yei Ei** argumentó enérgicamente que, en ningún párrafo del reglamento, se impedía expresamente la utilización de un “hilo dental”. Instantes después el concurso continuó.

Mientras entre bastidores veía desfilar a sus compañeros por la pasarela, pensó en lo que estaba a punto de hacer.

Se emocionó hasta las lágrimas al reconocer cómo después de tantos años de rechazos, complejos, inseguridades y temores, ese día se atrevía por vez primera a mostrarse casi completamente desnudo frente a tres millones de televidentes. ¡No había sido fácil! Podía sentir cómo la madera se empezaba a hinchar por el sudor de su cuerpo y pensó que por fin le había ganado a la vida. Ya era lo suficientemente poderoso como para mostrarse casi completamente desnudo al mundo. Desafiante, irreverente, agresivo. Vengándose de la vida por la mala jugada que le hizo al nacer. No importaba que su bulto

genital fuera artificial, aquello era algo que solo él sabía. Para los demás era real.

La emoción lo embargaba. Antes de desfilarse tocó por última vez su zona genital para comprobar el tamaño y la perfecta turgencia que había adquirido. Y dio los primeros pasos.

El auditorio enmudeció.

El público televidente quedó petrificado.

El país entero se sumió en el más profundo y coincidente de los silencios, como nunca antes algún otro acontecimiento en la historia lo había logrado.

Yei Ei Yemini era perfecto. ¡Sencillamente perfecto! Su cuerpo desnudo era impresionante. ¡Y la única parte corporal cubierta por ropa era de dimensiones asombrosas! No podía existir en el mundo nadie más perfecto.

Su corazón latía conforme caminaba por la pasarela. La intensa luz enceguecedora le impedía observar rostros del público y cámaras de televisión, pero sabía que estaban allí y que él llegaba a todos. Era el centro del mundo. ¡**Center of the World!**

El auditorio estalló en aplausos. Los televidentes aplaudían en sus casas. Las expresiones eran un torbellino de admiración, deseo y envidia.

Caminaba despacio, saboreando aquel momento ambicionado durante tantos años. Lo hacía lentamente, como quien degusta un platillo exquisito e irrepetible. Se detuvo a media pasarela mientras experimentaba una sensación inmensa de placer. De triunfo. ¡De éxtasis!

Llegó al final y elevó los brazos al cielo para recibir los aplausos. Al hacerlo sintió cómo el sudor descendía a borbotones desde sus axilas y bañaba todo su cuerpo, dándole una sensualidad inesperada. Todo su cuerpo estaba

empapado en sudor. Hasta ese momento tomó conciencia del sofocante calor.

De la misma forma explosiva en que el público había estallado en ovaciones segundos antes, súbitamente se calló. Se hizo un silencio de muerte. Fue tan abrupto, que su corazón saltó. ¡Entonces se dio cuenta de lo que estaba sucediendo!

El calor y el sudor habían sido extremos. Su bulto genital se empezaba a hinchar rápidamente dentro de la pantaloneta tensando la tela amarilla. Crecía y crecía con tal velocidad y violencia, que había sorprendido a todos.

El público estaba estupefacto, sin creer lo que veía.

El jurado palideció. Los camarógrafos quedaron petrificados. Frente a toda pantalla de televisión había un silencio de muerte. Los adultos ordenaron a los niños retirarse. En la sala de su casa, Amberí se llevó la mano a la boca ahogando un grito de horror.

La tela amarilla de la pantaloneta se levantaba impudicamente, como empujada por una erección descomunal.

El tiempo se detuvo para todos.

Desconcertado ante aquella reacción, solamente acató a mostrar una estúpida sonrisa a las cámaras.

Y justo en ese momento, la madera se salió por los lados de la copa genital de la pantaloneta hinchándose cada vez más.

Rápidamente procuró cubrir con sus manos el área genital, pero era demasiado tarde. La madera crecía y crecía por todos lados desbordándose inconteniblemente. Sus manos eran incapaces de cubrir toda la zona. Estaba demasiado lejos del escenario y pensó que no tenía más remedio que lanzarse al suelo boca abajo tratando de

sofocar y cubrir con su cuerpo la incontenible reacción de la madera.

Lo hizo, pero quedó con sus glúteos dirigidos directamente hacia las cámaras de televisión, causando el mayor estallido nacional de carcajadas simultáneas de la historia patria.

Los compañeros concursantes y los organizadores del evento corrían hacia él sin saber qué hacer.

Se encontraba allí, tirado boca abajo en el piso. Sus glúteos se iban elevando cada vez más conforme la madera crecía y empujaba la pelvis hacia arriba. Con sus manos intentaba cubrir la madera, que ahora salía por los lados de sus muslos, pelvis y abdomen; él mientras gritaba:

“¡Corten la transmisión! ¡Corten la transmisión!
¡Tráiganme una toalla! ¡Sáquenme de aquí!”.

XLII

Ni la madre, ni el hijo o la tía supieron cómo escaparon de la vorágine que se produjo en el concurso.

Tampoco recordarían cómo ni cuándo llegaron a su residencia, ni a qué hora se acostaron. Aquella noche se les hizo eterna entre espantosas pesadillas e interminables insomnios.

Al colarse los primeros albores del domingo por las rendijas de las ventanas, decenas de timbres telefónicos iniciaron una sinfonía espantosa, que amenazaba convertirse en el peor tormento de la mañana. Todos los aparatos fueron desconectados.

Los tres se reunieron en la cocina sin cruzar palabra. Tía y sobrino se sentaron a la mesa, mientras la madre preparaba un frugal desayuno que ninguno probó. Se quedaron sentados, inmóviles, mudos, consumidos por sus pensamientos mientras el café se iba enfriando.

Horas más tarde, Juyi se levantó precipitadamente y buscó su teléfono celular. Activó el buzón de mensajes, que no escuchaba desde la noche anterior.

Allí estaba el mensaje de su subalterno.

“Jefe. Le tenemos noticias. Primero que todo, el tal Theodore Novack salió del país rumbo a Dallas. En segundo lugar, los números de teléfono, que refería, no corresponden a su propiedad. Tampoco la dirección electrónica. Nadie lo conoce. No existe el diseñador de modas y los números de teléfono son falsos. En resumen, ninguno de los nombres y los números de teléfono existen. La finca tampoco existe. La numeración y las coordenadas son falsas. ¿Qué le parece? ¿Se nos escapó un “pez gordo”, ah? Usted nos dijo que investigáramos todo lo concerniente a él. Pues dimos con un detalle curioso. Días antes de su partida, este señor inscribió a su nombre en el registro de patentes un producto de “rellenos” para ropa a base de madera. Nuestro contacto en Estados Unidos averiguó que también registró una patente allá. Él es el único dueño de esos productos. Bueno, eso es todo por ahora. Mañana temprano lo llamo para darle detalles. ¡Ah! Y mucha suerte en el concurso de esta noche. Todos vamos a estar viéndolo por televisión y enviándole energía positiva. Buena suerte, jefe”.

XLIII

Los miembros de la familia no comieron, no se bañaron ni se cambiaron ropas. No respondieron teléfonos ni llamados a la puerta. No salieron de su casa en treinta y seis horas.

Los periódicos se apilaron en el jardín. En todas las portadas se publicó la fotografía de un guapo muchacho trigueño, ganador del concurso **Míster** Costa Rica. Según la crónica, la decisión unánime estaba tomada mucho antes de que **Yei Ei Yemini** se retirara del concurso. La noticia terminó de hundirlo en depresión.

El lunes por la mañana, Juyi comunicó a su tía que Theodore Novack había huido del país y que le robó su proyecto y su dinero. Pero no tuvo valor para confesar la verdad con respecto a la página web donde ella lo había conocido.

La mujer no dio muestras de emoción. Se quedó inmóvil. La madre dejó escapar un susurro apenas audible —“Los gringos se roban todo donde quiera que van” —dijo.

Eli volteó la mirada hacia ella y una sola lágrima rodó por su mejilla. Había envejecido veinte años en pocas horas. Ahora se veía como esas mujeres consumidas por una vida llena de sufrimientos y pobreza. Había perdido su porte y arrogancia.

Juyi se dirigió a conectar de nuevo el teléfono de la casa. En ese preciso momento, el aparato timbró ruidosamente haciéndolo saltar. Dudó unos instantes, pero finalmente atendió la llamada.

—Aló.

—Buenos días, **Yemini**.

—¿Doña Amberí?

—Lo he estado llamando todo el fin de semana. Necesitaba urgentemente conversar con usted. Sigo sin comprender lo que sucedió el sábado en el concurso de belleza. Pero lo cierto es que a estas alturas no me importa. El programa del viernes ha desencadenado una enérgica protesta, **Yemini**. La encabezan los más respetados intelectuales del país. La artista ha interpuesto una demanda contra nosotros. Sin embargo, Canal UNO saldrá bien librado. Mis abogados me lo aseguran y ya están trabajando en esto. Pasaremos un período de inconvenientes legales, pero al final todo se resolverá favorablemente para nuestra parte. Pero contra usted las cosas serán diferentes. Según estipulaciones contractuales, usted es el único responsable. Quería advertirle esto y le recomiendo que busque cuanto antes una firma de abogados tan eficiente como la que yo contrato. Usted comprenderá que, debido a la gravedad de lo sucedido, debo hacer una reestructuración. Por políticas de la empresa debo prescindir de usted. Por lo tanto, me veo en la necesidad de pedirle que presente su renuncia, para así no perjudicarlo más con despido por nuestra parte. Necesito tener ese documento a más tardar mañana en mi oficina.

XLIV

El corazón le saltaba dentro del pecho. En cuanto se bajó del taxi, corrió a grandes zancadas por los corredores hacia la oficina de don Ricardo. En aquellos momentos era su única esperanza. Llegó sofocado a la puerta y la abrió de golpe.

Una mujer se encontraba de espaldas. Giró sobresaltada al escuchar la violenta entrada.

Fue entonces él quien se sobresaltó al reconocer a Rosario.

—¿Cómo está su mamá, Juyi? —le dijo la mujer, una vez recuperada del susto.

—¿Qué hace usted aquí?

—Aquí he trabajado desde antes de que muriera Rafael. He sido la secretaria personal de don Ricardo hasta hace quince días. Ahora estoy empacando mis pertenencias para marcharme.

Se volvió hacia una pequeña gaveta del escritorio y sacó un sobre que le ofreció.

—Mi compromiso era entregarle esto a usted. Yo había pensado enviárselo a su mamá. Pero ya que vino, me economiza la diligencia. Tómelo, es para usted, de parte de don Ricardo.

—Quiero verlo. ¡Es muy urgente!

—¡Entonces usted no se enteró de la noticia! A don Ricardo lo enterramos hace quince días. Después del asesinato del periodista, se deprimió mucho. Empezó a tomar licor otra vez. Se agravó y estuvo internado en el hospital por casi un mes, pero estaba demasiado complicado y falleció. Yo estuve estos días organizando su oficina y ahora preparo mis cosas para marcharme. Tome esta carta.

Él me la dictó la última vez, que usted vino a verlo, y me pidió que se la entregara cuando hubiera muerto. Supongo que nunca imaginó que fuera tan pronto. Tómela.

XLV

Carta de don Ricardo

“No sé cuánto tiempo vaya a transcurrir desde que dicto esta carta a mi secretaria hasta que usted la lea pero, según mis deseos, usted lo hará hasta que yo haya muerto.

Tampoco sé si nos veremos alguna vez más antes de ese momento pero, de todas formas, es ahora que quiero dejar constancia de mi confesión.

Los viejos somos necios, reiterativos y testarudos, pero pocas veces somos estúpidos. Hace mucho tiempo descubrí que usted me utilizaba. Venía, me visitaba y me escuchaba. Robaba mis ideas y se inspiraba en algo de mi forma de pensar. Así fue haciendo su creación profesional, toda una maquinaria construida para su propio culto y engrandecimiento.

Y yo participé en eso conscientemente, haciéndolo creer que no me daba cuenta, disfrutando de su reacción al creer que me engañaba y me utilizaba. Viendo cómo usted hacía precisamente lo que yo combatía y lamentando que tuviera éxito. Me percaté de que lo estaba ayudando a crear un estilo de prensa de frivolidad y ordinariéz; todo lo contrario a mi manera de pensar. Usted hacía precisamente eso: lo contrario a mi manera de pensar. ¡Y era así como tenía éxito! ¿Por qué? —me preguntaba. Y yo mismo me respondía: —Porque vivimos la Era de la

estupidez, la vulgaridad, la frivolidad y el cinismo. —Yo le indicaba todo lo que era vulgar, frívolo y estúpido. Y en lugar de combatirlo, usted lo hacía y era así como triunfaba. ¡Que contradicción!

Le confieso que estuve a punto de aceptar mi derrota. Pero nunca he sido hombre, que se rinda tan fácilmente.

Fue entonces cuando me sentí culpable y esta es mi confesión.

Yo ayudé a hacer de usted un monstruo, pero no solamente ahora que ya es profesional. Yo lo marqué a usted desde que nació. Yo estuve presente en el parto de su madre. Yo fui el periodista que cubrió la noticia de su nacimiento y que hizo público su defecto. Yo ayudé a que usted fuera conocido como “Capullito de alheli”. Y lo marqué para toda la vida.

Yo fui en mi juventud un periodista tan frívolo y estúpido como usted, aunque no tan famoso. Pero la vida me hizo crecer y cambiar.

Lo reconocí cuando llegó a mi curso como estudiante al hacerse llamar **Yei Ei**. Bastaba leer su nombre correcto en la lista. Pero le hice creer que me engañaba como a todos los demás.

Con el paso de los años, la madurez y la comprensión de la vida sentí terribles remordimientos. Por eso, cuando usted vino a mí por primera vez solicitando ayuda, me juré que lucharía por hacer de usted un excelente y valioso periodista. Yo tuve fe en usted.

Yo le brindaba mis mejores consejos. Pero fui reconociendo para mi desazón, que usted no hacía lo que yo le sugería sino todo lo contrario, precisamente lo que yo atacaba. Y me horroricé al contemplar que yo contribuía a su grandeza, a su dominio, a su imperio. Yo le ayudé

a construir ese imperio de estupidez, vulgaridad, frivolidad y cinismo en el periodismo.

Me sobrecogí ante el equilibrio y majestuosidad de la vida. Usted ha lesionado al periodismo nacional. Y me pregunté: ¿Es acaso una venganza por lo que el periodismo le hizo a usted en su niñez? A usted la prensa lo destrozó. ¿Es por eso que ahora usted destroza a la prensa? ¿Fue por eso que escogió precisamente esta profesión? ¿Es una revancha? ¿Es una acción consciente o inconsciente? Entonces me sentí aún más culpable que antes, con mayores remordimientos.

Descubrí que la única manera de hacer de usted un buen periodista era destruyendo primero al que ya existía. Y para eso me valí del aprovechamiento que usted hacía de mi persona. Ya a esas alturas usted creía en mí, y aunque no se diera cuenta, en alguna forma mis pensamientos positivos también lo habían calado.

Supe venderle mi última idea cuando le dije lo del inmenso poder de la prensa. Debe haberle gustado la posibilidad de abrir brecha en el país con un periodismo investigativo y denunciante. Pero estoy seguro de que lo que más le gustará es la idea del inmenso poder. Eso es un manjar para su ambición.

Espero que usted haga uso y abuso del poder periodístico en la dirección que le señalé. Pero como nuestra sociedad actual no tiene la madurez para enfrentar sus defectos, en cuanto usted lo haga estará iniciando su propia destrucción. El sistema lo aplastará. Nuestra sociedad no puede soportar ese tipo de enfrentamientos, esas bofetadas a su hipocresía.

Cuando usted abuse del poder de la prensa para denunciar y acusar, será inmediatamente destruido. Solo

así habrá esperanza de que algún día se levante de las cenizas como ave fénix y le dé un giro revolucionario a esto al crear un periodismo de más altura, más trascendente y comprometido, que ayude a crear una sociedad mejor. Usted puede hacerlo, yo todavía tengo fe en usted. Disculpe lo reiterativo de mi carta, ya a mis años mi pensamiento no discurre bien.

Espero que algún día me perdone”.

XLVI

Aquella fue la peor noche de su vida. Contó las horas minuto a minuto, segundo a segundo, antes de poder conciliar un sueño sobresaltado en que los últimos acontecimientos se mezclaban atropelladamente.

En sueños se vio de nuevo, como muchos años antes, parado en la cima del edificio más alto del mundo. A su alrededor contemplaba una ciudad de inmensos rascacielos en forma de penes gigantes como el de Mariano. Pero ahora sentía terror.

Recordó que aquello mismo lo había soñado cuando estuvo en Nueva York. En esa ocasión se arrojaba al vacío, cayendo suavemente con las piernas abiertas en una esquina del edificio. Desde su posición, parecía que el rascacielos emergía de entre sus piernas y se convertía así en el pene más grande del mundo.

Quiso entonces repetir la experiencia de aquel remoto sueño.

Pero esta vez, la sensación fue diferente. Se sintió caer con la certeza de que iba a morir. Quiso gritar, pero no pudo. La presión del aire al caer a extrema velocidad

le cortaba la respiración y el habla. Temió morir antes de tocar suelo, a consecuencia de la opresión en su pecho. La caída era interminable, parecía que nunca llegaría al final. Al tocar suelo se partió en pedazos. Sus extremidades se desprendieron y volaron a metros de distancia. Su tronco se partió en dos y la cabeza estalló en decenas de fragmentos, provocando el ruido más espeluznante, que había escuchado nunca. Un golpe seco de muerte. Las ropas se hicieron trizas, la sangre saltó en todas direcciones tiñendo todo de rojo.

Escuchó gente gritar y un estallido ensordeció el aire. Fue como la explosión de mil bombas atómicas.

Se despertó sudoroso en el preciso momento en que su tía abría la puerta de su cuarto y entraba gritando con expresión de terror.

—¡Nos atacan! ¡Nos atacan! ¡Nos están atacando!

*El fuego del centro del mundo
hará temblar alrededores de ciudad nueva.
Dos grandes rocas largo tiempo harán guerra,
luego Aretusa enrojecerá de nuevo el río.*

CENTURIA I cuarteta LXXXVII
Nostradamus.

EL FINAL

Martes 11 de setiembre de 2001

Juyi se enteraba de lo sucedido conforme descendían la escalera.

—¿Quién nos ataca? ¿Están apedreando la casa? Seguro es por lo del programa. ¡Llamemos a la policía!

—No, **jóni**, no. Esto es guerra —lloraba descontrolada.

—No entiendo. ¿Qué está pasando? —dijo sacudiéndola por los hombros.

La mujer se tranquilizó y con lágrimas en los ojos dijo:

—Yo no quiero morir. No quiero morir todavía. Estamos llegando al final. ¡Se acaba de declarar la tercera guerra mundial, **Joni!**

Nunca antes su tía había hablado así. En sus palabras había verdad y en su rostro terror. Una huella de terror como nunca antes la arrogante tía Eli había demostrado.

Entraron en la sala. Allí estaba la madre, de pie frente al televisor. Una periodista de la Cadena CNN en español daba al mundo hispanoparlante una terrible noticia, conforme se retransmitía una grabación sin precedentes.

Una imagen de Nueva York mostraba una de las torres gemelas incendiada. Segundos después un avión se estrellaba contra la otra torre y una flama explosiva cegaba la pantalla por segundos.

Juyi se dejó caer hincado entre las dos mujeres.

Para esos momentos ya se informaba acerca de un tercer avión estrellado contra el edificio del Pentágono. No cabía la menor duda. Aquello era un ataque terrorista contra los Estados Unidos de América.

El país más poderoso del mundo estaba siendo sacudido en lo más profundo de su arrogancia, su seguridad y dos de sus más ostentosos símbolos de poder: financiero y militar.

Juyi cambiaba rápidamente los canales de televisión procurando informarse de todo lo que acontecía. La información se iba aclarando poco a poco.

Un avión de pasajeros se había estrellado contra la torre norte cerca de las 8:47 de la mañana.

Lo que en un principio se creyó un hecho puramente accidental movilizó cientos de personas.

Los cuerpos de bomberos, rescate y paramédicos se presentaron en el vestíbulo de la torre siniestrada para atender la emergencia. Miles se lanzaron a las calles en el Greenwich Village, al norte de los edificios, para contemplar atónitos una imagen, que nunca más se repetiría en sus vidas.

La ciudad de Nueva York se paralizaba para contemplar lo que hasta ese momento parecía uno de los más terribles accidentes en la historia de la aviación.

El fuego consumía vorazmente los últimos pisos de la torre norte. Fue entonces cuando decenas de personas, atrapadas en aquellos pisos y conscientes de que nadie podría rescatarlas a tiempo, decidieron tomar el destino en sus manos. Si indefectiblemente iban a morir, lo harían cuando decidieran y no cuando las llamas las calcinaran. Empezaron a lanzarse al vacío, conocedoras de que la muerte las esperaba 415 metros más abajo.

La caída no era tan rápida como se preveía.

El público en las calles gritaba horrorizado al observar los cuerpos que se precipitaban hacia la muerte.

Pero lo que más impresionaba a los testigos de la tragedia era el terrible sonido que producían los cuerpos al estallar en mil pedazos contra el piso. El horripilante sonido se escuchaba a muchas calles de distancia y quedaría grabado para siempre en las memorias auditivas de los testigos. El dolor de todos era indescriptible al saber que cada vez que el espantoso e intenso sonido surcaba los aires, una vida más se extinguía.

Decenas de cámaras de televisión y aficionados empezaron a documentar para la posteridad aquellos momentos de terror.

Los bomberos no podían utilizar los ascensores, pues todos se habían detenido por el impacto del avión, de manera que no tuvieron más remedio que iniciar un penoso y fatigoso ascenso de casi ochenta pisos por las escaleras al luchar contra la corriente humana, en sentido contrario, que descendía presurosa y escapaba de una muerte segura.

El metro subterráneo en el sótano de los edificios fue evacuado y suspendido temporalmente.

Un taxi se abrió paso en las calles aledañas y buscaba el centro médico más cercano. Una mujer parturienta iba recostada en el asiento trasero procurando calmar el dolor de sus contracciones y observaba por la ventana la torre norte prendida como una antorcha.

Mientras el mundo entero estaba a la expectativa de lo acontecido en la torre, sucede lo impredecible.

Dieciocho minutos después del primer impacto, un segundo avión se estrella contra la torre sur, frente a las miradas incrédulas de millones de seres humanos en todo el mundo y se convirtió así en la tragedia más vista por testigos en forma inmediata y simultánea en toda la historia.

En este instante, la ciudad de Nueva York estalla en pánico, la gente corre, llora, grita. El tránsito vehicular se paraliza en el bajo Manhattan. Miles huyen a pie a través del puente de Brooklyn creando una imagen apocalíptica digna de película de ciencia ficción. Los cuerpos de rescate se dividen para atender la emergencia por partida doble. Ahora son dos los edificios desde los que se lanza gente al vacío.

En uno de ellos, un perro lazarillo salva la vida de su amo ciego al conducirlo escaleras abajo.

Enterado ya de todo, Juyi comenzó a respirar con dificultad. Se apartó de la pantalla del televisor para abrazar a su madre. Ella se refugió en su pecho y le dijo:

—M'hijito, ¿ahora qué vamos a hacer?

—Mamá. Me siento mal.

Acto seguido se desplomó a sus pies. La madre se lanzó presurosa sobre él y lo cubrió de besos.

La tía tomó el control remoto del televisor y buscó más información. Accidentalmente sintonizó Canal UNO. Los tres quedaron perplejos al ver al presentador del noticiero. ¡Era **Llorsh!** ¡**Llorsh!** El gordo amigo de otros tiempos era quien daba la noticia acerca de lo sucedido.

Yei Ei sacó la mirada de entre los brazos de su madre y contempló con tristeza la pantalla.

—Yo debía estar allí, mamá. Ese era mi programa. Ese era mi noticiero. Era yo el que debía dar esta noticia al mundo. Era yo. ¡Era yo!

Las dos torres gemelas ardían ante la mirada incrédula de la Humanidad. En Nueva York y todo el continente americano iniciaba la mañana. En Europa, África y medio Oriente era la tarde. En Oriente empezaba la noche y en Australia ya iba avanzada. Todo el mundo sintonizaba la misma noticia. El atentado terrorista más espantoso de la historia había sido cometido contra los Estados Unidos de América.

Parecía que la hora del atentado había sido planeada con maquiavélica precisión para que fuera noticia mundial simultánea. El impacto del segundo avión había sido preparado con un cálculo de exactitud espectacular, pues sin duda en ese momento el mundo entero tenía la mirada puesta en Nueva York. Además, la naturaleza pareció ponerse de lado de los terroristas, pues el cielo de Manhattan nunca se vio más celeste y despejado que aquel día, lo que permitía un contraste cromático dantesco con lo que sucedía en tierra.

Las noticias eran alarmantes. Se había cerrado el espacio aéreo de los Estados Unidos y todos los aviones que se dirigían allá fueron desviados a los puertos más cercanos. Millares de personas quedaron atrapadas en ciudades y países, que nunca esperaron fueran su destino. Las

compañías aéreas hacían en cada país lo imposible por asumir el manejo de la situación, pero era incontrolable. El mundo entero había entrado en pánico. Dos preguntas asaltaban a todos. ¿Qué otros atentados sucederían en las próximas horas? y ¿cómo reaccionaría Estados Unidos ante aquello?

En eso llamaron a la puerta. ¡Era Mariano! Eli abrió emocionada, urgida de recibir un abrazo de su amigo ausente en los últimos tiempos. Aquel era el mejor momento para la solidaridad y la unión familiar. Mariano estaba delgado, pálido y consumido. Había envejecido. Entró agitado, con una biblia en la mano y, al llegar a la sala, dijo asustado:

—¡Esto es Babel! No cabe duda, se repite la historia. ¡Es Babel!

Y acto seguido abrió las escrituras en el Génesis 11 y leyó en voz alta:

...y dijeron los hombres: “construyamos una ciudad con una torre bien alta que llegue hasta el cielo, así nos haremos poderosos y famosos”... Y Yavé bajó para ver la ciudad y la torre, y vio la soberbia de los hombres, y dijo: “Confundamos su lenguaje de modo que no se entiendan, para que no sigan adelante con su obra”...

Las cámaras de televisión mostraban ciudadanos neoyorkinos de todas las nacionalidades tratando de comunicarse en diferentes lenguas, comentando el horror del suceso y gritando al presenciar el suicidio de quienes se lanzaban al vacío.

En el mundo entero se transmitía la noticia en diferentes idiomas.

Mariano hablaba descontrolado:

—¿Cómo se va a narrar este hecho en el futuro? ¿Se distorsionará la realidad con el pasar de los tiempos? ¿Se dirá acaso que Dios castigó la soberbia de un pueblo con dos rayos poderosos que vinieron del cielo y fulminaron las torres?

Pero nadie en la sala parecía prestar atención a su discurso.

Juyi se empezaba a sentir agotado, cada minuto que pasaba le era más difícil mantenerse en pie. Algo le apretaba el pecho y le cortaba la respiración. La mirada se empezaba a nublar y le impedía ver nítidamente las imágenes de la televisión.

A como pudo se fue retirando de la sala. En el preciso momento en que traspasaba la puerta oyó los gritos de los otros frente al televisor.

“¡Dios mío! ¡Se está cayendo! ¡Se está cayendo!
¡No puede ser!”

Sucedió lo impensable. Frente a la mirada atónita del mundo entero, la torre sur se vino al suelo en un fragor horrísono haciendo temblar la tierra en Nueva York. Toneladas de escombros cayeron a velocidad vertiginosa, desde más de cuatrocientos metros de altura, aplastando personas y vehículos en una espesa y asesina nube gris, que persiguió a las víctimas por varias calles a la redonda. Una terrible oscuridad de muerte ocultó el sol en el bajo Manhattan.

Las gentes en las calles corrían desesperadas para salvar sus vidas.

La madre se hincó y con voz temblorosa empezó a rezar un “Padre nuestro”.

El mundo enmudeció.

Juyi cayó al pie de la escalera. Le era imposible seguir caminando. Sentía que se iba a asfixiar. Mariano se percató de que su ahijado estaba mal y con la ayuda de las hermanas lo subió a su habitación.

—¡Dios mío! Estás helado. ¿Qué te pasa m’hijo? —dijo la madre al palparle la piel de la frente.

—No me dejen solo.

Apenas se entendía lo que decía.

—Es por todo lo que le ha sucedido en estos días —surró Eli al sacerdote. —Vení que te voy a contar.

La madre le dio los medicamentos, que siempre tomaba en esos casos.

—M’hijo. Le voy a preparar un poco de agua con azúcar caliente.

—No me deje solo, ma’.

—Ya te traigo una taza, no me tardo —y descendió presta las escaleras.

—Ha sido demasiado para él, Mariano. Está muy herido en su amor propio. Lo despidieron del trabajo. **Thío** le robó dinero y un negocio. ¡Y lo del concurso **Míster** Costa Rica no tiene nombre! Ha sido demasiado para él.

—Pobre.

—Y ahora esto de las torres. Vos sabés lo que para él significaban las torres gemelas. Está sufriendo mucho.

—Debemos traerle un médico.

—¡Ay!, Mariano. No tenemos dinero.

—Yo me encargo de eso. Yo lo pago. Llamate un médico.

Las noticias seguían conmocionando al mundo. Lo que estaba sucediendo en Nueva York era indescriptible. La realidad superaba toda fantasía posible.

Juyi tomó el agua con azúcar y pareció dormirse. Los demás lo arrojaron bien y volvieron a la sala.

La madre seguía orando apenas audiblemente mientras su hermana y Mariano intercambiaban comentarios de incertidumbre y asombro.

Minutos después, la torre norte también colapsó.

La caída de las torres gemelas dejó en el mundo una sensación de vacuidad inmensa. La humanidad sintió que se aproximaba el fin. El terror se transmutó en depresión. Una insostenible sensación de conclusión se adueñó de todos.

Minutos después del colapso final, los comentarios periodísticos cambiaron de tono.

En un canal extranjero un periodista daba la siguiente información:

“El máximo símbolo del poder económico de los Estados Unidos de América ha colapsado. Esto es algo horrorosamente metafórico. Las torres gemelas de Nueva York siempre parecieron haber estado allí. Los que nacimos después de su construcción siempre las consideramos eternas, como si hubieran existido desde tiempos inmemoriales, lo que no es cierto. Estos edificios acababan de cumplir veintiocho años desde su inauguración oficial”.

—¡Veintiocho años! —pensó la madre. —Justo la edad que cumplirá Juyi en enero próximo.

“Casualidad o no, hoy 11 de setiembre también se cumplen veintiocho años del golpe militar en Chile, que curiosamente también fue un martes”.

Aquel último comentario la distrajo totalmente de sus oraciones. Volvió a recordar al padre de Juyi. ¿La habrían traicionado sus presentimientos cuando creyó que el hombre había muerto en aquel suceso chileno? Probablemente no, pues nunca más supo de él desde que marchó al saberla embarazada. ¿Cómo habría sido su vida y la de Juyi si aquel hombre no hubiera desaparecido para siempre?

Los comentarios del periodista la volvieron a sacudir.

“Las torres gemelas tardaron ocho años en construirse y fueron inauguradas oficialmente la mañana del cuatro de abril de 1973”.

—La mañana del cuatro de abril de 1973 —dijo en voz alta. —¿La mañana del cuatro de abril de 1973? ¡Qué casualidad! ¡El mismo momento en que yo quedé embarazada!

Eli y Mariano la miraron con asombro. La madre sintió un vuelco en el corazón. Eli también lo sintió. ¿Sería posible? Aquello era simplemente una casualidad, ¿no? ¿O sería algo más que eso? Las torres gemelas fueron inauguradas en el momento en que Juyi fue engendrado. ¡Qué misterios hay en el mundo! ¿Qué fuerzas misteriosas rigen la vida? ¿Qué vínculos? ¿Será posible tanta coincidencia?

Un terrible presentimiento se apoderó de ella. Se incorporó y emprendió carrera escaleras arriba.

En ese momento llamaron a la puerta.

—Es el médico —advirtió Eli.

La madre llegó al cuarto de Juyi y abrió la puerta para descubrir, con inmenso dolor, que había muerto.

EPÍLOGO

Miércoles 12 de setiembre de 2001

Una mujer mayor bajaba la ventanilla de su vehículo y sacaba la cabeza para contemplar mejor la puerta de un cementerio. La antigua estructura dejaba ver el inexorable paso del tiempo.

Aprovechando la cercanía de un transeúnte, le preguntó:

–Señor, ¿me puede decir cómo llego a la Medicatura Forense?

–Vea, doñita, agarre hacia el norte hasta aquel cafetal, luego da la vuelta a la izquierda y ahí está.

–Muchas gracias –respondió conduciendo en esa dirección.

Dos mujeres la acompañaban. Las tres escuchaban la radio poniéndose al día sobre los últimos acontecimientos.

Minutos más tarde, un médico forense recibía a las recién llegadas en el vestíbulo de su oficina.

–Minerva, ¡qué gusto verte! Hace tanto tiempo.

–¡Hola, Julio! Lo mismo digo. Estás muy guapo, sos como el vino.

Ambos rieron con el comentario.

–Julio, te presento a dos de mis más cercanas amigas y compañeras de trabajo, las psicólogas Rosa León y Marcela Picado.

–Encantado, señoras. Pasen adelante. ¿Quieren un café?

Los siguientes minutos sirvieron para que ambos colegas se pusieran al día en lo referente a sus trabajos y antiguos compañeros de carrera, para luego hacer los obligatorios comentarios sobre el acto terrorista del día anterior.

–Les va a sonar terriblemente crudo lo que voy a decir –dijo el médico– y espero que no lo tomen a mal. De no haberse derrumbado las torres, la medicina forense hubiera tenido ayer conocimientos muy valiosos sobre muerte por precipitación. Nunca antes en la historia se habían registrado tantas muertes por precipitación desde más de cuatrocientos metros de altura. Pero al derrumbarse las torres, todos los restos fueron sepultados o calcinados.

–¡Qué cosa más espantosa!

–Bueno, ¿y qué opinan de la muerte de su ex paciente?
–dijo avergonzado, desviando el tema de conversación.

La pediatra entristeció el rostro.

–Eso también me duele mucho, en otra dimensión.

–¿Cuál fue la causa de muerte, doctor? –preguntó una de las psicólogas.

–Hizo obstrucción laríngea. Murió por asfixia.

–Él siempre hizo esas reacciones alérgicas ante situaciones de estrés.

–Me conmueve pensar en la madre. ¿Cómo está ella, Julio?

–No sé. No la conozco. Aún no ha venido a retirar el cadáver. Yo quería preguntarte, Minerva, ¿a qué edad fue

la última vez que le hiciste un examen físico a este muchacho? ¿Cuándo fue la última vez que lo exploraste?

—Dejame recordar. (...) Antes de cumplir los once años.

—¡Qué caso tan interesante el de este joven! ¿Verdad, Minerva?

—Sí. No se sabe mucho sobre agenesia peniana.

—Ya le tomamos fotografías al cadáver. Este caso va a dar mucho de qué hablar en el campo médico. Incluso, es publicable. Pero vayamos a verlo, que para eso han venido ustedes aquí.

—Nosotras preferimos no verlo —dijeron las psicólogas.

—Como quieran, pero sí tengo que mostrárselo a Minerva. Antes quiero hacerles una pregunta, señoras.

—Usted dirá.

—La personalidad de este periodista, ¿se explica por su defecto físico, verdad?

—Definitivamente. Su carencia física le desarrolló rasgos y conductas compensatorias. Cada vez que yo presenciaba por televisión sus múltiples desplantes, su arrogancia y sus ambiciones, recordaba de lo que carecía.

—Cierto —confirmó la otra. —Yo creo igual. Nos ha correspondido vivir en una “penecracia” y se paga un precio muy alto por no tener pene. ¡Si lo sabremos las mujeres! Los hombres que tienen el pene pequeño también pagan un costo por esa falta. Ahora imagínese lo elevado del costo si no se tiene pene del todo, como fue el caso de Juyi. Todo eso se traduce en rasgos de personalidad muy reconocibles.

—Él nunca superó la carencia de su pene —susurró el hombre.

—Así es. Era imposible, doctor.

—Debió ser muy infeliz —dijo el hombre al punto que salía de su oficina y se dirigía a la morgue.

La pediatra sacó de su maletín una regla de plástico y lo siguió.

El forense llevó su mano a la bolsa de su gabacha y comprobó llevar la suya propia.

Al llegar a la sala de autopsias fueron recibidos por dos técnicos, que les indicaron dónde estaba el cuerpo del periodista.

Rodearon la mesa en el momento en que uno de ellos retiraba la sábana.

El cuerpo quedó expuesto, ante los ojos de todos, desnudo en su totalidad. Aún ahora era un cuerpo bello, pese a la cruenta costura de piel que corría en línea recta desde el pecho hasta el vello del pubis.

La pediatra ahogó un grito al contemplar las partes pudendas del cadáver.

—¿Pero qué es esto, Julio?

—Por eso quise que lo vieras, Minerva. Nunca sabremos cuándo sucedió. Este hombre vivió toda su vida actuando como si no tuviera pene.

—Pero tiene un pene normal, perfectamente desarrollado.

—Así es. Es un pene adulto normal. En algún momento de su adolescencia se desarrolló. Pero él debió bloquear mentalmente el hecho y vivió como si no lo tuviera. A partir de ahora todo lo que pensemos será puramente especulativo, Minerva, pero yo creo que vivió en un delirio. En él imperó el tamaño mental sobre el tamaño real, mucho más que en cualquier otro hombre.

La doctora utilizó la regla que llevaba consigo.

—¡Pero si mide doce centímetros!

Este libro se imprimió en los talleres de
Publitex Grupo Editorial S. A.
Tel: 2265-7975 / 2265-4774 / 8391-1775 / 8397-8093

Tiraje 200 ejemplares

**Otras publicaciones
de la EUNA**

COSAS DE HOMBRES

José Otilio Umaña

**YO SOLO SÉ DECIRME
A LOS AMANTES**

Rosibel Morera

LA ORUGA BLANCA

Rodrigo Quesada Monge

**REFLEJOS DE UN ESPEJO
FRACTURADO**

Miguel Baraona

A PESAR DE MUJER

Rosibel Morera

Es la noche del 31 de diciembre de 1973. Justo en el momento en que se anuncia el Año Nuevo, con un alegre sonido de campanas, sirenas y fuegos artificiales, nace el primer niño del año. El acontecimiento será reseñado en forma sensacionalista por los medios de comunicación y también será un hito en la historia de la medicina, pues el lindo y saludable varoncito ha nacido con un terrible e impensable defecto físico: no tiene pene.

A partir de ese momento, la vida del infortunado personaje inicia una descarnada lucha por la supervivencia en la sociedad latinoamericana de finales del siglo XX, donde el poder y el éxito se rigen por un mundo de imágenes perfectas, con la imposición del estereotipo androcéntrico-materialista.

En su lucha por alcanzar el éxito, termina por fabricarse una imagen aceptable; aunque falsa, frívola y corrupta. Cuando al final lo alcanza, su imagen colapsa rápidamente, aplastándolo bajo el peso de su ambición y de sus propios espejismos.

Sátira mordaz plena de humor negro, sobre un mundo de valores superficiales, enajenado por las apariencias. Obra polémica y valiente, transgresora en todo sentido, cargada de fuertes figuras metafóricas sociales y culturales, dentro del marco de un penetrante discurso psicológico sobre la sexualidad masculina y su conflicto de género.

